**EL ANIMOSO
IDEALISTA AMERICANO
CUYOS SUENOS
Y CONQUISTAS
CONFORMARON
LA HISTORIA
DE NUESTRO HEMISFERIO**

EL MUNDO Y WILLIAM WALKER

**TRADUCCION
DE
ORLANDO CUADRA DOWNING**

Una Biografía por Albert Z. Carr

NOTA DEL AUTOR

En los años anteriores a la Guerra Civil, el nombre de William Walker era leído en innumerables titulares y era escuchado por doquiera. Millones de norteamericanos lo consideraban como el Hombre del Destino y un prominente periódico europeo lo ensalzaba como "el rival de Washington", mientras que el Presidente James Buchanan daba órdenes contra él a la Marina de los Estados Unidos, y Horace Greely le atacaba con amargas invectivas. Su prodigiosa carrera deslumbraba al país. Antes de los veinticinco años había sido ya, médico, abogado y un cruzado de las lides periodísticas. A los treinta y un años había invadido Nicaragua con sólo cincuenta y ocho hombres, derrotado ejércitos de miles de soldados, se hizo general y dictador, y fue elegido Presidente. Las gentes se quedaban estupefactas por su temeridad al retar simultáneamente el poderío de Inglaterra, la fuerza del Presidente de los Estados Unidos y los millones de Cornelio Vanderbilt.

Este individuo, con el nombre pedestre, pintaba sus exóticas aventuras en un mural tan grande, con tan brillantes colores, y en un estilo tan subrealista que es fácil que se escape su significado íntimo. A través de su historia la política de una era puede discernirse. Sus realizaciones estuvieron íntimamente unidas a grandes temas —que si la Guerra Civil habría de estallar—, que si Cuba y la América Central llegarían a formar parte de los Estados Unidos. El patrón de las relaciones actuales de los Estados Unidos con los países de la América Latina fue, en gran parte, fijado en los tiempos de Walker, y a pesar de él. Existe aun, quizás, en el transfondo de la extraña saga de Walker una especie de primitiva anticipación al dilema ante el cual el mundo se encuentra a mediados del siglo XX.

En la intensa agitación que ha creado, Walker mismo, su esencia humana, su personalidad, todo, ha desaparecido de vista. El se ha vuelto un enigma histórico. En lo escrito acerca de él, cuando se trata de pasajes cruciales de su vida, tales palabras como "sorprendente", "inexplicable", ocurren con frecuencia. El gran volumen de propaganda extremista en su favor y en su contra, los mitos y las leyendas inventadas, crearon una neblina engañosa alrededor de su carácter, motivos e intenciones. Viéndolo como un fenómeno político, o como un héroe de caballería, o como un cruel asaltante del poder, los hombres han perdido de vista las pasiones humanas que lo lanzaron a atacar las citadelas del poder y a desafiar las grandes fuerzas que dominaban el mundo de la década de 1850.

En un esfuerzo para disipar algunas de las incertidumbres acerca de Walker es que comencé hace años a investigar los documentos que quedaban de su vida en las ciudades que lo habían conocido y reaccionado ante él —New Orleans, Nashville, San Francisco, León de Nicaragua, Washington, New York, Londres. Poco a poco una personalidad coherente y asombrosa surgía de los documentos. En estas páginas he tratado, en lo posible de dejar que los documentos hablen por sí mismos. Los pasajes dialogados van tal como aparecen en diarios y revistas de la época, o, en una o dos ocasiones, formulados con las claras indicaciones de las narraciones históricas.

Truro, Massachusetts.

A. Z. C.

PARTE PRIMERA

Obertura para clarines

"Una gran idea surge en la mente de un hombre; agita todo su ser, lo transporta de la ignorancia del presente y lo hace sentir el futuro en un momento. . . ¿Por qué se le hace esa revelación. si no es para que la lleve a la práctica?"

William Walker

Capítulo Uno

EL COMPLEJO DE GALAHAD

I

En Nashville, Estado de Tennessee, donde Walker nació y creció, todo hogar próspero y letrado tenía en su anaqueil, al lado de la Biblia, del Diccionario de Webster, y la Vida de George Washington, por Marshall, media docena de libros de Sir Walter Scott "El mal de Sir Walter", como lo llamó Mark Twain, era entonces rampante por todo el Sur. En las décadas de 1830 y 1840 todos leían las ediciones piratas de "La dama del lago", "Ivanhoe", "Marmion", "El talismán", "Quintin Durward", y otras "Ivanhoe", especialmente, de acuerdo con Mark Twain, hizo que el Sur "se enamorara de los sueños y fantasmas". Mas la popularización de las Leyendas del Rey Arturo, de Malory, estaba también en boga, y la castidad y el empeño de Galahad eran tan admirados como la fuerza y la nobleza de Ivanhoe. Fue un período que le dio a sus libros favoritos una devoción rayana en reverencia con el resultado de que los sueños de una generación de Sureños estaban influenciados de romance medioeval.

La añoranza por las pasadas glorias de la caballería era más que una pasión literaria. Con toda seguridad los jóvenes del tiempo de Walker leían a Scott y la "Morta d'Arthur" por necesidad psicológica, como respuesta a las condiciones sociales prevaicentes entonces. En contra de la impresión popular, la puritánica austeridad de la vida en la mayor parte del Sur era mucho más extrema que en el Norte, y esto era particularmente cierto de los poblados de tierra adentro, como Nashville, donde las sectas protestantes se disputaban entre sí la represión de los impulsos de la juventud. A millones de jóvenes como Walker, de la adolescencia para arriba, se les martillaban las virtudes de "pureza" masculina por medio de incontables prédicas, y se les criaba bajo la creencia de que el impulso sexual era una insinuación del demonio. En este estricto ámbito moral, todo aquello que evocara el genio romántico habría de impresionar profundamente las vidas de los jóvenes. Ellos necesitaban idealizar las relaciones entre los sexos para poder resistir mejor las tentaciones naturales del placer de los sentidos y conformarse a las costumbres de la comunidad. Imitando a Ivanhoe o a Galahad, los jóvenes solteros encontraban un apoyo psicológico con el que soportar la dislocación del instinto reproductivo. Mu-

chos jóvenes sureños, compelidos a permanecer vírgenes por mucho tiempo, llenaban sus mentes con las altas e imposibles tradiciones de la caballería y aprendieron a hacer una virtud de la abstención. Era más fácil soportar la frustración sexual si se estaba dominado por un gran concepto del honor caballeresco, por ilusorio que fuera.

II

Durante la niñez de Walker, una madre enferma era su especial cuidado. En un diario de la época un amigo de los Walker escribió: "Yo acostumbraba visitar a su madre y siempre lo encontraba distrayéndola en alguna forma". La principal distracción en el cuarto de la enferma era la lectura de un libro favorito. Muchas tardes, mientras su madre yacía recostada sobre almohadas, Walker, leyendo con su suave voz sureña, evocaba y era arrastrado por el genio de la caballería, en la que una dama en peligro requería al verdadero hidalgo, en la que ningún caballero honrado permitía un daño a una mujer si él podía evitarlo, en la que se daba gustoso la vida por un amigo, en la que las mayores hazañas cobraban mayor fama si las desventajas en contra eran insuperables. Estas fueron actitudes que permanecieron con él toda su vida.

Walker no estuvo influenciado por lo absurdo del estilo caballeresco —se impacientaba ante las ampulosas expresiones sentimentales, los elaborados ritos de la cortesía y la ingenua ferocidad desplegada por muchos sureños en defensa de puntillos de honor. Mas cuando se trataba de asuntos de comportamiento militar y las exigencias de la feminidad era un romántico completo.

Durante su apogeo como conquistador, cuando encabezaba ejércitos de recios soldados de fortuna, a quienes el saqueo de ciudades conquistadas y la violación de las mujeres era de lo más razonable, Walker muchas veces arriesgó su popularidad entre sus hombres imponiendo normas de refrenamiento personal jamás oídas. "Al entrar a una ciudad", escribió el poeta Joaquín Miller, quien sirvió bajo su mando en Nicaragua, "por regla general emitía una proclamación castigando con la pena de muerte al que insultara a una mujer, al que robaba o al que entraba a una Iglesia, al menos que lo hiciera como un cristiano debe

William Walker
en 1857 (de un antiguo grabado).

hacerlo" La borrachera de soldados en servicio era castigada más duramente que en el Ejército de los Estados Unidos. Cuando su propio hermano, el Capitán Norvell Walker, se emborrachó en vísperas de una batalla, Walker públicamente lo degradó, y en el punto más desesperado de sus infortunios militares era capaz de advertir a sus hombres que tenía la intención "de ver debidamente castigada, social y legalmente, la intemperancia que hacía que el ejército cayera en desprecio y en descrédito". El mismo no necesitaba de la bebida. Para él el peligro era su mejor vino, lo hacía abrasarse en entusiasmo.

Su juventud en Nashville fue penosamente buena. En New Orleans sofisticado, donde la viva tradición criolla era fuerte, los chicos bien mantenían queridas, yacían con esclavas, seducían coquetas y dormían con viudas alegres, pero en el círculo de los Walker en Nashville aun hablar de tal libertinaje era imperdonable. Habían, por supuesto hombres en Nashville que hacían concubinas de sus esclavas, pero no era muy probable que se encontraran entre los Discípulos de Cristo, la rígida secta a que pertenecía la familia de Walker. En tal ambiente, la única oportunidad de experiencia sexual para un muchacho adolescente era el ser seducido por alguna atrevida joven enamorada. Mas, ¿qué joven se había de entusiasmar con un muchacho que era bajo, delgado, cabeza larga, pecoso, huraño, inclinado a los libros y extremadamente sensible?

Sin duda alguna, antes de llegar a la varonía él tuvo alguna experiencia sexual, pues vivió por un año como estudiante de medicina en París. Mas, si como no parece improbable, sus amigos lo llevaron una vez a un burdel, se habría asqueado de la experiencia. Jamás había tenido en el pasado ocasión de experimentar la desvergonzada desnudez, la conversación obscena y la aventura sexual fortuita. Uno se le puede imaginar, después de su inesperado encuentro con una soniente prostituta parisién envolverse en su capa, perderse en la oscuridad de la noche, caminar sobre las calles empedradas del Barrio Latino, disgustado, perturbado, sin querer admitir su propia frustración, pero determinado más que nunca a mantener sus ideales caballerescos.

Al llegar a los veinte años, aunque se había emancipado del fundamentalismo religioso, el patrón ascético quedó firmemente grabado en él. Había diseado más de un cadáver, conocía la fisiología del sexo, le atraían las mujeres, mas el sexo, el amor y el matrimonio se unían en su mente en un eslabón romántico con una concepción de la belleza virginal y acongojada que necesitaba de él para rescatarla y defenderla. Fue entonces, en New Orleans, que conoció a Ellen Galt Martín —cuyo nombre equivocadamente aparece como Melen Martin en la mayoría de los escritos sobre Walker— y encontró la belleza, la virginidad, y la congoja. Ella era un año más joven que él, de 23 años, agradable, inteligente, pero sordo-muda. La vista de la belleza separada de todos los sonidos de la vida, debe haberle despertado los impulsos protectores, y hacerlo sostener su escudo ante Ellen y por su esfuerzo personal mantenerla libre de las añagazas del mundo cruel. Se enamoró perdidamente de ella.

El único retrato existente de Ellen, un cuadro estilizado, sugiere un encanto considerable: una frente alta, negros ojos indagadores, una cara viva en forma de corazón, rasgos firmemente moldeados y una delicada sensualidad en su figura, cuanto permitían juzgar los enaguas y calzones de la época. Hay una actitud alerta en ella que, de acuerdo con otros testimonios, demuestra que era excepcionalmente bien informada y sumamente interesada en los asuntos del momento. Después que un ataque de fiebre escarlatina a la edad de cinco años la privó de la voz y el oído, sus padres la enviaron a una escuela, cerca de Filadelfia, que se especializaba en la enseñanza de niños lisios. A su regreso a New Orleans reveló una mente despierta que le permitió compartir en la vida social de los Martín, que era una familia acomodada y prominente. Ellen según un recuerdo de familia, "acostumbraba ir a los bailes y fiestas, llevando una libreta y un lápiz, los que usaba para intercambiar agudos donaires con sus muchos enamorados".

En 1848, cuando Walker la conoció, sus hermanos se habían casado y ella se quedó viviendo con su madre viuda, Clarinda Glasgow Martin, en una casa grande, elegantemente situada. Entre sus amistades estaba un joven abogado y rico, Edmund Randolph, que como venía de una conocida familia de Virginia (su abuelo había sido Procurador General de Washington) tenía entrada dondequiera, y Randolph, que

era amigo íntimo de Walker, lo llevó a la casa de las Martin. El resultado podría haber sido previsto. Ellen correspondió a su amor. Sin duda alguna podrían leer sus sentimientos mutuos en miradas y expresiones, en tímidos abrazos, más la frustración ante la imposibilidad de comunicarse por palabras debe haber sido agobiadora. Un libro sobre el lenguaje de los signos para los sordo-mudos había sido publicado hacía poco, y Walker pasaba largas horas practicando sus rutinas espectrales, hasta que pudo leer los pacientes dedos de Ellen y gesticular su respuesta letra por letra. Era un cortejo lleno de ternura urgencia y concentración intensa.

Randolph pudo dar a la señora Martin las seguridades necesarias en cuanto al pasado y respetabilidad de Walker, mas de allí en adelante, Ellen pudo haber sabido por su madre los descollantes hechos acerca de él que todo New Orleans sabía que antes de llegar a los veinte años se había graduado de médico en el Colegio de Medicina de la Universidad de Pennsylvania, que por dos años había viajado por Europa, continuando sus estudios en París, Edimburgo y Heidelberg, que había hecho a un lado la medicina con el objeto de estudiar Leyes en New Orleans, y había ejercido brevemente, sin causas y sin clientes, como socio de Edmund Randolph, y que acababa de abandonar esa carrera para convertirse en el editor del periódico más joven de la ciudad, el *Crescent*. Mas ella necesitaba respuestas a miles de preguntas, muchas para hacerse en el lenguaje de las señas. Muchas noches él debe haberse sentado ante su escritorio, y escrito a tinta con pluma de ave, las largas cartas que ella devoraba. La palabra escrita le era natural, Walker fue siempre fluido en la escritura, lacónico en palabras.

III

Su padre, James Walker, era un nativo escocés, que había emigrado a Nashville, Tennessee por la justificada razón de que había heredado propiedades de un tío suyo, principalmente una tienda de especiería. Muy pronto contrajo un constructivo matrimonio con la hija de una distinguida familia de Tennessee, Mary Norvell, cuyo padre había sido oficial del ejército de Washington. Más tarde James Walker fundó una compañía de seguros comerciales y fue su presidente, y como uno de los prósperos ciudadanos de Nashville, no tuvo tiempo que perder para construirse una elegante casa de ladrillos en el mejor barrio de Nashville. William nació allí, el mayor de cuatro niños Walker.

El estricto espíritu de Calvino y de Knox era dominante en el hogar de Walker. Los Discípulos de Cristo sostenían que una escueta y primitiva simpleza de adoración y una adherencia literal a la Biblia eran el único camino a la santidad. Esta convicción religiosa explica el hecho de que Walker no tuviese esclavos. Demasiado astuto como comerciante para permitirse ser tenido por abolicionista en una comunidad sureña, sin embargo, hizo hincapié en emplear como sirvientes a Negros libres a los que pagaba sus salarios —práctica corriente en los Estados fronterizos en los que el ejemplo de Washington y Jefferson de li-

Ellen Galt Martin
El gran amor de Walker, en traje de baile
(retrato al óleo).

bertad a sus esclavos no podía ser ignorado. Seguramente, la condición económica del Negro libre era generalmente un poco mejor y algunas veces peor que la del esclavo, pero para los Negros la libertad era con todo la única palabra de esperanza. Sea como fuese, William fue criado en un hogar en el que prevalecía una actitud inconforme hacia la esclavitud, y sin experiencia directa en la posesión de esclavos.

James Walker no era un hombre adusto, sino un padre pietista y austero. Las relaciones entre él y su hijo mayor evidentemente siguieron un patrón clásico de autoidad y rebelión. En sus primeros años, William fue un niño difícil, un escuelante remiso —ávido de aprender, pero impaciente a la disciplina. Uno supone que el orgullo, el mutismo y la tenacidad que lo caracterizó en años posteriores fueron condicionados en él por las riñas con los muchachos valentones —y la mayoría de los muchachos de su tiempo eran más grandes que él. Desde el principio el arma principal de su vida debe haber sido su espíritu de lucha. Existe un tipo de muchachos pequeños que son un problema insoluble para los de músculos más recios que los echan al suelo de un bofetón y no saben si los han vencido, no pueden hacerlos desistir del ataque, no tienen un momento de sosiego hasta no hacer la paz con ellos. Walker ya hombre, daba la impresión de haber sido un muchacho de ese tipo.

De igual manera su padre cedió ante él. Cuando tenía doce años y James Walker lo presionó para que estudiara para el ministerio eclesiástico, William resistió con éxito. En un tiempo en que los padres acostumbaban escoger la carrera de los hijos, y en un hogar profundamente dedicado a la religión, su testarudez debe haber impresionado al viejo Walker, mientras que para William, el primer triunfo de su rebelión, le abría vastos panoramas de posibilidades en la vida. Más tarde, cuando se decidió abandonar Nashville, de nuevo se salió con la suya. Quizás su padre se alegró de que el rebelde saliera de la casa. Sus otros hijos se sometían fácilmente a su autoridad.

La primera escogencia de carrera fue hecha por William fuertemente influenciado por su profundo sentimiento por su madre. El era uno de esos muchachos que deseaban haber sido inmaculadamente concebidos. Mary Walker era una mujer sencilla, y durante sus años escolares William la vio soportar estoicamente los dolores que su médico era incapaz de diagnosticar o aun de mitigar. El, de muchacho, se soñaba con volver a casa hecho todo un señor médico, y curarla, y ese mismo sueño fue después el acicate que le hizo apresurarse en sus estudios. Antes de los diez años llegó a una encrucijada psicológica y se volvió un estudiante excepcional, entró en la Universidad de Nashville a los doce, y se graduó a los catorce *summa cum laude*. Esto era, por supuesto, una hazaña menos prodigiosa de lo que hubiera sido en Harvard o Yale. Pero con todo, para ser admitido en la Universidad de Nashville, Walker debía saber Latín por medio de los *Comentarios* de César y las *Oraciones* de Cicerón, y conocer el Griego por medio del Nuevo Testamento, además de que los cursos obligatorios en la Universidad incluían álgebra, geometría, trigonometría y cálculo, agrimensura, navegación y astronomía, química, mineralogía y geología; lógica, filosofía experimental e historia natural, los clásicos Griegos y Latinos, retórica y bellas letras, historia, economía política, derecho internacional y constitucional, composición, crítica y oratoria. La pretensión de la Universidad de Nashville a "figurar entre las primeras instituciones de enseñanza en la República" y su orgullo en la biblioteca de 3 500 volúmenes y en "la mejor colección mineralógica en los Estados Unidos" eran quizás exageradas, pero cumplía con sus obligaciones seriamente.

La religión era fuertemente afirmada con clases de teología y "entrenamiento moral". La clase de Walker compuesta de veinte alumnos rezaba dos veces al día en la capilla, asistía a la Iglesia los domingos y antes de cada tiempo en el comedor se ponía de pies para dar una prolongada acción de gracias. Pero el espíritu puritano se mostraba aun más en aquello que estaba prohibido. Los pequeños placeres permitidos a los estudiantes de todas partes —bailes, carreras de caballos, peleas de gallos, el teatro, y tales lujos como perros, caballos, coches y criados— eran estrictamente prohibidos en Nashville. Aun el estudio de la música era permitido solamente por dispensa especial. Parece que a Walker le fue permitido practicar la esgrima bajo un tutor privado, añoraba ma-

nejar una espada desde su niñez y tenía un cuerpo fuerte y liviano muy apropiado para ese arte.

Después de graduarse, pasó algunos meses leyendo libros de medicina en el despacho del médico de la familia, el Doctor Thomas Jennings, confirmando su deseo de proseguir la carrera de medicina. No tuvo dificultades para inscribirse en el Colegio Médico de la Universidad de Pennsylvania, en Filadelfia, y en 1843 obtuvo el grado de médico. Tenía entonces diez y nueve años, sin duda alguna uno de los más jóvenes médicos del país.

El tema de su tesis doctoral fue "El iris" y hay razón para creer que Walker, por este período de su vida, estaba interesado en mesmerismo. Sus extraordinarios ojos, "que ardían con un frío fuego gris" y a los que se le atribuyeron más tarde poderes hipnóticos, fueron en sí mismos suficientes para atraerlo al estudio de lo que se había dado en llamar "fenómenos mesméricos". La moda del hipnotismo, la que los trabajos del controversial Doctor Mesmer había puesto en boga en Europa, no había avanzado mucho en los Estados Unidos, pero el posible poder de la hipnosis en la mitigación del dolor era muy debatido entre los estudiantes de medicina por aquel entonces en que no habían anestésicos efectivos para usarse en cirugía.

Aunque le esperaba el ejercicio de su profesión en Nashville, no mostró empeño en seguirlo. Su corazón estaba fijo en estudios avanzados, esta vez en Europa. Edimburgo, la Meca de aspirantes médicos americanos, parecía la escogencia natural entre las universidades extranjeras, y la familia de James Walker residía en Escocia, mas William decidió ir a París. La facultad de la Sorbona, donde asistía a conferencias, puede que haya sido de menor importancia en su decisión que el inmemorial atractivo de Francia para los espíritus románticos.

IV

La desilusión que condujo a Walker al abandono de la medicina comenzó en los hospitales de París. Las novelas de Balzac pintaban el materialismo, la corrupción y el cinismo que florecía bajo los últimos reyes Borbones, y la medicina, no menos que el comercio y el gobierno, se habían vuelto desesperanzadamente reaccionarios. De todos los franceses, decía un ingenio malhumorado, los médicos eran los que más se encogían de hombros. Excepto en aquellos hospitales donde se atendía a los ricos, las facilidades eran medioevales, la higiene inexistente y los métodos sin consideración. La mortalidad infantil era más alta que en Londres; las epidemias de enfermedades contagiosas en los hospitales eran frecuentes; y el sufrimiento humano bajo el bisturí del cirujano era indescriptible. Las condiciones observadas por Walker a los diez y nueve años hacían chacota de sus ideales Hipocráticos, y el ánimo de la ciudad, con toda la superficial alegría, debe haber sido igualmente difícil para un joven puritano que no patrocinaba los burdeles, la bebida o el juego. Los verdaderos valores de París estaban para él en la Literatura Francesa. Víctor Hugo llegó a ser uno de sus ídolos. Sus ideas políticas se tornaron especialmente avanzadas. Mas la *politesse*

parisina también dejó su marca, sus modales tomaron un sesgo de formalidad y gentileza que muchos norteamericanos consideraron afeminados, de modo que, en sus días de filibustero, asombraba a los que al estar por primera vez en su presencia esperaban encontrar a un rudo matasiete.

Habiendo abandonado París después de más de un año, Walker asistió a conferencias médicas en Heidelberg. Parecía que tenía el don de lenguas. Más tarde aprendió español. Una fuente alemana informa que participó en los duelos obligatorios, con espadas de doble filo, de las sociedades estudiantiles de Heidelberg, y salió incólume —un no pequeño tributo, a ser cierto, a su maestro de escriga de Nashville, mas esto puede que sea apócrifo. Qué otros centros europeos haya visitado no se sabe, mas finalmente se dirigió hacia el Norte para estudiar en Edimburgo, pasando en el camino algún tiempo en Londres. Su permanencia allí, aparentemente, lo malquistó contra los ingleses. *Martín Chuzzlewit* estaba por entonces, ocasionando tensiones adicionales en las relaciones Anglo-americanas, y Walker, que no tenía ninguno de los hábitos norteamericanos caricaturados por Dickens —no se emborrachaba, ni escupía, ni blasfemaba, ni alardeaba, ni asesinaba el idioma, ni consideraba el dinero como lo principal de la vida— habría de resentir esa arrogante condescendencia con que la mayoría de los Ingleses de esa época hablaban de sus coterráneos.

Después de un largo y agitado viaje transatlántico regresó a Nashville, donde fue recibido con toda la admiración que provocaba en esos días un joven viajero con títulos universitarios. "El más consumado cirujano que ha llegado a la ciudad" se decía de él. Pero había una amarga ironía en su situación, pues encontró a su madre no lejos de la muerte, gastada, canosa antes de tiempo, sufriendo las horas de vigilia de "reumatismo" y "neuralgia" y él sin pretender saber, más que el médico de la familia, cómo debía tratarse.

Ahora la profesión médica le parecía inútil. Hizo un breve intento de ejercerla pero sin entusiasmo. Aunque nunca perdió el interés en las teorías médicas, o su respeto por los médicos dedicados a su profesión, pronto se dio cuenta que recetar calomel, o purgantes, y atender los partos que llenaban las actividades diarias de doctor, no era definitivamente para él. El hecho de que tirara por la borda el fruto de sus años de estudio, una cuantiosa inversión financiera y amargamente desilusionara a su padre, no hacía méll en él.

Después de su larga ausencia, debe haberse sentido algo así como un extraño en la familia, sosteniendo ideas marcadamente diferentes a la de ellos, y tal vez desplazado del centro de los afectos de su madre por sus hermanos más jóvenes y su hermana. De cualquier manera que fuera se decidió a no permanecer en Nashville. De todas las ciudades en los Estados Unidos, New Orleans era la que lo atraía más, con sus encantos criollos, su sabor internacional y su cultura metropolitana. En ninguna otra parte en el Sur podría encontrarse en una ciudad, teatros, ópera, publicistas, asociaciones literarias, una gran variedad de periódicos

cos y su famosa cocina. Y fue fácil encontrar una razón para ir allá. Habiendo rechazado el ministerio eclesiástico desde hacía mucho tiempo y no teniendo inclinación, —o así parecía entonces—, para la vida militar, no le quedaba abierta otra profesión "de caballero" que la de las leyes. Estudiaría, pues, leyes en New Orleans. La superioridad del Código de Napoleón, como se aplicaba en la Luisiana, era una convicción favorita de románticos jóvenes sureños.

La ayuda de su padre, si es que le llegara, era en escala reducida pues William como estudiante de leyes en New Orleans contaba con muy poco dinero. A los dos años de estudios estuvo calificado para el ejercicio de la profesión. Tenía entonces veintitrés años de edad y aunque no se le podía considerar un individuo gregario, tenía un amplio y variado círculo de amistades. Edmundo Randolph, unos cuantos años mayor que él, Secretario de la Corte del Distrito, era su más íntimo allegado, aunque eran completamente diferentes. Randolph era un tipo alegre, con una bonita querida mulata en una casa de la calle Rampart y su correspondiente colección de deudas de juego y vales de cantinas. Evidentemente vio en Walker las cualidades necesarias para complementar las suyas, y a su ruego abrieron un bufete, como socios. Mas la firma no prosperó. Randolph estaba más interesado en la prosecución de los placeres que en las causas legales y aunque Walker era un orador fluido y efectivo cuando quería serlo tendía a ser callado y enigmático con las gentes extrañas. Su estilo no atraía a posibles clientes, se vestía sin seguir las reglas de la moda, y hacía poca impresión con su apariencia. Apenas medía cinco pies y cinco pulgadas de alto, pesaba menos de 120 libras y parecía más joven de lo que era en realidad. Si uno no observaba sus ojos, su rostro no daba indicaciones especiales de fuerza interior. Una frente alta, sin arrugas, bajo un cabello liso, café claro, una larga nariz recta, una boca ancha, no desagradable, pero con un algo de satírica en sus esquinas, una quijada angulosa —todo esto era corriente en una fisonomía norteamericana. Sólo sus ojos de gruesos párpados daban muestras de su fuerza interior. Grises, brillantes, luminosos, parecían penetrar las mentes de las personas con quienes hablaba, despertaban el interés de sus amigos, atraían a los extraños, y desconcertaban a sus antagonistas.

Con toda probabilidad había en su corazón abandonado las leyes, así como había abandonado la medicina, aun antes de comenzar a ejercerla. No sería muy tarde sin que descubriera que para practicar las leyes en las cortes de New Orleans se necesitaba tener un pellejo tan grueso como el de los médicos de los hospitales de París. Una cerrada cábala de políticos controlaba el gobierno municipal, arreglaba las elecciones escogía a los jueces, controlaba a los jurados, manejaba las llaves de las cárceles, y hacían mofa del Código de Napoleón. Los hombres adinerados de New Orleans habían venido a términos con los patronos políticos en la corriente forma financiera, pero había menos justicia y menos clemencia para el ciudadano sin dinero que tenía que enfrentarse a la autoridad civil. En cuanto a una seria administración municipal, brillaba por su ausencia. No había dinero pa-

ra mejoras sanitarias, para la desecación de los pantanos, construcción de cloacas, reparación de diques, pavimentación de calles lodosas, y la recolección de la basura tan necesaria para proteger la ciudad contra las frecuentes epidemias. El juego y el vicio florecían, sin embargo. Los burdeles, protegidos por la policía, abiertamente distribuían volantes anunciando a "las vírgenes recién llegadas del campo" y a "las filles de joie entrenadas en París".

Randolph, con su espíritu realista, podía seguir el juego, pero Walker no podría acomodarse a los enredos de las cortes como no podría patronizar el Cabaret Selecto de Madame Fifi. No tenía verdadero interés en el curso ordinario de los asuntos legales. Sólo el drama de la corte le atraía. Es imposible imaginársele enviando cuentas y embolsándose estipendios así como en medicina, recetando jarabes o afectando poses de médicos de cabecera. El probó la medicina y las leyes como un joven de su tiempo podría probar una botella de vino dudoso, lo encontró agrio y lo rechazó.

El pretexto que necesitaba para echar a un lado su nueva profesión lo tuvo a principios de 1848 cuando se le acercaron dos experimentados periodistas, A. H. Hayes y J. C. McClure, quienes habían renunciado a sus puestos en el cuerpo de redactores del diario conservador DELTA de New Orleans. Estaban planeando publicar un diario propio, que se llamaría el CRESCENT, y buscaban a una persona que redactara las noticias extranjeras y escribiera sobre relaciones exteriores. Walker, con su experiencia europea, su dominio de varios idiomas, su educación clásica, y su entrenamiento médico-legal, les parecía ideal para sus propósitos. No dudó mucho antes de aceptar. Un diario le daría la oportunidad necesaria para expresarse, enemigos contra quienes polemizar, y sobre todo, la oportunidad de crearse su propia reputación. El tiempo se iba rápidamente. Los jóvenes educados de

aquellos tiempos gustaban de citar las palabras de Don Carlos de Schiller "Veinticuatro años de vida, y no haber hecho nada para inmortalizarse!". Napoleón, Pitt y Bolívar vivían todavía hacía unos pocos años, y sus brillantes carreras ya estaban en movimiento a los veinticuatro años.

Como acicate adicional para su nueva empresa, estaban sus ansias por Ellen. La naturaleza de sus relaciones pueden mejor imaginarse bajo el signo de los tiempos. Su gran ambición e ideales caballerescos, lejos de impresionar a Ellen como absurdos, obtenían su cálido entusiasmo. Bajo su estilo reservado ella reconocía un espíritu noble y generoso y ella debe haberse encantado de su orgullo, sus bondades, sus gentiles modales. Mas estos inexpertos y mudos amantes se debatían "entre las rocas del ascetismo y los torbellinos de la sensualidad". Para ellos el roce de las manos, la breve caricia de los labios, eran sensaciones exquisitas y novedosas, que abrumaban sus limitaciones. Los problemas quedaban enmarcados por el silencio. Sin palabras, no había medio para ellos de expresar el ardor y revelar los pulsantes deseos, si no era por tales transgresiones físicas que violarían el código por el que habían sido educados.

El matrimonio era su necesidad y su esperanza, pero eso tenía que esperar hasta que Walker pudiera ofrecer un hogar digno y razonables medios. Le era esencial presentarse como una persona acaudalada, a quien la señora Martin no temiera confiar el cuidado de su hija. La proposición del CRESCENT llegó en un momento propicio. Aunque sus primeras contribuciones, firmadas con su inicial, W, fueron experimentales, muy pronto era un miembro del pequeño cuerpo de redactores del diario. Por Marzo de 1848, había abandonado su oficina de leyes sin clientela para volverse periodista, con un pequeño sueldo pero con grandes aspiraciones.

Capítulo Dos

BASTANTE HACIA LA IZQUIERDA

I

Mil ochocientos cuarenta y ocho fue un gran año para los periódicos norteamericanos. A las noticias sensacionales seguían otras noticias sensacionales. Ese año parecía como si toda la especie humana sintiese la espontánea urgencia de romper sus amarras. Por dondequiera el descontento y la frustración se traducían rápidamente en violencia. El furor revolucionario se rebeló primero en París, donde en tres días de luchas callejeras los insurgentes republicanos dieron en tierra con el trono de Luis Felipe. De Francia el contagio se extendió con rapidez hacia el Este. El Rey de Prusia, con los cabellos de punta mientras oía los rumores de un nuevo e inquietante credo político llamado Comunismo, se sintió compelido a conceder una constitución para apaciguar a las torvas masas de Berlín. En Viena, el emperador Hapsburgo pudo salvarse sólo hasta que la caballería Cosaca enviada por

el Zar de Rusia llegó en su ayuda. Mas ni los temidos rusos pudieron impedir que Hungría, con Kossuth a la cabeza, alcanzara su independencia, o que los Balcanes ardieran en rebelión, mientras todo el Norte de Italia sacudía el yugo austriaco. España pendía de un hilo mientras los exilados españoles de un régimen sangriento establecían bases en Francia desde las que podían lanzar una guerra civil contra la dinastía borbónica. Los hambrientos irlandeses aireaban su pánico y sus penas en motines contra el gobierno británico, mientras un quinto de la población de Irlanda, un millón y medio de habitantes, moría o emigraba en tres años que sufrieron de la enfermedad de la papa y de hambre. Aun en la desanimada Asia los hombres se erguían contra la autoridad establecida. La rebelión anti-imperial, llamada Taiping, o Gran Paz, comenzaba a hacerse sentir en China. Apenas si pasaba un mes en la India sin la acción de tropas británicas castigando estados y tribus lo suficientemente

estúpidas para disputar el poderío de la Reina Victoria. Todo este apasionado torbellino habría de calmarse pronto. Francia volvería a la era Napoleónica, reyes y dictadores por doquiera continuarían reinando, y los liberales, perseguidos por las policías secretas de respectivos países, buscarían refugio en el extranjero. Pronto el escritor ruso Alexander Herzen, habría de escribir, suspirando, desde París "Es una cosa extraña, desde 1848 todos hemos fallado y empujados, hemos echado por la borda todo lo que importaba, nos hemos encogido dentro de nosotros mismos". Pero mientras el año seguía su curso, todo parecía posible. El redactor del New York HERALD, Charles A. Dana, informaba de Francia "Encuentro que el socialismo ha ganado mucho. Un agudo observador, —que no es socialista—, me decía el otro día que el triunfo final de las nuevas ideas era seguro. El futuro nos dirá si era un verdadero profeta".

De los grandes poderes de Europa, sólo uno se escapó de la agitación revolucionaria. Inglaterra. No que el pueblo británico no tuviera razón de enfurecerse. Describiendo su condición, el INQUIRER, de Londres, decía "La miseria y la degradación se le enfrentan a cada paso. Es absolutamente desconcertante, sentarse en casa cerca del fuego, por razón de los miserables sujetos que se colocan frente a las ventanas, exhibiendo todas las señales de infortunio y calamidad. No tenemos un plan para remediar este gran mal que invade la sociedad inglesa. Sólo podemos lamentar su existencia".

Unos cuantos espíritus atrevidos fueron tan lejos como sostener la abolición del trabajo infantil y acortar la semana de trabajo de ochenta a setenta y dos horas, y los obreros, reunidos bajo la bandera de los sindicatos, trataban de hacer demostraciones en las calles. Pero los británicos todos, aunque lloraban las desgracias de Oliver Twist y la Pequeña Nell, estaban a la vez tan encantados y estimulados por los recientes triunfos de sus armas, de su diplomacia y de su comercio, que las protestas de los lunes se ahogaban en los alegres gritos de los martes. La India rendía riquezas nunca soñadas. Del romántico Cathay llegaban también grandes entradas mientras millones de chinos adquirían el hábito del opio, pues unos pocos años antes la artillería inglesa había obligado a Peking permitiera la importación de la droga prohibida. No solamente un imperio sino que el mundo entero estaba siendo explotado por las empresas comerciales británicas respaldadas por la más poderosa marina mundial. La rivalidad norteamericana en el comercio, aunque enérgica, no era, sin embargo, alarmante. El Atlántico yacía entre las fábricas Yankees y el mercado Europeo, mientras la ruta del Cabo de Buena Esperanza al Oriente le daba a Inglaterra una gran ventaja en distancia y tiempo sobre los barcos norteamericanos obligados a dar la vuelta por el Cabo de Hornos. El oro corría a Londres por todos los rumbos, incluyendo los Estados Unidos, donde los manufactureros ingleses gozaban de un enorme mercado. En situación tan agradable, el estado de ánimo de la clase gobernadora inglesa era condescendiente.

En cuanto a los Estados Unidos, a sus gentes les importaba un comino la caída de reyes y gobiernos del

exterior, excepto que en lo general, lo consideraban como bien merecido. Los grandes acontecimientos de ese año en casa animaban el espíritu del pueblo americano. La rendición del ejército mexicano bajo el General Santa Anna, que le había permitido a la Administración del Presidente Polk arrebatárle cerca de la mitad del territorio mexicano por pretextos tan débiles que algunos prominentes norteamericanos, Daniel Webster y Henry Clay, entre otros, se sentían apenados. Muchos otros, por el contrario, tildaban al Presidente de "Slow-Polk", (juego de palabras con "slow poke" perezoso que se mueve lentamente), por su fracaso en hacer que todo México fuera inmediatamente territorio de los Estados Unidos. De cualquier manera lo hecho estaba hecho, y luego vino la sorprendente noticia de los vastos depósitos de oro en California, —que hacían que cada americano soñara en ser millonario—, y dando comienzo a una explosión de entusiasmo especulativo en Wall Street. Al mismo tiempo, el genio industrial americano estaba desplegando su poder por todas partes. En Chicago, Cyrus McCormick había comenzado a fabricar su revolucionaria cosechadora. En Philadelphia, la rotativa a vapor de Richard Hoe, imprimía periódicos cuatro veces más rápidamente que antes. El telégrafo eléctrico de Samuel Morse cubría la costa americana desde Boston a New Orleans.

Y estaban, principalmente, los ferrocarriles. Con la ayuda de capital británico se habían tendido los rieles desde Nueva Inglaterra hasta el Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Ohio. Ese mismo año (1848) Asa Whitney se presentó ante el Congreso urgiendo la construcción de una ferrovía transcontinental. El Presidente Polk firmó un tratado con la nación suamericana de Nueva Granada (Colombia) para la construcción de un ferrocarril a través del Istmo de Panamá, para el transporte de pasajeros entre el Atlántico y el Pacífico. La locomotora a vapor era la esperanza, era la riqueza, era el futuro. Los hombres adinerados compraban acciones de los ferrocarriles y todo muchacho aspiraba a ser maquinista —menos aquellos que añoraban ser capitán de un velero a China o piloto de un vapor en el Mississippi.

Semejante año de buenas noticias, —militares, mineras e industriales—, el pueblo americano no había experimentado jamás. Pero cuando 1848 tocaba a su fin, bajo la palpitante superficie de los acontecimientos había una corriente de profunda inquietud. El desempleo era grande, los salarios eran bajos, y el crimen crecía en las grandes ciudades. El viejo amargado de Carolina del Sur, John C. Calhoun, decía que la cuestión de la esclavitud "debería llevarse a una decisión final" y que si el gobierno intentaba impedir la extensión de la esclavitud hacia el Oeste la cuestión de la adhesión sureña a la Unión pronto sería vital. Privadamente llegó hasta amenazar al Presidente de los Estados Unidos con la secesión inmediata. Horace Greeley en el New York TRIBUNE ominosamente clamaba "Hombres y hermanos, ¿cómo se decidirá esta gran cuestión? Sin embargo habían personas, tanto en el Norte como en el Sur, que todavía esperaban que la gradual emancipación de los esclavos se alcanzara por medios pacíficos.

Con tanta excitación como la que se podía obtener por un centavo, la circulación de los periódicos aumentó y las entradas por anuncios se multiplicó. Por todo el país florecieron los diarios y los jóvenes educados, en grandes números, se inclinaron hacia el periodismo, al encontrar en la prensa un camino corto a la influencia, a la fama y a la riqueza. Había en la nación más de 2500 diarios, semanarios y periódicos, en comparación con 1500 en 1840, y esto para una población de 23 millones. En New York, sólo el HERALD tenía una circulación de 17,000 ejemplares diarios, y el TRIBUNE un poco. Nunca la prensa había ejercido antes tanto poder. Columnas de noticias telegráficas, por primera vez hacían posible el formar rápidamente, en una escala nacional, la opinión pública americana.

De todos los nuevos periódicos del año, ninguno tuvo mejores comienzos que el CRESCENT. New Orleans era la metrópolis del Sur, el corazón del importantísimo comercio del algodón, el principal puerto de embarque, el foco de las noticias de México. El CRESCENT salió a ofrecer a sus lectores algo más de lo que podían encontrar en el bien establecido PICAYUNE o el DELTA: una amplia, y menos específicamente sureña, vista del mundo. En su primer editorial, Hayes y McClure, expresaron su intención de establecer "un periódico general y exacto con amplios puntos de vista liberales sobre temas relacionados con la empresas comerciales y la industria agrícola". He allí, para aquellos que sabían leer entre líneas, una atrevida advertencia de algo menos que entusiasmo por la institución de la esclavitud. El CRESCENT, añadían, "discutiría las grandes cuestiones del Estado y de la política Nacional con libre imparcialidad", o en otras palabras, que ellos necesariamente no apoyarían el prevalente punto de vista sureño sobre el derecho de los estados, entre los que el supuesto derecho de secesión prevalecía en la mente de los hombres. Que tan atrevida posición pudiera llegar a ser un mal negocio, las personas que manejaban el CRESCENT lo reconocían, pero su aventura, decían, era "perseverar en ella mientras hubiera esperanzas de éxito".

El generalmente lúcido estilo de los editoriales del CRESCENT estuvieron en contraste con la retórica espesa y adjetivada que era entonces corriente entre los periodistas del Sur. Las colaboraciones de Walker se distinguieron especialmente por una cierta intensidad de sentimiento, indignación o entusiasmo. Reconocía los hechos —rasgos impreso en él por su entrenamiento médico-legal— pero la principal cualidad de sus escritos era su calor. Al mismo tiempo, de acuerdo con reporteros que trabajaron con él, era un redactor efectivo y digno de confianza. Uno de ellos le describió más tarde como "muy callado y bondadoso, con aspecto de persona dedicada a profundos estudios y siempre con un libro en la mano".

Casi desde el principio, el periódico prosperó sorprendentemente, pues sus opiniones eran estimulantes, sus noticieros profesionales, su formato encomiable y su redacción superior. Un periodista de New York que visitó New Orleans en 1848 declaró que "el CRESCENT está creciendo como Anak". Después de

un mes, el periódico rendía las gracias a sus lectores y anunciantes "por su apoyo mayor que lo anticipado". Unos meses más tarde uno de los más prominentes abogados y políticos de la ciudad, "el Juez" J. C. Larue, compró una parte del periódico, y un editorial afirmaba con orgullo: "Con una creciente lista de suscripción diaria y un negocio de publicidad que se extiende con cada número, el establecimiento de nuestro periódico ya no es un experimento, sino un hecho consumado".

Una de las más exitosas novedades del CRESCENT era una sección de la primera página llamada "Bosquejos de las Aceras y Diques, con Trazos de las Cantinas de New Orleans". El autor era un joven impresor, llamado Walt Whitman, que se había aventurado a llegar a New Orleans desde el Norte y se había encantado de la ciudad. Aunque se ganaba la vida en las prensas del CRESCENT, su abundancia interior influía constantemente en los reportajes. Vio el colorido de la vida a su alrededor con el ojo fresco y amoroso del poeta: la agitación sensual de las calles, los alegres gritos de los vendedores callejeros, las robustas negras en sus vestidos azules y abigarrados turbantes, las preciosas mulatas paseándose bajo el ojo vigilante de sus madres, las grisetas medio hambrientas de los talleres de costura, los elegantes restaurantes franceses con sus listas de nobles vinos, la hedionda suciedad de las cantinas ribereñas, los mercados de algodón, de esclavos y de caballos dentro y en los alrededores del Gran Hotel St. Louis, el amor por las glorias Napoleónicas, las calles con los nombres de las victorias de Bonaparte. Todo le describía con una pluma satírica y ágil.

Quizás una de las mejores piezas de Whitman para el CRESCENT fue *Daggerdraw Bowieknife*, una violenta sátira del duelista profesional y matasiete, cuyo tipo era corriente en la ciudad, y quien, Whitman decía, "antes bien tiraría a un hombre que pagarle lo que le debía". Mientras Walker estaba preocupado con grandes temas políticos, Whitman exploraba el alma atormentada de la ciudad, percibiendo que su elegante sociedad de unos cuantos miles de personas de medios y educación, era simplemente la pátina sobre la ancha, obscena y orgiástica vida que bullía por debajo. En ninguna otra ciudad de América —era entonces la tercera en rango después de New York y Philadelphia, con una población, blanca y negra, de 125,000 habitantes— podía un ciudadano pasar tanto tiempo en la búsqueda de los placeres, ya fuese en la forma de mujeres, el juego, las bebidas, las luchas, las peleas de gallos y la buena cocina. A través de su historia, bajo el régimen Español, Francés y Americano, New Orleans había sido siempre una ciudad abierta. Quizás su extrema indulgencia sensual nacía en parte de su agudo sentido de lo aleatorio de la vida. Más que en ninguna otra metrópolis, vivir en New Orleans era vivir en peligro: peligro de las inundaciones del Mississippi, peligro de las anuales epidemias del cólera, la plaga, y la más temida de todas, la fiebre amarilla, peligro de maleantes y ladrones que infestaban las calles oscuras por las noches, peligro de pendencieros y bulliciosos cortadores de madera y marineros en sus interminables borracheras, peligro de enfermedades venéreas que propagaban los prósperos burdeles, peli-

gro económico de los violentos vaivenes de los precios del azúcar y el algodón, peligro psíquico de los corruptores efectos de la esclavitud sobre los jóvenes de ambas razas. Aun el hombre de posición era más vulnerable que en otras ciudades, pues el rango social no le protegía de los jóvenes pendencieros, empistolados, dispuestos a burlarse de la ley que prohibía el duelo pero que se arriesgaban por lo que consideraban puntos de honor.

En cuanto a los 60,000 negros de la ciudad, —de los que todos, menos unos cuantos, eran esclavos—, sus amplias sonrisas aplacadoras significaban solamente que habían aprendido a vivir con sus resentimientos y terrores. Las grandes danzas de los esclavos a la luz de las antorchas y al son de tambores en Congo Square, observadas por blancos como un entretenimiento —en las que cuerpos negros brillantes arrastran los pies, oscilan y brincan— y donde los ritmos del jazz se dice tuvieron su origen en la cultura norteamericana, proveen no solamente diversión sino más importante aun, un medio para que el negro joven descargue en incontrolados movimientos físicos todo el cúmulo de frustraciones y hostilidades. Pequeños motines de esclavos en las plantaciones alrededor de New Orleans eran lo suficientemente corrientes para nadie, de cualquier raza que fuere, pudiera olvidar el peligro implícito en la "peculiar institución". Aun los aparentemente alegres canciones "Gombo" y los dichos en dialecto francés que los negros inventaban a diario y cantaban en las calles, a menudo tenían un tono de amargura y servían como una especie de corriente comentaria social. Una de esas expresiones no era más que un suspiro musical. "Yo no muero, yo no me mejoro!" Otra hacía de la bolsa un símbolo social: el negro necesitaba una bolsa porque había robado gallinas, el mulato usaba su bolsa para llevar joyas robadas, pero la bolsa del blanco era para el dinero conque engañar a las mujeres. La situación de las mulatas bonitas se expresaba en una canción satírica: "Ajá, mañosa, te conocemos; eres de color; no hay jabón que te blanquee lo suficiente".

III

Fue la pérdida del CRESCENT más la ganancia de la Poesía, cuando el espíritu andariego de Whitman, —o quizás haya sido el hecho de que había pedido tantos adelantos sobre su salario que era imposible ponerse al día—, lo obligó, en el verano de 1848, a hacer sus visitas de despedida y coger un bote de río rumbo al norte. Su partida dejó a Walker como el único escritor de sobresaliente capacidad en el periódico. Fue por medio de su pluma que el CRESCENT le dio la bienvenida a las revoluciones europeas. "Los republicanos franceses tienen algunas dificultades que vencer antes de que puedan satisfacer sus nobles y generosas aspiraciones. Esperamos que puedan vencerlas todas y asegurar la emancipación de su país. El tono anti-Británico y pro-Francés del periódico era inconfundible. Un editorial sobre la supresión de las demostraciones sindicalistas en Londres atacaba el modo de vida Británico. "La aristocracia puede triunfar ahora... mas el día ha de llegar en que el pueblo

surja, y mientras más se tarde, más terrible será el ajuste de cuentas, y más radical la reforma. Nuestras simpatías están con el pueblo".

En cuanto a la política nacional de los Estados Unidos, el CRESCENT rehusaba ser ni Whig, ni Demócrata. Se declaraba a sí mismo "ni complacido ni apenado" por la elección de ese alto personaje militar y nulidad intelectual, General Zachary Taylor, a la Presidencia de la República. Mas había inconfundible calor y sinceridad en sus frecuentes explosiones de indignación contra la injusticia social. Cuando sus propias armas de ataque se mellaban de tanto uso, llegaba hasta citar otros periódicos, aun periódicos del Norte que compartían sus puntos de vista. De un diario de Milwaukee tomaba este párrafo: "Todo verdadero patriota se preguntará, ¿no es el preponderante y demoleador poder del capital, causado en no pequeño grado, por la especial legislación parcial que obscurece los estatutos de casi todos los Estados, aun en nuestra propia República?" Similarmente, a través de un diario de Boston, el CRESCENT endosaba las reformas agrarias de los gobiernos revolucionarios europeos que estaban "arrebatando las propiedades feudales de sus dueños sin compensación alguna".

Walker, sin duda alguna, por este tiempo estaba bastante hacia la izquierda, aun entre los liberales avanzados de su época. El espíritu de compasión que se revelaba en su amor por Ellen Martin también llevaba un fuerte ardor de principios democráticos. Comenzó a llevar un sombrero negro de alas anchas, llamado Kossuth, en honor del revolucionario húngaro, que había llegado a ser ídolo de los demócratas americanos. Es quizá una asunción correcta el que Ellen compartía su peligroso idealismo y lo animaba en sus atrevidas explosiones del CRESCENT. Ella debe haber estado complacida, cuando el periódico arriesgó un día la burla de la población masculina de New Orleans por patrocinar "los derechos de la mujer" a la propiedad y al sufragio, y alababa el ejemplo de una medida legislativa que había sido introducida en la Cámara de Diputados en Francia. El CRESCENT aun declaró su deseo de "exponerse a las acusaciones de radicalismo, jacobinismo, agrarismo y otros nombres infamantes". Se burlaba de "la bien alimentada y bien vestida conveniencia" que rehusa admitir "que el hombre pobre tiene derechos que su obligación afirmar por todos los medios en su poder, ya sea por la razón o la fuerza".

Los puntos de vista del CRESCENT sobre la esclavitud eran menos francos que sobre otros temas, pues para existir en New Orleans tenía que evitar la marca mortal de "abolicionista", mas el lector entendido no podía tener dudas en cuanto a su posición. Una columna en la primera página ensalzando a Alexis de Tocqueville parece haber sido escrita primordialmente para la inclusión de una frase. "Democracia en América es uno de los mejores trabajos publicados sobre las instituciones de este país". De esta manera el periódico podía apoyar la acusación de la esclavitud de DeTocqueville sin mencionarla. Una política similar era seguida con respecto a la controversia sobre las leyes de esclavos fugitivos, las que eran reportadas sin comentarios, lo que en sí constituía un comentario. Al CRESCENT le encantaba, además, publicar de vez en

cuando en lugares preminentes pequeñas notas macabras describiendo motines de esclavos asesinatos de dueños de esclavos, insurrecciones sangrientas en barcos de esclavos, y así por el estilo. Citas de escritores nortños daban a entender la esperanza de que a medida que mejorara la condición económica del Sur por medio de la introducción de nuevas industrias, la esclavitud sería gradualmente reducida y eventualmente abolida. "Si estos Estados (Virginia, Kentucky y Tennessee) escogiesen abolir la esclavitud —y confesamos que la señal de los tiempos indican que lo harán— es algo que a ellos les concierne". Sobre todo, nada debe dejar de hacerse que pueda ayudar a evitar una guerra civil. "Antes que un pueblo recurra a ella, se ha de preguntar ¿es (el agravio) suficiente para armar hermano contra hermano? "¿Es el derecho abstracto (el de la propiedad de esclavos) tan seguro que ninguna persona desinteresada pueda tener dudas sobre él? Hay otra pregunta que hombres prudentes se hacen antes de arriesgar todo en las incertidumbres de una guerra ¿Qué se ganará con la victoria?"

Solamente en un tema principal del día, es que el CRESCENT estaba de acuerdo con la prevalente opinión sureña. Creía que Cuba debería ser parte de los Estados Unidos. Decía un editorial a principios de 1848 "Cuba debe ser independiente de España, y como última consecuencia, un miembro de nuestra unión". Mas en cuanto a los medios de adquisición el CRESCENT difería del punto de vista sureño. La mayoría de los líderes del Sur no estaban deseosos de confiar el futuro de la isla a ninguna administración federal dominada por políticos nortños. O Cuba llegaba a ser un estado esclavista, bajo la influencia del Sur, o era mejor dejarla a sus dueños españoles. La solución, vista desde New Orleans, era una revolución cubana bajo un liderato simpaticante de la posición del Sur. Fomentar tal revolución era el objetivo principal de los expansionistas sureños, y una expedición militar filibustera reclutada en el Sur y financiada por caballeros particulares era el medio escogido.

El CRESCENT no quería nada de eso. Como siempre, en lo que se refería a esclavitud, su posición era contraria a su expansión. Cuba ciertamente, debería llegar a ser un Estado americano, mas por medio de la compra legítima de la isla a España, o quizás por una revolución espontánea de su pueblo maltratado, seguida del logro de su independencia y de su voluntaria solicitud de admisión a la Unión. "Cuba debe obtener su propia libertad". "Si esperamos un poco la ciruela madura caerá en nuestro seno". Ostensiblemente, el CRESCENT basaba su posición en la necesidad de mantener las Leyes de Neutralidad, establecidas treinta años antes, y que prohibían desautorizadas intervenciones militares americanas en los asuntos de naciones amigas. Este argumento, no podía, sin embargo, encubrir a los lectores del periódico su falta de entusiasmo por la esclavitud de los Negros.

A fines de 1848, llegó la noticia de que el Congreso estaba discutiendo una ley que abolía la trata de esclavos en el Distrito de Columbia y que los miembros sureños, encabezados por el Senador Calhoun, habían amenazado con retirarse en masa y disolver la

Unión si se aprobaba la ley. El sentimiento popular en New Orleans era fuerte en su favor. El PICAYUNE patrocinaba "arriesgar todo en un choque" y presumía "que algo más que tinta debería derramarse". Unico, entre los diarios de la ciudad, el CRESCENT urgía precaución. "Siendo amigos de la paz y del buen orden y devotamente apegados a nuestra Unión, creemos nuestro deber decir una palabra en pro de su preservación. Esto era como una bofetada en la cara de aquellos en el Sur, y eran muchos, que consideraban la línea Mason-Dixon como la frontera norte de su tierra, excepto quizás en el Cuatro de Julio y el día del nacimiento de Washington. Los editores de diarios en Carolina del Sur y Mississippi, coléricos, acusaron al CRESCENT de ser "un diario yankee", reputación que nunca pudo borrar.

IV

La profundidad de la influencia de Walker en la política editorial del CRESCENT es una conjetura, pero a juzgar por la evidencia interna de estilo y contenido, su marca individual aparece por todas partes. Una serie de estudios de los filósofos franceses, incluyendo a Pascal, Montesquieu y Chateaubriand, se puede, con toda probabilidad, atribuir a su influencia. Sus avanzados intereses intelectuales eran un motivo de orgullo para el periódico. Cuando en Octubre de 1848, fue invitado a Nashville para pronunciar el discurso de inauguración de los cursos en su Universidad, escogió como tema "La Unidad del Arte". El CRESCENT informó sobre el suceso con satisfacción, y citaba a la prensa de Nashville para recalcar el punto de que "Mister W. salió con gran habilidad tanto en composición como en pronunciamiento".

Este discurso, impreso por la Universidad pero desde hace mucho tiempo perdido, arroja una luz reveladora sobre Walker a la edad de veinticuatro años. "Si se me llamara a exponer sucintamente el objeto de la educación universitaria", comenzaba, "yo diría que es el cultivo del arte. De la universidad depende, en gran parte, el mantenimiento del buen gusto, que es un elemento primordial y esencial de lo que llamamos civilización". El ampliamente concebía el arte como la manifestación exterior de la vida espiritual del hombre, encarnada en la belleza, la verdad y la virtud. El estudio de las ciencias, decía, lejos de ser antagónico al arte, podría contribuir al desarrollo de las percepciones artísticas, pues "la ciencia enseña los principios sobre los que los mundos fueron hechos, así como las grandes verdades matemáticas. señalando al mundo invisible, el mundo del espíritu".

De todas las artes, era la poesía heroica la que lo impresionaba profundamente. Veía a Shakespeare y a Milton como los poetas del heroísmo, a Byron como el héroe de la poesía. El consideraba que Byron había vivido su vida artísticamente, "aunque murió joven, envejeció en fama y hechos". La vida misma era una forma de arte. No es sino a través de la búsqueda del arte de la vida que el hombre "medio gusano y medio ángel" pudo levantarse del hombre primitivo. El ser artístico del hombre encontró una salida aun en la guerra —"la más recia y la más fiera expresión de

patriotismo"— y el artista en vida debe empeñarse en alcanzar "la perfecta y radiante postura" del coraje

El advertía en contra de dejar que las ideas convencionales y las pequeñeces de la decencia ahoguen los impulsos del arte. Enderezando una puya a aquellos que "temen la filosofía" recomendaba la lectura de la poesía de Milton que hurga la naturaleza interior del hombre, y llegaba hasta recordar a la moigata audiencia de Tennessee que en el *Paraíso perdido* la figura más interesante y atractiva es la de Satán con su "indomable voluntad" y su "odio inmortal"

Toda la carrera posterior de Walker puede considerarse, en cierto sentido, como la expresión de estas ideas. Ellas le dieron la pauta a la trayectoria de su vida. El ya había comenzado a formular los principios de la conducta heroica que trató de vivir, del ideal de Galahad al ideal de Byron fue para él una evolución natural. En su tiempo, que un joven tratara de imitar la grandeza de la vida de Byron no era considerado como absurdo. El sólo intentarlo se justificaba.

Igualmente importante quizás, "La Unidad del Arte" lo revela como perfectamente conciente de las muchas ideas seminales de la época que estaban entonces echando raíces en Europa. Esa misma conciencia aparecía repetidamente en la página editorial del CRESCENT. Fue Walker, con toda certeza, quien escribió un artículo titulado "Las Guerras del Mundo" influenciado por Thomas Hobbes y en el que preguntaba especulativamente "Deben los hombres permanecer por siempre esclavos de sus tendencias puramente destructivas? O estamos todavía en el embrión del ser, y es necesario pasar a través de los grados bajos de la existencia antes de llegar a los más altos y nobles estados que nos esperan en el futuro?" Esto era una década antes de que Darwin publicara el *Origen de las Especies*. Pareciera que alguien en el CRESCENT había estado leyendo las obras de los primitivos evolucionistas franceses. Igualmente es posible que Walker, con su entrenamiento médico en el extranjero, fuese el responsable de la publicación en el CRESCENT de algunos artículos avanzados y originales escritos por otros médicos, sobre el tratamiento y prevención del cólera y la fiebre amarilla. Habiendo aparecido mu-

cho antes que las investigaciones sobre las bacterias hechas por von Helmholtz y Pasteur fuesen publicadas, esos artículos aludían a la existencia de tales microorganismos, claramente hablaban de "la teoría animalcular del cólera y todas las enfermedades, con muy pocas excepciones", y urgían que se tomaran medidas sanitarias en "lugares que favorecen el desarrollo de insectos que propagan enfermedades"

A fines de Diciembre de 1848, uno de los editores del CRESCENT, y no es remoto que fuese Walker, escribió un artículo como el que los periódicos, desde tiempo inmemorial, presentan a sus lectores avaluando el significado del año que termina. "El año que acaba de completar su curso está lleno de acontecimientos que lo harán resaltar en atrevido relieve de modo que la posteridad lo recordará como el comienzo de una nueva era". Europa se encontraba convulsa por la agitación revolucionaria y democrática. Los Estados Unidos aparecían victoriosos en la guerra y orgullosos poseedores de nuevos y vastos territorios. Incalculables posibilidades para el país se habían abierto por el oro de California. El sueño de riquezas hacía que miles de Americanos ilusos dejaran sus hogares y se encaminaran al Oeste. En New Orleans el espíritu de excitación provocó una agudeza local. "El año pasado era la fiebre amarilla, este año es la fiebre del oro". Toda la primera página del CRESCENT el día de Año Nuevo fue dedicada a descripciones de California con un mapa de las regiones mineras.

Mas el editorial concluía con una nota de seriedad. Una severa epidemia del cólera había estallado en New Orleans. "En medio de todos estos dorados sueños la copa de la alegría se nos arrebató de los labios. La recurrente pestilencia ha invadido nuestra tierra, llevando la tristeza a muchos corazones". Mas de mil muertos se habían ya reportado. Muchas de las familias de New Orleans huían hacia el Norte. Walker debe haberse preocupado profundamente por Ellen y su madre, quienes permanecían en la ciudad. "Así termina el Año Viejo y comienza el Nuevo con el alma de los hombres inflamados con el deseo de ganancias y la peste Asiática recomenzando su mortal y terrible marcha".

Capítulo Tres

¡DEJELA VENIR!

I

Fue siendo editor del CRESCENT que Walker tomó la específica posición política sobre la que basó su carrera posterior. Como la mayoría de los norteamericanos de su época, creía ardientemente en el Destino Manifiesto de la nación, de establecer sus instituciones y su poder a través del Hemisferio Occidental. Para él, sin embargo, esta convicción no era simplemente el producto de un desordenado e inconsulto chauvinismo. Pensaba, como lo hacían muchos de los líderes políticos de América que la forma mejor de prevenir que la nación se despedazara sobre la cuestión de la esclavitud, era reunir al pueblo en una causa común con una

justificación moral. Esa causa, esa justificación, tal como él la veía, estaba en la Doctrina de Monroe. En 1849, el país se dio cuenta que Inglaterra había estado burlando la Doctrina por sus acciones en Centro América, de una manera casi despreciativa. El TIMES de Londres, abiertamente se ufana de que casi la mitad del Istmo estaba en manos inglesas.

El punto de discordia que llamaba la atención de Walker yacía en una ancha faja de tierra a lo largo de la costa Atlántica de Nicaragua, un territorio conocido como Mosquitia, o Costa de los Mosquitos. Tardíamente, los Estados Unidos se habían dado cuenta de su importancia estratégica. Europa, sin embargo, por mucho tiempo había pensado que Nicaragua era una

de las llaves principales al imperio mundial del futuro. Mas de cien años antes, en 1740, un científico francés, La Condamine, había dicho casi lo mismo ante la Academia de Ciencias de París y propuso la construcción de un canal por Nicaragua para unir los océanos Atlántico y Pacífico. Su trabajo llamó la atención de la Oficina de Negocios Extranjeros Británicos, y mientras los Franceses estaban todavía estudiando el asunto, Inglaterra envió barcos de guerra a Nicaragua, —entonces una posesión de la decadente España—, e izó su bandera en los tremedales de la costa oriental. Los Indios Mosquitos no ofrecieron oposición alguna. Siempre cautelosos, los ingleses justificaron entonces su acción en términos diplomáticos. Se produjo un documento solemne que mostraba, que en 1720, el "Rey de los Mosquitos" había puesto voluntariamente su territorio bajo la protección del Gobernador de Jamaica.

España protestó, Inglaterra se encogió de hombros, y así quedó el asunto por un siglo. Pero cuando los Estados Centroamericanos sacudieron el yugo español, y bajo la inspiración de Bolívar, formaron una Federación, Nicaragua se atrevió a preguntar qué derecho tenían los ingleses en parte de su territorio. Los representantes de Inglaterra en Centro América decidieron que la antigua autoridad jamaíqueña no tenía más utilidad. Consecuentemente, vistieron al descendiente de uno de los antiguos reyes Mosquitos con el uniforme de Mayor del ejército, con toda formalidad coronaron a Robert Charles Frederick como rey de la "Costa y Nación de los Mosquitos", le rodearon de una corte de "nobles" y solemnemente afirmaron sus poderes soberanos.

Entonces se originó un acontecimiento imprevisto. El Rey Robert tomó su papel en serio, y puesto que era inclinado al whisky y a vistosas ropas de color, comenzó a dar grandes parcelas de tierras a comerciantes Yankees, a cambio de licor y de alegres telas estampadas. Los ingleses intervinieron, secuestraron al Rey, lo aprisionaron por el resto de su vida, mas no antes de que firmara un documento —con una X— nombrando a un inglés como Regente "en reconocimiento a todos los favores amontonados sobre él y su pueblo por los ingleses". Desde entonces el país fue ostensiblemente gobernado por un Concejo de Estado nativo, el que servía de pantalla diplomática a los funcionarios británicos que se movían tras ella.

Todo esto era parte de un extenso plan inglés —acabar con la Federación Centro Americana que, siendo de tendencia democrática, ya estaba bajo la presión de los terratenientes nicaragüenses de ascendencia española. Su destrucción tomó algunos años, pero en 1838 la Federación se derrumbó en un turbión de confusión y guerra. Este era el momento que Inglaterra esperaba. Primero atrapó la costa oriental de Guatemala, conocida como Belice, y que ella llamó más tarde British Honduras, luego tomó posesión de Cabo Honduras, que estaba al norte de la Costa de los Mosquitos, y finalmente, empujó su protectorado Mosquito hacia el sur. Por entonces se había puesto en claro, que la mejor ruta canalera a través de Nicaragua, utilizaría el río San Juan cercano a la frontera de Costa Rica. Un pueblecito soñoliento de ranchos de paja,

San Juan del Norte, que yacía en la boca del río, adquiriría importancia estratégica. Un día, apareció allí una partida de ingleses armados. Izando la bandera mosquita —que tenía un pequeño pabellón inglés en su esquina superior— formalmente reclamaron San Juan del Norte en nombre del Rey de los Mosquitos y ordenaron al jefe de aduana nicaragüense que abandonara el puerto. Cuando aquel rehusó salir, fue tomado por la fuerza en un bote y abandonado, a muchas millas, en una parte deshabitada de la costa. Después el Reino Mosquito fue extendido al límite sur de Nicaragua y aun más allá dentro de Costa Rica. San Juan del Norte fue rebautizado con las punzantes sílabas inglesas de Greytown, y así sería llamado hasta que Walker, como jefe del país, le restauró su orgulloso nombre original.

II

Al conocer la historia, Walker se encendía ante la ignominia de la posición americana. Como que no existiese la Doctrina de Monroe. Es verdad que cada administración había hecho un gesto de interés hacia Nicaragua. Andrew Jackson, en 1836, había enviado un agente especial a estudiar la posibilidad de un Canal por Nicaragua, pero el enviado se vio envuelto en una transacción turbia en Panamá y nunca se detuvo en Nicaragua. El agente del Presidente Van Buren, aunque pensaba en la posibilidad del canal, advertía a los capitalistas "no hundir su dinero en un país inestable y revolucionario". Después de la captura de San Juan del Norte por los ingleses, cuando la prensa americana levantó no pequeña protesta, Daniel Webster, entonces Secretario de Estado del Presidente Harrison, envió a uno de sus hombres a Nicaragua para que luego informara, sólo para que fuera despreciado por los ingleses y regresara sin nada que sugerir. Webster mismo buscaba como evitar la guerra con Inglaterra, a pesar de las alteradas discusiones por las fronteras de Maine y Oregon, y el zuzorro de la cuestión Mosquita, era, naturalmente, muy débil en sus oídos.

Mas Inglaterra, eternamente vigilante de la cizaña en su jardín diplomático, sabía que la cuestión estaba lejos de terminada. Con la ruptura de la guerra con México en 1846, el asunto de un canal transistmico creció. Tarde o temprano, pensaban los ingleses, Washington amenazaría su presencia en Greytown. A principios de 1847, Lord Palmerston, entonces Secretario de Asuntos Exteriores, tuvo la precaución de escribir a todos los agentes de la Corona en Centro América, exigiéndoles informar "qué auténtica información podrían ellos obtener en lo referente a las fronteras reclamadas por el Rey de los Mosquitos", y también, cuál en sus opiniones, era "la línea fronteriza que el Gobierno de Su Majestad debería insistir como esencial a la seguridad y bienestar del Reino de la Mosquitia". No fue extraño que las fronteras establecidas por este procedimiento llegara al sur desde Cabo Honduras a través de Nicaragua y dentro de Costa Rica, en perfecto acuerdo con las previas reclamaciones británicas.

Nicaragua protestó que jamás había existido, y que aun no existía, un Reino de la Mosquitia, y en un espíritu de atrevimiento, envió tropas a Greytown, las

que tomaron prisionero a todo inglés que pudieron encontrar. La respuesta inglesa fue la llegada de un escuadrón naval el 1º de Enero de 1848 y el desembarque de un fuerte pelotón de marinos, quienes rápidamente recapturaron Greytown, reafirmaron la autoridad de Inglaterra "en nombre de los Indios Mosquitos", y marcharon al interior hacia el Lago de Nicaragua. Este giro de las cosas sacudió al Gobierno de Nicaragua y lo lanzó a un apaciguamiento precipitado. Se sostuvo una plática, se formuló un tratado, Nicaragua presentó sus excusas y reconoció la existencia de los Mosquitos, aunque no la autoridad británica.

James Buchanan era entonces Secretario de Estado y su respuesta a la acción británica fue similar en carácter. En una carta al Ministro Americano en Nicaragua, dijo "El objetivo de la Gran Bretaña en estas capturas es obtener el control de la ruta ferroviaria y canalera entre los océanos Atlántico y Pacífico", mas advertía que "el gobierno de los Estados Unidos no había determinado aun el curso que seguiría". Durante el año siguiente Washington no hizo progreso alguno hacia una decisión, y cuando la administración Taylor tomó posesión en 1849, el sentido de frustración en la cuestión de Greytown se había vuelto un tema importante. ¿Se permitiría que Inglaterra destrozara la Doctrina de Monroe? La pregunta se hacía repetidamente en el Senado, mientras muchos periódicos advertían al Presidente Taylor que la nación no toleraría una timidez supina ante la agresión británica. Entre aquellos estaba el CRESCENT de New Orleans, con Walker de redactor de noticias extranjeras.

III

Walker no sabía aun —sólo unas cuantas personas en Washington lo sabían entonces— por qué simplemente los Estados Unidos, después de tanto tiempo, comenzaron a retar la presencia de los ingleses en la Mosquitia. El hecho es que su vida estaba estrechándose con grandes fuerzas de las que aun no se había percatado. El trampolín por el que había de saltar a la fama estaba siendo preparado y fijado por hombres ocupados en vastos problemas —la paz o la guerra, millones ganados o perdidos— en Londres, Washington y New York.

La figura central en la situación nicaragüense era un hombre que en tipo, condición, presencia y propósito estaba tan lejos de Walker como que si ambos pertenecieran a especies humanas diferentes. Cornelio Vanderbilt era alto, recio, físicamente poderoso, tosco y gritón, dominante. De unos cincuenta años, aunque completamente canoso, era todavía un hombre espectacularmente viril, que había procreado trece hijos, a todos los cuales dominó rudamente a su voluntad, cuya esposa, habiendo sido confinado por él en un hospital de enfermos mentales, vivía en terror mortal de su temperamento, y cuyas queridas eran el secreto a voces de los mentideros de New York. Mas su pasión dominante era el dinero. Era la personificación del hombre económico —práctico, realista, impaciente ante la especulación teórica y filosófica, despreciativo de todo legalismo y, a veces, de la ley— un hombre que creía

que la verdadera prueba de un negocio estable era el tamaño de la ganancia, y quien consideraba que riqueza y poder eran sinónimos. "¿Qué me importa la Ley!" se dice que afirmaba. "¿Acaso no tengo el poder?" Cuando tomaba riesgos financieros, no solamente buscaba engrandecer su fortuna, sino probar su dominio sobre los hombres y las circunstancias, gloriarse en su fuerza y astucia, mientras destrozaba a sus competidores y barría con sus ganancias. Mucho más que Walker, él era el verdadero tipo del filibustero, feroz en el ataque sin piedad en la conquista. Uno de sus contemporáneos, describiendo una operación de Vanderbilt para monopolizar unos valores, decía "Las acciones suben de 20 a 200 y por siete días los tornillos torturantes se aprietan más y más hasta que la Bolsa de Cambios vibra con el clamor de las víctimas. . . Cuando lo citan ante el juez su memoria se apaga completamente y se olvida aun de su firma. Hay algo de magnífico en una carrera en la que un millón de dólares es como una moneda de diez centavos que toma un limpiabotas. Desnuda a Wall Street de cinco millones con la misma naturalidad con que se ganaría cien dólares a las cartas". (* J. K. Medbery, Hombres y Ministerios de Wall Street, 1879, p. 155). En 1849, Vanderbilt apenas había adquirido no más de cinco o seis millones —en sí un éxito razonable para un pobre muchacho que a la edad de dieciséis años se había metido en el negocio de cabotaje— a los que constantemente añadía por medio de la próspera operación de una larga flotilla de vapores en el río Hudson y en Long Island Sound. Fue de este negocio que tomó su título favorito de "Comodoro".

Como muchos otros potentados, él había descubierto que el poder absoluto era como un hada de belleza incontrastable y sin inhibiciones, y ya no podía contentarse con el corriente ajeteo de los negocios. Una de sus mortificaciones era por entonces que un antiguo competidor en el río Hudson, un hombre de similar agresividad y sagacidad, George Law, le había cogido la delantera. Habiendo fundado la United States Mail Steamship Company, Law había conseguido que el gobierno en Washington le concediera un subsidio de \$290,000, por el que se comprometía a proveer vapores que transportaran la correspondencia de California entre New York y Panamá. Una concesión similar había sido hecha a un naviero de San Francisco, quien daba igual servicio entre Panamá y San Francisco. Lo que molestaba a Vanderbilt, sin embargo, no era la subvención gubernamental que esos hombres recibían, sino sus buenas suertes. Apenas sus contratos habían sido firmados cuando llegaron las buenas nuevas de California. Desde ese momento, con la fiebre del oro rampante en la costa oriental, el servicio de pasajeros entre New York y San Francisco era una verdadera bonanza. Los vapores de Law eran los más grandes que se habían visto por aquel tiempo en la costa Atlántica, y una litera en un apretujado camarote en un viaje a Panamá podía costar hasta quinientos dólares. Se calculaba que cada viaje de un vapor de Law desde New York a Panamá daba una ganancia neta de más de \$100,000 y en 1849 la línea hizo el recorrido treinta veces. Aun las penalidades del cruce por tierra en Panamá, en carretas tiradas

por bueyes, a lomo de mula, o a pie, con el permanente peligro de asaltantes, de insolación, de fiebres y de culebras, no desanimaban a muchos de "los hombres del 49" que sabían que por esta ruta podían estar en California cinco meses antes de que se fueran por tierra. Para mejorar la buena suerte de Law, se había comenzado un ferrocarril a través de Panamá, en el que él tenía intereses y el que aumentaría aun más la popularidad de su línea de vapores.

Oyendo el triunfo de Law con sus inmensos vapores trasatlánticos, mientras él no tenía más que vapores de río, Vanderbilt se hizo la inevitable pregunta: ¿Cómo podría él, un recién llegado, dominar a su rival? Comenzó a estudiar mapas de Centro América y ellos le descubrieron una posibilidad que le despertó la imaginación. Panamá, sin duda alguna, era el sitio más angosto del Istmo Centroamericano, más, ¿era con eso el mejor sitio para el tránsito? ¿Por qué no usar en cambio a Nicaragua, que reducía en 500 millas la ruta de California? Qué construyan el ferrocarril de Panamá, se necesitarán de seis a siete años para completar la vía sobre las montañas que corren por el centro del istmo. Y el ferrocarril sería muy pronto anticuado, si hubiera un canal a través de Nicaragua que permitiera a los pasajeros, la carga y la correspondencia podrían ir de océano a océano sin tener que desembarcar. Aunque en el mapa Nicaragua, en su punto más angosto, aparecía tres veces más ancho que Panamá, realmente ofrecía la mejor ruta para un canal, pues el Lago de Nicaragua permitía ininterrumpida navegación por vapor cerca de la mitad de la distancia, y podría usarse el río San Juan, que corría del Lago al océano Atlántico. La construcción de un canal al este del Lago, calculaba, sería comparativamente fácil, requi-

riendo pocas esclusas. Solamente en la faja entre el Lago y el Pacífico habrían dificultades, y esto era por solo unas once millas.

El plan se concretó: formaría una compañía para construir el canal y mientras estaba en construcción, establecería una línea de vapores entre New York y Nicaragua y otra entre Nicaragua y San Francisco, con una línea de tránsito terrestre entre ambas. No solamente colectaría subsidios por la correspondencia, sino que al ofrecer la ruta más corta a California, echaría a pique los planes de George Law y haría millones.

IV

Vanderbilt se dio cuenta de que antes de que pudiera hacerse algo, Inglaterra debería ser persuadida a cooperar. Si se empecinaba, se necesitaría nada menos que una guerra para hacerla entrar en razón. A principios de 1849, uno de sus asociados fue a Washington a explorar el asunto con la nueva administración de Taylor. De pronto la capital zumbaba con rumores acerca de los Mosquitos, la santidad de la Doctrina de Monroe y la fuerza comparativa de las armas inglesas y americanas.

Fue el informe de un debate sobre Nicaragua en el Senado de los Estados Unidos el que llamó la atención de Walker. "Si la guerra ha de venir", escribió con entusiasmo en el CRESCENT, "entonces, déjela venir". Idas fueron entonces todas las inclinaciones pacifistas. "A los Estados Unidos se les encontrará luchando donde siempre han estado moralmente a la cabeza de las columnas del Progreso y la Democracia". El no usó la frase "Alianza para el Progreso", pero algo parecido había en su mente.

Capítulo Cuatro

EL HOMBRE AIRADO

I

La muerte de Ellen Martin fue un punto decisivo en la vida de Walker.

Una fiebre, seguida de pulmonía —descrita como "congestión pulmonar" por el médico de cabecera— en un instante, se la llevó. La pérdida debe haber sido más dura porque por ese tiempo, Abril de 1849, la epidemia del cólera había ya casi corrido su curso, y ella parecía haberse salvado. Además, él había por entonces comenzado a alcanzar el éxito que hubiera hecho posible el matrimonio. Sólo unas pocas semanas antes, su nombre había aparecido en el encabezamiento del CRESCENT como uno de sus directores.

Un escritor nicaragüense que investigó los años de Walker en New Orleans, dice: "Walker, quien tuvo en su corazón el amor de sólo dos mujeres, su madre y Ellen, volvió del cementerio con el espíritu destrozado, y enfermo de soledad, echó a los vientos todo lo que tenía. Así terminó la primera fase de su vida". Este juicio tiene un algo de teatral, pero toda la evidencia que se puede obtener tiende a confirmarlo. La fuerza

con que fue sacudido puede leerse entre líneas en la página editorial del CRESCENT: Por varias semanas los característicos artículos de Walker se echaron de menos en el diario, que en su ausencia casi cesó de comentar cuestiones extranjeras y el tema de la esclavitud. Cuando comenzó a escribir de nuevo, sus editoriales sonaban una nueva nota de estridencia y amargura.

Un mes después del entierro de Ellen, el Mississippi creció y sobrepasando los diques, inundó los cementerios de la ciudad. Un violento y vociferante editorial atacó a las autoridades municipales por su descuido en proteger a los muertos de una desecración acuosa. Dejad que los vivos, decía, busquen su propia salvación espiritual. "Si vivimos baja e innoblemente, ni todas las aguas de Neptuno pueden lavar las manchas de nuestras almas". Una efervescencia similar aparecía en artículos sobre acontecimientos extranjeros. Un ataque contra Luis Bonaparte, entonces Presidente de la República Francesa, por pervertir la Revolución, fue seguido por una defensa de los revolucionarios Italianos, la que en su radicalismo sólo podría helar la sangre

de sus lectores conservadores. Los seguidores de Calhoun en New Orleans se indispusieron por un artículo condenando los puntos de vista del apóstol de la esclavitud. "Nosotros no formamos fila entre sus admiradores", dijo

Era como que si Walker estuviese obsesionado por un loco y amargo propósito de destruir la circulación del CRESCENT, y como que hubiese infectado a sus asociados con su ira. Los guanteletes caían a diestra y siniestra. Un violento ataque contra el gobierno municipal por no hacer el esfuerzo de arrestar a individuos que se sabía habían cometido asesinatos, fue seguido por una cortante acusación al PICAYUNE y al DELTA por haber fallado en condenar el peculado en el capitolio del Estado. Cuando los hasta ahora rivales cortesés, replicaron en el mismo tono, recordaron también su gruñido de cólera contra "una mezquina camarilla, para la que el CRESCENT es un objeto de celos y de odios". Esto era periodismo en un tono muy distinto al del año anterior. Y el espíritu de ira se alternaba con Hugoescos y místicos vuelos de la pluma, que proclamaban la aparición del nuevo Walker. "Al menos que un hombre crea que hay algo grande que hacer para él, no puede hacer nada grande. De ahí que muchos de los capitanes y reformadores del mundo se hayan atenido al destino y a las estrellas. Una gran idea surge en el alma de un hombre, agita todo su ser, lo transporta del ignorante presente y lo hace sentir el futuro en un momento. Es natural que un hombre así poseído piense que es un agente especial para llevar a la práctica el pensamiento que le ha sido revelado. Por qué se le ha de hacer tal revelación, por qué se le ha de permitir la percepción de lo que está escondido para otros, sino es para que lo lleve a la práctica?".

Cuál era esa revelación? Con Ellen ida, él había comenzado a soñarse a sí mismo a la cabeza de esa "columna del Progreso y la Democracia", de la que él había escrito, cabalgando en nombre del Destino Manifiesto de los Estados Unidos, encausando las pasiones de la nación, de las conmociones civiles al levantamiento de los pueblos de quienes los beneficios de la civilización habían sido negados por los imperialistas europeos. Sintió una misión evangélica en la que los altos ideales de los Estados Unidos de su tiempo estaban fusionados: la difusión de la democracia el engrandecimiento del poder nacional, el levantamiento de pueblos pisoteados, la prevención de guerras fratricidas.

II

Para un periodista controversial, el Sur, por aquel entonces, tenía peligros especiales. Lectores ofendidos, blandiendo látigos, eran un espectáculo frecuente en las oficinas de los diarios, a pesar de las leyes que prohibían los duelos, los retos de parte de los editores rivales eran de esperarse siempre que se consideraban insultados —un fenómeno bastante frecuente, ya que los dinteles de su tolerancia eran muy bajos. Con todo, Walker había pasado el año de 1848, incólume, sin retos, sin comprometer sus convicciones. Quizás su aspecto juvenil no provocaba ira.

El cambio que sobrevino en él a la muerte de Ellen,

se expresó en una repentina urgencia de violencia tanto personal como periodística. Poco tiempo después sostuvo un duelo con un editor de apellido Kennedy por causa desconocida. (Es probable que no sea más que una coincidencia que el médico que atendió a Ellen en su enfermedad mortal, era también de apellido Kennedy.) Ninguno de los dos resultó herido. Los due-listas, dice el relato, "se enfrentaron con pistolas a doce pasos, dispararon, y se retiraron, satisfechos". Existe, también, la historia contemporánea, en el sentido de que un anónimo periodista de New Orleans había retado a un individuo que lo había insultado, a un "duelo con el cólera", esto es, a enfrentarse al contagio atendiendo a sus víctimas. Esto suena como un *Walkerismo*. Mas tarde, en el mismo año, se sabe que le dio severos latigazos al editor del periódico español, *La Patria*, por afirmaciones impresas que él consideró ofensivas.

Fue una época tormentosa para el CRESCENT. En el verano de 1849, la cuestión cubana llegó a una crisis, cuando el Cónsul español en New Orleans fue acusado de complicidad en el secuestro de un ciudadano americano. El secuestrado era un revolucionario cubano apellidado García-Reyes, que había obtenido documentos de naturalización. Su versión era de que el capitán de un barco, un tal McConnell, le había llevado contra su voluntad a la Habana, donde lo tuvieron incomunicado y lo sometieron a golpes hasta que la intervención diplomática de funcionarios Americanos lograron su libertad. Al conocer la acusación, el Gobierno Español retiró a su Cónsul, pero McConnell fue arrestado y procesado. Para su defensa se valió de J. C. Larue, uno de los dueños del CRESCENT y un reconocido abogado.

Desde los días de Washington y de la gran disputa con España sobre la navegación en el Mississippi, los temperamentos siempre se sobresaltaban cuando se sospechaban transgresiones españolas. La versión de García-Rey era dudosa —habían declaraciones contradictorias por docenas— pero el esencial hecho político era que los líderes expansionistas sureños tomaron el caso como propio. Aquí estaba por fin, así les parecía, una razón "legítima" para la inmediata invasión y captura de Cuba. Su filosofía estaba vigorosamente resumida en las palabras del General John A. Quitman, uno de los más ardientes propugnadores del plan. "Nuestro destino está entrelazado con el de Cuba. Si las instituciones esclavistas perecen allí, perecerán también aquí. Así, interesados, debemos actuar. Nuestro gobierno, distraído con la cuestión de la esclavitud, no puede ni quiere actuar. Debemos hacerlo individualmente".

El momento parecía especialmente de perlas para el propósito, porque un individuo adecuado para enca-bezar una expedición contra Cuba estaba a la mano. Había llegado recientemente a los Estados Unidos, un famoso luchador por la Independencia Cubana, el General Narciso López, venezolano de nacimiento, quien acababa de conocer a Calhoun y había recibido estí-mulos secretos de la fuente de la sabiduría sureña. Un grupo de extremistas de New Orleans propusieron a López que levantara un pequeño ejército en la ciudad, lo transportara a Cuba, reuniera a los cubanos

bajo su estandarte revolucionario, arrojara a los Gobernadores españoles, estableciera su propio gobierno en la Habana (manteniendo la institución de la esclavitud), y luego, solicitara la admisión de la isla a la Unión Americana

No había problema en el reclutamiento. New Orleans estaba llena de veteranos regresados de México, inquietos, "come-fuegos" errantes, tan ansiosos de aventuras como sus descendientes de un siglo después lo serían por su seguridad. Para ellos, la conquista del Caribe aparecía como una natural y apropiada secuencia de la campaña mexicana. Abundaba el dinero. Aunque López fue cuidadoso en mantenerse en el trasfondo, sus agentes imprimieron bonos contra el Tesoro cubano, los que serían redimidos a la par tan pronto como Cuba fuera independiente. Los bonos fueron ofrecidos por unos cuantos centavos por dólar, y fueron arrebatados por los especuladores. La administración de la empresa estaba en manos de la llamada Junta Cubana, la que, de acuerdo con el New York SUN, incluía algunos de los más distinguidos personajes del Sur.

El único problema era la publicidad, o mejor dicho, la manera de evitarla. Durante el verano de 1849, las embarcaciones para la expedición fueron secretamente reunidas en una obscura isla del Golfo de México, a corta distancia del delta. Era imperativo que las autoridades federales en New Orleans permanecieran ignorantes del punto de reunión, o que al menos se hicieran de la vista gorda hasta que López y sus tropas estuvieran a la mar, y lejos del peligro de interceptación por parte de la Marina de los Estados Unidos, pues de otra manera, la administración Taylor se vería obligada a invocar las Leyes de Neutralidad contra la expedición.

El CRESCENT se volcó sobre el "caso Rey — así lo llamaban los diarios — en parte, sin duda, por el papel activo de Larue como abogado de la defensa, sino también por convicción. Reafirmaba su posición en contra de la violación de las Leyes de Neutralidad, y en consecuencia, contra la extensión de la esclavitud. Extensos editoriales aparecieron, negando el derecho de ciudadanos americanos para usar de represalias por el supuesto secuestro, interviniendo en los asuntos cubanos. Mas el diario invitaba a más peligros de los que podía evitar. Al oponerse a los planes de López quedaba solo entre los diarios de New Orleans. Los dueños del DELTA estaban íntimamente conectados con la Junta Cubana, y el PICAYUNE era de la misma opinión. Estaban de parte de la causa popular y tomaron las mayores ventajas. A diario atacaban al CRESCENT, hasta que al peso mismo de los ataques la ciudad reaccionó, y la circulación y los anuncios en el CRESCENT disminuyeron.

Desesperadamente, el CRESCENT disparó su último tiro. En Agosto de 1849 publicó un artículo que hizo imposible que Washington pudiera ya más ignorar el hecho de la expedición de López. Bajo el título de "La expedición misteriosa y las leyes" describió "reuniones clandestinas diseñadas para la invasión de la isla de Cuba", y dio la exacta localización de las embarcaciones y los campamentos. Bajo tales azuzamientos, los Alguaciles Federales de New Orleans, con cierta mala gana, se vieron precisados a actuar en apoyo de las Leyes de Neutralidad. Washington fue informado y los cañoneros de la Marina de los Estados Unidos fueron ordenados impedir que la expedición de López se hiciera a la mar.

La intervención de la Marina fue una victoria, mas una victoria pírrica para el CRESCENT. Los insultos llovieron por todos lados sobre sus editores. Ellos, decían, habían traicionado al Sur, se habían ganado las simpatías de los abolicionistas Yankees. Contra ataques tan virulentos y sostenidos, el periódico estaba sin defensa. Hayes, el dueño principal, no se hacía ilusiones en cuanto al resultado. Permanecer en el negocio significaría invertir más dinero y, probablemente, sostener más duelos. A fines de 1849, suspendió la publicación del *Crescent*, y enseguida vendió el nombre del diario y las prensas.

New Orleans ya no tenía ningún encanto para Walker, estaba sin amores, sin empleo, y aun sin amigos, pues Edmund Randolph había sucumbido a la magia del Vellochino de Oro y se había marchado a California. En el otoño, Walker le siguió. Por aquella época, la mayoría de los trenes de carretas se reunían en Independence, Estado de Missouri, y tomaban el viejo camino de Oregón, mas allá de Fort Laramie, Fort Bridger y Salt Lake, por sobre las Sierras a Sacramento y San Francisco. Mas las referencias del largo viaje están conspicuamente ausentes de la literatura sobre Walker. Los ocho o nueve meses gastados en cruzar las dos mil millas de llanuras y montañas, a través de las tierras de los Comanches, los Sioux y los Blackfeet, los debe haber considerado como tiempo perdido en la prosecución de su destino. Si hubo penalidades que soportar, luchas con los Indios, extraños paisajes contemplados, aparentemente le impresionaron tan poco que él nunca los mencionó en las breves narraciones de su carrera que más tarde dio a sus asociados. Todo lo que se sabe de este pasaje de su vida es que en Junio de 1850 apareció en San Francisco, tostado por el sol, curtido por la intemperie, una desgarrada figura en ropas viejas y polvosas con un sombrero negro de alas anchas y casi sin un centavo.

Capítulo Cinco

ALTA DIPLOMACIA

I

A fines de 1849, Cornelio Vanderbilt inició la

empresa para el control de la cual, unos pocos años más tarde, habría que disputar con el Presidente de Nicaragua, William Walker. Una compañía con un

nombre sonoro —The American Atlantic and Pacific Canal Company— había sido formada, y Vanderbilt tuvo buen cuidado de incluir en su directiva a un abogado, Joseph L. White, quien tenía ligas de amistad con los principales políticos del país. White viajó a Washington y las cosas comenzaron a moverse.

George Squier fue nombrado nuevo Ministro en Nicaragua. El Secretario de Estado John M. Clayton le dio un pliego de instrucciones, el meollo de las cuales estaba en un simple párrafo: "Estamos deseosos de entrar en negociaciones de un tratado con el gobierno de Nicaragua, en el que se estipule que ambos gobiernos protegerán y defenderán por siempre a aquellos propietarios que logren tener éxito en construir el canal y abrir la comunicación marítima entre ambos océanos para nuestro comercio". Los "propietarios" a quienes Clayton se refería eran Vanderbilt y sus asociados. Muy pronto Squier escribió que "Vanderbilt y Compañía ha hecho una proposición al gobierno de Nicaragua, la que si estoy correctamente informado en cuanto a sus detalles, es de lo más extravagante".

La oferta "extravagante" consistía en una promesa de pagar \$10,000 a la firma de un contrato adecuado, luego, \$10,000 al año hasta la terminación del canal, \$200,000 en acciones de la empresa, y el 20% de las ganancias netas del canal. Era suficiente. El Congreso nicaragüense ratificó el contrato con Vanderbilt y en el otoño de 1849, Squier pudo escribir a Clayton: "Tengo la satisfacción de informar al Departamento que he tenido éxito en alcanzar los objetivos de mi misión a esta República. El comisionado de la 'American Atlantic and Pacific Canal Company' le ha dado cima a su contrato".

II

El agente principal de Inglaterra en Centro América, Frederick Chatfield, había observado las actividades de Squier y los agentes de Vanderbilt con recelos. Sus cartas a Lord Palmerston en Londres, le advertían que los Yankees estaban negociando seriamente con Nicaragua sobre una ruta canalera. Era evidente la posibilidad de que los Estados Unidos, invocando la Doctrina de Monroe, pudieran animar a Nicaragua a tomar a Greytown, para asegurar una entrada atlántica para el canal. Resultara la guerra o no, Inglaterra estaría en desventaja, su pretensión a Greytown era a todas luces débil, y el sitio era imposible de defender contra un ataque desde el interior.

Palmerston, que era conocido por su atrevida diplomacia, respondió agresivamente. La primera necesidad de Inglaterra, decidió, era apropiarse de antemano la terminal del Pacífico de la propuesta ruta del canal. Sus ojos se fijaron en la isla conocida como Tigre, propiedad de Honduras. Ocupando una posición dominante en uno de los grandes puertos naturales del mundo, el Golfo de Fonseca, la isla del Tigre podría dar a Inglaterra más poder de obstrucción en la costa occidental de Centro América de lo que podría dar cualquier otro sitio. Lo que necesitaba ahora era una excusa diplomática que justificara la ocupación de la isla. Los especialistas del Ministerio de Negocios

Extranjeros le complacieron. Con ese propósito en mente, habían estado guardando un viejo reclamo contra Honduras por el supuesto maltrato de unos súbditos de Su Majestad por funcionarios hondureños. Se expedieron órdenes a Chatfield, y simultáneamente el Almirantazgo británico recibió instrucciones de movilizar fuertes escuadrones de barcos de guerra a ambos lados del Istmo. (1)

Chatfield no perdió tiempo. Llegó apresuradamente a Trujillo, el principal puerto hondureño en el Atlántico, y exigió el inmediato arreglo del reclamo de Inglaterra. Cuando los hondureños negaron la validez del reclamo, Chatfield les llamó la atención a los barcos de guerra británicos que por entonces estaban fondeados frente a Trujillo con sus cañones emplazados hacia la ciudad.

El Ministro Americano en Nicaragua, Squier, era un hombre de habilidad e ingenio. Comprendiendo la intención de Inglaterra, corrió a Trujillo con el proyecto de un tratado bajo el cual los Estados Unidos ofrecían pagar generosamente a Honduras por la Isla del Tigre y por el permiso de fortificar ciertas estaciones terrestres en el Golfo de Fonseca. Como entre la manirrota águila americana y el amenazante león británico no había la menor duda en tales circunstancias, los hondureños firmaron apresuradamente el tratado de Squier.

La frustración de los británicos fue expresada por el escuadrón naval, el que, poco antes de salir del puerto de Trujillo disparó un cañonazo contra la ciudad. Chatfield, sin embargo, comenzaba a luchar. Atravesando Honduras a caballo hasta el Pacífico, se reunió con el almirante que comandaba la flota británica que por entonces estaba anclada en el Golfo de Fonseca, y le autorizó a tomar la Isla del Tigre, "por deudas", en nombre de la Corona, izar la bandera británica, y desembarcar una guarnición. Esto lo llevó a cabo el almirante el 16 de Octubre de 1849.

El nubarrón de la guerra se oscurecía ahora sobre Centro América, mas Squier no dudó aun en asumir responsabilidades. Envío una concisa nota a Chatfield, afirmando que Inglaterra había tomado posesión, ilegalmente, de tierra que pertenecía a los Estados Unidos y que debía evacuar inmediatamente la Isla del Tigre. Cuando Chatfield, con el equivalente diplomático de una mofa, rehusó, Squier emitió nada menos que un ultimatum, exigiendo que los británicos se retiraran de la Isla dentro de seis días. De otra manera, decía, su ocupación sería considerada por los Estados Unidos como un acto de agresión, y tratado de acuerdo. Mas los ingleses se quedaron donde estaban, y con la bandera flotando sobre la Isla, Chatfield informó sobre la situación a Londres y Squier a Washington.

Tal era la situación cuando Vanderbilt azuzaba a Clayton para que tomara una posición firme en la cuestión nicaragüense. Específicamente, el financiero deseaba saber qué dirían los ingleses sobre su contrato con Nicaragua. El problema que se le presentaba a Clayton era doble. Por una parte, quería evitar la guerra, si se podía, y por otra, se sentía obligado a pro-

(1) R. W. Van Alstyne, "The Central American Policy of Lord Palmerston", *Hispanic-American Historical Review*, Vol. XVI, pp. 352-7.

mover la causa de un canal por Nicaragua controlado por los Estados Unidos. La mejor esperanza, tal como el Secretario de Estado Clayton la veía, estaba en la inmemorial técnica diplomática un garrote en una mano y un regalo en la otra. Si a Inglaterra, simplemente, se le enfrentaba el peligro de la guerra, y al mismo tiempo se le ofrecía una oportunidad de participar en el canal por Nicaragua, es posible que pudiera consentir a un arreglo pacífico. De todas maneras, valía la pena probar. Animado de tales ideas, envió un mensaje al Ministro inglés en Washington, John F. Crampton, pidiéndole lo visitara

III

En las semanas siguientes, una serie de despachos extraordinarios salieron de Crampton a Palmerston (2)

Washington, Septiembre 15, 1849

Milord. Mr. Clayton, habiéndome pedido le visitara en el Departamento de Estado, me dijo que deseaba conversar conmigo, franca y confidencialmente, sobre el tema del propuesto pase a través del Istmo, por vía de Nicaragua y el río San Juan, con respecto al cual ha tenido por mucho tiempo grandes preocupaciones. Usted sabe, me dijo, que el Gobierno no tiene mayoría en el Senado. . . y Usted puede formarse una idea de la ansiedad con que el partido opuesto al Gobierno se aprovecharía de la oportunidad, ya de forzarnos a un choque con la Gran Bretaña sobre el particular, ya de hacernos aparecer que hemos abandonado, por pusilanimidad, grandes y espléndidas ventajas. Me rogó que comunicara la esencia de lo que me había dicho a Su Señoría

Washington, Octubre 1, 1849

Estoy más que ansioso de informar fielmente a Su Señoría la esencia de las expresiones de Mr. Clayton debido a la circunstancia de que el Presidente tomó parte en nuestra conversación

La unión de los dos océanos por un canal, observó Mr. Clayton, era un objetivo tan importante para todo el mundo comercial, que debería convertirse en un lazo de paz y buena comprensión, por medio de su realización por un esfuerzo combinado, y por el beneficio general de la humanidad

Lo que el Gobierno de los Estados Unidos proponería ahora, por lo tanto, era esto. Que los Estados Unidos deberían proponer, simultáneamente con el Gobierno de Su Majestad, un tratado a Nicaragua el gran propósito del cual sería garantizar la seguridad de una compañía de capitalistas, a la que Nicaragua debería hacer una concesión.

Mr. Clayton en seguida, se refirió a la embarazosa posición en que estarían colocados los amigos de esta gran empresa, si el Gobierno de Su Majestad continuara

apoyando el reclamo Mosquito en oposición al arreglo propuesto ahora

Mr. Clayton considera que este asunto nunca podría ser amigablemente resuelto, al menos que tanto la Gran Bretaña como los Estados Unidos, retiraran todo reclamo sobre el territorio de Nicaragua. El General Taylor estuvo cordialmente de acuerdo

Washington, Noviembre 4, 1849

Milord. He tenido el honor de enviar a Su Señoría la copia de un contrato entre una Compañía americana y el Gobierno de Nicaragua para la formación de un canal interoceánico por vía del río San Juan y el Lago de Nicaragua. Mr. Clayton, aunque aprobaba el tenor general del contrato, pensaba que algunas de las cláusulas eran objetables. . . particularmente aquellas que exigían que todos los directores de la compañía y una mayoría de los accionistas deberán ser ciudadanos americanos

Mr. Clayton me informa ahora, que ha sostenido una conferencia con dos de los principales directores de la Compañía en cuestión (Vanderbilt y White), y que según anticipa, él no encuentra objeción que pudiera surgir de parte de ellos para modificar las estipulaciones del contrato en lo que se refiere a remover todo aquello de una naturaleza exclusiva

IV

Ahora Palmerston estaba completamente claro. El Gobierno de los Estados Unidos, en beneficio de Vanderbilt, buscaba halagar a Inglaterra con una oferta de acciones de un canal inexistente, o forzarla, con amenaza de guerra, a abandonar una posición estratégica de gran importancia potencial para su futuro

Entonces, ¿la guerra o la paz? El comercio de Inglaterra con el Oriente vital para su prosperidad, estaba ya sintiendo la competencia de la marina mercante Yankee. Dejad que los Americanos abran un pasaje para carga a través del Istmo Centroamericano y ellos ganarían una ventaja significativa de distancia y tiempo para llegar a los ricos mercados de la China, el Sureste de Asia y a las Indias Orientales. El gobierno británico no toleraría la construcción de un canal nicaragüense, al menos que Inglaterra misma pudiera controlar la ruta. Fue por esta razón, más que por ninguna otra, que los ingleses se habían apegado tan tenazmente a los suamos de la Mosquitia por más de un siglo. Compartir semejante canal con otros sería abandonar una de las principales riquezas del Imperio, el plan estratégico de rutas comerciales dominadas por los cañones ingleses. El Cabo de Buena Esperanza era inglés, inglesas eran las Islas Falkland (Malvinas) que yacen en la ruta del Cabo de Hornos, y si habría de haber otra ruta para los buques al Asia, tendría que estar bajo la bandera de Inglaterra

Desde el punto de vista de Palmerston, la propuesta de Vanderbilt de que Inglaterra participara en la propiedad de su compañía canalera era simplemente cándida. Realmente esperaba el Yankee obtener los beneficios del capital británico para un proyecto que, a

(2) Documentos y Correspondencia relativos a un Canal Transistmico. Recopilados de los Archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros y el Departamento de Estado e impresos por la firma legal de Sullivan y Cronwnell, New York, 1900

la larga, habría de ser más beneficioso para los Estados Unidos que para cualquier otro país?

Era solamente la ruta nicaragüense a través del istmo lo que le interesaba a Palmerston. La posibilidad de que los Estados Unidos buscarían como cavar su canal en Panamá, le parecía remota. Las investigaciones hechas por la Real Sociedad Geográfica, no dejaban lugar a dudas que, con las técnicas de construcción entonces en uso, la cordillera de montañas en Panamá presentaba insuperables obstáculos para un canal, y él mismo lo había dicho abiertamente al Parlamento. Tal como veía la situación, Nicaragua bien valía una guerra. "El deseo de obtener tan atractivo lugar en el mundo comercial y librarlo de la competencia de una raza tan aventurera como la norteamericana", había sido subrayado en los informes de individuos en quienes Palmerston confiaba. Su convicción se debía en parte también, nada menos que a un personaje como Louis Bonaparte, entonces Presidente de la Segunda República Francesa, y que pronto había de ser el Emperador Napoleón III. En un panfleto escrito algunos años antes y publicado en Londres, Bonaparte había propuesto formar una compañía que había de ser conocida como La Canal Napoleón de Nicaragua, y en el que presentaba tal profusión de datos y cifras que había causado un profundo efecto en la opinión pública inglesa. "El Estado de Nicaragua", había afirmado, "puede llegar a ser la ruta necesaria del gran comercio del mundo, y está destinado a alcanzar un extraordinario grado de prosperidad y grandeza". Para Palmerston, era esencial asegurarse que el canal no sería cavado al menos que lo cavara Inglaterra, y que los comerciantes ingleses obtendrían una ventaja en la explotación de los recursos naturales centroamericanos. Si esta política significaba guerra con los Estados Unidos entonces Inglaterra lucharía por la superioridad oceánica, tal como lo había hecho muchas veces antes.

No es que Palmerston deseara la guerra. Antes por el contrario, él estaba muy consciente de sus peligros. Los Estados Unidos eran entonces una nación mucho más poderosa de lo que había sido en 1812. Además, algunas de las más grandes casas financieras de Inglaterra, en especial los Rothschilds y los Barings, tenían grandes y ventajosas inversiones en los ferrocarriles americanos, y estaban ansiosos de que la paz se preservara.

Palmerston tenía que considerar, también, que una crisis con Rusia sobre los despojos del tambaleante Imperio Otomano, se hacía claramente visible en el horizonte diplomático. Si esa crisis resultaba en una guerra entre los poderes occidentales europeos y el Zar, y si los Estados Unidos fueran a aprovechar la oportunidad de anexarse los países del Caribe, Inglaterra no podría hacer más que protestar. Consecuentemente, había mucho que decir para encontrar una solución pacífica al problema centroamericano. Si la diplomacia podía servir para evitar la guerra y al mismo tiempo mantener a Greytown y la Isla del Tigre bajo el control británico, definitivamente había que dar oportunidad a los diplomáticos.

Y qué si Inglaterra tomara una posición conciliatoria, quizás enviando un nuevo Ministro Plenipotenciario a Washington, específicamente, con el propósito

de negociar con Clayton —y sin abandonar nada, conservar la paz? Sería un golpe maestro, y se necesitaría un maestro de la diplomacia para realizarlo, mas no era algo imposible. Y Palmerston conocía al hombre ideal a quien tal misión podía ser encomendada.

V

Mientras Walker iba en camino hacia Fort Laramie —uno se lo imagina sentado al lado del carretero, con rostro impassible, los ojos fijos en el desolado horizonte, diciendo de vez en cuando unas palabras corteses en su voz baja, mas absorto, la mayor parte del tiempo, en sus sueños y pensamientos— otro hilo en la trama de su destino se hilaba en Washington, donde el emisario de Palmerston, Sir Henry Lytton Bulwer, había llegado. Hermano mayor del novelista Bulwer-Lytton, Sir Henry tenía una bien merecida reputación como astuto y hábil jugador, tanto en la diplomacia como sobre el tapete verde. El 24 de Diciembre de 1849, Bulwer, en uniforme de gala, presentó sus credenciales como Enviado Extraordinario y Embajador Plenipotenciario ante el Presidente Taylor— un brillante regalo de Navidad, como si dijéramos, de Gran Bretaña a los Estados Unidos. El suyo era un espíritu completamente a tono con las majestuosas hipocresías de la política británica. En un discurso breve y elocuente habló de la comunidad de intereses anglo-americanos. "Tengo entera confianza, Señor, que nuestros dos gobiernos actuarán en la más perfecta concordia en la realización de este gran designio, y por mi parte, francamente os aseguro que no podría tener tarea más agradable a mis propios sentimientos". A lo que el Presidente replicó "Espero, Señor, que su estadía en este país le sea tan agradable personalmente, así como me ha dado razón para creer que será honorable y ventajosa para Gran Bretaña y los Estados Unidos".

Casi inmediatamente, el Secretario Clayton y el Embajador se pusieron a trabajar en un proyecto de tratado sobre el problema del canal centroamericano, preparando el escenario en el que Walker habría de actuar triunfantemente cinco años más tarde. Una de las convicciones de Bulwer era de que nada tenía mayor valor en la diplomacia que "captar el punto importante de un negocio, la característica peculiar de un individuo, el genio y la tendencia de una época". El punto importante en este negocio era el contrato de Vanderbilt con Nicaragua, la característica peculiar de Clayton era su franqueza, pues nunca intentó encubrir su ansiedad por el canal, y la tendencia de la época era el ahondamiento del abismo entre el Norte y el Sur, que gravemente estorbaba a los Estados Unidos en su manejo de la diplomacia. Que él podía tocar esas tres notas para que sonaran "Reina, Britania", Bulwer estaba convencido. No perdió tiempo en decir a Clayton que él podría participar en el proyecto de un tratado, solamente con la condición de que el *status quo* en Centro América no debería alterarse. La cuestión mosquita no podría ser tratada, decía, "excepto en la extensión limitada, determinada" por las necesidades del canal. Estas condiciones fueron aceptadas por Clayton, sin demora.

Todas las ventajas en el torneo fueron para Bul-

wer No es que Clayton fuera incompetente —antes por el contrario, era un abogado de éxito y había sido un senador muy útil, pensaba con claridad y hablaba bien. Su desventaja era inherente a la situación, en el echo de que él estaba emocionalmente envuelto en el proyecto del canal por Nicaragua. Su interés era algo más que político, algo más que una cuestión de compromiso con Vanderbilt y White. El canal, por mucho tiempo, había sido su sueño favorito. Poco antes de la llegada de Bulwer a Washington, Clayton escribió a otro funcionario americano que el tema del canal le había llamado la atención veinte años antes, “desde entonces no se me ha quitado de la mente”. Su ambición era pasar a la historia como el hombre que había hecho posible el canal. En consecuencia, estaba ansioso, siempre un defecto en tratos diplomáticos. Deseaba algo que sólo Inglaterra podía darle: la libertad de la ruta canalera nicaragüense, y eso de un hombre que conocía una docena de medios para negar algo aparentando concederlo.

Seis semanas más tarde el proyecto de tratado estaba completo. Su esencia era el compromiso de los dos poderes que ninguno de ellos buscaría el control exclusivo de cualquier canal construido a través de Nicaragua, y una declaración que ninguno de ellos “asumiría o ejercería dominio” sobre cualquier parte de Centro América. Al enviar el proyecto a Palmerston, Bulwer escribió, “Finalmente consentí en someter el proyecto adjunto a la sanción de Su Señoría, siendo su objeto excluir todas las cuestiones de las disputas entre Nicaragua y los Mosquitos (excepto) en lo que se refiere a la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. Según quedan las cosas, está claramente entendido que el Gobierno de Su Majestad mantiene sus propias opiniones expresadas en cuanto a los Mosquitos”.

Según Bulwer veía la cuestión, esta se fincaba en el significado de la palabra “dominio”. El tratado, escribiendo, —guiñando un ojo— dejaba a Inglaterra “protegiendo” a los Mosquitos, “mas prohibía que la protección fuera usada con propósitos de dominio”. ¿Dónde terminaba la una y comenzaba el otro? Sobre esta cuestión de definiciones, el tratado era mudo. ¿Qué había concedido Inglaterra, entonces? Nada.

Los Estados Unidos, sin embargo, habían concedido bastante. En un momento de las negociaciones, Clayton le expresó a Bulwer, y sin más distorsiones de lo que es usual en diplomacia que sería comparativamente fácil atraer a todo Centro América dentro de la Unión Americana. “No hay uno de esos cinco estados centroamericanos que no se anexaría a nosotros mañana, si pudiera; y si es algún secreto digno de saberse, le daré gusto. Algunos de ellos ya han ofrecido y pedido ser anexados a los Estados Unidos”.

Bulwer sabía precisamente cuánto valor dar a esa afirmación. Estaba perfectamente consciente de que, tal como estaban las cosas, el Norte era renuente a dejar que las Repúblicas de Centro América, no menos que Cuba, se unieran a los Estados Unidos bajo el dominio del Sur, mientras los Sureños no las querían de otra manera. Era también evidente que Clayton deseaba evitar una guerra por el Istmo, tal como sucedería si los Estados Unidos habrían de forzar la cuestión

inmediatamente. La anexión inmediata estaba, por lo tanto, fuera de la cuestión. Por otra parte, si los Americanos esperaban el momento en que Inglaterra se viera envuelta en dificultades con Rusia, podrían muy bien establecer su hegemonía en el Istmo, sin apelar a la guerra, y en tan atractiva situación, el Norte y el Sur podrían hallar un acomodo en el asunto. Sin duda alguna, la amenaza de Clayton tenía base en la realidad, así es que, al consentir no buscar dominio en Centro América los Estados Unidos entregaban una ficha útil en el juego.

Mucho mejor, desde el punto de vista de Inglaterra, era la cláusula del tratado en que los Estados Unidos no podrán proceder a la construcción de un canal en Nicaragua, sin el consentimiento y participación británicos. Bulwer, sin embargo, hizo un gesto amistoso en la dirección de Vanderbilt. “Debo declarar a Su Señoría”, escribió a Palmerston, “que un caballero de gran peso tomada cuenta de que sería justo que los dos gobiernos debieran dar una abierta y declarada preferencia al nombre de una compañía americana. A esto yo objeté. Se logró una especie de compromiso. El compromiso era una cláusula dando “prioridad de reclamo” a cualquier compañía que tuviese ya un contrato para la construcción del canal, y que hubiera “hecho preparaciones y gastado tiempo, dinero y trabajo en fe de tal contrato”. El nombre del “caballero de gran peso” nunca apareció en la correspondencia.

Bulwer había cumplido su misión. Había negociado un tratado que, mientras comprometía a los Estados Unidos, dejaba a Inglaterra sin compromisos, y así pudo decir a Clayton muy gentilmente que “el Gobierno de Su Majestad procuraría libremente obtener el consentimiento de los Mosquitos” para el Canal. Por Marzo de 1850, ambas partes estaban listas a proceder a la ratificación.

VI

Tan pronto como Clayton mostró el proyecto, aprobado por él y Bulwer, a los miembros del Comité de Relaciones Exteriores del Senado fue puesto a dura prueba. ¿Va Inglaterra a retener la Mosquitia?, preguntaban los senadores. Si así era, no había que pensar en la ratificación por el Senado. Sabiendo que Inglaterra no podía ser persuadida a abandonar su protectorado, Clayton estaba en apuros. Al fin, sin embargo, se le ocurrió una salida. Cuando después vio a Bulwer, llevaba consigo el proyecto de una nueva cláusula que tenía por objeto el que ninguna de las dos naciones podría “hacer uso de protectorados o alianzas con el propósito de ocupar, fortificar o colonizar cualquier parte de Centro América”. Clayton razonaba de que si Inglaterra consentía a esta cláusula, estaba virtualmente renunciando al uso de la fuerza en Centro América, y si renunciaba al uso de la fuerza, no era, para todo propósito práctico, equivalente a su eventual retiro de Centro América? Y en estos términos, no consentiría el Senado a ratificar el tratado?

Bulwer, por supuesto, comprendía perfectamente lo que había en la mente del Secretario. Leyendo la

cláusula propuesta, le pareció que tenía poco significado práctico a la luz de otras secciones del tratado. Los boquetes en el documento, tal como estaba formulado, eran lo suficientemente grandes como para permitir a la flota británica pasar por ellos si fuese necesario, y si la nueva cláusula pudiera servir para asegurar su ratificación, él no la rechazaría. Mas tampoco estaba deseoso de aceptarla así no más. Su consentimiento tenía que hacerlo aparecer como una gran concesión que Clayton deseaba informar al Senado. Asumiendo un aire de herida inocencia el embajador reconvino gentilmente a Clayton por su inconstancia. Pero cuando el Secretario, en marcada angustia mental, amenazó con echar por la borda el tratado, Bulwer pareció capitular. "No vale la pena estar dando vueltas alrededor de nosotros mismos", escribió a Clayton, "y no está en nuestros caracteres. Ahora consiento a todo lo que ha pedido".

Clayton estaba alborozado. Escribiendo al Embajador Americano en Londres le decía triunfalmente que desde ahora en adelante el protectorado Mosquito sería solamente "como la sombra de un nombre". Había también una nota de satisfacción en el mensaje presidencial que acompañaba el tratado, cuando fue formalmente sometido al Senado. "Encontré a la Gran Bretaña en posesión de cerca de la mitad de Centro América, como aliada y protectora del Rey Mosco. Ha sido mi objeto, al negociar este tratado, no solamente asegurar el pasaje a través del Istmo sino mantener la independencia y soberanía de todas las Repúblicas de Centro América. El Senado juzgará cuán bien estos objetivos han sido alcanzados".

La opinión popular, según se reflejaba en la prensa, estaba marcadamente dividida. Algunos diarios ensalzaban el tratado como una obra maestra de inteligencia política, por medio de la cual la guerra con Inglaterra había sido evitada. Otros lo veían como un repudio de la Doctrina de Monroe. El New York HERALD fue tan lejos como para atacar a Clayton como "débil" e "ignorante" y abiertamente alegaba que el tratado había sido "urdido" por Joseph White para los intereses de Vanderbilt. Mas Clayton permanecía confiado que sus esfuerzos serían vindicados por el tiempo. Inglaterra, aseguraba al Senado, había en consecuencia abandonado su política de usurpación en Centro América. Los dos grandes poderes Anglosajones se darían las manos fraternalmente en interés del comercio y de la paz duradera. Y los senadores, respondiendo quizás menos a la elocuencia de Clayton que a las intrigas de Joseph White, se apresuraron a votar y a ratificarlo.

Este era el momento para que Bulwer jugara el as que tenía escondido en la mano. Tomó la forma de una breve nota en la que simplemente declaraba que él "no entendía que los compromisos de la convención se aplicaban a los establecimientos de Su Majestad en Honduras o sus dependencias". Mientras Clayton leía, la fría realidad debe haberle molestado. El tratado, en verdad, decía que los ingleses no ocuparían, fortificarían, o colonizarían cualquier parte de Centro América. Mas, qué era Centro América? Era simplemente un vago término geográfico, como el Oriente, o el Levante. Comprendía todo el Istmo o solamente

las cinco repúblicas independientes? En ninguna parte del tratado estaba definido. No es que Clayton había seriamente esperado comprender a British Honduras, una colonia de la Corona por largo tiempo establecida, bajo las restricciones del tratado. Si Inglaterra escogió considerar esta posesión como distinta de "Centro América", los Estados Unidos apenas si podrían objetar. Mas la verdadera amenaza de la nota de Bulwer estaba en la palabra "dependencias". Por qué es que era ahora introducida, por primera vez, en el diálogo? He aquí una clara inferencia de que Inglaterra había decidido hacer sus otras posesiones centroamericanas, dependencias de British Honduras, y de esta manera removerlas también de "Centro América" y así librarlas de las restricciones del tratado. Si la Mosquitia llegara a ser una tal dependencia, podría ser ocupada y fortificada al antojo de Inglaterra, sin una violación técnica del tratado. Además, puesto que las fronteras de la Mosquitia estaban en gran parte indefinidas, como estaban, en realidad, aquellas de las cinco repúblicas, no habría nada que impidiera al "Rey de los Mosquitos" reclamar aun más territorio centroamericano como parte de sus tierras ancestrales, tal como lo había hecho en el pasado.

Clayton podía divisar la tormenta que se agitaría en el Congreso y en la prensa, si se confirmaba la sospecha de que el tratado no había conseguido más que eso. El disgusto y el ridículo resultante podría impedir la promulgación del tratado, destruir el prestigio de la administración, poner fin a toda esperanza de canal, dañar a los inversionistas que habían comprado acciones en las compañías de Vanderbilt, y posiblemente conducir a la guerra. Por otra parte, el Secretario no podía permitirse hacer caso omiso de la nota de Bulwer. Seguir una táctica evasiva era su única solución. Al escribir al Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado le pedía su acuerdo personal en el punto de vista de que el tratado no tenía intención de aplicarse a British Honduras, mas evitó cuidadosamente toda mención de las "dependencias". De esta manera logró conseguir del inocente senador su concordancia en que "el Senado perfectamente comprendía que el tratado no incluía a British Honduras".

Fortalecido de ese modo, Clayton escribió a Bulwer reconociendo que "British Honduras no estaba comprendida en el tratado", pero negándose "a afirmar o negar el derecho británico a sus establecimientos o sus supuestas dependencias". En cuanto a las fronteras de los Estados Centroamericanos, admitía que no se podía hacer ninguna alteración al tratado con el objeto de definir las, "sin referir las mismas al Senado". Pero, quizás algo se podría hacer en el futuro para remediar esta omisión?

A este débil esfuerzo, Bulwer replicó con sarcasmo apenas velado. "Entiendo que Usted no se considera llamado a señalar en este momento los límites exactos de los establecimientos de Su Majestad sino que Usted reconoce plenamente que el derecho de Su Majestad a los mismos permanecerán tal como están. Ahora me considero autorizado para cambiar la ratificación del tratado de Su Majestad por la del Presidente de los Estados Unidos".

Clayton, en realidad, había consentido a una

enmienda del tratado sin consultar al Senado. La penosa conciencia de su situación tuvo expresión en un memorándum que escribió y que secretamente depositó en la bóveda del Departamento de Estado, junto con la carta decisiva de Bulwer. "La declaración escrita de Sir Henry Lytton Bulwer fue recibida por mí. Yo le escribí rehusando cuidadosamente afirmar o negar el derecho Británico" (a sus posesiones Centro-americanas). "El consentimiento del Senado a tal declaración no fue exigido y el tratado fue ratificado tal como estaba".

Con vista al simbolismo patriótico, el ansioso Secretario había escogido el 4 de Julio como la fecha para la firma oficial del Tratado por el Presidente Taylor y Bulwer. Los comentarios del Presidente mientras tomaba la pluma mostraban el sencillo y franco placer que le producía el acontecimiento, llegando a suponerse que Clayton no le había informado de la carta secreta de Bulwer. Ningún acontecimiento más memorable había ocurrido en la administración de Taylor, ni habría de ocurrir, pues unas pocas semanas más tarde el viejo soldado bien intencionado moría del cólera.

El punto de vista Británico de la transacción era tan claro y definido como el de los Americanos era nebuloso y obscuro. El London TIMES lo llamó "un torneo en el uso de términos" y no tenía duda en cuanto al vencedor. Tan pronto como el tratado firmado estuvo en las manos de Palmerston, ordenó un buque de guerra a Greytown, donde los marinos habían desembarcado para llevar a cabo otra ceremonia de izar la bandera y de afirmar, una vez más, la autoridad del "Rey Mosco". Era bueno recordar a todos los interesados que Inglaterra no había cedido en nada.

De esta manera, "la convención entre los Estados Unidos de América y Su Majestad Británica para facilitar y proteger la construcción de un canal entre los océanos Atlántico y Pacífico" se convirtió en ley. Su efecto inmediato fue impedir que los Estados Unidos afirmaran su poder en un momento de gran importancia estratégica para sus intereses. Ahora, la nación no tenía otro medio con el que controlar la situación en Nicaragua, excepto que por medio de expediciones militares organizadas privadamente. Al momento de la firma del tratado, la aventura espectacular de Walker se hizo posible.

Capítulo Seis

EL HOMBRE DE PRINCIPIOS

I

La primera acción de Walker al llegar a San Francisco, fue buscar a su viejo amigo Edmundo Randolph, quien por ese tiempo había echado raíces en la comunidad, y por su medio, conoció a John Nugent, el propietario y editor del más joven de la docena de periódicos de la ciudad, el HERALD. Nugent, muy contento, lo puso a trabajar. El pequeño diario estaba prosperando, pues cada San Franciscano vivía ávido de noticias. Como sus activos competidores, el HERALD cobraba doce centavos por ejemplar, llenando más de la mitad de sus cuatro páginas con anuncios y publicaba una "edición vaporina", a un dólar por ejemplar, para pasajeros de los barcos que salían. El principal problema era la escasez de papel periódico, el que tenía que ser importado del Este, y el que costaba veinte veces más caro que en New York. Los publicistas de San Francisco tenían que aceptar el que pudieran conseguir, no importaba cuán barato, burdo y descolorado fuera, y cuando los barcos no llegaban a tiempo, los desesperadas impresores sacaban sus ediciones en papel gris usado para empacar té de la China, o en papel de oficio.

Las deficiencias en la apariencia del HERALD, sin embargo, estaban más que compensadas por su vitalidad. Tenía una opinión definida y corrientemente liberal acerca de todo. Estaba por el libre comercio y el derecho de divorcio para matrimonios desgraciados. Estaba fuertemente opuesto a la introducción de la esclavitud en California. Creía que la cuestión de la esclavitud en la Unión como un todo, podría resolverse sin secesión ni guerra civil, si los extremistas de ambos bandos pudieran mantenerse reprimidos. Citaba al

London TIMES. "No puede haber duda que el sentimiento antiesclavista será preponderante en los Estados hasta la extinción de la institución Sureña, pero la cuestión no será llevada a su fin por la violencia de sus actuales agitadores". Era informado sobre cultura Francesa y especialmente sobre los teatros de París. Resentía de que el Embajador Americano en Londres, que en un discurso se ufana que "Nosotros, los Americanos somos de la raza Anglosajona educados en la Fe protestante". El HERALD explotó en sátira. "Formidable! Qué genios debemos de ser! Fíjense! Ser de la raza Anglosajona!" Y qué de los Celtas y los Franceses? Qué de los Católicos y Judíos? No son también Americanos?

Dos meses después de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, la noticia llegó a San Francisco y fue publicado en el HERALD, así como en otros periódicos. Tomado en su valor nominal, pareció un suceso prometedor, y el comentario editorial fue favorable. Pero la diplomacia internacional significaba muy poco a los Franciscanos de 1850. El gran tema del día era la delincuencia en su propio medio. Guerras y tratados eran nada en comparación. Aun descubrimientos de ricas vetas de oro eran secundarios. Pandillas de ladrones y asesinos, muchos de ellos de las colonias penales de Australia, vagaban por la ciudad todas las noches y la habían convertido en un infierno para el ciudadano respetuoso de la ley. Ninguna persona respetable, armado como fuera, podía caminar por las calles con seguridad después de la caída del sol. No había lugar en los periódicos para tratar más que de unos pocos de los sensacionales asesinatos, asaltos, y robos que se cometían a diario. La mayoría de las cantinas y tabernas de la ciudad proveían mujeres co-

mo negocio incidental, y así atraídos por el licor y la lujuria, los incautos caían en la trampa. Tal como el HERALD informaba "Estos sitios de rufianes son el foco de las borracheras y el escenario de innumerables crímenes. Confiados marinos y mineros son henchidos de licor —endrogados si es necesario— hasta que caen fáciles víctimas. Muchos robos cometidos no salen a luz por la vergüenza de parte de las víctimas"

Se diría que el brazo de la ley se había quebrado, pues nunca se vio alzarse. En unos pocos meses de 1850 se cometieron más de cien crímenes, sin que se haya ejecutado a un solo criminal. Peor aun, tres veces en ese mismo año, la ciudad fue devastada por incendios que, fue demostrado, habían sido deliberadamente provocados por la asquerosa pandilla como "los patos de Sidney", para que los criminales tuviesen una orgía de robos y violaciones. La ciudad estaba al borde de la anarquía.

Poco después de la llegada de Walker, el HERALD comenzó una cruzada contra el crimen, la que lo hizo el centro de una tormenta, y la que, como los sucesos lo demostraron, se debió a él en gran parte. Con su experiencia de los juzgados de New Orleans, él comprendió inmediatamente que la esencia de la terrible situación estaba en la alianza de las pandillas con los políticos ladrones que dominaban la ciudad, y quienes tenían a los policías y los jueces en sus venales manos. Nugent le dio rienda suelta. La primera andanada del HERALD fue contra la Corte Suprema de California, la que desde su asiento en Sacramento fijaba el tono de todo el sistema judicial del estado. "La Corte Suprema", dijo un editorial, "se ha puesto en ridículo" por su "flagrante estupidez" y por su tolerancia de "vagos sin reputación ni principios" y de "corruptos médicos y rúbulas". Ante este ataque inesperado, —el primero de su clase en aparecer en la prensa de San Francisco—, los magistrados de la Corte Suprema se sintieron obligados a contestar. Usando de vocero al Concejo de la ciudad de Sacramento, lanzaron una fuerte diatriba contra el HERALD acusándolo de subversivo de la justicia. Ahora Walker estaba en su elemento. Alegrementemente dejó ir otra andanada mayor. En la Navidad de 1850 publicó una gacetilla titulada "Personal" para expresar sus sentimientos acerca del Concejo de Sacramento. Comenzaba con un tono de orgullo. "Si un editor fuera a apartarse de su curso para hacer caso del abuso expresado por funcionarios corrompidos, sería, por supuesto condescender". Sin embargo, para no dejar duda con respecto a su opinión, agregó que el Concejo era "una colección de bribones y tunantes".

Durante varias semanas después, bajo el título de "Inteligencia Judicial", el HERALD publicó detallados informes sobre denegación de justicia en los juzgados, y rara vez perdía la oportunidad de echar en cara a las autoridades su incapacidad de actuar contra los criminales de la ciudad. Tenía suficientes municiones. La fuerza policial era un absurdo. Los alguaciles abiertamente se asociaban con los criminales. No había ni siquiera una cárcel en San Francisco. Aun si el hechor de un crimen era identificado y llevado a juicio, no corría riesgo alguno. Un poco de dinero o la co-

nexión adecuada descubriría siempre un tecnicismo legal para asegurar el sobreseimiento del caso, o el jurado era compuesto de amigos del enjuiciado. El crimen se había convertido en el medio de vida de centenares de hombres y mujeres peligrosos, mientras los jueces se hacían de la vista gorda.

Fue un vibrante editorial del HERALD, "Un modo de detener el crimen" el que por primera vez abogaba un movimiento de Vigilantes, aunque no usaba todavía la palabra. "Un grupo de doscientos o trescientos "reguladores", compuesto de aquellos hombres que tengan intereses en la ciudad" era necesario, decía el HERALD, "para arrojar a los criminales de la ciudad", y si fuera necesario, con "algunos ejemplos de la aplicación de la Ley Lynch". Dos veces en esa semana se repitió el consejo, con una completa reseña de sus peligros y una sombría advertencia. "Terrible es el castigo que nuestros ciudadanos aplicarán a los indignos servidores públicos quienes los han obligado a la necesidad de defenderse por sí mismos" contra los elementos criminales.

Otros diarios tomaron la idea del grupo de Vigilantes, al punto que alarmados por ella, los directores políticos hicieron algunos gestos para satisfacción de la opinión pública. A petición del Fiscal un Gran Jurado de ciudadanos respetables fue formado para detener el desborde del crimen. Tomando las cosas en serio, muy pronto dictó medidas contra un número de criminales conocidos, sólo para recibir una reprimenda de la Corte. El Juez de Distrito, Levi Parsons, informó al Gran Jurado que no podía encausar excepto con evidencia que justificara la acusación presentada por un jurado de juicio, lo que en la práctica significaba que no se les podría encausar.

Fue para desgracia de Parsons que esa declaración, que hubiera pasado sin notarse en la agitada y cínica vida de San Francisco, cayera bajo el ojo legalista de Walker. Al siguiente día el HERALD publicó una pequeña gacetilla, firmada por "Uno del Pueblo" y que decía "Sea que el Honorable Juez Parsons en este caso, para guía del Gran Jurado, haya fijado una incorrecta regla de derecho debido a premura, inadvertencia o yerro, es indiferente preguntar". El hecho era que conforme a todo precedente legal un Gran Jurado no necesita acusar hasta haber acumulado toda la evidencia requerida para dictar veredicto como lo necesita una corte ordinaria.

El Juez Parsons, conocido por su pomposidad, republicó con una mal aconsejada diatriba. El HERALD, dijo era una amenaza pública y debería ser acusado por las autoridades locales. Luego, él mismo se presentó ante el Gran Jurado y pidió la acusación del HERALD por desacato, mas los jurados se negaron a actuar. Walker aprovechó la ocasión. En un mordaz editorial, "La Prensa una Amenaza" decía claramente que "la Corte del Distrito instruye al Gran Jurado que ayude a los criminales a escapar. No extraña que después de interpretar la ley de manera favorable para los criminales, el Juez de Distrito se declare contra la prensa". Esto, Walker concluía, era "locura judicial". En cuanto al cargo de desacato, "las Cortes no pueden descender más de lo que han descendido. Si nosotros fuéramos el Angel de la

Guarda del Juez de Distrito, le diríamos al oído Cuidado!"

Un grupo de abogados que eran amigos de Parsons, sostuvieron una reunión en el que el HERALD fue denunciado por las causales de que al atacar al Juez había atacado a las Cortes y a todo el proceso de la justicia. Algunos aun pedían la supresión del diario. Fortalecido de esa manera, pensó, Parsons tomó acción directa. Era comidilla de la ciudad que los ataques provenían de la pluma de Walker, y el Juez dictó orden de arresto por desacato.

II

La aparición de Walker ante la Corte fue reportada con gran detalle por la prensa de San Francisco. La sala estaba llena de partidarios tanto del Juez como del acusado. Edmund Randolph, por entonces ya considerado como la luz guiadora del foro de San Francisco, hablaba por la defensa. Hermoso, impresionante, combinaba la distinción aristocrática con un toque de fuego tenía la ventaja de ser conocido como excelente tirador —una ventaja significativa en la profesión del derecho en el San Francisco de 1850. Comenzó pidiendo que el cargo contra Walker se pusiera por escrito. Parsons dijo "Objeción rechazada", y eran tan frecuentes sus interrupciones que Randolph apenas si podía terminar una frase.

Finalmente se hizo oír gritando que el Juez violaba la Carta de Derechos de la Constitución de California. "Usted está sujeto a juicio ante la Legislatura por su conducta oficial. El procedimiento es monstruoso!"

"Señor Randolph!" gritó el Juez. "La Corte no puede sentarse aquí para oír que se le abusa y sus procedimientos caracterizados como monstruosos!"

Randolph replicó, "Entonces llamaré su conducta monstruosamente ilegal, monstruosamente injusta." Se provocó un tumulto entre los espectadores, mientras que Parsons, rojo de ira, dijo que no podía tolerar el lenguaje "excesivamente irrespetuoso" de Randolph.

"Lamento", dijo Randolph secamente, "que las circunstancias del caso no me permitan presentarle mis excusas."

Esta era una frase llena de amenazas, pues llevaba el pensamiento de un duelo a todas las mentes. Parsons se apresuró a decir "No le hemos pedido excusas."

La defensa, entonces, fue permitida a presentar su caso, el que simplemente era que Walker no era culpable de desacato. Si el Juez tenía algún cargo que hacer era el de libelo, no desacato. "Yo admito que (el editorial en cuestión) es un libelo, hay acrimonia en él, y si las afirmaciones contenidas allí son ciertas, la conclusión es inevitable de que Levi Parsons es un hombre corrompido, un juez deshonesto." La Corte se conmovió con esta andanada. Una lucha a golpes estalló entre los espectadores. Comprendiendo el peligro de un motín, Parsons buscó terminar la audiencia exigiendo que Walker admitiera ser el autor del editorial. La sala se aquietó. "Sí", dijo Walker, "yo es-

cribí y publiqué ese artículo para promover —y no para obstruir— la justicia pública"

Parsons inmediatamente replicó "Entonces, lo encuentro culpable! La multa es de quinientos dólares!"

"No la pagaré", dijo Walker con toda calma.

"Alguacil!" ordenó el Juez. "Este hombre será mantenido en prisión hasta que pague la multa."

La extraordinaria excitación que el caso había provocado, reflejaba la conciencia del público de que por primera vez el escándalo de la corrupción judicial se había expuesto. Apenas Walker había sido confinado a una celda contigua a la oficina del Alguacil, cuando empezaron a aparecer cartelones por toda la ciudad. "Justicia! Reunión pública! para expresar opiniones con respecto a la decisión del Juez de Distrito"

Ese día, 4,000 hombres se reunieron en la plaza ante la Corte y sostuvieron una reunión que se distinguió por su gravedad y decoro. Edmund Randolph fue el principal orador. Una gran cuestión legal estaba en el tapete, dijo, los derechos de los Californianos bajo la Constitución. Que no haya violencia. "El señor Walker me ha pedido decirles de la importancia de evitar la violencia. Me dijo que no permitirá que se le liberte por medio de la violencia"

Algunos de sus oyentes se sintieron chasqueados. Hubo gritos de "Traigamos al Juez aquí!" "Parsons, renuncie!" "Que se liberte a Walker!" Pero Randolph mantuvo su calma y a la muchedumbre bajo control. Una resolución, condenando la acción de Parsons como "un injustificado ejercicio del poder y violación de justicia", fue propuesta formalmente y aprobada por votación. Esta resolución, se resolvió, sería entregada por escrito a Parsons por un Comité de Diez personas. Mientras tanto, Randolph presentaría ante la Corte Superior de la ciudad un escrito de *habeas corpus*.

Todo lo que se pudiera decir de Parsons es que era un recio luchador por la injusticia y no dio señales de ceder ante la presión pública. Durante la siguiente semana, mientras el procedimiento de *habeas corpus* estaba siendo discutido la mayoría de los diarios de San Francisco le dedicaban columnas enteras al asunto. El caso estaba siendo considerado como una costumbre con fuerza de ley que estaba sometida a prueba, y como una defensa del público contra la tiranía judicial. Walker, desde su celda, proveía al HERALD de material editorial, refiriéndose a la "inactividad maestra" de Parsons en atacar al crimen, y añadiendo "El Juez es un porfiado del desacato y ha tenido éxito en asegurarse una buena medida. Al tratar de apagar al HERALD, Su Señoría se ha extinguido a sí mismo"

El juez de la Corte Superior que tenía que resolver sobre la demanda de *habeas corpus* presentada por Randolph, estaba en una posición embarazosa. Negar la demanda sería desafiar la opinión pública, concederla sería ofender al poderoso Parsons y a sus compinches. Ya para entonces, sin embargo, el caso había llamado la atención de todo el estado, y ya se estaban dando pasos para la acusación de Parsons en la Legislatura. Diez días después del arresto de Walker, el

auto de *habeas corpus* fue emitido por la Corte, y aquel fue dejado en libertad. Su primer acto fue publicar "Una Tarjeta" en el HERALD, agradeciendo a aquellas personas que se habían unido a su causa, que era la causa "de todo el pueblo de California". De los ardientes esfuerzos de Edmund Randolph, hablaba con especial sentimiento. "Sería una ceremonia ociosa el que le diera las gracias", este ha sido un acto de inolvidable amistad. El recuerdo de aquel acto afectaría, cinco años más tarde, de manera profunda no solamente el destino de Walker sino el de toda una nación.

Mientras la agitación menguaba, parecía que el único beneficiario del asunto era el HERALD. Su circulación creció, aumentó el tamaño de sus páginas para acomodar mayor cantidad de anuncios y comenzó a sacar un semanario además del diario. Mas Walker estaba consciente que aun no se había conseguido nada para la ciudad. El crimen continuaba rampante. Las cortes seguían su acostumbrado camino. El ataque contra Parsons y el sistema judicial, sentía Walker, debía ser presionado. A principios de Abril, apareció ante un comité especial de la Legislatura en Sacramento para presentar un memorial sobre las instrucciones de Parsons al Gran Jurado. El comité investigó el cargo y recomendó la acusación de Parsons, y el procedimiento llegó hasta el seno de la asamblea. Allí, sin embargo, los amigos políticos del Juez pidieron intervenir favorablemente, y después de un pasajero debate, se abandonó la cuestión.

III

El bajo mundo de San Francisco tenía sus propios puntos de vista en el "caso de desacato", como se le llamaba, y los expresó con ferocidad. En la noche del 4 de Mayo de 1851, se desataron incendios en varios sitios de los distintos distritos comerciales, produciendo una conflagración que destruyó totalmente veinte manzanas de edificios de madera, entre ellos la oficina y la imprenta del HERALD. Bajo cubierta de la excitación las pandillas cundieron la ciudad y robaron y saquearon a su antojo.

Fue una noche de terror y desesperación, y la esperanza que el caso de Walker había despertado, desapareció envuelta en humo. El HERALD perdió todo menos su espíritu de lucha. Una imprenta que se había escapado del incendio fue puesta a la disposición de Nugent, y éste logró continuar su publicación tres días después del incendio, la ira brotando de cada una de sus páginas, pidiendo "una policía de voluntarios". Esta vez algo se hizo, y hombres armados de rifles comenzaron a patrullar la ciudad. Toda la prensa de San Francisco pedía el castigo de los vándalos. El HERALD fue más allá. El 5 de Junio, salió con un editorial titulado "La Organización del Crimen en este Estado", en el que claramente aseguraba que los incendiarios eran conocidos de las autoridades y estaban recibiendo protección de los políticos, algunos de los cuales eran Catilinas que estaban empeñados en el dominio completo de la ciudad y el Estado. Era tiempo decía el *Herald*, "para una guerra general contra el crimen". El público, sin embargo, impresionado y te-

meroso, no estaba en ánimos de despertarse con claridad. Se rumoraba que muchas personas respetables estaban preparándose para abandonar la ciudad.

La acusación del *Herald* de una gran confabulación política apoyada en una base criminal, vino a hacerse más evidente aun, cuando cerca de tres semanas después, bien avanzada la reconstrucción del distrito arruinado, estalló otro incendio que destruyó más la ciudad, de nuevo acompañado de innumerables robos. Fue este incendio devastador el que proveyó el ímpetu inmediato para la formación del Primer Comité de Seguridad Pública, los Vigilantes, que finalmente destruyeron las pandillas sólo para imponer su propio despotismo.

IV

El *Herald* todavía sostenía su convicción de que antes de que el orden pudiera ser establecido, las cortes debían librarse de jueces corruptos de la calaña de Parsons. Su agenda estaba cargada de juicios, sin embargo, él se ausentaba de la corte por días enteros. "Por cuánto tiempo debemos tolerar a este hombre?" preguntaba Walker editorialmente. La misma pregunta, a la inversa, estaba en la mente del Juez Parsons, y él estaba en mejor posición de contestarla. Entre sus amigos estaba el notorio duelista, Graham Hicks, conocido por su mortal habilidad con el revólver. Varios prominentes San Franciscanos habían caído a su puntería. Él era un hombrecito fuerte y nervioso, muy parecido a Walker en contextura. Walker, dijo Hicks, había insultado a "un amigo suyo" y tendría que dar excusas o pelear. El duelo era el deporte más popular de la ciudad y tan pronto como se supo del reto y la fecha del encuentro fue fijada, se reunió una gran muchedumbre para presenciar el acontecimiento.

El hecho de que Walker sostuvo cuatro duelos a revólver en su vida, sin herir a uno solo de sus antagonistas, ha dado a creer que su puntería era pobre, mas tenía que ser increíblemente mala para alcanzar tal récord y otras evidencias en contrario señalan en dirección opuesta. Quizás no sea irrazonable pensar que él haya tenido aversión a esta forma fría de matar, y que deliberadamente haya disparado al aire o al suelo en la esperanza de que su oponente siguiera su ejemplo. Esta costumbre era corriente entre los caballeros de New Orleans, como medio de satisfacer el honor sin derramamiento de sangre. En uno de sus duelos, llevado a cabo en San Francisco con W. H. Carter en la primavera de 1855, a ocho pasos, Walker fue herido en un pie, una herida lo suficientemente rara para sugerir que Carter estaba tirando para errar o para infligir el menor daño después que Walker había fallado. En el duelo con Hicks, también a ocho pasos, Walker como siempre disparó primero, sin efecto alguno. Hicks, sin embargo no sintió obligación a la *noblesse*. Su tiro, con intento de matar, atravesó la parte superior del brazo de Walker, cerca del hombro, pasando cerca del hueso.

Lo que siguió hizo gran impresión en los espectadores. Sin dar señales de dolor, Walker indicó a Hicks que debían hacerse un segundo tiro, pero antes de que

pudieran levantar las pistolas de nuevo, los segundos intervinieron y el duelo fue declarado terminado

Algunos posteriores comentaristas de la carrera de Walker procuraban encontrar en sus diversos duelos, las señales de un carácter sangriento, de un desesperado, mas puede decirse con seguridad que ellos han malinterpretado, tanto al hombre como su época. Un contemporáneo de Walker que buscaba cómo explicar su punto de vista a una generación posterior hacía hincapié sobre la atmósfera de 1850, como un factor esencial que debe ser considerado "Los hombres contemplaban la vida desde un punto de vista más romántico de lo que lo hacen ahora. Había más sentimiento, más canto de canciones, más gracia y galantería. Los hombres no habían abandonado las

costumbres de sus antepasados, y se aferraban al código del honor, en defensa del suyo, y del honor de las damas los movía la sinceridad y vivían rodeados de tradiciones tan firmes que no podían hacerse a un lado" La manera en que un caballero se conducía en un duelo en tiempos de Walker, era tomada como una prueba de su carácter, la fortaleza con que sobrellevó la herida inflingida por Hicks y la cólera que le movió a querer continuar el duelo, le dieron una inmediata reputación de valiente entre valientes "Un hombre hábil, sumamente educado y valiente" con "una alta posición moral y política" (1) sobre todos los temas de la época, era el carácter que se le atribuía a Walker en el San Francisco de 1850. Los hombres lo rodeaban.

Capítulo Siete

VANDERBILT PERDONA A GRAN BRETAÑA

I

Walker en el San Francisco *Herald*, citando a la prensa de New York, comentaba entusiastamente sobre la gran empresa en Nicaragua del Comodoro Vanderbilt. El veía el canal como la llave para la Americanización del Caribe. Los intereses del gran capitalista habían comenzado a tocar a aquellos del inconspicuo periodista. Con la firma del Tratado Clayton-Bulwer, dos nuevas corporaciones de Vanderbilt habían cobrado vida. The Nicaraguan Canal Company, que había de cavar el canal bajo una administración Anglo-americana, y la Accessory Transit Company, (Compañía Accesorio del Tránsito) que habría de llevar pasajeros a través de Nicaragua hasta la terminación del canal. Los rumores de guerra desaparecieron. Aun el New York *Herald*, que había sido virulentamente anti-británico, descubrió que en la cuestión de Nicaragua, los Estados Unidos como Inglaterra habían cometido fallas, "pero una influencia de sentido común se alzó de la Bolsa de Londres por un lado y Wall Street por el otro"

San Francisco no oía sino noticias favorables de la aventura. Ya la Accessory Transit Company estaba construyendo vapores de poco calado para las operaciones en el río San Juan y en el Lago de Nicaragua. Otra compañía de Vanderbilt, The Nicaragua Steamship Line (Línea de Vapores de Nicaragua) había ordenado vapores de inigualada velocidad y tamaño para hacer el recorrido de New York a Nicaragua y de Nicaragua a San Francisco. Un eminente ingeniero, el Coronel C W Childs, había aceptado ir a Nicaragua por cuenta de Vanderbilt para hacer un detallado estudio del canal y un cálculo de su costo. Y finalmente, se anunció que Vanderbilt iría inmediatamente a Inglaterra para negociar con financieros británicos.

El éxito de los planes del canal se daba como un hecho. ¿Cómo podrían fallar, actuando juntos, los Estados Unidos e Inglaterra? Todas las esperanzas parecían confirmarse a la llegada de ejemplares del *Times* de Londres, alabando el proyecto de Vanderbilt

y afirmando "Todos los proyectos de la empresa están siendo empujados a un feliz resultado" Las pláticas de Vanderbilt con los Rothschilds y los Barings, decía el *Times* han resultado en "un satisfactorio arreglo financiero"

El siguiente interés de Vanderbilt era darle vida a la Accessory Transit Company mientras el Coronel Childs estaba haciendo el estudio del Canal. Aquí encontró dificultades. Los ingenieros que había enviado a Nicaragua, informaban que el río San Juan, contrario a todas las esperanzas, no era navegable por vapores debido a cinco raudales peligrosos que se encontraban en su curso. La única esperanza para una ruta de tránsito, decían, sería construir pequeños canales alrededor de esos raudales. Con su acostumbrada energía, el Comodoro decidió ver por sí mismo. El primero de sus vapores trasatlánticos, el *Prometeo*, estaba listo. Era un vapor rápido pero en este primer viaje no intentó fijar un récord de velocidad, pues remolcaba en el trayecto de diez días a Greytown, un pequeño vapor de poco calado, el *Director*, diseñado para usarse en el Lago de Nicaragua.

II

"La presencia del emprendedor e infatigable Comodoro Vanderbilt", escribió Walker en el *Herald*, "asegurará la perfección de todos los arreglos para hacer completa la conexión del tránsito" El tributo era merecido. Cuando el *Prometeo* ancló en Greytown y Vanderbilt propuso llevar el *Director* arriba del San Juan hasta el Lago, se encontró contra una sólida muralla de pesimismo entre sus propios empleados. El bote se rompería, le advertían sus ingenieros. Nadie ha tenido éxito en llevar un vapor sobre el San Juan. Vanderbilt apartó todas las objeciones. El había venido a llevar el vapor río arriba y lo haría. Lo que siguió dejó a sus hombres boquiabiertos. Con

(1) (F. Soulé, J. H. Gihon y J. Nisbet, "Anales de San Francisco", 1856)

Vanderbilt mismo al timón, el *Director* se enfiló sobre el río como poseído del demonio "El Comodoro", —narraba uno de la tripulación—, "insistía en saltar sobre todos los obstáculos, y apretando todas las válvulas de seguridad, con la máquina a todo vapor, obligó al vaporcito a escurrirse y forcejar sobre los obstáculos hasta alcanzar aguas mansas de nuevo" En un punto en que el río caía atterradoramente y el agua hervía alrededor de enormes rocas protuberantes, Vanderbilt dio a la tripulación una nueva lección Usando gruesas cuerdas atadas a los árboles de la orilla, pasaba el vapor, pulgada por pulgada, más allá de los raudales

El día de Año Nuevo, 1851, el *Director* completó el trayecto de 119 millas del río y entró al Lago de Nicaragua El resto del viaje de Vanderbilt fue igualmente lleno de realizaciones Para el tiempo que regresó a Greytown había trazado los planes completos para la ruta del tránsito De la Bahía de la Virgen, en el extremo occidental del Lago, se abriría un camino a través de la jungla al puerto más cercano en el Pacífico, San Juan del Sur Hacia el Este, el río San Juan sería mejorado con dinamita, y donde esto no fuera posible para el pase de los vapores, un servicio de transbordo resolvería el problema El Comodoro dio sus órdenes, contrúyase muelles en todos los puertos del Tránsito sobre el mar y el lago, cómprense mulas y diligencias para llevar pasajeros y equipajes, agráden a los nicaragüenses pintando las diligencias con los colores nacionales, azul y blanco, cubran el camino con planchas gruesas de madera, compren terrenos en Greytown y establezcan las oficinas de la Compañía, muévanse, actúen, construyan! Luego, abordando el *Prometeo*, hizo el viaje de regreso a New York en tiempo récord

Desde este momento en adelante todo fue como movido por magia Vapores trasatlánticos, diseñados conforme a las especificaciones de Vanderbilt, fueron contruídos y enviados por el Cabo de Hornos para servir la ruta entre San Juan del Sur y San Francisco También ordenó dos vapores con quillas de hierro para el rocoso San Juan, y los bautizó, no sin propiedad, el *John M Clayton* y el *Sir Henry Bulwer* Un vapor algo más grande fue enviado a juntarse con el *Director* en el Lago de Nicaragua El 3 de Julio de 1851, al año precisamente de la firma del Tratado Clayton-Bulwer, aparecieron anuncios de la "Nueva e Independiente Línea a California" en los periódicos de New York Todo New York bullía de excitación ¿Qué no pueden hacer los Americanos cuando se empeñan en ello? El *New York Herald* miraba esperanzado al tiempo "en que el gobierno y las instituciones de los Estados Unidos serán extendidas por todo México y Centro América" como resultado de las empresas de tales hombres como Vanderbilt y George Law California estaba aun más gozosa, si fuese posible El viaje más rápido de New York a San Francisco, vía Cabo de Hornos, había tomado cincuenta y un días La nueva ruta a través de Nicaragua acortaría el viaje a veinticinco

Quando el *Prometeo* salió de New York para Greytown, Vanderbilt y un numeroso grupo de invitados iban a bordo La buena suerte le sonreía Los pasajeros gozaron del viaje de verano, se maravillaron ante la lujuriente escena de la costa nicaragüense, fueron hospitalariamente recibidos en Greytown, abordaron

el *Sir Henry Bulwer*, ascendieron el río San Juan con solo pequeñas dificultades, fueron transbordados al *Director*, cruzaron el Lago a la Bahía de la Virgen, se montaron en mulas (las diligencias no habían sido entregadas aún), cruzaron las once millas a San Juan del Sur, donde uno de los grandes buques de Vanderbilt, el *Pacific*, los estaba esperando para hacer el recorrido a San Francisco Una carta de uno de los pasajeros para el *New York Herald*, casi puede decirse que estaba escrita por órdenes de Vanderbilt "Con buenos y rápidos barcos, caballerosos capitanes, y con escenas que encantan a la vista, cuajadas de bananos, naranjas, limones, palmeras y mil variedades de árboles, ¿qué impedirá al viajero de los Estados Unidos escoger esta ruta segura y práctica?"

Mas vapores salían de los astilleros para engrosar la línea de Vanderbilt, y para finales de 1851 estaba en plena competencia con la ruta panameña de Law Todas las ventajas estaban de parte del Comodoro Pasajeros a California pronto supieron que podrían economizar cuatro días de viaje tomando la ruta de Nicaragua, cuatro días en que podrían encontrar una rica veta de oro antes de que otro la encontrara Cuando Law trató de mantener su posición advirtiendo al público de los "melancólicos atrasos" en la ruta nicaragüense, Vanderbilt contrapunteó con aseveraciones de que el cólera era rampante en Panamá Law bajó las tarifas, Vanderbilt las bajó aun más En los primeros recorridos del *Prometeo*, pasajeros de primera clase pagaban \$400 por persona, pero mes a mes el precio fue bajando hasta los \$150, mientras los pasajeros de segunda hacían el viaje a San Francisco por sólo \$45 Fue entonces que se oyeron las amargas quejas de los pasajeros acerca de malas condiciones de acomodamiento mala comida, mala marinería, mas Vanderbilt podía encogerse de hombros, sus buques iban repletos, los de Law, medio vacíos Nada podía intimidar a las multitudes ansiosas de llegar, por la ruta más corta, a la tierra prometida de California, y a pesar de la guerra de precios, las ganancias de Vanderbilt eran enormes La línea hacía tres salidas al mes de New York, llevando hasta 600 pasajeros cada vez, mientras la oficina de San Francisco apuntaba cerca de 300 pasajeros por viaje y obtenía grandes entradas con los embarques de oro hacia el Este Las entradas brutas de la Línea de Vapores de Nicaragua y la Compañía Accesoría del Tránsito en su primer año de operaciones fue de más de \$5,000,000, de los que el 40% era ganancia neta (Walker en ese año de 1852 se podía considerar dichoso si el periodismo le hubiera dado mil dólares)

III

San Francisco oyó que la aventura nicaragüense del Comodoro estaba deslumbrando a Wall Street por su ingenio y por su éxito La Compañía Accesoría del Tránsito no tenía que pagar impuestos al Estado de New York, puesto que, como sus abogados lo declararon en la corte, era una "empresa nicaragüense" Cuando no se trataba de impuestos sin embargo, la Compañía se envolvía alegremente en la bandera americana. En una ocasión surgió una fricción con Nica-

ragua, cuyo Gobierno llegó a la temeridad de pedir la parte de las ganancias que le correspondían de acuerdo con el contrato de la compañía. Vanderbilt alegó que no habían habido ganancias, que un vapor se había perdido, y que el porvenir era muy negro. A esto los nicaragüenses apenas si podían darle crédito, puesto que era del conocimiento público que la Accesoría del Tránsito había pagado sustanciosos dividendos a los accionistas, y enviaron dos comisionados a New York a presionar el caso. Vanderbilt rehusó recibirlos.

A cada exhibición de agresividad del Comodoro, el público respondía con aplausos, y más que con aplausos, con dinero. Mientras los precios de las acciones de la Línea Panamá bajaban en la Bolsa, las de la Accesoría del Tránsito llegaron a ser las favoritas de los alcistas, subiendo en unos pocos meses de \$18 a \$50 por acción. A este precio, se informó más tarde, Vanderbilt dispuso de la mayoría de sus acciones. Mas esta era la más pequeña de sus ganancias. Fue el alza de las acciones de la Compañía del Canal Nicaragüense la que aturdió a Wall Street. Llegando a la bolsa a \$800 la acción, fue primero considerada como una especulación interesante solamente para el rico. Luego, al preciso momento en que el éxito de la Compañía Accesoría del Tránsito, convertía a Vanderbilt en el mimado de la comunidad financiera, llegó el esperado informe del Coronel Childs. La suma de \$32,000,000, decía el Coronel, sería suficiente para construir un eficiente canal por esclusas en la ruta de Nicaragua, y, lo que es más, sus planos habían sido aprobados por ingenieros de los Gobiernos Americano y Británico. Le siguió una loca demanda por acciones de la Compañía del Canal Nicaragüense. Aunque el *New York Times*, movía dudosamente la cabeza, señalando que el proyecto apenas estaba en el papel, y recordaba a sus lectores de la Burbuja del Mississippi, Wall Street no puso atención. Los precios subían y subían hasta que en Marzo de 1852 se fijó a \$3,600 por acción.

Los destalles precisos del subsiguiente colapso nunca fueron revelados pero se hacían agudas conjeturas. Tan pronto como el Coronel Childs regresó de Nicaragua, Vanderbilt lo envió a Londres con algunos consejeros financieros para hacer los arreglos del capital Británico en la empresa. Unas pocas semanas más tarde, tenía una carta en sus manos —enviada por Childs— de uno de los socios de Baring Brothers, que le desbarató los castillos que se había forjado. Las finanzas Británicas nada tendrían que ver con la Compañía del Canal Nicaragüense. Conforme los planos de Childs, el canal sería muy angosto para acomodar grandes cargueros y el costo era excesivo en relación a las entradas que podrían obtenerse de pequeños barcos de pasajeros. Ya fuese que los cálculos de los Baring eran válidos, ya fuese que los planos de Childs para el canal pudiesen ser modificados para satisfacer las objeciones, poco importaba. El hecho es, como Squier, el Ministro Americano, claramente afirmaba, que todos los cálculos del costo del canal eran pura conjeturas. El mismo calculaba que \$100,000,000 era más cerca que la cifra de Childs. Cualquier persona de sentido común, decía, podría ver

que los inmensos beneficios del canal justificarían un desembolso de \$200,000,000, si fuese necesario. Vanderbilt, también, comprendía esto. El comprendió entre las líneas del rechazo británico su verdadero significado. Inglaterra, simplemente, no quería el canal. Su política no había cambiado en lo mínimo, y puesto que el Tratado Clayton-Bulwer —que no la ligaba a nada— impedía efectivamente a los Estados Unidos a proceder sin ella no habría canal.

Por cuanto tiempo Vanderbilt sabía de la carta Baring antes de que la diera a publicidad, nadie lo podía saber. El *Herald* dio a conocer su convicción de que él mantuvo la información para sí, hasta haber vendido sus acciones a unos \$3,600 cada una. Con el anuncio llegó el pánico. Primero por cienos y luego por miles de dólares, el precio de las acciones cayó, hasta que no podían hallarse compradores a ningún precio.

Aunque lamentaba la decisión de Inglaterra, Vanderbilt dio a saber que no guardaba hostilidad hacia ella. Quizás la razón de su actitud conciliadora yacía en la ganancia que había obtenido, por ese tiempo, en sus transacciones en Wall Street. Tenía, —se lo dijo a un amigo—, unos once millones de dólares, lo que significaba que había doblado su fortuna en tres años. Esto más, su dinero estaba invertido de tal manera que le rendía una utilidad del 25%. Se podía dar el lujo de perdonar a los que habían pecado contra él. De cualquier modo, su objetivo original estaba logrado. Nicaragua había reemplazado a Panamá como la ruta favorecida a California y las acciones de la Línea Panameña de Vapores, de George Law, estaban bajando sistemáticamente en la Bolsa.

Así, después de tres años de alta diplomacia y aun más altas finanzas Inglaterra y Vanderbilt estaban satisfechos, mas el Gobierno Americano encontró su posición en Centro América tristemente empeorada y sus esperanzas de un canal completamente fallidas. Una investigación senatorial para descubrir el por qué el plan había fracasado, tuvo un curioso resultado, pues trajo a luz la carta de Bulwer a Clayton que éste había escondido, junto con su memorándum secreto. Estupefactos, el Congreso y el público se dieron cuenta cuán grande había sido la victoria diplomática de Bulwer, y senador tras senador se levantó para declarar que nunca hubiera votado por el Tratado si hubiera sabido de esa "afrentosa traición". Pero traición o no, allí estaba el Tratado, una firme barrera contra más íntimas relaciones entre los Estados Unidos y Centro América. El único beneficio que la nación había obtenido era el desarrollo de la ruta de tránsito Nicaragüense, a través de la cual miles de Americanos, rumbo a California, continuaban pasando.

Para Walker, como para muchos otros Americanos, el Tratado Clayton-Bulwer ahora aparecía como una terrible desgracia para la nación, un mal que era la obligación de todos los hombres de espíritu resistir y vencer. El hecho de que puede haber servido para evitar una guerra con Inglaterra, era menos importante para él, que los marcados límites que habían sido fijados a la expansión del poder Americano hacia el sur.

Capítulo Ocho

“UNA EMPRESA DESESPERADA Y TEMERARIA”

I

Una nueva oportunidad se le presentaba a Walker. Un abogado, altamente considerado, Henry P. Watkins, que ejercía en el cercano pueblo de Marysville y que se dedicaba a la política estatal, le ofreció hacerlo su socio. Walker estaba de nuevo impaciente. Había agotado las posibilidades de reconocimiento, puestas a prueba en el periodismo de San Francisco. Sin mucha deliberación, aceptó la oferta de Watkins, y se pasó a vivir a Marysville.

Con Watkins mirando por el lado comercial de la profesión, Walker pudo concentrarse en las batallas forenses que era el único aspecto legal que le atraía en la profesión. Un tributo al poder de su retórica le llegó de parte de Stephen J. Field, un colega del foro de Marysville, —y quien llegó a ser después Magistrado de la Corte Suprema de los Estados Unidos— el que lo llamó “un brillante orador”. Esto era cuando tenía veinte y siete años. No era de esperarse, sin embargo, que su temperamento y ambición le permitiera seguir el curso, tardado y constante, al bienestar profesional y al lucro político. Ni en la sociedad que le rodeaba había algo que le condujera a una vida estable. “Aquellos eran días en que el ardor de la aventura por mares y por tierras, henchía el pecho de los hombres”. La única influencia que pudiera haberlo hecho abandonar sus sueños románticos por la realidad convencional, el amor de una mujer, no existía para él. Si hubiera tenido cualquier oportunidad de encontrar una mujer de carne y hueso que pudiera desplazar la imagen de Ellen Martin, Marysville era el último sitio donde buscarla. Allí la escasez de mujeres era más aguda que en San Francisco. Pocos recién llegados al pueblo pudieron encontrar esposas que no hayan sido antes prostitutas. La mayoría de los hombres frecuentaban los burdeles, algunos se habían vuelto pederastas, más de un arresto por “bestialidad” aparecía reportado en los periódicos. En muchos casos —el de Walker entre ellos—, se reprimía el impulso sexual, mas bien transmutándolo en otras formas de acción. Su oportunidad de liberación emocional había desaparecido con la muerte de Ellen Martin. El extraordinario ardor que parecía generar, de manera que cada situación en la que él se encontraba se volvía incandescente y explosiva, bien puede haber tenido sus raíces psicológicas en la abstinencia sexual. Su “machismo” encontró la salida, como si dijéramos, en el asalto sobre la timidez política del medio ambiente. La frustración, sin embargo, debe haberle atormentado. Hay más de un indicio en su vida de las mismas fuerzas psíquicas que hicieron que Girolamo Savonarola, después de un desgraciado amor, se haya hecho monje, y por la intensidad de sus creencias se haya convertido en el amo de Florencia. Uno sospecha que la tremenda corriente de energía de Walker para el trabajo, y los severos rigores monásticos y fatigas que se imponía en la vigilia, —los que maravillaban a sus

amigos—, eran un medio de exorcizar las imágenes femeninas de la noche y calmar las represas tensiones de la continencia.

Durante el año que pasó en San Francisco, conoció una distinguida personalidad que, en muchas maneras, tanto se le parecía que casi podría considerárseles hermanos. Era un noble francés, el Conde Gastón Raoul de Raousset-Boulbon. Raousset, como Walker, era un hombre con una visión caballeresca y romántica de la vida. Ambos eran idealistas demócratas en la tradición revolucionaria de Francia, ambos estaban imbuídos y exaltados con la idea del heroísmo personal. El francés, algunos siete años mayor que Walker, igualmente delgado y bajo, y con un rostro en que se distinguían sus ojos magnéticos. Ambos se igualaban en energía, coraje, educación y gusto literario. En París, Raousset había fundado y editado un periódico radical, *La Liberté*, y escrito una novela emocional, *La Conversión*, en la que describía su transformación de aristócrata en demócrata.

De hecho, había probado su suerte en aun más profesiones que Walker. había sido soldado en Algeria, minero en California, pescador, cazador y comerciante en ganado. Era en su actitud hacia las mujeres en lo que más diferían. Si Walker era Galahad, Raousset era Don Juan. En Francia había sostenido un número de duelos sobre mujeres con una ferocidad tal, que le ganaron el sobrenombre del *Petit Loup*. Uno de sus fragmentos literarios, un poema escrito en la víspera de su salida de París, como aventurero sin un centavo, —había disipado una fortuna en placeres— describía lo esencial de su espíritu. “Mi corazón desesperado corre de uno a otro, / quien sabe si llegaré a los treinta años, / si el futuro será alegre, / o si seré muerto a tiros, / bésame, Camila, bésame”.

A principios de 1852, los periódicos de California comenzaron a publicar noticias extraordinarias sobre Raousset. A pesar de su bolsa vacía, él era el centro de la colonia francesa de San Francisco, donde uno de cada diez era un francés buscando fortuna en la adversidad. Uno de sus principales temas de conversación era la posibilidad de arrebatar a México la región sur de Arizona, entonces parte del Estado de Sonora, y considerada rica en recursos minerales. Un plan para ese fin pronto tomó forma en la fértil mente del Conde. La población de Sonora vivía en constante terror por las frecuentes incursiones de los salvajes Indios Apaches de Arizona. Se imaginó Raousset que si se iba a la Ciudad de México con el apoyo diplomático del Gobierno Francés y se ofrecía a encabezar una fuerza en Sonora para acabar con los Apaches, él podría obtener como remuneración de parte del Gobierno Mexicano una concesión para explotar las minas de oro y plata de Arizona. Y después de eso, ¿hasta dónde llegaría su poder?

Hacia la primavera de 1852, el éxito parecía cercano. Los gobernantes de México estaban bien dispuestos hacia los franceses, así como estaban resentidos con los Americanos. Se formó una compañía para operar las minas con una adecuada distribución de acciones entre funcionarios mexicanos, Raousset se comprometió a limpiar Sonora de los Apaches, el gobierno concedió a la nueva compañía el derecho a las minas de Arizona, todo iba con soñada precisión. Regresando apresuradamente a San Francisco, Raousset obtuvo la ayuda del cónsul francés para fletar un barco y reunir una fuerza expedicionaria con 150 de sus compatriotas, y en Mayo de 1852 se embarcó para Guaymas, puerto principal de Sonora. Puesto que iban nominalmente como "colonos" y por invitación del Gobierno Mexicano, las Leyes de Neutralidad Americanas no fueron invocadas para impedir su partida

II

Walker veía la vida normal con su énfasis en la seguridad, con la impaciencia de un caballo de carrera enganchado a un carretón lechero. La atractiva empresa de Raousset hacía parecer la profesión de leyes en Marysville como insignificante y tediosa. La vida en San Francisco había endurecido a Walker y el duelo con Hicks le había dejado más de una cicatriz. Su respeto a las leyes se había corroído y resquebrajado. Las Leyes de Neutralidad que, en sus días de New Orleans, le habían hecho vociferar contra los planes filibusteros del General López contra Cuba, ahora le parecían simplemente un velo legalista para encubrir la debilidad y timidez de los políticos en Washington, a tres mil millas de distancia. ¿Deberán ser respetadas estas mal aconsejadas leyes mientras Francia tomaba Sonora? ¿Deberían los Estados Unidos, después de haber ganado la Guerra con México, detenerse ante uno de los principales premios de la victoria, las minas de Arizona? Confiado en su visión del futuro de los Estados Unidos, consideraba como ignorantes y reaccionarias aquellas leyes que le parecía sacrificaban el futuro al presente.

El hecho de que Raousset tenía ya un contrato con el Gobierno Mexicano no perturbaba a Walker. Era un pensamiento generalizado el que los Sonorenses eran defectores al gobierno y estaban maduros para una revolución. ¿Por qué no se le daba a Sonora, como a California, el beneficio de las instituciones americanas? ¿Por qué no debiera, una Compañía Americana, haciendo un contrato con el gobierno de Sonora, ponerse en una posición tal que o participa del proyecto de Raousset o lo desplaza?

Aunque Walker era, por lo general, suave para hablar, reticente, y de una conducta reflexiva, era capaz de brillantes explosiones de entusiasmo que iluminaban los proyectos en los que se interesaba, y hacía que las personas que lo rodeaban lo consideraran su jefe nato. Su entusiasmo por la aventura de Sonora era tan contagioso, que se ganó a su socio Watkins, y a varias otras personas prominentes. Aquella primavera

de 1852 un grupo seleccionado por Walker se reunió para discutir la posibilidad de una expedición Americana a Sonora. Se llegó a un arreglo, se reunió el dinero, y ods de los presentes fueron comisionados para ir a Guaymas, con el propósito de obtener el permiso del Gobernador de Sonora para introducir en el Estado un número de "colonos" Americanos. La esperanza resultó fallida. Antes de que los agentes de Walker llegaran a Guaymas, Raousset ya había llegado a un arreglo con el Gobernador de Sonora. Dueño de un substancial número de acciones en la compañía minera Francesa, el Gobernador no tenía interés en cualquier otra expedición, y mucho menos en una compuesta de "gringos". Los agentes de Walker regresaron a Marysville descorazonados, y aquél y Watkins tuvieron que volver con desgano al ejercicio de su mísera profesión.

Pasaron unos pocos meses y luego la fiebre volvió, al llegar noticias frescas de la expedición de Raousset. Parece que el comandante militar de Sonora, General Blanco, quien en realidad tenía más poder que el gobernador del estado, había sido pasado por alto en la distribución de las acciones. Una casa bancaria de San Francisco, con el ojo puesto en las minas de Sonora, se apresuró a tomar ventaja de la situación para sobornar a Blanco. Si él quisiera hacer caso omiso del contrato de Raousset con el Gobierno Mexicano, los banqueros le dijeron, el podría firmar uno por su cuenta con una nueva compañía formada con ese objeto. Inmediatamente, la meta de Blanco fue desbaratar la expedición francesa. Con ese fin, mantuvo a Raousset y a sus hombres vagando en Guaymas, bajo un pretexto oficial u otro, hasta que el ocio y la enfermedad comenzaron a hacerles daño, y sus provisiones comenzaron a disminuir. Cuando al fin el Conde fue permitido partir hacia el norte, sus fuerzas estaban gravemente debilitadas, y su situación se empeoraba cada día por la constante desertión de los guías y muleros mexicanos. El astuto Blanco sacó entonces las uñas, exigiendo que los hombres de Raousset se sometieran a él, y que, o se hacían ciudadanos de México o trabajaban como obreros bajo su mando en las minas. Enfurecido el jefe Francés buscó como iniciar un movimiento revolucionario entre las gentes de Sonora, pero sin éxito. Finalmente, desesperado, lanzó un ataque contra la capital de Sonora, Hermosillo, ciudad de 12,000 habitantes donde Blanco tenía una numerosa garnición. En la batalla que siguió 243 franceses asaltaron el cuartel de paredes de adobe, enfrentándose al fuego de mosquetes y cañones de 1,200 soldados mexicanos, lo tomaron dominando la ciudad, y poco faltó para capturar a Blanco. Mas, siendo incapaz de atraerse a los nativos y sufriendo de fiebres, Raousset se vio obligado al fin a entrar en arreglos con Blanco y a salir de Sonora.

Si este fue un fracaso, San Francisco no lo consideró así. A su regreso, Raousset fue recibido como un héroe. El, además, deleitó a sus admiradores, cuando, al aceptar los honores que llovían sobre él, juró volver a México. "No puedo vivir sin Sonora" dijo. Con eso comenzó a preparar otra expedición mayor.

No haber sido partícipe de tan animadora aventura, era más de lo que Walker podía soportar. A principios de 1853, él y su socio Watkins hicieron una visita a Raousset y le ofrecieron su cooperación y servicios en el nuevo intento.

"Juntos", Walker dijo a Raousset, "seremos más que doblemente fuertes. Hay muchos en los Estados Unidos que nos respaldarán y usarán su influencia en nuestro favor".

Raousset cortésmente y con interés las palabras entusiastas de Walker. "Amigos míos", replicó, "lo que dicen ustedes es, quizás, muy cierto, mas no puedo asociarme con ustedes. Para serles franco, los Americanos son tan profundamente detestados en México, que su presencia destruiría mis oportunidades".

Walker no argumentó. Con una de sus raras sonrisas, dijo "Entonces, seremos rivales".

"Así será", dijo Raousset. Mientras ambos se estrechaban las manos efusivamente, Watkins los contemplaba admirado.

El Francés fiaba sus esperanzas en el informe de que una revolución había llevado a la Presidencia de México al General Santa Ana, conocido como amigo de Francia. Este era el momento para una visita a la Ciudad de México, para hacer un nuevo contrato más obligatorio, y pronto se pondría en camino. El plan de Walker era mucho más atrevido: nada menos que introducir una fuerza Americana en Sonora, bajo el disfraz de colonos, hacerse el amo del Estado, ya fuese con la cooperación de sus políticos, o sin ellos. Sonora entonces, se declararía una república independiente, se pondría bajo la protección de los Estados Unidos, y daría la concesión minera a una compañía Americana, haciendo caso omiso de cualquier contrato firmado en la Ciudad de México con los franceses.

Tal era también el razonamiento de algunos de los ricos mineros de San Francisco, los que estaban ansiosos de especular sobre la oportunidad de una concesión en las minas de Sonora. Lo que necesitaban era un jefe que pudiera regir las fuerzas reclutadas entre los aventureros de San Francisco, y al mismo tiempo dominar al francés Raousset y al Gobernador Militar de Sonora. Para los magnates de San Francisco, la reputación de Walker por su bravura, su ardiente convicción, su poder de oratoria, y su entrenamiento legal y periódico, sobrepasaban su falta de experiencia militar. Le proveerían del necesario respaldo y fondos, le dijeron, si se dedicaba él mismo a la expedición.

El dinero fue obtenido por la venta de bonos "asegurados" con las tierras que Walker esperaba obtener en Sonora. Los bonos impresos decían:

El Fondo de Préstamo de la Independencia, ha recibido de _____ la suma de \$500, y la República de Sonora le extenderá a él o a sus cesionarios una cédula por una legua cuadrada de tierra, localizada en el dominio público de dicha República.

Firmado, este primer día de Mayo,,

William Walker

Coronel del Regimiento de la Independencia

(* Alta California, Diciembre 1, 1853)

Vendidos secretamente a compradores selectos, los bonos proveían suficiente dinero para permitir el reclutamiento, la compra de armas y provisiones y el flete de un barco. Walker había traído a Edmund Randolph y a otro amigo íntimo, Parker Crittenden, también abogado, a la empresa, y juntos organizaron la expedición. El creyó, sin embargo, que antes de zarpas necesitaba información de primera mano sobre las condiciones que habría de enfrentar, y pocos días después que Raousset-Boulbon salió para la Ciudad de México, el autonombado Coronel abordó un barco para Guaymas.

Walker encontró el puerto Sonorense menos que hospitalario. Las autoridades mexicanas no le hubieran ni siquiera permitido quedarse si el Cónsul Americano no hubiera llegado en su ayuda. Cuando envió un mensaje al Gobernador de Sonora, pidiendo audiencia para visitarle, la respuesta tardó días en llegar. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la pequeña colonia Americana del puerto. Allí varias de las mujeres le hablaron del miedo que le tenían a los Apaches, quienes habían estado merodeando cerca de la ciudad, y rogaban a Walker que trajera suficientes hombres a Sonora para su seguridad. De esta manera ellas le proveían del único ingrediente que le hacía falta en su empresa: la necesidad de la femineidad indefensa de su caballerescas protección.

La impresión que Walker hizo en Guaymas en 1853, al aparecer en su nuevo papel de soldado y libertador, se ha conservado en la descripción de un testigo ocular. "Su apariencia era muy distinta de la de un jefe militar: poco atractiva, insignificante. Pero cualquiera que juzgara a Mr. Walker por su apariencia personal cometía un gran error. Extremadamente taciturno, él se sentaba por horas en compañía de otros, sin abrir los labios, mas una vez interesado, llamaba la atención con la primera palabra que pronunciaba, y mientras continuaba hablando, uno se convencía de que no era una persona común. Con sus amigos confidentes era de lo más entusiasta sobre el tema de su empresa favorita, mas fuera de con aquellos inmediatamente interesados jamás mencionaba el tema".

Por fin le llegó un mensaje del Gobernador. Si Walker viniera a la capital de Sonora, Hermosillo, discutirían el asunto de la colonización y la supresión de los Apaches. Walker olió una trampa. Mucho tiempo había pasado. Con toda seguridad el astuto Gobernador conocía el verdadero propósito de los Americanos, y buscaría un medio de deshacerse de su jefe si lo llegaba a tener en sus manos. La deseada concesión de tierras tendría que ser sacrificada. La expedición no podría ya enmascararse como un grupo de pacíficos colonos, tendría que zarpas de San Francisco en violación de las leyes federales y pelear por Sonora desde el momento del desembarque. Tal prospecto de ninguna manera desanimaba a Walker. Apresurando su regreso a San Francisco, se preparó para la acción. Un centenar de hombres habían sido reclutados, y el bergantín Arrow estaba listo con su cargamento de armas, municiones, provisiones y otros elementos necesarios para la campaña.

(* T. Robinson Warren, Polvo y Espuma, (Dust and Foam), 1858)

La prensa de San Francisco sabía de las intenciones de Walker y lo animaba. *Alta California*, informando sobre la masacre de ochenta personas en Sonora por los Apaches en una sola semana, comentaba: "No pueden protegerse a sí mismos, y el gobierno no puede protegerlos". Pero las autoridades militares veían el asunto de otra manera. El 30 de Septiembre de 1853, el plan de Walker fue parado de golpe cuando el Comandante General del Ejército de los Estados Unidos en San Francisco ordenó la captura del Arrow por sospecha de que estaba siendo usado para violar las Leyes de Neutralidad.

Con Edmund Randolph como abogado, Walker inmediatamente presentó una demanda para que el barco fuera entregado, mas el resultado de su petición aparecía dudoso y él no tenía intención de someterse a un largo proceso legal. En cambio, él tenía otro bergantín, la *Carolina*, listo para el propósito y con tantos reclutas como pudo apresuradamente reunir, secretamente abordó el barco, levó anclas y salió en alta mar antes de que pudiera ser interceptado. Cuarenta y cinco hombres iban con él. Era el 8 de Octubre de 1853. Antes de zarpar había recibido noticias que le deben haber animado. La rivalidad francesa ya no era una amenaza. El Conde Raousset-Boulbon que había caído en desgracia con el Presidente Santa Ana, se vio forzado a escapar de México y estaba de regreso en San Francisco.

III

Walker estaba siendo empujado por idealismo y a la vez por ambición —una fuerza irresistible cuando ambos impulsos van en la misma dirección. Él creía de todo corazón que las instituciones democráticas de los Estados Unidos eran la esperanza de los pueblos del mundo y que era una obligación de los Americanos llevar la luz de la democracia a sus extraviados vecinos. Al mismo tiempo aspiraba de todo corazón al sueño heroico de la fama mundial. Todas sus secretas aspiraciones estaban centradas en sobreponerse a sus enemigos y vencer en el combate, pero en nombre del derecho, la justicia, y los Estados Unidos.

No se desanimaba ante la apariencia de lo absurdo. Había en él ese punto de fanatismo que exige ignorar la opinión pública cuando ésta va en contra de sus propias convicciones. Su verdadera profesión era el heroísmo. Como Raousset, otro romántico incurable, Walker no podía resistir la oportunidad de arriesgar todo por un alto empeño, tal como un cirujano no podría rehusar a luchar con la muerte por salvar a su enfermo. *Había llegado a amar el peligro. Sin importarle el propósito práctico de la empresa de Sonora, tal como la concebían sus sostenedores, era para él desde el principio, una prueba personal, un hecho de armas contra fuerzas superiores, por los que, de la noche a la mañana, puede un individuo entrar en los portales de la gloria por el bien de su patria. Su fracaso en este su primer intento de guerra y conquista, fue inmenso, casi grotesco, y sin embargo, había algo en él que no era de los tiempos, un asomo de antigua hazaña y caballeresca fortaleza, un toque de grandeza que los hombres reconocían, y que en su época hizo que*

desaparecieran las risas y las burlas, y que Walker emergiera una mayor figura ante los ojos de las gentes de California.

En un amplio sentido político, sin embargo, la expedición no fue definitivamente infructuosa. Aunque los comentaristas la han llamado "una inexcusable incursión a un pueblo pacífico" y "una empresa desesperada y temeraria que necesita la pluma de Cervantes para hacerle justicia", el hecho es que desempeñó un papel considerable, aunque indirecto, en la adquisición por parte de los Estados Unidos de 45,000 millas cuadradas de territorio Mexicano, —un área tan grande como el Estado de Pennsylvania, y que abarcaba los valiosos minerales deseados por los intereses Californianos, así como una adecuada ruta ferroviaria. Esta es la llamada *Compra Gadsden*, la que pocos meses más tarde fue incorporada a los territorios de Arizona y Nuevo México.

El plan estratégico original de Walker indicaba un desembarque cerca de Guaymas, mas fue obligado a cambiarlo. Con menos de cincuenta hombres no podía esperar competir con la fuerte guarnición mexicana del puerto. Necesitaba una adecuada base de operaciones en la cual obtener reclutas adicionales, promover la insurrección nativa contra el gobierno de Sonora y finalmente lanzar la invasión. Para este propósito decidió que su primer conquista había de ser la escasamente poblada península de Baja California, a menos de cien millas de Sonora, a través del Golfo de California. De acuerdo con esta modificación, el *Carolina* ancló en La Paz, la capital, y Walker desembarcó sus fuerzas. Sin disparar un tiro, inmediatamente hicieron prisionero al Gobernador del Estado, lo llevaron a bordo del bergantín, bajaron la bandera Mexicana que ondeaba sobre su casa e izaron en su lugar la bandera de la "República de Baja California".

A los naturales les dio seguridades de que su propósito era encabezar una revolución exitosa a favor de ellos y en contra de la tiranía de México. Baja California, afirmaba en su proclamación, era "libre, soberana e independiente". Su pueblo no le debía fidelidad a México. El mismo serviría como Presidente de la nueva nación hasta que estuviese firmemente establecida.

Enseguida sus hombres rechazaron el ataque de una pequeña fuerza mexicana, y capturaron un guardacostas aduanero. Había el peligro de que una mayor expedición pudiera zarpar contra Walker desde el cercano Guaymas, y no deseando todavía enfrentarse a tal riesgo se embarcó hacia el norte. El puerto de Ensenada, a sólo cien millas al sur de la frontera Americana, le pareció el lugar más adecuado donde recibir los refuerzos que esperaba, y desde donde era más fácil mantener las comunicaciones con los Estados Unidos. Tomó posesión del lugar sin derramamiento de sangre, y emitió una declaración para el pueblo Americano explicando sus propósitos. Baja California, decía, ha sido vergonzosamente abandonada por el gobierno Mexicano. El había, por lo tanto, establecido un gobierno de Americanos que comenzara a administrar al país. Seguía una lista de los "nombres de gabinete" entre los oficiales escogidos.

Esta extensa declaración, viniendo de un hombre

de veintinueve años y sin experiencia militar, y cuya minúscula fuerza consistía en general de estibadores, indisciplinados e incultos, les pareció ridícula a muchos Americanos que la leyeron. Pero era más astuta de lo que creían sus contemporáneos. Se jugaba el apoyo de sus sostenedores de San Francisco. Mostrar algo menos que confianza absoluta hubiera sido tontería. Todo dependía de los refuerzos y provisiones que Henry Watkins estaba supuesto a traerle. Si los periódicos de San Francisco dejaban de imprimir sus palabras, y en gruesos caracteres, sobre sus realizaciones y propósitos, todo el proyecto podría derrumbarse por inanición.

Mientras esperaba a Watkins, él tuvo que encabezar a sus hombres en su primer combate serio. Doscientos soldados mexicanos, avanzando por el norte, entraron a Ensenada y pusieron sitio a la casa que había seleccionado como fuerte. La defensa fue brava y competente, y después de tres días de sangrienta lucha, una salida atrevida desbandó a los sitiadores. La alegría de la victoria no duró mucho, sin embargo. Poco después, una mañana, el *Carolina*, en el que Walker mantenía la mayor parte de sus provisiones, levó anclas y se hizo a la vela. Ante los ojos asombrados de Walker y sus hombres, le vieron hacerse a la mar rumbo sur, sin hacer caso a sus señales. Mas tarde se supo que la tripulación había sucumbido al soborno de su prisionero, el Gobernador de Baja California, que había sido dejado a bordo.

Unos pocos días más tarde, el bergantín *Anita* entró en el puerto, trayendo a Watkins y 230 hombres, llenos de entusiasmo y esperanzas. La primera pregunta de Walker a Watkins fue sobre los abastecimientos que había traído. La contestación confirmó sus temores. El *Anita* traía armas y municiones, pero muy pocas provisiones de boca.

Este era un golpe terrible. Tan pronto como los nuevos refuerzos habían desembarcado, Watkins se embarcó de nuevo hacia California, todo dependía de la rapidez con que él pudiera regresar con un cargamento de provisiones. Mientras tanto, con tantas bocas que alimentar, Walker buscó la manera de suplirse, sin despertar la animosidad de los rancheros, con incursiones en sus tierras. Sus espías supieron de un conocido bandido Mexicano, Meléndrez, cuyo campamento estaba cerca, que tenía grandes cantidades de provisiones de maíz, así como ganado y caballos. En un ataque sorpresivo al campamento de Meléndrez, Walker obtuvo ese botín. Su problema, sin embargo, permanecía agudo. Las reducidas raciones que consistían principalmente de maíz y carne, hicieron su efecto en la moral de sus hombres, ya debilitada por la enfermedad y el ocio. Resentían, también, la estricta disciplina que Walker estableció, en especial su amenaza de ejecutar a quien robara una casa o violara a una mujer. Las señales de motín eran inequívocas.

IV

La noticia de la proclamación de independencia de Walker, había llegado a la ciudad de México, y allí produjo consecuencias políticas que habían de privar a su aventura, ante los ojos Americanos, de su propó-

sito. El Gobierno Mexicano estaba siendo presionado, por entonces, por el Ministro Americano, James Gadsden, para que vendiera, por \$10,000,000 el norte de Sonora con la seguridad de que los Apaches serían impedidos de incursionar en México. Ese precio fue considerado por los funcionarios mexicanos como exageradamente bajo, y toda la oferta en sí como un insulto, mas tenían que tomar en cuenta si los Estados Unidos, al ser rechazadas sus pretensiones, no usarían de la fuerza para obligarlos a someterse. Se habían asombrado por la incursión de Walker en La Paz, ahora las noticias de Ensenada de que la Baja California se había declarado independiente bajo la égida Americana parecía presagiar desastres para México. Temiendo que Walker fuese secretamente ayudado por el Gobierno Americano, llegaron a la conclusión de que sino consentían en negociar, podrían perder tanto la península de Baja California como Sonora, sin compensación alguna. El resultado fue un tratado provisional, formulado con premura y firmado el 31 de Diciembre de 1853, por el que se aceptaban los términos de Gadsden. Por carta separada, Gadsden aseguraba al Gobierno Mexicano que los Estados Unidos consideraban a Walker como violador de las leyes federales, y lo tratarían de conformidad.

Desde este momento, la expedición de Walker perdió su atractivo para los Americanos. Con la deseada rica zona minera de Sonora asegurada por los Estados Unidos, ¿quien perdía con la Baja California, o en "efectuar una apropiada organización social" en Sonora?

La adversidad se multiplicaba ahora en diversas formas. Un cañonero mexicano apareció en Ensenada patrullando la costa para impedir mayores refuerzos para las tropas de Walker, y casi al mismo tiempo un barco de guerra Americano, el *Portsmouth*, ancló en el puerto. Su comandante bajó a tierra se entrevistó con Walker, le dió la noticia de la Compra Gadsden, y le advirtió no debía esperar más ayuda de sus amigos de San Francisco, y de ninguna manera del Gobierno de los Estados Unidos.

El tratado provisional que Gadsden había firmado con México, le pareció a Walker poco satisfactorio. Su principal defecto era su omisión en proveer una salida para los Estados Unidos al Golfo de California una limitación que ciertamente impediría el desarrollo del suroeste Americano, de México y de Centro América. El hecho era que Walker nada podía hacer para remediarlo. Su situación militar era desesperada, y se lo admitió a sus oficiales. La cuestión era, ¿no tenían más remedio que escabullirse a casa ante las burlas de San Francisco? ¿Había posibilidad de convertir la humillación en gloria? Si la empresa no había de ser abandonada, sólo había una dirección en la que moverse. Sonora. Su estado mayor se puso de acuerdo, cualquier riesgo, por imprudente que fuera, era preferible a la deshonra segura. Mientras hubiera algo que intentar, el amor propio exigía que se hiciera. Walker pensó que era apenas posible, pero con todo, posible que una insurrección Sonorense pudiera ser fomentada, que se sometería a su mando, y que traería al Golfo de California bajo control Americano. En esta remota posibilidad puso todo su empeño.

¿Cómo puede un extranjero hacer una revolución en un lugar donde sus coterráneos son odiados, donde se sospechan de sus propósitos, y cuando ni siquiera está allí? Walker concibió la idea de comenzar con una asamblea de elementos desafectos al régimen de Baja California. Luego, reforzado por el apoyo popular, cruzaría el río Colorado a Sonora y trataría de ganarse a suficientes naturales para dar impulso a su causa. Con esta esperanza, emitió otra proclama, asegurando la independencia de Sonora con un status similar al de Baja California.

Los víveres eran la mayor preocupación. Por ahora no había otra alternativa que forrajear. El regimiento recorría la campiña alrededor de Ensenada, requisando ganado y maíz en nombre de la revolución, agitando la indignación de los propietarios. Por lo general, había poca violencia, y las órdenes de Walker contra el pillaje fueron respetadas. Pero las restricciones que imponía a sus hombres se les agravaban mientras su situación se deterioraba. Aunque sus oficiales, que estaban en diario contacto con él y sentían el impacto de sus convicciones, permanecían fieles, la moral de los soldados en las filas se resquebrajaba y sólo necesitaban un pretexto para mostrar su resentimiento.

La crisis llegó cuando Walker, organizando el transporte de provisiones a Sonora, dio órdenes de que los caballos que le habían sido quitados al rebelde Meléndrez fueran usados para ese propósito. Un buen número de sus hombres llegaron a considerar esos caballos como propios y rehusaban de plano entregarlos a sus oficiales. Llamado a intervenir Walker fue recibido con abiertas quejas y aun con francas amenazas.

Parecía que la expedición iba hundirse en el caos y la afrenta. Aquellos que todavía le eran leales a Walker, esperaban con pesimismo qué es lo que habría de hacer. Su actitud les sorprendió. Ordenó que el clarín tocara a reunión al frente. Después de un prolongado silencio, les habló con voz sonora, en un lenguaje cortés y restringido.

"Si cualquiera de ustedes desea abandonar la expedición, está en libertad de hacerlo. Yo no obligaré a nadie a permanecer aquí si desea irse. A aquellos que desean quedarse conmigo, les pediré que demuestren su lealtad jurando su fidelidad a la bandera de Baja California. Que no haya ningún malentendido. Esperaré que los hombres que me sigan se sometan a las más altas reglas de conducta militar. Aquellos que desean irse pueden llenar sus alforjas de raciones y abandonar el campamento. Espero que se vayan dentro de dos horas. La frontera Americana está a sólo tres o cuatro días de marcha desde aquí. Cualquiera de ustedes que no desee dar su juramento de fidelidad, dé un paso al frente, ponga en el suelo su rifle, y vaya al departamento de abastos por sus raciones."

Cerca de cincuenta hombres abandonaron las filas y se reunieron a un lado, hablando entre sí. Algunos estaban avergonzados e indecisos, otros estaban llenos de rabia. Finalmente decidieron seguir un curso de acción. En vez de aceptar la oferta de Walker, co-

menzaron a abandonar el campamento con los rifles en sus manos.

Un ayudante de Walker, el Capitán Timothy Crocker, conocido por su valor, corrió tras los desertores y les ordenó que entregaran las armas. Cuando nadie obedeció, desenfundó su pistola. Un hombre gruñó "Vamos, tire, Capitán, atrevase!" Varios rifles apuntaban a Crocker. En estos momentos, sin esperar órdenes, otro de los oficiales de Walker corrió a un howitzer cercano, ya cargado, y lo emplazó hacia los amotinados, listo a disparar si tiraban a Crocker. Walker gritó "Nadie dispare". Por un momento nadie se movió, luego, los malcontentos dieron la espalda a Crocker y se alejaron. Walker saltó a un caballo, y corrió tras ellos. Un testigo ocular, describiendo la subsiguiente escena, se asombraba de la bondad y calma de su voz cuando los alcanzó. "Hombres", les dijo, "ustedes van a necesitar raciones, y es mejor que regresen por ellas. No trataré de arrebatarles los rifles, pero ustedes bien saben, como yo, cuánto los necesitamos, y ellos pertenecen al regimiento. Les pido que los dejen".

Más de la mitad de los hombres entregaron sus rifles. Dos o tres expresaron su frustración quebrando las culatas contra las rocas cercanas, mientras se retiraban. Algunos se regresaron por las raciones. Todo el grupo cruzó la frontera Americana con toda seguridad, y fue transportado en barco a San Francisco. Fue debido a su amargo testimonio que la prensa Americana se formó un juicio errado de Walker. Fue acusado de ser excesivamente duro con sus hombres y de creer que "la fuerza hace el derecho". Pero él, mejor que nadie, tenía razón de saber que la fuerza no hace el derecho, pues la fuerza siempre estaba en otros y no en él. En Baja California eran los hombres tras él los que tenían la fuerza, no él. Todo lo que tenían que hacer era mover un dedo y él estaba terminado. De lo que él dependía, al final de cuentas, era disciplina, o la idea de disciplina. Para mantener en jaque a los hombres indisciplinados e individualistas que se habían presentado voluntariamente para esta empresa, él tenía que enfocar el poder de su personalidad en cada falta a la disciplina. Juvenil, delgado, físicamente sencillo, sólo poseía un carácter indomable y unos ojos grises escrutadores, su dominio sobre ellos era muy precario. Una simple falta de respeto para con él hubiera sido fatal. Para dominarlos, él tenía que hacerles temer, no tanto a él mismo, como a la disciplinada conducta de sus compañeros a sus órdenes. En esto tuvo un éxito sorprendente. Después de la deserción masiva de Ensenada, él aumentó, en vez de disminuir, la severidad de su disciplina, pues sabía que la menor relajación significaría mayor indisciplina en hombres para quienes la menor restricción era amarga. El puntillo de etiqueta militar no fue jamás relajado. Los soldados debían saludar a sus oficiales. Debían permanecer en atención cuando los superiores en rango les dirigían la palabra. Todos fueron advertidos que la pena de muerte sería impuesta a los amotinadores y desertores. En la práctica, sin embargo, esta regla fue modificada. De cuatro hombres que posteriormente desertaron después de haber dado el juramento

de fidelidad, sólo el jefe fue fusilado, los otros fueron arrojados del campamento.

Cuando finalmente salió de Ensenada, Walker tuvo que dejar tras él a muchos que estaban heridos o enfermos. El número de su fuerza activa era sólo de 130. Estableciendo sus cuarteles temporales en San Vicente, unas treinta millas al sur de Ensenada pasó diez días en la diligente búsqueda de naturales que quisieran prestarse a sus propósitos revolucionarios. Finalmente convocó una asamblea de 62 mexicanos, los que fueron recibidos en un escenario tan impresionante, como el ingenio, en aquella tierra pobre, podía hacerlo una guardia de honor, un vestigio de banda militar, y un despliegue de banderas de las nuevas repúblicas de Sonora y Baja California. Hubo juramentos de fidelidad, vivas y disparos de piezas de campo. Una declaración escrita de lealtad preparada por la asamblea y dirigida a Walker, le permitía, como jefe de la revolución, el forrajear y requisar provisiones.

Cuando por fin, dejando una pequeña guarnición en San Vicente, encabezó su reducido regimiento en la marcha de 200 millas rumbo al Este, hacia el río Colorado, iban arriando una partida de ganado. Les llevó dos semanas de cansado esfuerzo subir las escarpadas sendas de las Sierras y bajar casi hasta la boca del Colorado. Por entonces iban en harapos, con las botas rotas. Walker mismo había perdido una, y tuvo que improvisar una especie de sandalia en su lugar, dando un toque de grotesco a su pequeña figura enflaquecida. Aunque estaban exhaustos, no tenían otra alternativa, decía, que seguir adelante. En un sitio de aquel árido lugar, encontraron madera con la que construir balsas. El gran problema era si hacer que el ganado cruzara a nado el río que por allí corría ancho, profundo y rápido. La respuesta la tuvieron una hora después. Los hombres y algunos sacos de maíz cruzaron el río, pero el ganado que se echó al río fue arrastrado y pereció.

Estaban, por fin, en Sonora, pero terminados, casi sin alimentos, sin suelas en los zapatos, totalmente sin esperanzas. Setenta millas río arriba, sabían que estaba el Fuerte Yuma, bajo bandera Americana. La mitad de los hombres no esperó la decisión de Walker, sino que se desertó y comenzó inmediatamente la marcha hacia el Norte. Los otros esperaban que su jefe los guiara en la misma dirección. A pesar del profundo resentimiento de sus hombres, él rehusó. Un flaco espantapájaros, de ojos hundidos, de pie, en medio de otros espantapájaros, mantenía su dignidad militar, diciendo que daría sus órdenes a su debido tiempo. De algún modo mantenía su dominio sobre ellos.

Tres días después supo que no podía esperar ayuda ni consuelo de los Sonorenses. Sus hombres, barbudos y muertos de hambre, se formaron en fila por su orden, y en silencio le oyeron decir que se regresarían a San Vicente, a traer a los compañeros que habían quedado allí, los que no podían dejarse en poder de los Mexicanos. De San Vicente seguirían hacia el Norte, a través del desierto, a los Estados Unidos. Ceñudos escucharon, y obedecieron. Volvieron a cruzar el río, y trabajosamente comenzaron a subir los senderos rocallosos detrás de su jefe.

El 8 de Mayo de 1854 Walker cumplía treinta años. Este fue el día en que, con los treinta y cuatro hombres que le quedaban, se dirigió tambaleante hacia el puesto militar Americano al otro lado de la frontera en California. Las últimas treinta millas habían sido bajo el ardiente sol del desierto, sin alimentos casi sin agua. Acosados continuamente por los bandoleros mexicanos bajo el mando de Meléndrez, quien iba, siempre fuera de tiro de fusil, burlándose de ellos, era el toque final de ironía a aquella marcha. Mas aun ahora, con su exhausta, remendada, y hambrienta tropa, la conservación de la dignidad era importante para Walker. Presentándose al comandante militar en San Diego, manteniéndose erecto, le dijo con toda formalidad: "Yo soy el Coronel William Walker. Deseo rendir mis fuerzas a los Estados Unidos".

Fue llevado ante la Corte Federal en San Francisco, por orden del Gran Jurado, acusado de violación de las Leyes de Neutralidad. Su socio, Walkins, ya había sido juzgado por los mismos cargos, y condenado fue multado en \$7,500, una pena ligera señaló el Juez, puesto que el principal interés de la Corte era la vindicación de las leyes. El filibusterismo, tal como lo veía la opinión pública, era una profesión condenada. El rival de Walker, el Conde Raousset-Boulbon, había fallado en otro intento de entrar en Sonora con una fuerza militar, y pronto se encargaría a un pelotón de fusilamiento. El Mayor General, John E. Wool, nombrado recientemente al Comando del Departamento del Pacífico del Ejército de los EE. UU., había hecho pública una orden del Presidente Pierce: "Usted, con toda la habilidad posible, usará de los medios adecuados para descubrir la preparación de expediciones armadas contra los países con los que Estados Unidos están en paz, y cooperará, celosamente, con las autoridades civiles en el mantenimiento de las Leyes de Neutralidad". Fue la vigilancia de Wool la que llevó a Witkins al Juzgado. El diario *Alta California* se ufanaba en demostrar que las Cortes de San Francisco habían hecho "lo que New York y New Orleans omitieron hacer, para su descrédito", mantener las leyes federales contra el filibusterismo. Todos los augurios parecían estar contra Walker cuando, con Edmund Randolph de nuevo a su lado, oyó al secretario de la corte leer los cargos, a los que él contestó: "No soy culpable".

El juicio fue pospuesto por cuatro meses, y fue puesto en libertad bajo la fianza de Randolph. A pesar de su fracaso y de las puyas de los periódicos, la reputación de Walker parecía muy lejos de estar destruída. Sus leales que habían regresado con él de México, cualesquiera que fueran sus resentimientos para con él como militar riguroso con la disciplina, no le encontraban falla como hombre de lucha, y la prensa de San Francisco comenzó a cambiar de tono. Aun su insistencia en preservar su dignidad militar bajo condiciones desesperantes, ahora se veía bajo un aspecto de simpatía. Por dondequiera que iba era el centro de respetuosa atención. Sus amigos, especialmente Watkins y Randolph, le animaban a entrar en la política, y lo persuadieron lo suficiente como para que re-

gresara a Marysville, base de operaciones para su candidatura a un puesto público

Los delegados para la Convención Democrática del Estado de 1854 estaban siendo escogidos entonces, y "Mr Walker del Condado de Yuba" estuvo entre los elegidos. Cuando la Convención se reunió en la Iglesia Bautista de Sacramento, el 18 de Julio, él fue una de sus figuras prominentes, aun cuando estaba todavía bajo proceso (*).

VII

Nada en lo que Walker participaba era quieto jamás, y la Convención no fue excepción de la regla. El principal tema de la época era la rivalidad por el control del Partido Demócrata del Estado, entre David C. Broderick, Presidente del Senado Estatal, que había llegado de la ciudad de New York y era un ardiente abolicionista, y el Senador Federal, William M. Gwin, antes de Mississippi, un sureño "como-fuego" que nunca había cesado de urgir la introducción de la esclavitud en California. Walker, desde el principio, fue uno de los hombres de Broderick, y cuando llegó a la Convención, su grupo, que gozaba de una pequeña mayoría, lo hizo inmediatamente Presidente del Comité de Plataforma, Presidente del Comité para Nombrar Funcionarios Permanentes, y Orador Oficial. Nada pudo haber enfurecido más a los seguidores de Gwin. No sólo rehusaron dejar que la Convención se organizara al menos que los intereses esclavistas gozaran de igual representación, sino que respaldaron su protesta formando sus propios Comités separados. Bulliciosa confusión y algazara impidió que la Convención hiciera progreso alguno en su primera reunión, y hubo aun

amenazas de violencia de parte de los seguidores de Gwin, la mayor parte de los cuales venían del Sur y eran rápidos para desenfundar los revólveres cuando se alteraban los temperamentos. A sus ojos Walker era un traidor a su origen Sureño.

Cuando en la tarde del primer día, se levantó para hablar, el salón se puso tenso. Apenas había comenzado a hablar cuando uno de los hombres de Gwin le gritó que él no era más que un instrumento de los abolicionistas Yankees. Se desató una gritería, mientras Walker permanecía quieto en el estrado. De pronto sonó un disparo. Mas tarde se supo que un delegado nervioso, examinando si su pistola estaba cargada, se le escapó un tiro, pero entonces se creyó que el disparo había sido contra Walker. Se produjo un cataclismo. Varios delegados se salieron por las ventanas, otros la emprendieron a puñetazos, mientras los hombres de Broderick corrieron a proteger a Walker. Por fin se restableció el orden, pero tan pronto como Walker intentó iniciar su discurso, de nuevo fue silbado por los partidarios de Gwin. Así terminó la sesión del primer día.

Por la noche se llegó a un arreglo, por el que los partidarios de Gwin y los de Broderick, se reunirían en salas separadas y tratarían de llegar a un compromiso. Walker, nunca más suave y razonable que cuando es el centro de una tormenta, fue nombrado Presidente de un "Comité de Compromiso y Reconciliación" por parte de su grupo, y encabezó a sus asociados para reunión con sus oponentes. El resultado era de esperarse. Las gentes de Gwin rechazaron todo compromiso. Uno de ellos fue tan lejos como para proponer, en una moción formal, que Walker fuera arrojado por una ventana. Con aquello la Convención se rompió.

Capítulo Nueve

LA APERTURA DE LA PUERTA

I

La primera experiencia de Walker en la política activa Americana fue su última. Nunca llegó a ser candidato. Por un tiempo después de la Convención se ocupó en el periodismo político, colaborando regularmente en el *Diario Democrático del Estado*, de Sacramento, un órgano de Broderick. Mas pronto entró en su órbita una nueva personalidad, la que había de tener una influencia determinante en su carrera posterior. Esta era Byron Cole, un joven distinguido, acomodado y ambicioso que había llegado recientemente a San Francisco de Nueva Inglaterra, y había comprado el control de un diario conservador decadente, el *Commercial-Advertiser*, para así tener un punto ventajoso desde el cual buscar mayores oportunidades. Cole, quien había cubierto la Convención Democrática para su periódico, vio en el don de mando de Walker un ingrediente mágico que, en combinación con sus propias conexiones, podía lograr grandes cosas, e invi-

tó a Walker que regresara a San Francisco como redactor del *Commercial-Advertiser*. El cargo mismo le llamaba menos la atención que otras oportunidades periodísticas que estaban abiertas para él, mas Cole la habilidad de añadir halagos extraordinarios. Desde el primer momento fue el Destino Manifiesto, en vez del periodismo, el que unió a los dos individuos.

El viaje de Cole a California, había sido por la ruta de Nicaragua, y lo que vio allí le convenció de que ese país estaba maduro para la intervención Americana. La otra alternativa era el caos permanente. La guerra civil era casi continua. La rápida sucesión alterna de dictadura y revolución era como el pulso de un paciente febril, enfermo de desesperación. En un período de seis años, quince presidentes habían tenido el poder, sus capitales cambiando entre Granada en el sur, donde el partido aristócrata, conocido como los Legitimistas, tenían su base, y León, en el norte, el baluarte de los Democráticos. El país era bello de contemplar y rico en recursos naturales, tenía valiosa madera, —caoba, cedro, brasil— en inextinguibles cantidades, producía oro, plata, cobre, plomo, hierro, azufre, en sus plantaciones crecía cacao, caña de azú-

(*) (H. S. Hoblitzell, *Early Historical Sketch of the City of Marysville and Yuba County*, (Reseña Histórica Primitiva de la Ciudad de Marysville y el Condado de Yuba), 1876)

car, algodón, añil tabaco, maíz, trigo, arroz, y cienes de frutas, vegetales y especies, el ganado era abundante, mas el pueblo había sido asolado más allá del sufrimiento por la pobreza, la guerra y la enfermedad. El continuo reclutamiento de los hombres en los ejércitos en lucha de los políticos, era la mayor causa de miseria. Las mujeres excedían en número a los hombres en una proporción de tres a dos, y en algunos villorrios en cinco a uno, mientras que la población permanecía casi estática en unos 250,000

La actual revolución era un intento de echar de la Presidencia a Fruto Chamorro, el formidable jefe de los Legitimistas. Apoyado por los ricos terratenientes y, tras las bambalinas, por el Gobierno Británico, Chamorro forzó su paso a la Presidencia con el objeto de impedir al gobierno Democrático formar una nueva deferación liberal con Honduras y El Salvador, y cambió la Constitución para darse a sí mismo poderes dictatoriales. Los desesperados Democráticos, previendo su ruina, formaron inmediatamente un gobierno rebelde en León. Otros Estados Centroamericanos, en los que había una idéntica división de partidos, echaron su influencia en la lucha. Honduras, con una administración liberal amiga de los Estados Unidos, apoyó a los Democráticos, mientras que Costa Rica donde Inglaterra gozaba de gran influencia bajo un gobierno conservador, dio eficaz ayuda a Chamorro

En los primeros meses de 1854, las esperanzas de los Democráticos se animaron con un refuerzo militar substancial de Honduras. Mas los agentes de Inglaterra en Centro América pronto lograron cambiar el curso de las cosas. Su estrategia era simple y efectiva. Guatemala donde había un régimen conservador, fue animada a amenazar a Honduras con la guerra, con el resultado de que el gobierno Hondureño apresuradamente retiró sus tropas de Nicaragua con el objeto de fortalecer sus propias defensas. Esto fue un golpe casi mortal para los Democráticos nicaragüenses. Parecía improbable que pudiesen sostenerse por mucho tiempo, contra el ataque que los Legitimistas de seguro lanzarían contra ellos, tan pronto como su ejército estuviese suficientemente fuerte.

La situación descrita por Cole encendió la imaginación de Walker y revivió en él la visión de la "columna de Progreso y Democracia", acerca de la cual había escrito en New Orleans. Los Estados Unidos y especialmente California, tenían un gran interés en Nicaragua, con su Tránsito y sus potencialidades para un canal. Si se había de impedir el dominio Británico del istmo, los Estados Unidos no podían darse el lujo de posponer la afirmación de su jefatura democrática. La indiferencia de la administración del Presidente Pierce a la manipulación, por Inglaterra, de los gobiernos de Centro América, estaba rápidamente destruyendo el prestigio de los Estados Unidos entre ellos mismos. Con Leyes de Neutralidad o sin ellas, los Democráticos de Nicaragua merecían el apoyo Americano, y los Estados Unidos no podían dejar de dárselo.

Qué si una pandilla de mercenarios Americanos, privadamente organizados, se encargaran de la tarea? Pudieran cambiar la marea en la lucha nicaragüense

y obligar a Washington a la acción. Un O'Higgins había rescatado a Chile de la opresión española; un Walker podría salvar a Nicaragua de la tiranía local. Bajo la amistosa tutela del Norte, Nicaragua podría dar un ejemplo brillante de creatividad económica para todo el istmo. Podría aun llegar a ser el centro de una alianza del Caribe con íntimos lazos con los Estados Unidos.

El prospecto, con sus potencialidades de gloria y su aspecto idealista, era irresistiblemente atractivo para Walker, así como por razones más prácticas lo era para Byron Cole. Si el esfuerzo Democrático fallara, Cole estaba seguro, el gobierno de Honduras caería seguramente con él y sería reemplazado por un régimen pro-Británico. En tal caso los intereses comerciales Americanos en Honduras estarían en peligro —y Cole era uno de los dueños de la Honduras Mining and Trading Company, la que estaba por explotar grandes extensiones de tierras ricas en recursos minerales. El estaba ansioso de actuar para proteger sus intereses, y tan pronto como Walker aceptó el puesto ofrecido en el *Commercial-Advertiser*, se embarcó para Nicaragua a explorar la situación.

II

Era el otoño de 1854 y Cole no había aun regresado, cuando Walker fue sometido a juicio, acusado de haber violado las Leyes de Neutralidad en su empresa sonorense. Llegó ante la corte como redactor de un periódico respetable y como una figura de considerable prominencia. Dirigiéndose al Jurado en su propia defensa, comenzó con un llamado a su sentido de justicia. El creía que las Leyes de Neutralidad eran dañinas al país, y probablemente inconstitucionales, mas si iban a ser consideradas como leyes, entonces la corte tenía la obligación de perseguir igualmente a todos aquellos que se cree las hayan violado. Sin embargo, ninguno de los franceses que habían ido a México con el Conde Raousset-Boulbon habían sido juzgados. ¿Por qué el gobierno escoge a Americanos para castigarlos? El punto era particularmente efectivo para el Jurado, debido a la circunstancia, quizás arreglada de antemano, que algunos de los franceses que habían sido asociados con Raousset en su desventurada empresa, estaban sentados en la sala, libres, mientras Walker hablaba.

Primordialmente, sin embargo, Walker descansaba su creencia de que no era culpable, sobre el aspecto moral de su caso. El pueblo de Sonora estaba notoriamente oprimido por un gobierno corrompido y estaba virtualmente sin protección contra las incursiones de los terribles Apaches. Cuando él había estado en Guaymas, Mexicanos así como Americanos, mujeres así como hombres, le urgían volver. El sentía un llamado que trascendía todas las sutilezas legalistas. "Fue entonces que tomé mi decisión y formulé mi plan, el que, si no ha sido por la interferencia del gobierno, podría haber tenido éxito", le dijo el Jurado.

Le atribuía su fracaso a las autoridades federales. Cuando ellas impidieron la salida del grupo de gentes que voluntariamente se ofrecían a acompañarlo, cuando ellas le privaron de las necesarias provisiones y ar-

mas, todo comenzó a ir mal. Como resultado, "Yo me encontré en el mar con sólo cuarenta y cinco hombres, y con tan pocos seguidores, me ví obligado a desembarcar en una región escasamente poblada. Alguna suerte de bandera tenía que desplegarse para protegernos". Pudieron ser capaces de sostenerse en la prolongada prueba de Baja California y en la pesadilla de las marchas a través de montañas y desiertos sólo por la conciencia de que el "derecho y la humanidad" estaban de su parte. "Los Peregrinos, nuestros antepasados, vinieron a una tierra salvaje, la rescataron de los salvajes y la hicieron un asiento de civilización". ¿No había siempre una justificación moral para los hombres que trataban de emularlos?

El acusador federal, el Fiscal Inge, no aceptaba nada de esto. Despreciando el reclamo de Walker a sus propósitos humanistas, dijo que ya fuese que haya intentado proteger a los Sonorienses contra los Apaches, o saquear el país, la expedición había violado las Leyes de Neutralidad y Walker era culpable. El juez evidentemente compartía de esa misma opinión, pues al resumir la evidencia y dar sus instrucciones al jurado lo hizo de una manera claramente desfavorable para Walker. El jurado, sin embargo, consistía de hombres en los que el espíritu expansionista de la época y la creencia en el Destino Manifiesto de los Estados Unidos eran más fuertes que meras consideraciones legales. Después de apenas ocho minutos de deliberación, regresaron con un veredicto absolutorio. Algunos de los periódicos de San Francisco estaban preocupados. Watkins que sólo había sido un agente de Walker había sido condenado mientras que Walker mismo absuelto, ¿era eso justicia? Pero el *Herald* replicó que Watkins era Watkins y que Walker era Walker, y eso pareció suficiente respuesta.

La reputación de Walker, que cinco meses antes había sido destrozada por el fracaso, ahora se levantaba intacta y más brillante que nunca. Se rumoraba de una nueva expedición de Walker, sus metas aun desconocidas, y los hombres ansiosos de aventuras le buscaban y le ofrecían sus servicios para cualquier proyecto que estuviera planeando.

III

A finales de Octubre, Cole estaba de regreso en San Francisco, trayendo consigo una carta firmada por el Director Provisorio del gobierno rebelde Democrático, Francisco de Castellón. Si Cole trajera a Nicaragua trescientos hombres para el ejército democrático, decía la carta, ellos recibirían paga regular y concesiones de tierras una vez que Castellón encabezara el gobierno nacional. Para desilusión de Cole, Walker halló inútil la carta. Intentar organizar una expedición sin una mejor base legal que la contenida en ella sería exponerse a inmediato arresto por violación de las Leyes de Neutralidad, y con poca esperanza, esta vez, de escapar ser condenado. Lo que se necesitaba, le dijo a Cole, era una concesión formal de tierra suficiente en Nicaragua y permiso para colonizarla, un contrato que no mencionara en absoluto un propósito militar. Si Cole pudiera obtener tal concesión "se podría hacer algo con ella", dijo Walker. Aun entonces si las au-

toridades federales insistían en escarbar bajo la superficie del contrato, podría ser que no permitieran la expedición.

Cole había comenzado a contar con Walker para todo, y se sintió impulsado a hacer otro viaje a Nicaragua. Por este tiempo, sus conexiones con el *Commercial-Advertiser* eran tan tenues, que no vio objeto alguno en mantener su inversión en el periódico y la vendió. Simultáneamente, Walker renunció de su redacción y aceptó un cargo similar en Sacramento, con el *Diario Democrático del Estado*. Era todavía considerado una prometedora figura política, para quien un alto cargo público en California era una posibilidad muy clara. Pasaron dos meses. Luego, a principios de 1855, Cole le envió de Nicaragua un contrato, firmado por Castellón, que llenaba las especificaciones de Walker. Esta vez esfuerzos dieron frutos. Al recibir el contrato, Walker inmediatamente abandonó el puesto con el *Diario Democrático* y regresó a San Francisco a prepararse para su nueva aventura. Se le había dado la llave de su promoción política, y la tiró con un encogimiento de hombros, como un hombre casado puede tirar la llave del cuarto de una prostituta. El, en realidad, se había casado con el peligro, y consideraba la política como prostitución.

La cuestión decisiva para él era si, en vista del reciente pronunciamiento del Presidente Pierce contra el filibusterismo, el Mayor General Wool aceptaría el contrato de colonización de Castellón, como suficiente justificación para la salida de fuerzas armadas del puerto. El prospecto era definitivamente prometedor. Wool había logrado mucha publicidad por su urgencia en pedir el proceso del Cónsul francés en San Francisco basado en que había ayudado a la expedición filibustera de Raousset-Boulbon. Aunque el jurado había fallado en condenar al Cónsul parecía probable que la política del General con respecto a futuras expediciones sería severa. El Fiscal Ing, todavía ardidado por su derrota a manos de Walker en el juicio resultante del asunto de Sonora, era probable que no fuese muy cooperador. Con todo, habiendo ido tan lejos con Cole, Walker se vio obligado a tratar de convencer a Inge y a Wool que los mercenarios que planeaba reclutar no serían sino pacíficos colonos en viaje a tierra extranjera. Todo dependería de su deseo de dejarse engañar.

IV

En el período en que Walker estaba ejerciendo la profesión en Marysville, al Comodoro Vanderbilt se le metió en la cabeza ir al exterior, y el impulso que lo quitó de New York y de la activa supervigilancia de sus negocios introdujo un cambio radical en el desarrollo de los acontecimientos y le dio un dramático giro a la historia de la vida de Walker. Las repercusiones de la decisión de Vanderbilt se sintieron finalmente en la actitud del Fiscal Inge hacia la empresa de Walker.

Entre Vanderbilt y el éxito total en la vida, se levantaba, en su modo de pensar, solamente un obstáculo: la barrera social. A pesar de su gran riqueza, él y su familia no habían logrado borrar el estigma de *parvenu*, no habían logrado penetrar en la alta sociedad de su tiempo. Las invitaciones que más deseaban

recibir no les llegaban, y ellos tenían que buscar sus amigos en familias cuyas riquezas eran tan recientes como las suyas. Esto le era intolerable, y concibió un plan para resolver el problema. Creyendo que la llave más segura a la cerrada puerta de la aristocracia era la fama y que el camino más corto a la fama es la publicidad, él decidió darse tal publicidad como ningún simple millonario antes que él haya jamás recibido. El obligaría las reverencias de los neoyorquinos, quienes lo consideraban como un vulgar adinerado, llamando primero la respetuosa atención del mundo entero.

Como instrumento, se decidió por un yate a vapor que había sido diseñado de acuerdo con sus especificaciones en 1852. El *North Star*, 2,500 toneladas, 270 pies de largo, le había costado medio millón de dólares construirlo y casi la mitad de esa suma su mantención anual. Construido a la perfección, con interiores de piso de mármol, columnas de granito, paneles de palisandro y cielo rasos pintados con frescos, daba el efecto de un hotel de lujo, era sin duda alguna el más grande y el más elaborado barco de placer que se había visto en aguas americanas hasta esa fecha. Aun antes de que fuese terminado en 1853, Vanderbilt anunció un proyecto que deleitó a los periódicos sensacionalistas de New York. Con su familia y unos pocos amigos y paniaguados, tomaría el *North Star* en un viaje trasatlántico de gala como ningún americano lo hubiera hecho antes. Era fácil imaginarse la sensación que causaría su magnífica embarcación en los puertos de Inglaterra, Francia, Italia, Rusia —una prueba tangible ante los ojos de los orgullosos europeos de las posibilidades de la empresa americana. Todos podían imaginarse las brillantes recepciones que se darían a bordo para la aristocracia de Europa y las envidiables invitaciones que se recibirían en reciprocidad. De entonces en adelante, calculaba el Comodoro, aun los más orgullosos hogares de New York estarían abiertos para los Vanderbilt, mientras la enorme propaganda no fallaría en beneficiar sus intereses comerciales.

Tenía que tomar en cuenta, sin embargo, que la travesía como la tenía planeada se llevaría buena parte de medio año. Qué de las compañías que manejaba? En esto, como siempre, sus decisiones eran atrevidas, sencillas, y ventajosas. El trato subsiguiente, cuando sus detalles fueron conocidos, hizo que otros millonarios se llenaran de envidia. Por este tiempo, Vanderbilt se había desembarazado de aquellos en la Accesoría del Tránsito que eran capaces de presentar resistencia a su voluntad, y una nueva directiva títtere aceptaba sus términos. De la noche a la mañana vendió a la compañía los barcos de su Línea Nicaragüense por \$1,500,000, renunció a la presidencia, abrió su propia oficina como exclusivo agente en New York de la misma y tomó como su emolumento no menos del 20 por ciento de las entradas brutas de la empresa —esto por continuar manejando los barcos— más una comisión de agencia del dos y medio por ciento de todos los pasajes.

Más tarde el arreglo fue criticado como una afrenta a la moralidad comercial, pero Vanderbilt con toda calma sostenía que no era más que lo debida, como fundador y espíritu motor de la Accesoría del Tránsito. Con este golpe se libró de responsabilidades,

añadió a su fortuna y se aseguró una enorme entrada sin abandonar el poder. Era un nítido plan compacto. No sólo se comió el pastel y lo tenía, sino que también lo vendió.

Faltaba un problema que resolver. ¿Quién manejaría debidamente los asuntos de la Accesoría del Tránsito mientras él estuviera en el exterior? Necesitaba dos ejecutivos fuertes y capaces, uno en cuyas manos pudiera dejar con seguridad las oficinas de New York, el otro que viera los negocios en San Francisco. Buscando entre sus conocidos, se dirigió a Charles Morgan, un prominente dueño de vapores, casi tan bien conocido como Vanderbilt mismo, y cuya Línea Morgan dominaba el tráfico entre New York y los puertos del Golfo de México. Cuando Morgan, a cambio de una participación en las comisiones percibidas por la agencia de New York, consintió a servir como delegado de Vanderbilt, el Comodoro se sintió lisonjeado. Además, Morgan fue capaz de arreglar la cuestión de la agencia en California. El había tenido conexiones con un formidable hombre de negocios, Cornelius K. Garrison, quien había hecho una fortuna como banquero en Panamá y quien por ese mismo tiempo estaba planeando establecer una casa bancaria en San Francisco. Fue sugestión de Morgan que Garrison fuese invitado a New York e inducido a manejar los asuntos de la Accesoría del Tránsito en la costa occidental. Así fue arreglado. Vanderbilt quedó impresionado por Garrison, y como suficiente aliciente le dio un contrato a un salario de \$ 60,000 anuales, lo que hizo de Garrison uno de los hombres mejor pagados de los Estados Unidos.

V

La travesía ampliamente llenó las esperanzas de Vanderbilt. Mientras todo lo que Walker hacía era un loco juego de azar de un hombre sin dinero, su vida la única inversión, la más pequeña aventura de Vanderbilt era fastuosamente planeada en todos sus detalles. Experimentó, por supuesto, uno o dos desaires de parte de aristócratas británicos, mas éstos estuvieron más que compensados por una recepción dada en su honor por prominentes Americanos en Londres. Allí conoció a muchas de las grandes figuras políticas y sociales de Inglaterra, y después de eso, el resto era fácil. Entusiastas descripciones de su carrera y de su yate aparecían en la prensa británica y circulaban por todo el mundo. El *Daily News*, de Londres, lo comparaba favorablemente con Cósimo de Medici, y añadía: "Es tiempo ya que parvenu sea considerada una palabra honrosa. Es tiempo ya que las clases medias debieran ocupar el lugar que con derecho les corresponde en el mundo que ellas han creado". En París personalidades prominentes respetuosamente se acercaban a Vanderbilt con proposiciones comerciales, en Italia posó para un busto del más notable escultor americano, Hiram Powers, en Rusia, el Zar mismo mostró interés en el *North Star* y puso a disposición de Vanderbilt el uso de uno de los carruajes imperiales. Desde el principio hasta el fin, la travesía brilló como una joya de afirmación propia que era. Mas tuvo también sus fallas. Las cartas de New York que le

llegaron antes de salir de regreso decían de las manobras de Morgan y Garrison para sacarlo permanentemente del control de la *Accesoría del Tránsito*. Bajo la dirección de Morgan, la compañía había cancelado su contrato con la agencia del Comodoro, basada en que había sido "imposible obtener un estado de cuentas" de parte de Vanderbilt. Había hasta una insinuación de que él había defraudado a la compañía. Una nueva agencia, propiedad de Morgan, manejaba ahora todos los negocios de la *Accesoría* en New York y tomaba las comisiones que el Comodoro consideraba como propias, mientras Garrison había aliado las operaciones de la costa occidental con Morgan.

En los últimos días del viaje, Vanderbilt ardía en deseos de venganza. Conociendo su temperamento, Wall Street sostenía el aliento mientras el *North Star* se dirigía de regreso a New York. Cuando en Septiembre de 1853, el *Herald* comentaba que "se esperian dificultades al regreso del Comodoro Vanderbilt", los entendidos se sonreían de tan inocente perogrullada. Unos pocos días después de su regreso, Vanderbilt dirigió a Morgan y a Garrison una de las más concisas y de las más famosas cartas en la historia de los negocios. "Caballeros", decía, "Ustedes se han empeñado en defraudarme. No los voy a demandar, porque la ley es tardía. Los arruinaré. Atentamente, Cornelio Vanderbilt".

Para muchos, la amenaza que fue publicada, pareció altisonante. Morgan y Garrison eran hombres de riqueza y poder, y movidos por una energía comparable a la del propio Vanderbilt. Dentro de los seis meses de su llegada a San Francisco, Garrison fue elegido Alcalde de la ciudad, mientras la administración de la compañía por el lado del Pacífico era un éxito completo. Morgan, igualmente, había probado ser un eficiente administrador de los negocios en New York. El servicio de la Línea Nicaragüense, todo el mundo estaba de acuerdo, nunca había sido mejor, las ganancias de la *Accesoría del Tránsito* nunca habían sido tan altas. El precio de las acciones había subido un 50% sobre el que tenían al momento del retiro de Vanderbilt de la presidencia, y el sentimiento de la comunidad de inversionistas estaba en su mayoría con Morgan.

Las cortes de New York estuvieron pronto atestadas de abogados en el caso *Vanderbilt vs Accessory Transit Company, V Morgan y C K Garrison*. Tan numerosas eran las demandas y contrademandas, tan confusos los estados de cuentas, tan complejas las incidencias que aparecían, que el público pronto estuvo de acuerdo con la predicción del *Herald*, de que "nadie llegaría hasta el fondo de este asunto misterioso y enredado". Vanderbilt mismo consideraba el litigio simplemente con una acción de hostigar a sus enemigos. El contaba con un ataque directo y frontal. A principios de 1854, organizó una nueva línea de vapores que incluía el famoso *North Star*, para llevar pasajeros a San Francisco vía Panamá, —la misma ruta que él había antiguamente demeritado. Su nuevo servicio, llamado la Línea Independiente, estaba calculada para un solo objetivo, desviar los pasajeros de la Línea Nicaragüense, y tomaba muy en cuenta el hecho de que el ferrocarril transistmico en Panamá estaba casi termi-

nada. La Línea Independiente ofrecía tarifas aún más bajas que las señaladas en la anterior guerra de precios entre Vanderbilt y George Law. Por cien dólares, más el pasaje en ferrocarril, una persona podía viajar en "primera clase" hasta California, mientras que los pasajes de segunda no costaban más que treinta dólares.

Desde el momento en que aparecieron los anuncios de la Línea Independiente, diciendo abiertamente que "los pasajeros serán garantizados arribar a San Francisco antes que la Línea Nicaragüense", sus barcos estaban repletos. Era discutible si podría hacer dinero con tarifas tan bajas, mas Vanderbilt conocía más de un medio de ganarse un dólar. Antes de que Wall Street se diera cuenta de sus planes, vendió por lo bajo muchos miles de acciones de la *Accesoría del Tránsito*. Nunca una ganancia especulativa fue más segura. El descenso del número de pasajeros en la Línea Nicaragüense iba acompañado de un constante descenso en el precio las acciones de la *Accesoría del Tránsito* en la bolsa de New York. Para fomentar el juego de la baja de los valores, la prensa publicaba informes de serias luchas en la última de la larga lista de revoluciones nicaragüenses, inclinando más a los pasajeros a preferir la ruta de Panamá, y a los inversionistas a vender sus acciones de la *Accesoría del Tránsito*. Como resultado de este juego Vanderbilt pudo comprar las acciones con una ganancia substancial. Morgan y Garrison eran sus blancos, pero las andanadas contra ellos estaban también dañando la Línea de Panamá que Law había fundado. Wall Street comenzó a murmurar que el Comodoro "lo había vuelto a hacer". Todos sus enemigos emprendieron la retirada.

Morgan y Garrison estaban, particularmente, bastante golpeados, cuando en el verano de 1854, la Compañía *Accesoría del Tránsito*, entonces de su propiedad, se metió en dificultades con embarazosos funcionarios británicos en el puerto de Greytown. Resentida, la compañía persuadió a la Marina Americana bombardear el pequeño puerto (*) y la noticia causó mayor desplace de pasajeros del Caribe hacia Panamá.

El inmediato beneficiario del estado de cosas fue Vanderbilt, pues el precio de las acciones de la *Accesoría del Tránsito*, ya bajo, comenzó a decaer aun más. En este momento en vez de vender, él comenzó a comprarlas en grandes cantidades. Su propósito era ahora obtener el control de la Compañía, y Morgan y Garrison, alarmados, buscaron arreglo. La *Accesoría del Tránsito*, dijeron, pagaría a Vandebilt su reclamo por sumas debidas conforme su contrato de agencia, si él a su vez le vende su Línea Independiente a la compañía y consiente en retirarse del negocio de transporte en el istmo. Informó el *New York Tribune* "Un compromiso ha sido logrado amigablemente". "Amigablemente" era apenas la palabra apropiada. Nada sino una victoria completa podría saciar la sed de venganza de Vanderbilt. Morgan y Garrison todavía tenían la Compañía *Accesoría del Tránsito* que él había fundado. Calladamente siguió acumulando las acciones de la compañía.

El Alcalde Garrison, todavía al frente de las

(*) (Libros de Recortes de Wheeler, Vol II, p 10, Librería del Congreso. W O Scoggs, Filibusters and Financiers, New York, 1916, Ch 7)

oficinas de la Compañía en la costa del Pacífico, comprendió que el Comodoro haría pronto otro intento para recuperar su control. Garrison era un hombre atrevido y hábil, a quien la derrota, especialmente pública, era tan intolerable como para Vanderbilt. Como Vanderbilt, él se había abierto paso en el mundo desde humildes comienzos y él también conocía las técnicas del poder. San Francisco estaba bajo su puño. Era el ídolo de los Vigilantes y el colaborador de Broderick, el patrón político del Estado, en el manejo de la cosa pública. Estimaba tanto su salario de \$60,000 anuales como su reputación de un hombre de suerte. Su posición era fuerte, pues su contrato con la Compañía significaba que Vanderbilt no podía deshacerse fácilmente de él, y por medio de la casa bancaria en la que él y Morgan eran socios, tenía acceso a considerables financieros. Dado una arma con la que pelear, podría aportar tanto dinero como influencia para hacer pensar aun a Vanderbilt.

La idea de que existía tal arma le llegó a Garrison a finales de 1854, de parte de un publicista de Sacramento que tenía un ligero conocimiento de Walker. Este hombre, Parker H. French, combinaba una carencia casi total de escrúpulos con una fértil imaginación, enorme desvergüenza y una lengua sutil. Había sabido de las conversaciones de Walker con Cole acerca de Nicaragua, sabía de la lucha de Garrison con Vanderbilt, y sin Walker saberlo, se convirtió en su corveidile (*).

Garrison estaba interesado, mas era muy astuto para actuar apresurada o impulsivamente. No le convenía se dijera que estaba en alguna forma concitado con una violación de las Leyes de Neutralidad. Si Walker pudiera tener éxito en llegar a Nicaragua y establecerse allí —en sí una conjetura poco probable— ese sería el momento de pensar en acercársele. Despidió a French con un mensaje muy seco. Deseaba "no tener nada que ver con tales empresas como la que suponía Walker contemplaba". Con todo, desde este momento, tomó un interés amistoso aunque distante en los planes de Walker, y siendo su influencia en San Francisco como era el peligro de que el Fiscal Inge impidiera que Walker llevara su expedición a Nicaragua, se hacía negligible.

VI

Una corriente de circunstancias, aun más indirecta, originada en Madrid, pasó por la mente del General Wool, quien tenía la intención y el poder físico a su mando para impedir que Walker se burlara de las Leyes de Neutralidad. Unos pocos años antes España había elevado de manera alarmante las tarifas cubanas sobre los productos Americanos que entraran al puerto de la Habana y había impuesto reglamentos onerosos a la marina mercante Americana. Por ese tiempo, Cuba ocupaba el tercer lugar en el mercado de exportación de los Estados Unidos, recibiendo grandes cantidades de tales productos como harina, maíz, carne de cerdo, y pescados secos, el drástico descenso de las exportaciones, resultado de las nuevas tarifas, fue sentido especialmente por los comerciantes sureños.

(*) William Walker, *The War in Nicaragua*, Mobile, 1860, Ch 5)

Pierre Soulé (de un retrato)

El Ministro de la Guerra, Jefferson Davis, que había heredado el manto de Calhoun como el principal vocero del Sur, y quien por razones políticas deseaba ver anexada a Cuba, demandó inmediata acción contra España aun al precio de la guerra. No creía que, al final de cuentas, Inglaterra o Francia apoyarían a los españoles. Muchos ingleses influyentes, en realidad, ya se habían acostumbrado a la idea de la anexión de Cuba por los Estados Unidos. *El Espectador*, de Londres, hablando por un gran sector de la opinión pública inglesa, abiertamente dijo que sería un "error fatal" comprometer a Inglaterra "a sostener los intereses decadentes de España".

El Presidente Pierce, como era su costumbre, puso el problema en manos del Secretario de Estado, William Marcy. Hombre astuto, más firme y hábil que Pierce, y aliado de los grandes intereses comerciales de New York, Marcy era conocido por su franca defensa del sistema de prebendas al vencedor, sistema que él había ayudado a introducir en la política americana. Por razones prácticas él y Davis maneaban la administración pública por medio de una serie de compromisos, mientras la ruptura fundamental entre el Norte y el Sur se iba haciendo cada vez más peligrosa.

La medida específica patrocinada por Davis con respecto a Cuba era la abrogación de las Leyes de Neutralidad. En sus planes, este paso había de ser seguido por una nueva, y esta vez, poderosa expedición filibustera, que coincidiendo con una revolución popular cubana, arrojaría de la isla a los españoles, sin dar pretexto para la intervención británica y francesa. Luego, un

régimen amistoso cubano buscaría la entrada a la Unión. El gran temor de Davis era que, al menos que la isla fuese inmediatamente anexada a los Estados Unidos, España podría abolir la esclavitud negra allí, suceso que borraría para el Sur el valor político de tal adquisición, e intensificaría la agitación sobre la esclavitud en los Estados Unidos.

Marcy retrocedía ante el descarado uso de la fuerza y urgía que se hiciera un intento de compra de Cuba a España. La anexión parecería entonces como una solución nacional, y no una solución sureña del problema. A regañadientes, Davis consintió, estipulando solamente que las negociaciones con España fuesen encomendadas a un sureño. El encargado fue el Senador Pierre Soulé de Louisiana, francés de nacimiento, una persona de grandes atractivos personales aunque sin propiedades para la diplomacia. Como Ministro en Madrid recibió instrucciones de Pierce y Marcy para ofrecer a España "una suma razonable" hasta de \$130,000,000. Esto se supo en aquella época, lo que no fue descubierto sino setenta y cinco años más tarde fue que las instrucciones de Soulé también contenían una cláusula secreta que decía que si España no deseaba vender, "Usted entonces dirigirá sus esfuerzos al objetivo siguiente más deseable, cual es el de arrancar la isla del dominio español y de toda dependencia de cualquier poder europeo" (*).

VII

Soulé resultó un desastre como diplomático. Nociones medioevales del honor personal y una tendencia a apelar a las armas al menor desaire hicieron que se le considerara como el hombre violento de la colonia diplomática de Madrid. A los pocos meses de su llegada, hirió gravemente en un duelo al embajador francés, y se ganó la antipatía del Ministro de Relaciones Exteriores español, Calderón, con quien estaba supuesto a negociar. En las circunstancias actuales, "deshacerse de Cuba" Calderón le dijo a Soulé, "sería deshacerse del honor nacional". En la Habana, las autoridades españolas expresaron en acción la ira de Madrid, capturando un buque americano, el *Black Warrior*, y confiscando su cargamento bajo el pretexto de que el barco había violado regulaciones técnicas del puerto.

Siguió una crisis diplomática. Marcy instruyó a Soulé exigir de España una indemnización de \$300,000 por el *Black Warrior*, más el Ministro cascarrabias no se contentó con seguir las instrucciones, convirtió la nota en un virtual ultimátum, dando a España cuarenta y ocho horas para satisfacer la demanda. El resultado fue revivir el espíritu español del Gobierno, el que replicó enviando 6,000 soldados de refuerzo a la guarnición de la Habana.

Por entonces, la mayor parte de la prensa americana exigía una acción fuerte de parte del Presidente Pierce, abrogación de las Leyes de Neutralidad, bloqueo de la isla de Cuba, invasión por la fuerza. "En el curso de los próximos acontecimientos Cuba va a tener que ser admitida a la Unión", decía a sus lectores el *New York Times*. Los sureños estaban tan con-

vencidos de que las Leyes de Neutralidad serían suspendidas que el General John Quitman, de Mississippi, abiertamente comenzó a organizar una expedición filibustera de gigantescas proporciones. A aumentar la confianza Americana vino el hecho de que la Guerra de Crimea había comenzado, Inglaterra y Francia estaban envueltas en Rusia, y se habían apartado de apoyar a España si esta se empeñaba en una guerra con los Estados Unidos. En el Parlamento inglés, el influyente Richard Cobden causó sensación cuando francamente declaró "En el actual estado de ánimo no se sentiría pena alguna si los Americanos tomaran posesión de Cuba".

En todas las décadas durante las cuales los ojos de prominentes Americanos, de Jefferson en adelante, se han fijado añorando la "Perla de las Antillas", nunca había habido ante tan prometedor oportunidad para su anexión. Que no se aprovechara el momento fue debido a la peculiar posición política en la que el Presidente Pierce se encontraba. En el momento de la crisis del *Black Warrior* el Senado estaba dividido por la contienda provocada por el proyecto de ley Kansas-Nebraska, y las animosidades regionales estaban encendidas al rojo vivo. Urgido por los sureños, este proyecto dejaba a los pobladores de Kansas y Nebraska la decisión sobre que si la esclavitud debería ser permitida en sus territorios. Se conjeturaba generalmente de que Kansas por lo menos sería un estado esclavista. El proyecto se convirtió en ley en la primavera de 1854. El Presidente Pierce, que tenía que pensar en la renominación como candidato del Partido Demócrata en 1856, había escogido conciliar la opinión pública sureña, rehusando tomar una firme decisión en contra de la peligrosa medida, y al hacerlo así había provocado un profundo resentimiento en el Norte. En tales circunstancias, si él le hubiera dado gusto al Sur también en la cuestión cubana, hubiera perdido la mayor parte del apoyo del Norte en la siguiente Convención Demócrata.

En una ocasión, para desembarazarse del dilema, trató de usar a Cuba como base de negociaciones con senadores sureños. Si ellos se hubieran contentado con ver a Kansas y Nebraska entrar a la Unión como estados libres, bajo los términos del Compromiso de Missouri su remuneración bien pudo haber sido la suspensión de las Leyes de Neutralidad y la anexión de Cuba. Sin embargo, ellos estaban determinados a tener a Kansas y a Cuba. Eso fue su ruina y la de Pierce. La amenaza del Sur de separarse de la Unión, al menos que las ricas tierras de Kansas fueran abiertas a la trata de esclavos y a la dominación del Sur, fue recibida con la firme determinación, de parte de la mayoría de los senadores norteros, de no moverse contra Cuba.

Mientras el debate se agitaba, la oportunidad pasó. En Mayo de 1854 España alteró todo el aspecto del asunto. De pronto anunció que en lo de adelante la trata de esclavos estaría prohibida en Cuba e insinuaba la posible emancipación de los esclavos de la isla. Ninguna medida podría haber sido mejor calculada para ahondar la división en la opinión Americana y paralizar la administración. Muchos en el Norte que habían favorecido la anexión de Cuba, —siempre

(*) (A. A. Ettinger, *La Misión a España de Pierre Soulé*, 1932, p. 412).

que el paso apareciera dirigido contra la tiranía de España—, ahora estaban perfectamente conscientes del problema moral envuelto, y tomaron una firme posición en contra de la anexión de la isla.

Luego, mientras el Congreso estaba tratando de encontrar una salida de aquel laberinto, la Habana anunció que el *Black Warrior* y su cargamento habían sido puestos en libertad. Con esto, los Estados Unidos no tuvieron otro remedio que dar por cerrado el incidente. El peligro de la guerra, el Presidente Pierce informó al Congreso, había pasado, y advirtió que las violaciones a las Leyes de Neutralidad serían severamente castigadas. Por órdenes de Marcy, el General Quitman fue arrestado y obligado a rendir fianza que asegurara su respeto a las leyes.

La relación del asunto cubano con el proyecto de ley Kansas-Nebraska fue bien comprendida por la prensa. El primero de Junio, inmediatamente después de la aprobación de la ley, el punto de vista conservador del asunto fue expresado por el diario *Courier and Enquirer*, de New York. "Hubo un tiempo en que el Norte hubiera consentido a la anexión de Cuba, pero la injusticia de Nebraska ha hecho para siempre imposible la anexión." Marcy mismo privadamente escribió "La cuestión de Nebraska desgraciadamente ha destrozado nuestro partido en todos los estados libres y le ha privado de aquella fuerza que necesitaba y que hubiera sido más ventajoso usar en la adquisición de Cuba".

Walker, redactando entonces el *Diario Democrático* en Sacramento, se sintió obligado a pronunciarse sobre el tema. En un editorial revelador escribió, "Los acontecimientos están justificando la previsión del hombre del Sur que se oponían al proyecto Kansas-Nebraska. El Sur ha perdido en vez de ganar con la ley. Unos pocos acalorados y testarudos han persuadido al Sur a tomar un curso de acción del cual se ha comenzado a arrepentir. Ahora es muy tarde para arrepentirse. Los ultráesclavistas son los más activos y eficientes agentes los abolicionistas pueden tener en los Estados del Sur. Los verdaderos amigos del Sur son aquellos que repudian las ideas y acciones de la escuela de Carolina del Sur" (*). Por esa época, sus puntos de vista sobre la esclavitud eran idénticos con aquellas que había expresado mientras redactaba el *Crescent*, de New Orleans, cinco años antes, contra su expansión y contra la secesión.

VIII

La posición política del Presidente Pierce se estaba haciendo desesperada, y los verdaderos directores del partido, Marcy y Jefferson Davis no perdieron tiempo en ejercer su influencia sobre la elección presidencial de 1856. Ambos reconocían que James Buchanan era un candidato fuerte. Como Secretario de Estado bajo el Presidente Polk, cautelosamente había evitado maltratar seriamente los prejuicios ya del Norte o ya del Sur. En lo que a la esclavitud se refería él afirmaba ser neutral. Aun cuando no era un buen nadador en las corrientes políticas de su tiempo, podía vadearlas como el mejor.

(*) (*Diario Democrático del Estado*, Sacramento, Cal., Agosto 12, 1854)

La Vieja Confundida
Famosa caricatura del año anterior a la guerra civil. Perdida entre las tumbas, exclama: "¡Dios mío! ¡Ya no sé dónde queda el Norte, ni el Sur, ni el Este, ni el Oeste, ni nada", y trata de ocultar el Manifiesto de Ostende.

La habilidad de Buchanan para la Presidencia, tal como Davis la veía, sería determinada en gran parte por su voluntad de declararse en favor de las aspiraciones del Sur por Cuba y Kansas. La posición de Marcy era menos definida. El mismo tenía afición por la Presidencia. Sin embargo, su interés como jefe del ala norteña del partido y como su principal dispensador de prebendas exigía una victoria Democrática en 1856, no importaba quien fuera el candidato. Lo primero que se necesitaba era hacer que Davis sintiera que Buchanan o Marcy podrían ser aceptables en el Sur en términos de la política cubana. Esto parece haber sido el principal motivo detrás de los acontecimientos extraordinarios que siguieron.

Los tres principales Ministros Americanos en Europa, Buchanan, Soulé y John Mason, recibieron instrucciones de Marcy para reunirse en el continente y formular una resolución conjunta sobre la política de la Administración con respecto a Cuba. La reunión tuvo lugar en Octubre de 1854, en Ostende, Bélgica. De ella salió el famoso documento conocido como el Manifiesto de Ostende. Si España rehusaba vender Cuba, decía el Manifiesto, y si la isla en sus manos constituía una amenaza para los Estados Unidos, "entonces, conforme a todas las leyes, humanas y divinas, estaremos justificados en arrebatársela a España, si tenemos el poder".

Aunque el Manifiesto estaba supuesto a ser secreto, su contenido llegó a las manos de los periodistas europeos, aun antes de que la versión oficial llegara a manos de Marcy en Washington. Los periódicos ingleses manifestaron disgusto por la flagrante inmoralidad del documento. El Times de Londres, dijo que si la política expuesta en el Manifiesto fuera considerada seriamente por el Gobierno Americano, se justificaría una declaración de guerra. La prensa antiesclavista americana gritó igualmente su denuncia. El Post, de New York, calificó el Manifiesto de "atroz". La frase de Horace Greely en el influyente diario, *La Tribuna*, fue "Manifiesto de salteadores", y exigió a Pierce su repudio.

La adversa reacción violenta del Norte estremeció a Marcy, y para protegerse, descaradamente denunció el Manifiesto que él mismo había provocado. Su primer efecto, sin embargo, fue revivir el ataque de Aunque él había sido contrariado sobre la cuestión cubana, Davis ahora mostraba un fuerte interés en la posibilidad de una o más expediciones filibusteras podrían dirigirse a Nicaragua. Veía que si una fuerza militar privada tuviera éxito en Nicaragua, toda la posición de los Estados Unidos en el Caribe podría alterarse. Las Leyes de Neutralidad podrían ser barridas y el gobierno verse obligado, después de todo, a tomar Cuba y luchar con España. Como Ministro de la Guerra, Davis estaba oficialmente obligado a una rigurosa imposición de las Leyes de Neutralidad, mas como político práctico sabía la diferencia que existe entre una ley y su cumplimiento. Hacia esa diferencia dirigió ahora sus esfuerzos. Los rumores de una posible expedición de California a Nicaragua eran ya públicos. Una carta extraordinaria de Davis al General Wool en San Francisco, hacía claro su deseo de que el General atemperara su celo con discreción en lo que a las Leyes de Neutralidad se refería.

"Cuestiones dudosas", escribió Davis, "pueden surgir con respecto a los poderes investidos en el Presidente para enforzar nuestras leyes de neutralidad, y la extensión en la que él puede delegar la autoridad para ese propósito en oficiales militares. Estas leyes no han recibido aun en todas sus partes una completa

consideración judicial. Se ha entendido por el lenguaje usado por la Corte Suprema, que el Presidente puede autorizar a un comandante general usar su poder directamente contra los violadores de estas leyes y sin intervención de las autoridades civiles. Pero la Corte también ha sido de la opinión de que este "alto y delicado poder" debe ser ejercido solamente cuando "por medio del procedimiento ordinario en el ejercicio de la autoridad civil, no pudiera lograrse el propósito de la ley", y cuando la fuerza militar o naval sea necesaria para asegurar la ejecución de la misma" (*).

Wool entendió por esta carta que él había de invocar las Leyes de Neutralidad contra filibusteros, solamente si las autoridades civiles pedían su intervención. Consecuentemente, cuando Walker se acercó a Wool a principios de 1855 para averiguar sus puntos de vista sobre la expedición, el General se mostró de lo más afable. Le declaró francamente que las instrucciones del Ministro de la Guerra no le dejaban autoridad para intervenir al menos que el Fiscal de San Francisco le pidiera hacerlo. Privadamente, el viejo soldado fue aun más allá, apretando efusivamente la mano de Walker, le dijo "No sólo no pondré ningún obstáculo en su camino, sino que le deseo el mayor de los éxitos!"

El poder civil de la ciudad, con el Alcalde Garrison fijando su tónica, fue igualmente servicial. El Fiscal Inge, después de inspeccionar el contrato de Walker con Castellón, no hizo esfuerzo por escarbar bajo la superficie. El contrato en sí no contenía violación alguna de la ley y él no veía razón para invocar la intervención del Ejército contra los movimientos de Walker.

La corriente de grandes acontecimientos que el Comodoro Vanderbilt había puesto en movimiento cinco años antes, cuando buscó construir un canal en Nicaragua, se había por fin cruzado en la curiosa órbita de Walker. Con Jefferson Davis y el General Wool, con Cornelius Garrison y el Fiscal Inge como instrumentos, se le presentaba la oportunidad de hacer historia.

(*) (Exec Doc., 88, 35th Cong., 1 Sess., pp 98-100)

EL MUNDO Y WILLIAM WALKER

ALBERT Z. CARR

PARTE SEGUNDA

La formación del destino

"Una y otra vez hemos llamado héroe a Walker... Estamos obligados a reconocerle una persistencia, una fortaleza, un resolute heroísmo que merece un sitio más alto en la humana estimación que suele darse a todos los caballeros andantes de la historia, y de la fantasía... La diferencia es que el nuestro es un héroe del siglo diecinueve... ¿Quién sabe cuán pronto reemplazará el laurel del héroe con la diadema de rey?"

Harper's Weekly, Enero 21, 1857.

San Juan del Sur, Nicaragua. Desembarque de tropas de Walker.

Capítulo Diez

"LOS INMORTALES"

I
A pesar del fracaso de Walker en la expedición de Sonora, centenares de aventureros y soldados de

fortuna, que abundaban en San Francisco, así como sus derelictos, le ofrecían sus servicios. Entre ellos escogió, con hábil ojo, los de valor y fortaleza. Su entusiasmo y convicción acerca de su nueva aventura eran

contagiosos. Él había estado estudiando una detallada descripción de la historia, la geografía y el pueblo de Nicaragua, por el anterior Ministro Americano, George E. Squier, lo que le ayudó grandemente en el reclutamiento. Además de los hechos impresionantes, el libro estaba lleno de encantadoras viñetas de la vida nicaragüense. Squier había sido especialmente susceptible al encanto de las jóvenes de cuerpos flexibles y cabellos negros brillantes, jóvenes "de todos matices desde el blanco al negro ébano, rectas como flechas, ágiles, y sin embargo, regordetas, con vivos, maliciosos ojos", conquetas, llenas de espíritu animal, y vestidas con enaguas de colores chillantes y blusas escotadas que a veces revelaban todo lo que escondían cuando levantaban sus brazos para balancear sobre sus cabezas las tinajas de agua o las canastas de frutas. Un pasaje de su libro fue reproducido en los periódicos: la escena en la que unos soldados nicaragüenses, viendo a unas muchachas bañándose desnudas en un río, para hacerlas que salieran a la orilla, las asustaron gritándoles *Lagartos! Lagartos!* Otra anécdota describía los tratos de un enamorado joven Bostoniano con el cura de un pueblo por la mano de su sobrina —sin darse cuenta que era corriente encontrar en la casa de muchos Padres a una muchacha joven y bonita designada siempre como sobrina, pero sobrina por cortesía. Una viñeta de Squier, una bella con los pechos descubiertos moliendo totillas, igualmente llamó la atención por su franqueza. En una California carente de mujeres, las posibilidades sexuales de Nicaragua deben haber excitado tanto el interés de los hombres como el prospecto de obtener ricas tierras entrando al servicio de Walker. Squier señalaba que los dueños de las grandes haciendas nicaragüenses, sacando principescas ganancias de sus tierras, vivían una vida de satisfacciones feudales, como no podían encontrarse en los Estados Unidos. Un aristócrata con unos cien mil palos de cacao, podría obtener de sólo esta cosecha unos \$30,000 al año, libre de impuestos, amo de sus mozos, sólo constreñido por su propia conciencia en el acceso a sus mujeres.

Para aquellos que, como Walker, necesitaban un propósito altruista en cualquier aventura, él podía hablar de los beneficios que los nicaragüenses mismos ganarían de la paz, la democracia, y de la civilización Americana. Un buen número de hombres que se le juntaron, llevaban experiencias y habilidades excepcionales a la expedición. Uno de ellos era médico, el Dr. Alexander Jones, quien ya había probado la aventura en una búsqueda de tesoros escondidos en el Océano Índico, y que añoraba por más acción en un mundo de peligros. Otro era Aquiles Kewen, quien había luchado junto con el General Narciso López en su intento de liberar a Cuba, y cuyo hermano Edward era prominente en la política Californiana. El Coronel C. C. Hornsby había servido con distinción en la Guerra con México, y había visitado a Nicaragua, él también puso su espada al servicio de Walker. Lo mismo hizo el Mayor Frank Anderson, otro notable veterano de la guerra mexicana, y Timothy Crocker quien, como ayudante de Walker, había sufrido las miserias de la campaña en Baja California, y le era todavía fiel. Una gran proporción de los otros reclutas eran mineros y exploradores que

estaban decepcionados de su suerte en California y estaban listos a probarla en otra parte.

El factor restrictivo en los esfuerzos de Walker para preparar su expedición era el dinero. Sus propios escasos recursos se agotaron pronto. Sus amigos influyentes hacían por él lo mejor que podían, entre ellos Edmund Randolph, por ahora ya casado y miembro distinguido de la sociedad de San Francisco. Otra voz favorable en pro de Walker era la del hijo favorito de California, el Coronel John C. Fremont, quien luchando contra Buchanan en 1856, sería el primer candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos. Mas los fondos a la disposición de Walker eran muy cortos para sus necesidades. Tenía que fle-tarse un barco, tenía que comprar armas, equipo y alimentos. Cada recluta más aumentaba el costo de la expedición, la que, como se vio desde el principio, tenía que ir con mucha economía. Walker estaba embarazado, también, para la colecta de fondos por la herida en el pie, recibida en su último duelo y la que resultó en una dolorosa aunque temporal cojera. Cuando todo estuvo terminado, Walker no podía pagar muchas de sus compras; no podía darse el lujo de algo mejor que un viejo bergantín llamado Vesta, no tenía dinero con el que emplear una tripulación; el único capitán que podía conseguir era un borracho inútil; y sólo podía llevar a bordo cincuenta y ocho hombres. Fueron estos hombres los que, unos pocos meses más tarde, la prensa entera de la nación llamó "Los Inmortales".

II

El elemento de lo absurdo, el que tan a menudo estaba presente en las empresas de Walker, y el que generalmente nacía de su negativa a admitir lo irremediable de las desventajas en su contra, se materializó en el Vesta, poco antes del momento de levar anclas. Un guardacostas aduanero, el Marcy, llegó al costado, y un Alguacil Mayor (Sheriff) de San Francisco, con un grupo de sus oficiales, abordaron el Vesta y lo declararon embargado por deudas. Un tendero que había dado crédito a Walker, cambió de opinión, y exigía el pago de inmediato. Mientras no se hiciera el pago, el bergantín no podría salir. Para asegurar el cumplimiento por parte de Walker, el sheriff tomó las velas del Vesta y las llevó al muelle.

La descripción del incidente en uno de los periódicos aseguraba que Walker mostró "profunda ira" —una exhibición de emociones impropia en él. Sospechaba que aquello no era más que una estratagema del Fiscal Inge, quien, no queriendo impedir abiertamente la expedición, incurriendo con ello en el desagrado del Alcalde Garrison, bien podía haber apelado a un truco legalista para expresar su mala voluntad. Walker actuó, sin embargo, con restricción y prudencia. Advirtiéndole a sus inquietos hombres no entrometerse con el sheriff, bajó rengueando a tierra, buscó al oportuno tendero y con toda calma le señaló los peligros que correría aquel a quien sus hombres consideraran el responsable de que la expedición no saliera. Fue un argumento persuasivo y el acreedor se puso de acuerdo inmediatamente en levantar el embargo.

Mas el problema de Walker no estaba aun resuelto. Una amenaza más seria le esperaba en el Vesta. El sheriff, durante su ausencia, había preparado una cuenta de gastos por su parte en el embargo y exigía trescientos dólares antes de levantarlo, suma esta que estaba fuera del alcance de Walker, al punto que significaba el final de la expedición. En ese momento, una cosa era clara para él. Que el Vesta tenía que zarpar, y pronto. Muchos de sus hombres, molestos por la tardanza, se estaban haciendo ingobernables y peligrosos. Un día más de ociosidad podría significar violencia, la desintegración de sus fuerzas, y el fin de sus esperanzas. Las sátiras de los diarios, al referir su situación, deberían ser también suprimidas antes de que debilitaran las oportunidades de refuerzos futuros.

"Ya casi es de noche", le dijo con toda calma al sheriff, "no podré conseguir el dinero sino hasta por la mañana".

Contento de que Walker no protestara su exorbitante demanda, el sheriff le dijo que esperaría.

"Sin embargo" Walker continuó diciendo, "no le pagaré al menos de que las velas sean puestas a bordo inmediatamente. Usted, legalmente, no tenía derecho a quitárnoslas. Si es necesario, pediré a la corte una decisión".

El sheriff, incierto de su posición legal, y con la mente fija en los trescientos dólares, no estaba dispuesto a discutir el punto. La devolución de las velas le pareció que no significaba riesgo alguno para él. No sabiendo que la demanda del acreedor había sido retirada, pensó que el guardacosta Marcy, todavía al costado, continuaría resguardando el bergantín y no le pareció posible que el Vesta zarpara sin una tripulación. Consintió a la petición de Walker. Uno de sus oficiales, dijo, pasaría la noche a bordo y él mismo vendría por la mañana a colectar el dinero.

Con las velas otra vez a bordo y el sheriff ausente, Walker, cortésmente, invitó al oficial, un tal Purdy, a tomarse un trago con él. Juntos se fueron a su camarote. Una vez adentro, Walker fijó en Purdy sus ojos grises. "El Vesta va a zarpar, señor Purdy", dijo arrastrando las palabras en tono bajo, lo que en él significaba siempre alta tensión interior. Mientras el oficial lo miraba asombrado, Walker le señaló una mesa. "Allí", le dijo, "tiene champagne y tabaco". De su bolsa sacó un par de esposas que colocó junto a la botella. "Y aquí están, también, estas esposas. Le ruego que escoja". (*)

Purdy, quien había sido miembro de la Legislatura de California, era inclinado a filosofar, y se arrellenó en una silla con la botella. Pidiendo su venia para retirarse, Walker cerró tras sí con llave la puerta del camarote, y fue a bordo del Marcy a mostrar a su Comandante la prueba de que el Vesta tenía permiso de zarpar. Hecho esto, y encontrando al oficial de buen humor, le pidió un favor. ¿Podría la tripulación del Marcy amarrar y envergar las velas del Vesta, una tarea difícil para los hombres de Walker? Los marineros del Marcy subieron al bergantín y hacia la media noche habían terminado el trabajo.

Tan pronto como el Marcy se había ido, Walker hizo señas a tierra. Un vaporcito remolcador que ha-

bía arreglado de previo, llegó al lado del Vesta y lo remolcó fuera del puerto. Antes de retirarse el remolcador, Purdy fue puesto a bordo, a los alborotados gritos de los reclutas de Walker. Luego, desplegando sus velas, el Vesta se hizo a la mar.

III

Seis semanas después —el Vesta había seguido un curso tardado, tormentoso y errático— Walker desembarcó en el Realejo, el puerto más al Norte en Nicaragua, cercano a la ciudad revolucionaria de León. La apariencia salvaje y pirática de los barbudos Americanos, no impidió las animadoras demostraciones de amistad de parte de las gentes que bordeaban las calles del ruinoso pueblecito. Los hombres vivaban, las mujeres los saludaban y todos sonreían a los recién llegados que venían a ayudar a los Democráticos contra sus enemigos, los Legitimistas. Una bienvenida formal de parte de un oficial del ejército Leonés fue seguida de la aparición de un caballero de origen británico, Charles Doubleday, que conocía muy bien Nicaragua, y quien le ofreció sus servicios a Walker. Una valiosa adquisición. Doubleday, quien sirvió desde entonces como oficial en el ejército de Walker y escribió un libro acerca de sus experiencias, describió así la impresión que el Americano le hizo. "Ejercía una atracción magnética, rara vez experimentada". Otro testimonio de la misma impresión es el de Joaquín Miller, quien en uno de sus poemas dijo que Walker tenía, "un ojo penetrante, un aire principesco, una presencia como de caballero". Su atractivo para ellos era naturalmente mucho más que una simple cuestión de porte y apariencia. Sus reacciones y las de muchos otros ante Walker, era de la especie que sólo el idealismo puede evocar en personas educadas y sensitivas. Considerándose como un apóstol de la democracia Americana y con inquebrantable fe en la justicia de su causa, Walker irradiaba la luz del verdadero creyente. Ya había en él ese toque de fanatismo, que más tarde se haría más aparente, que todos los hombres respetan como fuente de poder, y que, en personalidad tan cortés y suave de expresión, era de lo más efectivo.

IV

Desde el principio, Walker sintió la fascinación del singular paisaje nicaraguense. El había leído de las extensas llanuras verdes, bordeadas en la lejanía por bajas sierras de esmeralda y una faja de negros y elevados volcanes a la orilla de inmensos lagos azules y una vasta floresta lluviosa, pero todo excedía sus esperanzas. Los brillantes contrastes de vivos colores bajo el ardiente sol y el soñado esplendor de la suave noche tropical generaron en él una excitación sensual que nunca perdió. "Uno sentía", escribió, "como si una delgada y vaporosa exhalación de opio, sedante y estimulante a intervalos, se mezclase con los comunes elementos de la atmósfera". Se enamoró del país como de una mujer. Había para él lánguidos tonos musicales aun en los nombres de las ciudades que corrían de norte a sur, en o cerca de la costa del Pacífico. Realejo, Chinandega, Corinto, León, Managua, Masa-

(*) Harper's Weekly, 1857, Vol. I, p. 332. New York Herald, June 2, 1855.

ya, Granada, Rivas, San Juan del Sur. Pero su entusiasmo se lo reservaba dentro de sí mismo. Exteriormente, permanecía siempre el militar, rígido, concluyente, autoritario. Su primera orden fue la advertencia a sus hombres de un severo castigo si perturbaban la paz del Realejo. Era una medida del respeto que le tenían aquellos endurecidos aventureros, que habían estado confinados en un destartado barquichuelo durante seis semanas, y que ahora estaban acuartelados en el pueblo, el que se hayan contentado con beber *aguardiente* y cantar en las tabernas —que también servían de burdeles— y se hayan refrenado de saquear, violar y pelear por las calles.

Al día siguiente de su llegada, Walker se dirigió a León para su primer entrevista con el Director Provisorio del régimen revolucionario, Castellón. Las primeras lluvias habían caído y todo crecía verde. Tenía la sensación de viajar en un océano de verdura, entre alamedas de enormes árboles tropicales que se juntaban sobre su cabeza, mas allá de los surcos de los caudales florecidos de rojo y súbitos grupos de cocoteros, de mangos y bananos. A su alrededor los ricos campos le hablaban de fertilidad, y las mulas cargadas de productos y las partidas de ganado ramoneando, embellecían el cuadro de la tierra pródiga. En este viaje, Walker debe haber vislumbrado los antiguos y serenos villorrios indígenas, donde bajo los ranchos de techos pajizos y los árboles de jícaros verdes, mujeres de caderas anchas, desnudas hasta la cintura, fumaban sus puros *cigarros* mientras hacían sus oficios, donde los niños con sombreros de palma sobre sus cabezas y fumando cigarrillos, corrían desnudos, y donde apenas un policía soñoliento, con espada al cinto y un viejo trabuco a su lado, indicaba la altamente civilizadora influencia del gobierno.

León, una ciudad de un tercio del tamaño de San Francisco en 1855, era un contraste impresionante de aquella turbulenta y próspera ciudad. Dignidad y tradición eran la esencia de la capital Democrática. Al centro de cada barrio municipal estaba una iglesia y una plaza, el foco de la vida comunitaria y de los mercados, mientras en el corazón de la ciudad estaba una venerable catedral frente a una gran plaza y a los edificios del gobierno. Mientras pasaba por la catedral, Walker notó que sus paredes de piedra mostraban numerosas cicatrices de balas, señales de pasadas revoluciones en las que el gran edificio había servido de fortaleza. Unos pocos días más tarde, él conocería a la personalidad más dominante de León, al Obispo vestido de escarlata, un hombre de experiencia y talento excepcionales, quien estuvo bien dispuesto hacia Walker desde el principio. Uno de las favoritas expresiones del Obispo era que "Nicaragua sólo necesitaba de la ayuda de los Estados Unidos para convertirse en un Edén de belleza y en el jardín del mundo".

V

Walker no pudo haber llegado en un momento más oportuno para sus propósitos. Las esperanzas de los Democráticos se desvanecían rápidamente. Un fuerte ejército Legitimista, bajo el mando del más famoso de los comandantes nicaragüenses, el General

Ponciano Corral, estaba preparado a marchar sobre León desde el sur. Castellón, encanecido y ansioso, recibió al Americano como un hombre que se ahoga se agarra a una tabla de salvación. A través de sus abrazos y cumplidos Walker percibió un espíritu indeciso y una incipiente desesperación, y llegó inmediatamente a la conclusión de que Castellón "no era el hombre para dirigir un movimiento revolucionario o llevarlo a feliz término". En la superficie, sin embargo, establecieron un amigable entendimiento. Castellón propuso y Walker aceptó, que los Americanos deberían constituir un cuerpo separado —La Falange Americana—. No hubo demora a la solicitud de Walker de que se le diera un cuerpo adicional de 200 soldados nicaragüenses. Pero su siguiente demanda crucial, produjo, sin embargo, una crisis inmediata. Era que se le diera autoridad para zarpar hacia el sur en el *Vesta*, y ocupar la ruta del Tránsito. Como él mismo escribió después en *La Guerra en Nicaragua*: "Fue una política determinada de Walker llegar tan cerca del Tránsito como fuese posible, para poder reclutar entre los pasajeros y tener los medios de rápida comunicación con los Estados Unidos. Era inútil para ellos (la Falange) gastar sus energías y sus fuerzas en una campaña que no les llevara hacia el camino del Tránsito".

No era Castellón, sino su comandante militar, el General Muñoz, quien objetaba. Muñoz era un alto, hermoso y orgulloso egotista, de ninguna manera incapaz, pero excesivamente celoso de sus prerrogativas. Resplandiente en un uniforme azul con bordes rojos y demasiado orgulloso, veía el pobre vestido de Walker y su figura delgada con franco desdén. La Falange, insistía, deberá permanecer cerca de León para defender la capital de un probable ataque. Walker replicaba con calma que no sería prudente someter a sus hombres a las tentaciones corrosivas de la vida de cuartel. "Nada pone más a prueba la firmeza de los hombres como los de la Falange, que la inacción". Tenían en grado extremo, decía, "la característica sed Americana por el movimiento y la acción".

Se suscitó una controversia. La estrategia de Muñoz estaba basada en el tradicional concepto de la guerra en Centro América, en el que la victoria estaba del lado de quien exitosamente tomaba por asalto la capital del enemigo. Corrientemente el furor de la lucha tenía lugar en el mero centro de la ciudad sitiada, su gran plaza, su catedral. Los defensores sacrificarían la campiña y los suburbios de la ciudad con el objeto de atraer al enemigo al centro de ella, donde las fortificaciones y aprovisionamiento daban la ventaja al sitiado. Hacía una década, un ejército Legitimista, habiendo fracasado en tomar a León, había saqueado e incendiado más de mil viviendas en los suburbios, una atrocidad, el recuerdo de la cual aun inflamaba las pasiones de los leoneses. Con todo, Muñoz no veía otra alternativa que preparar otra campaña similar.

Walker apenas si podía ocultar su impaciencia. La estrategia del sitio estaba hecha para prolongadas, indecisas y altamente destructivas luchas, y era exactamente contraria a su temperamento. Ataques rápidos, la captura de las líneas de comunicación, la destrucción de la moral enemiga, y el desbande de su

ejército, eran la esencia del éxito militar, según sus lecturas le habían enseñado. Los Americanos no habían venido a Nicaragua para ser acorralados en una ciudad. La victoria no podría obtenerse esperando que el enemigo viniese a occidente. El ejército Democrático tenía que tomar la iniciativa y él y sus hombres estaban preparados para ser la punta de lanza del ataque.

Tal razonamiento no movía a Muñoz. "Yo debo tomar en cuenta primero la seguridad de la capital", dijo. "Esa es mi responsabilidad".

"Y mi responsabilidad", dijo Walker, "es mantener la capacidad de lucha de mis hombres y ganar la guerra".

El nicaragüense se irguió. "Debe ser entendido", replicó mordazmente, "que la decisión depende del Comandante en Jefe del Ejército, sujeto, por supuesto, a los deseos del Director Provisorio".

Hubo un momento de silencio. Luego, volviéndose Walker al Mayor Kewen, que estaba a su lado, dijo "Mayor Kewen, quiere mostrar al General en este mapa, el plan de campaña que hemos discutido?" Muñoz trató de no hacer caso de Kewen, momento de distracción que Walker aprovechó. Llevando a Castellón aparte de los otros, le dijo en voz baja "Déjeme hablarle con franqueza. Si el General Muñoz me ha de dar órdenes, no puedo servirle".

"Pero si él es el Comandante en Jefe!" protestó Castellón.

"Quizás eso explica la peligrosa posición de su gobierno", replicó Walker.

Haciendo caso omiso de los méritos del incidente, —y mucho podría decirse sobre la actitud de Walker— la urgencia de rebelarse contra la autoridad constituida íbase haciendo cada vez más fuerte en él. Nadie le había mandado jamás. Había llegado directamente al Coronelato desde la libertad de la vida civil, sin haber nunca antes servido en un ejército. Una orden de otro era como un aguijónazo, provocando toda su combatividad. Sus retos eran invariablemente dirigidos a los hombres que daban las órdenes, a hombres más poderosos que él. Así fue con el Juez Parsons; así era ahora con Muñoz; pronto habría de ser con Vanderbilt. Así como una vez había sido con su padre.

Uno siente que el poder, para Walker, era más que una necesidad psicológica, una necesidad biológica. Como otros románticos ascetas de excepcional energía, habilidad e idealismo —John Knox, Savonarola, Robespierre— hombres que se sustrajeron de la femineidad sexual y rechazaron la posesión de bienes, Walker no se dejó otro camino, en el que desarrollar su potencial varonil, que el del mando. La causa democrática era todavía su propósito y su justificación, pero la ardiente presión dentro de él habría de gobernar. Aunque había estado en León un día apenas, ya había provocado una controversia. Pero sus cálculos eran buenos. Castellón no se atrevía a arriesgar el retiro de los Americanos. A regañadientes, pidiendo excusas, el Director Provisorio se volvió hacia Muñoz y le dijo "General, yo creo que le deberíamos dar al Coronel Walker la oportunidad que pide".

"Como Usted desee", dijo Muñoz fríamente, y

con una inclinación de cabeza hacia Walker, abandonó la sala.

VI

Un hombre como Walker que se había hecho de tantos enemigos, no podía perturbarse indebidamente al hacerse de otro, pero desde ese momento se dio cuenta que la influencia de Muñoz sería usada para destruirlo, y tenía razón. En vez de los doscientos nicaragüenses prometidos, recibió, después de un largo intervalo, solamente la mitad. Las provisiones necesitadas en el Realejo, llegaban tardíamente, tanto, que retardaron la salida del Vesta. Para el tiempo en que Walker desembarcó sus fuerzas cerca de la terminal del Pacífico de la ruta del Tránsito, se habían perdido días valiosos, y pronto tuvo razón para creer que informes avanzados de su plan habían llegado al enemigo por medio de un agente de Muñoz.

Su primer objetivo era la ciudad interior de Rivas, una base Legitimista cerca del Lago de Nicaragua, la que debía ser tomada para que la ruta del Tránsito pudiera sostenerse. La simple precaución dictaba que se hiciera un ataque sorpresivo nocturno, pero los guías nativos probaron ser indignos de confianza y las horas cruciales de la noche se perdieron siguiendo tortuosas veredas en la selva lluviosa. Un torrencial aguacero, con frecuentes relámpagos y truenos sobre sus cabezas y lodo resbaladizo y traicionero a sus pies, impedía aún más la marcha. Cuando terminó la lluvia, y la luna brilló tras el tupido follaje, los efectos espectrales de los troncos de los árboles gigantes, las pesadas ramas, las enredaderas y trepadoras, y una sensación de salvaje vida animal a su alrededor, sembraron la inquietud en algunos de los hombres, que comenzaron a cantar, en voz baja, las favoritas tonadas de California "Oh, Susana" y "Salve, Columbia!" Walker siempre gozaba el canto de sus tropas. Aunque eran pocos, presentaban un aspecto formidable. "Los sombreros de fieltro de la Falange" escribió después, "mostraban en sus alas caídas, los efectos de la lluvia, y las luengas barbas tupidas daban a los hombres un aspecto salvaje y peligroso". Llevando pantalones y camisas oscuras, botas altas, portando pistolas y cuchillos Bowie, además de rifles, los Americanos hacían un marcado contraste con los nicaragüenses descalzos, que llevaban sombreros de palma y pantalones de algodón que fueron blancos, armados de anticuados trabucos y machetes. Su común empeño se mostraba en los sombreros, adornados de cintas rojas que significaban su lealtad Democrática.

Como resultado de la tardanza, la Falange se vio obligada a avanzar sobre Rivas a la luz del día. La descripción de la marcha por Walker mismo tiene un tono casi lírico. "De vez en cuando, las mercaderías con canastas sobre las cabezas, apenas saliendo de Rivas, saludaban alegremente a los soldados... Aquellos hombres que hablaban algo de español echaban todos los piropos que sabían sobre las muchachas, las que parecían complacidas. Cuando, sin embargo, el comando llegó a la cresta de una sierra, una escena de belleza y esplendor los distrajo de todo. Aunque la orden era de marchar en silencio, una ex-

clamación de sorpresa y de placer se escapó de los labios de todos . El Lago de Nicaragua yacía ante su vista y levantándose de él, como Venus del mar, estaba el alto y gracioso cono del Ometepe . La oscura selva del trópico cubría los lados del volcán . . . El observador no se hubiera sorprendido verlo despertarse en cualquier momento . La primera impresión de la escena hizo detenerse el pulso, y la Falange apenas había recobrado de sus efectos, cuando el comando se detuvo con el objeto de preparar el ataque”.

A mediodía del 29 de Junio de 1855, mientras la Falange avanzaba sobre Rivas para su primera batalla, se le hizo evidente a Walker que había sido traicionado . La fuerza enemiga que lo esperaba detrás de las barricadas, era mucho mayor que lo que había razón de esperar, y estaba bajo el mando de un notorio general hondureño, Santos Guardiola, que había venido a Nicaragua en ayuda de los Legitimistas . Guardiola era conocido —y con razón— en todo Centro América como “El Carnicero”, y el terror de su apodo era suficiente para debilitar la moral de las tropas nicaragüenses de Walker . A los primeros tiros huyeron sin hacer el menor simulacro de resistencia, dejando a 55 Americanos frente a más de 500 soldados enemigos .

En los primeros minutos de lucha, seis de los hombres de Walker fueron muertos —entre ellos dos de sus principales ayudantes, Crocker y Kewen . Presionada, la Falange se abrió paso hasta una casa grande desde la que mantuvo al enemigo con un certero fuego de rifletería desde sus ventanas . El espíritu combativo de los hombres fue enardecido por la ira, pues vieron a cinco de sus camaradas heridos, incapacitados de llegar hasta la casa, muertos en la calle el filo de sádicas bayonetas . Después de cuatro horas de tiroteo esporádico, las pérdidas del enemigo excedían las de la Falange en una proporción de diez a una . Por entonces, sin embargo, los Legitimistas habían recibido refuerzos, incluyendo un cañón, y con esta ventaja pudieron aproximarse a la improvisada fortaleza y darle fuego .

La última esperanza de los Americanos que estaban todavía en pie era romper las líneas enemigas, y a una señal de Walker, con un grito salvaje, se lanzaron fuera de la casa por una puerta sin resguardo . El movimiento fue tan inesperado y su puntería tan efectiva que las tropas Legitimistas más cercanas se volvieron y huyeron, mientras el resto estaba momentáneamente paralizado . Retrocediendo por las calles de Rivas, rechazando a sus perseguidores con balas mortíferas, los Americanos pudieron abrirse paso a los bosques y, por fin, hasta la costa . Unas pocas horas más tarde, cansados y descorazonados, estaban de nuevo en el Vesta navegando rumbo norte .

Curiosamente, la derrota de Rivas no disminuyó sino que reforzó el sentido del destino de Walker . Como muchos otros soldados que salen ilesos del campo de batalla, había ganado una especie de fuerza interior del simple hecho de que estaba vivo cuando tantos otros estaban muertos . Se ha notado a menudo que la repetida supervivencia de grandes peligros, crea un sentido de invulnerabilidad, un sentimiento secreto de que uno está favorecido por los dioses . Después de la batalla sus hombres vieron en él, no desazón ni

temor, sino una confianza y seguridad que nacía dentro de él, pues no había ciertamente nada en tales circunstancias que las justificara . Pasó los varios días del viaje de regreso al Realejo, curando sus heridas, reviviendo su moral y preparando un informe para Castellón .

El principal propósito del informe, que fue enviado por un mensajero desde el Realejo, era romper el dominio que el General Muñoz tenía sobre el Ejército Democrático . El General, decía abiertamente, había actuado de mala fe, y él, Walker, abandonaría Nicaragua con sus hombres, al menos que Castellón investigara las fuentes de la traición que había causado la derrota de Rivas . La respuesta fue tal como Walker la anticipara . Castellón, aunque indeciso de enfrentarse a Muñoz, rogaba a Walker no se fuera, sino que trajera sus fuerzas a León, donde los temores de un ataque Legitimista crecían por momentos .

En las dos semanas de infructuosa correspondencia que siguió, Walker dio la impresión de estar malhumorado, pero tan pronto como sus hombres estuvieron hábiles para marchar, pretendió ceder a los ruegos de Castellón y se dirigió a León para enfrentarse definitivamente con Muñoz . Nuevos ánimos le habían llegado con el arribo de Byron Cole, quien hacía poco había regresado de Honduras, y quien había traído con él un hombre valioso . Este era Bruno von Natzmer, un antiguo oficial de caballería prusiano, quien conocía Nicaragua tan bien como cualquiera . Sus presencias —tanto de Cole como de Natzmer, hizo a Walker sentir menos la pérdida de Crocker y de Kewen . Natzmer le confirmó un punto de considerable importancia militar que había comenzado a llamar la atención de Walker . El nicaragüense corriente, aunque temía a los Americanos, temía aun más ser reclutado para los ejércitos del país, y tomaría más riesgos huyendo de los pelotones de reclutamiento que de los que correría en una batalla . “No hay trabajo que el nicaragüense no pueda hacer”, anotaba Walker, “con el objeto de librarse del capataz de una cuadrilla de trabajadores” . Se reía de los generales nicaragüenses por su “inveterado hábito de coger a un hombre y amarrándolo con un mosquete en la mano, hacer de él un soldado” . Los únicos naturales del país que a él le importaba tener en su ejército, eran los voluntarios .

VII

Walker estaba comenzando a darse cuenta del activo y amplio temperamento del Centroamericano, con su insistencia en la *dignidad* y su amor de lo extravagante, con su religiosidad y su superstición, con su ardiente coraje, y en muchos casos, su fría traición . Especialmente no había lugar a dudar la hostilidad que yacía hacia el *gringo* bajo la superficie de la cortesía formal del nicaragüense . Aquella se expresaba en muchas formas, desde la estudiada indiferencia de los aristócratas nicaragüenses a la reprimida burla del guía, cuando, mientras los hombres de Walker caminaban por la selva, fueron bañados de excremento por una pandilla de monos chillones . Los monos, dijo el guía muy seriamente, por algún motivo extraño hacen eso sólo a los Americanos .

Walker no se sorprendió indebidamente, al regresar a León, encontrar que a pesar de las demostraciones de amistad invariable de Castellón, éste estaba dispuesto a entregar la Falange a merced de Muñoz. El General presentó una nueva propuesta, dejar que las fuerzas Americanas se distribuyeran en pequeñas unidades entre los regimientos del ejército nicaragüense. Tan pronto como Walker se convenció de que Castellón estaba por apoyar a Muñoz en esta nueva propuesta, decidió llevar a sus hombres fuera de León a un sitio más seguro. Pero se necesitaban caballos y carretas, y cuando le envió una solicitud de esos elementos a Castellón, le fue ignorada. Una hora más tarde Muñoz hizo marchar un fuerte batallón nicaragüense a acuartelarse frente a los Americanos, como para provocarlos a que se atrevieran a hacer un movimiento; y por un tiempo pareció que la Falange tendría que abrirse paso fuera de León.

Walker, entonces, envió un ultimátum a Castellón. "Retire sus tropas dentro de una hora o las consideraremos hostiles y actuaremos de conformidad". La amenaza tuvo éxito. En vez de enfrentarse al prospecto de una batalla dentro de sus propias filas, Castellón consintió en ejercer su autoridad sobre Muñoz. Las tropas nicaragüenses fueron ordenadas retirarse del sitio peligroso, los caballos y carretas fueron proveídos, y se permitió que los Americanos abandonaran la ciudad.

Quedaba aun Muñoz con quien tratar. El plan en la mente de Walker era un desafío abierto contra el General —en realidad, un motín dentro del ejército revolucionario— apoyado por el populacho campesino, entre el que Muñoz, como implacable reclutador de hombres, era extremadamente impopular. La casualidad, sin embargo, hizo innecesaria esta acción drástica. Una pequeña fuerza Legitimista apareció al sur de León, y Muñoz, encabezando sus tropas en una escaramuza contra ella, fue mortalmente herido. Su muerte libró a Walker de llevar a cabo su propia estrategia.

El había escogido la ciudad de Chinandega, no lejos de León, como su cuartel general, mientras preparaba su siguiente paso, pues se sabía que los Chinandeganos estaban insatisfechos con la política inútil de Castellón. Las gentes eran suficientemente hospitalarias, pero la moral de sus propios hombres le causaba seria inquietud. Desde sus puntos de vista, la expedición había llegado a su fin. El aprovisionamiento de plomo para los cartuchos era tan bajo que se vieron obligados a buscar en los alrededores objetos de plomo, una búsqueda inútil, que no podían aprovechar para el saqueo o las mujeres sin incurrir en severos castigos. Su interés en los propósitos de Walker se desvanecía con rapidez. Lo que ellos querían era gozar de placeres orientales como los que el país ofrecía: tenderse bajo las sombras tropicales, cortar las frutas de los árboles, retozar con las inditas que se acicalaban ante sus lujuriosas miradas. Chinandega era uno de los muchos pueblos nicaragüenses donde la escasez de hombres hacía a las mujeres excepcionalmente sensibles. En una atmósfera tal, la insistencia de Walker en frecuentes ejercicios, largas horas de guarnición, y

altas normas de conducta personal, provocaban amargos resentimientos. Dos de sus hombres desertaron.

Los espíritus comenzaron a animarse, sin embargo, cuando una disputa entre Walker y un comerciante inglés de Chinandega, Thomas Manning, resolvió el problema de municiones. Este caballero había sido anteriormente Cónsul, y se manejaba con tanta altanería y al mismo tiempo era tan hábil comerciante que ningún nicaragüense se atrevía a oponérsele. El se dedicó a considerar a Walker y su empresa con desprecio. Cuando se supo que él y sólo él en la región tenía suficiente plomo para proveer una fresca provisión de balas para Walker, y un oficial fue a su casa a proponerle la compra del metal, Manning lo rechazó en términos fuertes. Walker reconoció que su reputación entre los nicaragüenses y los Americanos estribaba en el resultado del asunto, y sintió más tensión de la que mostró en su propia relación. "Un pequeño pelotón fue enviado con órdenes de tomar el plomo, pagando un precio razonable. Al instante el inglés declaró . . . que si el pelotón allanaba su casa, izaría la bandera británica y pondría su casa bajo la protección del gobierno británico. El oficial, no sabiendo cómo actuar, regresó por órdenes, y habiéndosele dicho que ningún residente extranjero, excepto el representante de la soberanía de su país, tenía el derecho de izar una bandera extraña, se le ordenó que entrara en la casa, y que en caso que los colores británicos estuviesen sobre ella, los rompiera y los pisoteara, retornando así el insulto proferido a la República de Nicaragua por su despliegue. Las autoridades locales, acostumbradas a rendirse a los deseos no sólo de los Cónsules sino también de los comerciantes británicos, estaban asombrados ante tales órdenes. En el inglés, sin embargo, las órdenes produjeron un efecto saludable, pues inmediatamente entregó el plomo para el uso de los Americanos." Manning llegó a tener un respeto considerable por Walker, y un poco más tarde le felicitó cordialmente por sus éxitos.

Un resultado más importante de este asunto fue su contribución en traer a Walker un poderoso aliado, José María Valle, un indio puro de gran contextura, robusta personalidad y gran influencia, quien había sido Coronel del ejército Democrático, antes de que una herida seria le forzara a retirarse. El atrevimiento y el vigor de Walker le atraían, intensamente leal a la causa democrática y un astuto juez de la capacidad combativa de los hombres, vio en el Americano muchas más esperanzas para su partido que en el vacilante Castellón, y le dio su inquebrantable fidelidad. Walker por su parte, llegó a tener un afecto cordial por Valle, cuya vitalidad, su profunda intuición, y su fuerza emocional le hacía un natural líder de hombres. "Con una cierta ruda elocuencia", Walker le describió, "estaba acostumbrado a mover los corazones de las gentes con un recuento de los perjuicios que habían sufrido a manos del gobierno Legitimista. Y la influencia de Valle no estaba confinada a los hombres. Era un artista con la guitarra, un instrumento que, con sus tiernos sonidos y su forma de mujer, satisfacía tanto a su ardiente pulsador como a las mujeres que le escuchaban. El práctico valor político del talento musical de Valle resalta en el comentario de Walker sobre su nue-

vo aliado "Cuando tomaba la guitarra en sus manos arrastraba a las mujeres con sus cantos de amor o patriotismo, y el control que ejercía sobre ellas, no era para despreciarse en un país donde sirven hasta cierto punto como periódicos, para esparcir noticias y formar opinión".

VIII

Valle procedió a reclutar una fuerza indígena de campesinos y trabajadores voluntarios —pues Walker prohibía reclutas a la fuerza— para servir bajo el Americano, con él mismo como su capitán. Cuando la noticia de esta actividad llegó a oídos de Castellón, inmediatamente envió a Valle una orden perentoria de desbandar la tropa. Nadie se molestó en contestar. Por el contrario, Walker dirigió a sus Americanos al Realejo y los embarcó en el *Vesta*, donde se les reunió, pocos días más tarde, Valle y sus nicaragüenses. Tras sus talones iba otro mensaje de Castellón: Walker debía llevar la Falange de regreso a León.

Esto era serio, pues Castellón era uno de esos hombres públicos esencialmente débiles que necesitaban ocasionalmente ejercer el poder desnudo, como una especie de afrodisíaco político. Si se le desobedecía, bien podría usar la única arma efectiva a su disposición: declarar nulo el contrato con los Americanos, destruyendo así su justificación legal para permanecer en el país, reduciendo su status, por tanto, al de simples filibusteros. Walker decidió que la Falange debería salir del Realejo antes de que tal orden llegara. El momento era apenas propicio, pues el cólera había estallado a bordo y estaba causando grandes bajas entre los hombres de Valle, pero Walker, después de imponer severas regulaciones sanitarias a las tropas americanas, dio la orden de zarpar. Ninguno de la Falange cayó víctima del cólera en este viaje, a pesar de su presencia en todos los contornos, y la epidemia entre los nicaragüenses fue restringida, hechos que sugieren que el entrenamiento médico de Walker estaba probando su eficacia militar. Fue por este tiempo que sus hombres, impresionados por el interés en su bienestar, dieron por llamar a su comandante de treinta y un años, —a sus espaldas, por supuesto— "Uncle Billy".

De nuevo el *Vesta* se dirigió hacia el sur, y tres después anclaba en el puerto de San Juan del Sur. Allí Walker oyó las noticias que le revelaron en toda su extensión las dificultades que yacían por delante. Los Legitimistas no se habían engañado de sus propósitos, y 600 de sus mejores tropas se acercaban bajo el mando de "El Carnicero" Guardiola, quien había jurado secretamente arrojar al mar a los *falanginos*. Era esencial ocupar una posición estratégica favorable, —una que pudiera dominar el Tránsito—, sin dilación alguna. Una marcha forzada llevó a él y a sus hombres, que ahora comprendían 50 americanos y 120 nativos bajo Valle, a la Bahía de la Virgen, el puerto del Tránsito en el Lago de Nicaragua. Estaban desayunándose y tendiendo sus chamarras cuando la avanzadilla de Guardiola, que habían seguido sus huellas, atacó al piquete de vigilancia. Este piquete, compuesto de nicaragüenses, dio muestra del coraje y la confiabilidad del voluntario nativo, en contraposición al

nativo reclutado. Su fría, disciplinada y firme defensa de sus puestos dio tiempo a Walker de desplegar sus fuerzas en posiciones firmes, sobre terreno elevado, con sus espaldas al Lago y en posesión de los edificios de la Accesoría del Tránsito.

Sin posibilidad de retirada, y a sabiendas de que no podían esperar cuartel de parte del enemigo, los *falanginos* y los hombres de Valle, hicieron el mejor uso de sus balas. Después de horas de tiroteo, los Legitimistas huyeron. Sesenta de estos fueron encontrados muertos en el campo, sin una sola baja americana y solamente dos de los aliados nicaragüenses, Walker mismo escapó milagrosamente, pues una bala desperdigada le dió en la garganta y otra le atravesó un paquete de cartas de Castellón que llevaba en la bolsa de su chaqueta. Su prontitud a exponerse al fuego enemigo y el coraje con que encabezó una carga contra él le ganó la indiscutible admiración de sus hombres. Las tropas leonesas estaban aun más impresionadas, sin embargo, por el cuidado que tomó en preservar las vidas de los enemigos heridos, otra innovación, pues un soldado nicaragüense herido, dejado atrás en una retirada, no podía esperar otra cosa sino ser tirado o macheteado por sus captores.

Para Walker, la batalla de la Bahía de la Virgen, su primera victoria militar, fue el punto crucial de su campaña. No podía darse cuenta cuán ampliamente y con qué entusiasmo sería descrita en los Estados Unidos, mas su efecto en Nicaragua era todo lo que su corazón deseaba. El país estaba profundamente agitado por el triunfo Democrático, el que fue realizado por el hecho de que el dictador, Chamorro, atacado del cólera, había muerto —un deceso que a muchos pareció como un presagio de la ruina Legitimista.

De León, también, vino el estímulo. Walker era considerado como héroe, el hombre que había derrotado al Carnicero. Castellón había caído también víctima de la epidemia del cólera y su sucesor le escribió a Walker que una compañía de voluntarios nicaragüenses iba en camino para servirle de refuerzo. Aun mejor, en concepto de los americanos, fue la llegada de un vapor del Tránsito procedente de San Francisco, con 35 reclutas para la Falange, mientras los representantes locales de la Compañía Accesoría del Tránsito, que habían visto a Walker con desconfianza, se volvieron de pronto afables y cooperadores.

Su ejército consistía ahora en cerca de 250 hombres —suficientes, creía, para una ofensiva importante. La audacia del siguiente movimiento, si no hubiese tenido éxito, le hubiera hecho el hazmerreír de los estrategas militares. Era nada menos que la captura de la capital Legitimista, la antigua ciudad de Granada. Usando la táctica de la sorpresa, embarcó su fuerza en un vapor de la Compañía del Tránsito, desembarcó de noche en un punto cercano a Granada, avanzó bajo el amparo de la oscuridad, atacó al amanecer, desbandó en unos pocos minutos la guarnición de la ciudad, y tomó posesión de las oficinas del gobierno. Hubo poco derramamiento de sangre. "El encuentro", dijo Walker con indiferencia, "apenas si merece recibir el nombre de acción". Ningún triunfo podría haber sido más efectivo. De la noche a la mañana, de ser un aventurero militar a la cabeza de una pequeña fuerza, se

había convertido, para todo propósito práctico, en el hombre fuerte de la nación, pues la vida de Nicaragua se encontraba en las fértiles tierras que se extendían entre Granada y León, y dominar ambas ciudades era dominar el país.

Su primera orden, como siempre, fue una advertencia a sus hombres contra el pillaje, las violaciones, y el vandalismo. El resentimiento entre los americanos se multiplicaba entre los leoneses, la mayoría de los cuales habían visto a sus familias sufrir a manos de los Legitimistas, y soñaban en vengarse. Los severos castigos, con los que se proponía enforzar su disciplina, provocó amotinadas murmuraciones, y por un tiempo aun su fiel compañero de armas, el indio Valle, estaba enfurecido con él.

IX

Poco después de entrar en la ciudad, Walker presentó sus respetos al Ministro Americano en Nicaragua, John H. Wheeler, y en la Legación encontró a un numeroso grupo de granadinas y de niños que habían buscado la protección de la bandera americana. Asombradas por su apariencia juvenil y sus modales caballerescos, le pedían misericordia, sólo para encontrar, que él se consideraba a sí mismo como su protector. Entre las mujeres a quien Wheeler le presentó, estaba una que le llamó particularmente la atención. Doña Irene Ohoran, una mujer soltera de sangre española mezclada con irlandesa —su apellido se escribía antes O'Horan— quien era uno de los bastiones de la sociedad granadina y una potencia en la política Legitimista. Unos pocos años mayor que Walker, diminuta, y con un rostro que irradiaba inteligencia, ella le tocó sus fibras delicadas. Cuando le ofreció su casa, una de las mejores en Granada, para que le sirviera de cuartel general, aceptó inmediatamente. Bajó su dirección admiró las bellezas de Granada. Esta era una ciudad de sólo 15,000 habitantes, mucho más pequeña que León, pero orgullosa. A través de verdes alamedas de palmeras y naranjos, uno podía divisar la vasta sabana azul del Lago de Nicaragua, extendida unas cien millas al sur, y donde grandes peces de mar, el tiburón, el pez espada, el pez sierra, se encontraban en aguas dulces. Irene Ohoran señaló las islas volcánicas en la distancia, habitadas por indios adoradores de ídolos, hostiles a todos los blancos. Estaba la bella iglesia de Guadalupe, la gran plaza, y el mercado —vacío ahora, pero que mañana, cuando el pueblo comprendiera que el Coronel Walker no tenía intenciones de hacerles daño, las celosías de las ventas se abrirían y ciénes de mercaderas aparecían con sus coloridas canastas de frutas y vegetales. Las tiendas eran las mejores de Nicaragua, en las que se ofrecían, tejidos de Inglaterra, joyas de España, sedas y vinos de Francia.

En cuanto a la vida social de Granada, era extremadamente activa. Las anchas casas en las calles principales eran más elegantes de lo que aparentaban por fuera. Construídas bajas para soportar los temblores, casi todas las casas tenían su patio y su jardín de alegres flores, y muchas de ellas salones tan grandes como de baile. A las granadinas les encantaba bailar, y conjuntos de seis, y hasta de diez, violines

y guitarras, estaban a la orden. Pero el mejor entretenimiento de todos era en las calles. En el frescor de la noche, las damas elegantemente ataviadas, se sentaban en sus ventanas mientras por las anchas calles, los caballeros, montados en sus mejores cabalgaduras, con sus vestidos de colores brillantes y sombreros de alas anchas, guitarra en mano, daban sus serenatas a sus favoritas, lucían su habilidad ecuestre e intercambiaban chismes de casa en casa.

Los caballos y caballeros eran tan buenos como cualesquiera en el mundo, y habían muchas carreras al estilo nicaragüense. Al disparo de una pistola, dos jóvenes montados comenzaban cogidos de las manos y correrían hasta que uno de ellos fuera sacado de su cabalgadura. Huesos quebrados, y a veces, cuellos quebrados eran el resultado. De otros deportes, también, habían muchos, especialmente pelea de gallos, el pasatiempo nacional. Las corridas de toros estaban prohibidas por la ley, pero el azuzar a los toros estaba permitido, y era tan excitante, cuando valientes muchachos trataban de montar los enfurecidos animales. Los hombres podían jugar, también, en un casino o en los salones de billar. No habían teatros, pero algunas veces, actos de variedad británicos —acróbatas, cantores, payasos— daban sus representaciones, y uno podía salir ocasionalmente para ver en un villorrio una función sagrada —una especie de auto sacramental— muy divertido para los sofisticados de la ciudad. En ningún otro pueblo de Centro América la gente acomodada vivía tan libre de cuidados. Los sirvientes eran abundantes y baratos. Había mucha riqueza en Granada, derivada principalmente de las grandes haciendas cercanas de cacao y de caña de azúcar; y cada año muchos granadinos iban a Europa a estudiar o en viajes de placer.

Walker estaba bien consciente de que la vida descrita por Irene Ohoran, era solamente la de unos cuantos centenares de familias. No necesitaba que se le informara sobre la condición de los trabajadores pobres de la ciudad, o de los indios del campo, siervos condenados a incesantes trabajos y a prematura muerte. El había visto sus destartaladas chozas, corrientemente compartidas con gallinas, con pisos de tierra, paredes húmedas y camas que consistían en el cuero seco de una vaca. En esas habitaciones, el lujo principal era una candela. No sólo alumbraba, sino que también daba pequeñas bolitas de cera, la que cuando se pasaban por el cuerpo, era el más eficiente medio de quitarse las garrapatas que les taladraban la piel, y las que eran consideradas como peor plaga que los alacranes y culebras.

Entre los granadinos, Walker se hacía más popular a cada momento, tanto más porque la propaganda Legitimista había creado una imagen suya como de un sangriento y lascivo bucanero —y lo que era peor, un Democrático— de quien no se podía esperar misericordia. Cuando puso en libertad a un buen número de prisioneros políticos que habían estado encadenados en una mazmorra medioeval, las muchedumbres se reunían en las calles para vitorearlo, muchedumbres compuestas en lo general, se observaba, de gente pobre que se había abierto paso al centro de la ciudad, curiosa por ver al nuevo conquistador, un gringo y Democrá-

tico Se hizo evidente a todos que estaba bajo la influencia de Doña Irene, lo que se vio al día siguiente de su victoria Este era Domingo, y él asistió a Misa de ocho en la Catedral de Granada, donde escuchó un sermón que aconsejaba "paz, moderación, y dejar a un lado las pasiones revolucionarias". Después llamó a su lado al cura párroco que había pronunciado el sermón, el Padre Agustín Vijil —más tarde su Ministro en los Estados Unidos— y públicamente aprobó sus sentimientos

Este fue el primer movimiento de Walker en su política de conciliación hacia la Iglesia Católica Necesitaba —y sabía que necesitaba— la gran influencia del clero a su favor Sus enemigos en el exterior, así como en Nicaragua, daban informes que él fomentaba a sus hombres a profanar ermitas e iglesias, aun había una leyenda que había enterrado un tesoro de joyas y de oro robados a los sagrados lugares del país, mas tales historias fueron encontradas más tarde que eran elucubraciones calculadas para desacreditarlo En su "Cincuenta y tres Artículos del Código Militar por los que el Ejército de Nicaragua se ha de Gobernar", el Artículo I dice "Se recomienda formalmente a todos los oficiales y soldados asistir a los servicios divinos, y cualquier oficial o soldado que en alguna forma se comporte impropriamente en cualquier sitio de servicio divino será castigado de conformidad a su ofensa por sentencia de una corte marcial"

En una ocasión, las autoridades eclesiásticas de Granada le concedieron un préstamo de 1000 onzas de plata en barras, ciertamente sin esperar que fueran pagadas La verdad de las relaciones de Walker con

la Iglesia en los primeros días de su régimen, se sugiere en una carta dirigida a él en 26 de Noviembre de 1855, por el Vicario General de la Diócesis de Nicaragua "Felicito a Su Excelencia por la victoria obtenida en favor de los principios liberales Felicito a mi país, pues ahora saldrá de las ruinas en las que ha estado sumida por más de treinta años" Por ese tiempo, el Vicario General estaba bajo la impresión de que Walker se estaba desligando de los extremistas partidarios Democráticos Mas tarde, cuando las actividades políticas de Walker comenzaron a desviarse marcadamente de las preferencias de la Iglesia, la mayoría del clero del país se volvió contra él, mas las disputas entre ellos eran sobre ideología política, y no sobre religión

Aun los ingleses, parecería, lo consideraban en aquellos primeros meses como una esperanza Una carta de Thomas Manning, —con quien Walker había altercado en Chinandega, sólo unas pocas semanas antes—, y quien había sido nombrado Vice-Cónsul Interino de Inglaterra en Nicaragua, decía "Como testigo ocular de todos los horrores y acontecimientos que han ocurrido desde Mayo de 1851 (el comienzo de la actual revolución nicaragüense) nadie puede apreciar mejor que yo el restablecimiento de la paz y el orden Esté persuadido, Señor, que el Gobierno de Su Majestad Británica estará dispuesto a simpatizar con Usted" En Londres, el *Economista*, publicación altamente considerada, estaba aun deseosa de conceder todo Centro América a Walker y los Estados Unidos, "Nosotros no podríamos impedir la final absorción de Centro América por los republicanos Anglosajones, si es que quisiéramos —definitivamente no estamos seguros de que deberíamos"

Capítulo Once

EL ARDIENTE SOL DE NICARAGUA

I

Sea que Walker realmente se haya enamorado de Irene Ohoran o no, sus hombres murmuraban libremente acerca de ellos Su sobrenombre popular en Granada era "La Niña", y por el tiempo en que los rumores se habían abierto paso en las filas de la fuerza americana "La Niña Irene" se había convertido en "Nila Mairena". Bajo este nombre apareció después, como una figura de misterio, en los escritos norteamericanos sobre Walker Los hombres percibían, sin embargo, que este no era un problema prosaico de la carne Mucho puede leerse entre las líneas de sus propios comentarios sobre La Niña Inicialmente la describió como "una ágil y acuciosa observadora, con toda la gravedad y aparente indiferencia de la raza nativa fértil en recursos para enviar informes a sus amigos Ella le había prestado muchos servicios al partido Legitimista en días pasados, y aun la severa naturaleza de Fruto Chamorro reconocía sus atractivos y se rendía a su influencia, cuando otros habían fracasado"

De pronto, sin embargo, aparecen en su relación fuertes indicios de algo más que respeto por su talento

político Descubrió que tenía un amante de alta posición "Las relaciones privadas", escribió Walker en una vena de extraordinaria amargura, "que se dice, y probablemente con verdad, existieron entre ella y Don Narciso Espinosa, un personaje prominente entre los Legitimistas, le permitió infundir su espíritu en el partido después de la muerte de Chamorro" Sus sentimientos acerca de Espinosa, a quien describió como "Un hombre sin principios y sin honor", estaban teñidos con un resentimiento personal que no demostró hacia ningún otro nicaragüense, y que tomó, finalmente, la forma de una acusación de complicidad en un supuesto complot Legitimista contra el nuevo régimen Cuáles eran las pruebas contra Espinosa? Walker mismo admitió que eran "vagas e inciertas", sin embargo, hizo que fuese deportado a la fuerza de Nicaragua Ese desacostumbrado ardor en él, sugiere emociones que eran algo más que políticas Desde entonces las conexiones entre Walker y La Niña se volvieron simplemente protocolarias

Antes del incidente de Espinosa, sin embargo, Irene lo guió por entre la maraña de la política nicaragüense y lo adoctrinó en las técnicas de las luchas políticas, estilo Centroamericano. Al hacerlo, ella bien

puede haber influenciado decisiones fundamentales. Un gran problema estratégico se le presentó entonces, problema que era más que estratégico, puesto que tocaba el meollo de su filosofía. ¿Era él un partidario Democrático, papel implícito en su contrato con Castellón, o buscaba transformar a Nicaragua en un nuevo estilo? Había la común impresión en los Estados Unidos, que los ejércitos partidistas de Centroamérica no representaban más que las ambiciones personales de los caciques que los guiaban, y que las plataformas de los partidos servían muy poco. Pero con los nicaragüenses era distinto. Los Democráticos habían patrocinado extensas reformas en la rentabilidad de las tierras, en el trabajo del campesino y en el comercio, y contemplaban un renacimiento de la vieja Federación de Centroamérica. El Gobierno Provisorio de León y las tropas leonesas en Granada, contaban con Walker para asegurar el control del país. Algo menos que la total victoria sobre los Legitimistas, creían, sería una invitación a la renovación de la guerra civil. Igualmente, los Democráticos y Liberales de las vecinas repúblicas, veían a Walker con grandes esperanzas. El periódico salvadoreño "El Rol" del 2 de Enero de 1856, defendió a Walker contra los ataques de elementos conservadores, afirmando atrevidamente que "Esta tantas veces mencionada invasión de Nicaragua por los Norteamericanos, no es sino una diatriba y una calumnia del partido aristócrata". Era la creencia de muchos a través del Istmo que al menos que Walker tuviera éxito en restablecer la Federación de Centroamérica bajo la égida Democrática, nación continuaría luchando contra nación, partido contra partido, y el pueblo estaría condenado a incesante guerra e inevitable retroceso.

El problema no podía posponerse por largo tiempo. Ya el régimen Liberal en Honduras había sido arrojado del poder, y el depuesto Presidente, Trinidad Cabañas, quien sin reparo había enviado tropas a luchar al lado de los Democráticos nicaragüenses en su hora de necesidad, pedía a Walker similar ayuda. Podía él, debía él, rescatar la Democracia hondureña? Esta era la cuestión que Walker tenía que decidir.

El aceptaba completamente el punto de vista que las cinco Repúblicas Centroamericanas debían consolidarse. El Gran Sello del Estado que había diseñado para el Gobierno de Nicaragua, mostraba los cinco volcanes en un grupo, con el sol naciente detrás del primero y la leyenda Dios-Unión-Libertad. En la bandera que adoptó —don anchas franjas horizontales azules y una blanca en medio— el centro estaba dominado por una estrella roja de cinco puntas. Pero una concepción política era una cosa, la realidad militar otra. El estaba menos engañado que los entusiastas Democráticos por las apariencias de su triunfo. El poder Legitimista no podía ser roto fácilmente. Su ejército, bajo el General Corral, todavía ocupaba posiciones fuertemente apertrechadas en la ruta del Tránsito y era mucho mayor que las fuerzas al mando de Walker. Y a través de Centroamérica, tras los conservadores y aristócratas, estaba no solamente la influencia prevaliente de la Iglesia, sino también la de Inglaterra.

Parte de la oposición de Walker a Inglaterra se debía a su indiferencia por la situación del pueblo.

Señalaba que aunque su protectorado sobre los Indios Mosquitos había durado más de un siglo, "Todavía no habían hecho ningún progreso hacia la civilización". El Gobierno Británico no olvidaba por un momento, sin embargo, los intereses de los magnates de Inglaterra en las minas de Guatemala y Honduras, y la caoba de Nicaragua y Costa Rica. Los Legitimistas de Nicaragua eran llamados abiertamente "El Partido Británico" y el Gobierno Aristocrático de Costa Rica estaba reorganizando su ejército con la ayuda de un capitán británico —más tarde Coronel— John Cauty.

Era evidente para Walker que una exitosa revolución democrática en Centroamérica podría tener lugar sólo si fuese fuertemente apoyada por los Estados Unidos. Pero la administración del Presidente Pierce, lejos de animar a los Democráticos nicaragüenses mostraba una fuerte inclinación en favor de los Legitimistas, había reconocido a Chamorro, a pesar de su flagrante violación de los derechos democráticos. La Compañía Accesoria del Tránsito, también, había estado contenta con Chamorro, mientras él no interfiriera en sus operaciones. Contra este trasfondo, Walker dio por seguro que una fuerte posición partidista invitaría al ataque, por todos lados, de fuerzas avasalladoras.

En conclusión, la estrategia que escogió fue un penoso desencanto para sus amigos Democráticos. Traer paz al país era su principal propósito, anunció, y esto solamente podría hacerse por concesiones recíprocas entre los dos partidos y el establecimiento de un Gobierno de coalición. Sus soldados leoneses refunfunaron, pero para los granadinos estas eran espléndidas noticias. Inmediatamente Walker fue el favorito de los Legitimistas. Recepciones dadas en su honor por Irene Ohoran y otros, fueron atendidas por las más ricas y aristocráticas familias de la ciudad, que ahora consideraban a Walker como la única barrera entre ellas y la venganza de los Democráticos. Se le acordaban todos los honores; cuando entraba a un salón hombres y mujeres se levantaban y aplaudían. Los granadinos, en realidad, estaban sorprendidos por su habilidad en controlar, tanto a las fogosas tropas leonesas, como a los barbudos gringos. Cuando uno de los americanos en una borrachera, inexcusablemente tiró y mató a un muchacho nicaragüense, y Walker lo sometió a corte marcial y fue ejecutado, la ciudad sintió que al fin había un militar al servicio de la justicia.

II

La dinámica energía del Americano también impresionó a los nicaragüenses. Sus horas de trabajo eran desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, su única recreación diaria era un paseo a caballo. Confrontado con los miles de problemas del momento, encontró, sin embargo, tiempo para lanzarse a nuevos y ambiciosos proyectos, entre ellos, el establecimiento de un periódico oficial. Uno de sus Californianos había sido impresor y editor; importaron de San Francisco una prensa y algunas fuentes de tipos y pudieron improvisar un semanario señaladamente competente, *El Nicaragüense*, parte en inglés, parte en español. Desde el principio fue uno de los principales instru-

En este número de "El Nicaragüense" se afirma que aunque Walker no es el Presidente, "es el gobierno de Nicaragua como Louis Napoleón es el gobierno de Francia".

mentos de Walker, a través del cual informaba de sus propósitos a los granadinos y al mundo. Regularmente se enviaban ejemplares a los Estados Unidos invitando a los americanos a compartir de los exóticos placeres y el futuro brillante de la bella Nicaragua, y la influencia del periódico en la prensa americana, que lo citaba frecuentemente, desempeñó un papel importante en la llegada de cerca de un millar de reclutas al servicio de Walker en el año siguiente. La opinión pública política fue similarmente formada. *El Nicaragüense* hizo saber claramente que Walker no era ni un simple filibustero, ni un peligroso revolucionario, sino el "regenerador" de tan abusada e infeliz nación. Los resultados se veían en muchos periódicos americanos en los que el escepticismo cedía el paso a la aprobación. El influyente *Alta California*, que por un tiempo había hecho mofa del filibustero — "Que héroe el que se ha vuelto Walker! Guillermo el Conquistador, Cortés y Pizarro no son sino precursores de uno más grande, el predestinado conquistador de Centroamérica!" — muy pronto admitía en San Francisco que "Walker, en su campaña de Nicaragua ha mostrado ciertamente un buen grado de habilidad, perseverancia, energía y una vasta suma de habilidad política" y lo felicitaba también por "El considerable grado de habilidad" mostrado en su periódico.

Walker tuvo éxito especial en rodear su nombre con una aura de predestinación. Había una antigua leyenda entre los indios nicaragüenses en la que el pueblo, un día, sería traído a la luz por un redentor, el que sería reconocido por sus ojos grises. Walker se había encontrado con esa leyenda en sus lecturas, en tales circunstancias puede que aún haya estado inclinado a creerla. *El Nicaragüense* no dejó lugar a dudas de que él era "El hombre de los ojos grises del destino". "La semana pasada", informó el periódico, "vimos en Granada una delegación de indios, que raramente visitan la ciudad, que deseaban ver al General Walker. Estuvieron encantados de su amable recepción y le presentaron sus sinceras gracias por libertarlos de la opresión y por el actual estado de quietud en el país. Pusieron a sus pies las sencillas ofrendas de sus frutas y de sus campos y le ensalzaron como al "Hombre de los Ojos Grises" tan larga y ansiosamente esperado por sus antepasados". Los periódicos en los

Una serie biográfica de Walker, "El Hombre del Destino" apareció en este periódico de New Orleans poco después de su elección como Presidente de Nicaragua.

Estados Unidos cogieron la historia, y por un año, era raro que un artículo sobre Nicaragua no se refiriera a los ojos grises de Walker.

Aún la sofisticada mentalidad europea se impresionó con él. Los periódicos británicos que corrientemente se burlaban de la política americana, y de sus principales figuras, se sintieron constreñidos a informar sobre las acciones de Walker y sus declaraciones, dándole la debida atención, y mencionando su nombre con más frecuencia que el del Presidente de los Estados Unidos. El Gobierno de España lo hizo el tema de repetidas y ansiosas notas a sus representantes en Washington, Londres, París, México, y Habana. En Francia, el Emperador Napoleón III solicitó un memorándum especial sobre Walker a su Ministro de Relaciones Exteriores. *La Revue des Deux Mondes* publicó un extenso artículo sobre el significado de sus realizaciones, colocándolo entre las grandes figuras políticas de la época, "el rival de Washington". Otros periódicos circulaban el rumor de que Walker era un aristócrata francés de nacimiento y un formidable amante de mujeres, y por un tiempo fue la comidilla de París.

Europa estaba fascinada, no tanto por el dramático hecho que, con un puñado de hombres, Walker había rápidamente conquistado un país y llegado a ser su dictador, como por los resultados prácticos de su acción. ¿Iban los Estados Unidos a entrar en una fase imperialista? Acostumbrados a los modos de sus propios gobiernos, los hombres de estado de Inglaterra, Francia, y España, encontraban casi inconcebible que él se hubiese empeñado en tal proyecto, —por no decir haber tenido éxito en él—, sin la ayuda solapada del Gobierno de Washington. Los ingleses, especialmente, no podían creer que estuviese solo y esperando que de un momento a otro recibiera el reconocimiento y la ayuda de Washington, fueron cautelosos en sus primeros tratos con él.

III

Como el hombre fuerte de una República Centroamericana, Walker sufrió la seria carga de su educación puritánica. Instintivamente los nicaragüenses sintie-

ron que él estaba al extremo opuesto de sus propios temperamentos. Walker podía haber simpatizado con sus tristezas, pero nunca podía gozar de sus placeres, una fuerza dominante que une a los hombres en la vida diaria. Al juego de gallos, deporte favorito de Granada, privadamente lo consideraba detestable. El no se reía, y apenas si sonreía. Que había un cierto humor irónico en Walker se muestra en muchos pasajes de sus escritos, pero para él las abiertas demostraciones de contento eran un signo de debilidad. El había leído a Hobbes, quien decía que la risa, en el fondo, expresa un sentimiento de superioridad, más él escogió disciplinar ese sentimiento dentro de sí mismo. Sus modales serios no eran la postura de un hombre con una pena romántica, ni eran el estilo seco de sus antepasados escoceses, expresaban la determinación ascética de vivir al más alto nivel de autodomínio de que fuera capaz. Para los nicaragüenses esto era incomprendible. Respetaban su habilidad para controlar a otros hombres, pero se sorprendían de su insistencia en controlarse a sí mismo. En su mundo feudal, lleno de tangibles miserias, de inminentes dolores y muertes súbitas, era naturalmente sensato conciliar con aquellos más fuertes que uno, tomar ventaja del débil, y gozar libremente de tales placeres de la carne como fuese posible, mientras uno pudiera. Si la civilización norteamericana significaba un modo de vida menos sensual del que estaban acostumbrados, no querían nada de ella. Aún el modo de vestirse de Walker les pareció extraño. ¿Quién había visto a un dictador que llevara un corriente saco azul, pantalones oscuros baratos y un sombrero negro de fieltro con una cinta roja partidista y que, además, no llevara armas, excepto en el combate?

El problema principal que se le enfrentaba a Walker, dicho muy simplemente, era de que él quería regenerar a Nicaragua y que los nicaragüenses no querían ser regenerados, o, más precisamente, que las gentes acomodadas y el clero deseaban que las cosas quedaran como estaban, y el pobre analfabeta, los indios y mestizos, no aspiraban sino a un poco más de alimentos y ropas. Su larga experiencia con los dioses indígenas y los gobernantes españoles les había quitado la esperanza. A la mayoría del pueblo nicaragüense le parecía que las dificultades de su vida sólo podrían hacerse peores con un cambio radical. Políticamente, vivían en un mundo salvaje de pasiones sin principios, no estaban en favor de algo; estaban simplemente contra todo; su actitud bien puede describirse como anti-ismo. Seguirían a un líder revolucionario para ayudarle a destruir a un gobierno opresor, pero tan pronto como el nuevo gobierno estaba establecido, a su vez se volvía su enemigo, pues representaba el odiado poder de la ley. Cada intento en el pasado de traer mejoras modernas había sido fieramente resistido. Unos pocos años antes de la llegada de Walker al país, un rico terrateniente nicaragüense de singular progreso y benevolencia, había importado de los Estados Unidos la maquinaria necesaria para la refinación de azúcar, con el resultado de que la maquinaria fue prontamente desbaratada y él fue asesinado por los campesinos, a quienes se les dijo que sus medios de vida serían destruídos por las nuevas máquinas.

Haciendo a un lado su temperamento, Walker se mostró como un astuto pulsador del sentimiento popular. Hablaba poco sobre sus planes para el país. Cuando el concejo municipal de Granada formuló una petición urgiéndole asumir la Presidencia de Nicaragua, él se lo reprochó en términos calculados para calmar las ansiedades Legitimistas. Ellos no tenían derecho, les dijo, de hacer la oferta, ni él de aceptarla, mucho más apropiado sería la elección de un hombre tal como el Comandante en Jefe Legitimista, General Ponciano Corral, con un gabinete escogido entre los mejores hombres de cada partido.

Este paso fue debidamente aprobado tanto por los Americanos en Granada, como por los Legitimistas. El Ministro Wheeler fue tan bien impresionado por la producción de Walker que se ofreció ir a Rivas, —donde Corral tenía su cuartel general—, para servir de intermediario entre los dos; y eso que Walker no gozaba de ningún status legal en los Estados Unidos. Wheeler era un hombre afable e impresionable, antiguo soldado él mismo, que consideraba a Walker como un gran hombre, como una rara combinación de virtudes militares y refinamiento intelectual. Poco tiempo después su admiración por el héroe se expresaría en una extraordinaria colección de Walkeriana. Pero en su intento de negociar con Corral, se excedió tanto en su autoridad como en su talento. Corral, un hombre de convicciones y fuerza personales, lo consideró como el instrumento de Walker, lo insultó, y le declaró sus intenciones de proseguir la guerra contra los Democráticos (*).

Más efectiva que la intervención de Wheeler fue la subrepticia influencia de Irene Ohoran entre los Legitimistas. Cómo persuadió a Corral no está claro, pero justamente cuando la situación parecía más peligrosa, una carta suya llegó a Granada, ofreciendo recibir a Walker para conversaciones privadas. Sin duda con gran sorpresa de Irene, Walker ahora le hacía resistencia. Si Corral deseaba una reunión, decía, tendrá que llevarse a cabo en Granada, pues percibía que el primer paso franco hacia la conciliación de una u otra parte se consideraría como una señal de debilidad.

En el preciso momento que necesitaba un medio para ejercer presión sobre Corral, inesperadamente le llegó uno a sus manos por una peculiar cadena de acontecimientos. Un contingente de reclutas de California acababa de llegar a Nicaragua, y sus jefes, actuando sin el conocimiento de Walker, y aun antes de haberse presentado, decidieron para su propio engrandecimiento, atacar a las fuerzas Legitimistas en el Lago de Nicaragua. Requisando un vapor del Tránsito, hicieron fuego sobre una fortaleza que dominaba el Lago y que estaba controlada por Corral. El resultado fue desastroso. No sólo fueron forzados por medio de bombardeo a escurrirse a lugar seguro, sino que provocaron a los Legitimistas a represelias en las que un número de inocentes pasajeros del Tránsito, incluyendo mujeres y niños, fueron masacrados.

La crisis era de lo más seria porque Walker necesitaba de los servicios de los oficiales americanos que habían ordenado el ataque, y de cuya cooperación dependía el arribo de futuros refuerzos de California.

(*) (Senate Exec Doc. 68, 34th Cong. 1 Sess).

Explosión del vapor de río "Scott".

Con ellos no fue más allá que de un severo regaño, el ardor de su ira se desencadenó contra los Legitimistas en el incontrovertible terreno de que su ataque sobre los pasajeros del Tránsito había sido cruel más allá de una necesidad militar. En un colérico pronunciamiento, pidió el castigo de aquellos granadinos que, por su oposición a la idea de un país unificado, habían urgido al General Corral a mantener su resistencia armada. Estos conspiradores Legitimistas eran "moralmente responsables" por la tragedia de los pasajeros del Tránsito, declaró Walker, y la culpa era especialmente grave en el caso de Mateo Mayorga, anterior Ministro del gobierno Legitimista. Mayorga, que poco antes había sido arrestado por sospecha de traición pero que había sido puesto en libertad bajo su palabra de honor a petición de Wheeler, y que efectivamente estaba viviendo en su casa, se había aprovechado de la indulgencia de Walker para intrigar contra él y animar a Corral. Walker lo hizo poner bajo custodia, sometió los hechos a una corte marcial que inmediatamente encontró a Mayorga culpable de conspiración para fomentar la guerra civil, y lo entregó a un pelotón de fusilamiento.

Cuando Mayorga fue conducido a la plaza y públicamente ejecutado, los soldados leoneses se regocijaron, y los Legitimistas temblaron. ¿Quién sería el siguiente? ¿Era este el principio del reino de terror Democrático que habían temido? En medio de la agitación, Walker envió un mensaje a Corral. Desde ese momento, juró, todas las familias granadinas de oficiales del ejército Legitimista serían considerados como rehenes a cambio de la buena conducta de los soldados de Corral. El efecto fue mágico. A una voz los oficiales de Corral le urgieron hacer la paz. Y él se fue inmediatamente a Granada.

IV

En las afueras de Granada, Corral fue recibido por Walker y una escolta de montados, y a paso grave se dirigieron juntos al centro de la ciudad. Walker, más tarde, recordaba el entusiasmo de los granadinos ante el espectáculo. "Mientras pasaban, las puertas y ventanas de las casas estaban llenas de mujeres y de niños, vestidos con los brillantes colores del país y sonriendo a través de las lágrimas antes los prospectos de paz". En el camino, los dos hombres se expresaron mutuos

complimientos, de modo que a su llegada a la Casa de Gobierno, la tensión entre ambos había disminuido. En la conferencia que siguió, Walker se permitió aparecer en desventaja. Corral tenía poder para hablar oficialmente en nombre del Partido Legitimista, pero el Americano no había recibido tal autoridad del régimen Democrático de León, y el tuvo cuidado de limitarse a tales declaraciones como las que correspondían "al Coronel Comandante de las fuerzas que ocupaban Granada". Por consiguiente, dejó que Corral "desarrollara libremente los términos que deseara, diciendo muy poco en el sentido de objeción o enmienda. . . El tratado, tal como fue firmado, fue casi exclusivamente la obra de Corral". (*)

Era un documento razonable. Estableciendo un Gobierno Provisorio, nombrando como Presidente a un viejo y respetable caballero de tendencias conservadoras, Don Patricio Rivas, haciendo a Corral Ministro de la Guerra, agradó a los Legitimistas, mientras que los Democráticos se habían de satisfacer con reformas constitucionales por las que estaban luchando, y a Walker se le dio el puesto de Comandante en Jefe del Ejército. En el hecho de que él, que no había tenido experiencia militar alguna hacía cosa de un año, asumiera ahora el rango de General, sus críticos en los Estados Unidos más tarde veían la prueba de su desenfrenada vanidad, pero es difícil ver cómo de otra manera hubiera podido comandar un ejército ya repleto de generales.

Unos pocos días después llegó la noticia de que León aprobaba el tratado confirmando con ello la paz. Todas las campanas de Granada repicaron. Los Legitimistas, especialmente, estaban entusiasmados por lo que ellos consideraban ser un triunfo diplomático, puesto que, después de todo, ¿qué era una simple constitución comparada con el poder de administración? A Corral se le oyó gritarle a Irene Ohoran, al pasar a caballo una tarde por su casa "Les hemos ganado con su propio gallo". Este chisme llegó a oídos de Walker y La Niña.

El júbilo de Corral fue, sin embargo, prematuro. Desde el principio, él malinterpretó el carácter de Walker. El esperaba encontrar a un matón que intentaría dominarlo, engañarlo y aun humillarlo, con el objeto de imponerse. Descubriendo en cambio a un hombrecito quieto y cortés, con un profundo respeto a la ley, se desencantó. El mismo era alto y de majestuosa presencia, y este hecho puede haber contribuido a su idea de que Walker podría ser reducido a un papel subordinado. Muy pronto su error se le hizo evidente. Walker había basado sus cálculos en las interioridades que recientemente había descubierto en la mente del recluta nicaragüense, y los acontecimientos demostraron que estaba en lo cierto. Con el anuncio de la paz, las guarniciones Legitimistas en los pueblos, que consistían principalmente de indios y mestizos que añoraban por sus hogares, se esfumaron; y Walker, como Comandante en Jefe, no hizo nada para impedir su deserción. En unas pocas semanas la autoridad de Corral sobre el ejército se había vuelto meramente nominal; el verdadero poder de coacción descansaba

(*) (William Walker, La Guerra en Nicaragua, p 125).

ahora en la Falange, y Walker no perdió tiempo en ejercitarlo.

Se suscitó una cuestión en cuanto a la escogencia de un funcionario del gabinete responsable de las relaciones con las otras repúblicas de Centro América. Para resentimiento de Corral, Walker insistió que el cargo fuera al más celebrado y ardiente revolucionario entre los generales Democráticos, al General Máximo Jerez, que también era un intelectual, doctor en leyes, y con quien Walker había tenido largas conversaciones en León. Tal nombramiento significaba para Corral una seria amenaza al control de la administración y de toda la gente acomodada del istmo entero. Si los Democráticos extremistas iban a tener el control, no sólo del ejército sino también de las comunicaciones intergubernamentales, podrían estar en capacidad de promover revoluciones en los países vecinos al norte y el sur. A toda costa Jerez debía mantenerse fuera del gabinete, y Corral dijo agitada y francamente que él no serviría en el mismo gobierno con el leonés. Walker replicó simplemente: "Entonces debemos referir el asunto al Presidente". Por entonces, todo Granada estaba conciente de que el Presidente Rivas consideraba al Americano como la única esperanza de paz para Nicaragua, y nunca se le oponía.

Corral se despertó muy tarde ante la fuerza de mando de Walker. Aunque no renunció del gabinete, sintió que la causa Legitimista estaba perdida en Nicaragua. Sus presentimientos fueron reforzados por la evidente determinación de la soldadesca leonesa en mantener su solidaridad partidista. Walker había emitido una orden exigiendo a las tropas de ambos partidos remover de sus sombreros los colores de sus filiaciones políticas, la cinta roja de los Democráticos, la cinta blanca de los Legitimistas, y usar en cambio la cinta azul de la nación, con la leyenda: NICARAGUA INDEPENDIENTE. Los Legitimistas obedecieron, pero la cinta roja permaneció en la mayoría de los sombreros Democráticos. Corral consideró esta persistencia del espíritu revolucionario como de mal augurio. Solamente por medio de la intervención de otros países, pensó, es que podrían, él y sus amigos, salvarse.

Con tal convicción, escribió una carta impulsiva al nuevo Director de Honduras, y la envió por medio de un mensajero secreto. Viniendo del Ministro de la Guerra del Gobierno de Nicaragua para el jefe de otro estado, esta carta tenía inequívocamente el sello de la traición. "Mi estimado amigo. Es necesario que le escriba a los amigos advirtiéndoles del peligro en que estamos para que trabajen activamente. Si se dilatan dos meses, entonces no habrá tiempo. Piense en nosotros y en sus ofrecimientos... Nicaragua está perdida, perdida Honduras, El Salvador y Guatemala, si dejan que esto tome cuerpo. Que vengan pronto, si es que quieren encontrar aliados".

Algunos historiadores han visto en esta carta una advertencia en contra de la captura del istmo por Walker para los Estados Unidos, pero hay más razón para creer que el gran temor de Corral era el triunfo de los Democráticos en todo Centro América. Desafortunadamente para él, el mensajero que escogió para llevar esta peligrosa misiva, tenía profundas quejas contra los Legitimistas. En vez de llevar la carta fuera

de Granada, inmediatamente la puso en manos de un oficial leonés y dentro de una hora estaba siendo leída por Walker, junto con otras dos notas de la misma especie escritas por Corral. La situación así creada, mientras en cierto modo ventajosa para Walker, también lo enfrentaba ante un grave problema. Que Corral tenía que ser descubierto y castigado era evidente, por el hombre era muy querido en Granada. Preso, sería un centro de conspiración; ejecutado, un mártir a cuya memoria miles se reunirían; mientras que un castigo leve provocaría amargo resentimiento entre las tropas leonasas, quienes podían aun sospechar que Walker apoyaba a los Legitimistas contra ellas.

En un torvo estado de ánimo, Walker notificó al Presidente Rivas que una emergencia exigía una inmediata reunión del gabinete, y Corral, sin husmear el peligro, asistió. A los ministros reunidos Rivas dijo: "El General Walker tiene algo grave que comunicarnos". Walker poniendo las cartas fatales frente a Corral, le preguntó: "¿Usted las escribió, General?"

Corral se puso pálido, pero manteniendo su dignidad, admitió ser el autor de las cartas, las que fueron entonces leídas en voz alta al gabinete. "Señor Presidente", dijo Walker a Rivas, "yo acuso al General Corral de traición y pido ordene su arresto". Rivas asintió tristemente. Un oficial leonés que esperaba fuera de la puerta fue llamado. Corral entregó sus armas y fue hecho prisionero.

V

El crimen de Corral, cometido como funcionario civil, exigía procedimientos civiles. El nuevo gobierno, sin embargo, no había establecido un juzgado civil, y era evidente, además, que ningún nicaragüense podía esperarse fuese imparcial en este asunto. El gabinete, por lo tanto, decidió por una corte marcial compuesta en su totalidad de oficiales americanos. No se perdió tiempo, el proceso fue llevado con justicia, el veredicto fue condenatorio; la sentencia, "muerte por fusilamiento". Mas la corte fue unánime en pedir a Walker que mostrara clemencia con el reo.

El peso ahora caía exclusivamente sobre sus hombros. No importa cuál su decisión, sólo podría dañarle. Eso era evidente. Al fin cayó en los principios de John Knox y sus antepasados escoceses, en la creencia del valor del ejemplo admonitorio. ¿Cómo podría el tratado de paz que él y Corral habían solemnemente jurado mantener "continuar teniendo la fuerza de ley, si su primera violación —y eso por el hombre mismo que lo había firmado— se permitía que pasara sin castigo? . Piedad para Corral hubiera sido una invitación para que todos los Legitimistas se empeñaran en similares conspiraciones".

Se dio la noticia. Corral iba a ser fusilado. Inmediatamente hubo un gran clamor en la ciudad. Sacerdotes y notables rogaron a Walker suspendiera la sentencia. "La noche antes del día fatal", él mismo relató, "las hijas de Corral, acompañadas de muchas de las mujeres de la ciudad, vinieron con sollozos y angustias y lágrimas" a rogar por la vida de su padre. En tales momentos un hombre de sangre latina, un Bolívar o un San Martín, podría haberse dejado arras-

trar por la misericordia, podría haber conmutado la pena, y haberse hecho querer, aunque fuera brevemente, por el populacho. Pero Walker, congénitamente adverso a despliegues emocionales, optó por permanecer indiferente. "Aquél que sólo mira el dolor presente, y no ve en la distancia los dolores mil veces mayores que una inoportuna misericordia puede crear, no está preparado para los deberes de la vida pública", escribió en justificación propia. Con todo, se sintió profundamente perturbado por "tales ruegos como las hijas del prisionero hacían" y él "cerró la penosa entrevista tan pronto como el sentimiento lo permitió". Un esfuerzo en favor de Corral por parte de Irene Ohoran, fue igualmente infructuoso.

La ejecución del general Legitimista, el 8 de Noviembre de 1855, dejó a Walker como el amo indiscutible del gobierno de Nicaragua. Pero mechones del cabello del cadáver de Corral y pañuelos empapados en su sangre, fueron preservados en muchos hogares granadinos, símbolos de la venganza futura. Donde Walker había sido temido, fue de pronto odiado. Un pueblo acostumbrado a la ardiente crueldad de la ira, no podía esperarse comprendiera la lúcida y fría crueldad de la razón. Si Walker hubiera gritado a los cuatro vientos la denuncia de Corral y lo hubiera apuñaleado personalmente, le hubieran comprendido mejor y se hubieran sentido más unido a él, pero no podían perdonarle su desapasionado e inmovible juicio de que el hombre tenía que morir.

VI

Mientras Corral vivió, los grupos conservadores dominantes en Centro América se habían reservado el juicio sobre el régimen de Rivas, pero con su muerte llegaron a la conclusión de que Rivas era una simple figura decorativa para los Democráticos revolucionarios dirigidos por los Americanos. Walker hizo diligentes esfuerzos para calmar su animosidad. Una carta circular fue enviada a las otras cuatro repúblicas del istmo, declarando los propósitos pacíficos de Nicaragua y solicitando su amistad. Sólo el pequeño El Salvador replicó en la misma forma. En Guatemala, Honduras y Costa Rica la carta fue ignorada, mientras los periódicos oficiales atacaban despiadadamente al gobierno de Rivas. Por entonces, centenares de Legitimistas nicaragüenses comenzaron a cruzar la frontera de Costa Rica, buscando asilo y ofreciendo sus servicios en una guerra contra los Americanos, y el partido equivalente en Costa Rica, los *Serviles*, exigió que la nación mobilizara un ejército.

Walker se encaró a una nueva decisión: atacar, o esperar ser atacado? El General Jerez, cuya presencia en el gabinete había precipitado la crisis de Corral, le urgía tomar la iniciativa. La democracia Centroamericana es indivisible, le dijo a Walker, y le esbozó un atrevido plan: Reunir a todos los Democráticos del Istmo. Mobilizar un gran ejército Democrático. Enviar tropas, Americanos entre ellas, para restaurar a Cabañas en el poder de Honduras. Moverse rápidamente contra los costarricenses. Llevar el gobierno nicaragüense a León. Comenzar a luchar. Walker estaba tentado pero no convencido. Levantar una

fuerza substancial de voluntarios tomaría meses; no tenía fe en los soldados nicaragüenses reclutados a la fuerza, sólo tenía unos pocos centenares de Americanos detrás de él, y con tan pequeña fuerza, sólo veía un medio de ganar una guerra simultánea contra Costa Rica, Honduras y los Legitimistas nicaragüenses. Ese medio, era persuadir al gobierno de los Estados Unidos a cooperar en el envío de voluntarios y provisiones en buenas cantidades. "Dejemos que el enemigo dé el primer golpe", le dijo a Jerez, pues si aparece como el agresor puede enajenarse las simpatías del pueblo norteamericano, con el que contaba para la victoria final.

Estuvo de acuerdo en una concesión. Cabañas fue invitado a venir a Granada a presentar su caso en persona y fue recibido con todo respeto. Él era uno de esos dedicados revolucionarios que, por amor a la humanidad, estaba listo "a abrazar a la Libertad sobre un montón de cadáveres". Pero Walker permaneció firme frente a la solicitud hondureña, una decisión que más tarde le aparecería como fantasma a molestarlo. El impetuoso Cabañas y el fiero Jerez se sintieron defraudados. Les pareció, como Jerez escribió después, que Walker no estaba buscando una Victoria democrática, sino el poder personal, y convencidos de esto, salieron disgustados de Granada y se dirigieron a protegerse en León.

Walker estaba aprendiendo las verdades amargas del poder: que cada decisión significativa del jefe, crea un nuevo enemigo, y que cada significativo enemigo impone una nueva decisión, que aunque, a lo mejor, el apoyo crece aritméticamente, la oposición puede crecer geoméricamente. A pesar de la confusión de fuerzas a su alrededor, él veía la situación más claramente de lo que lo hacían sus consejeros y críticos. Al fin, toda dependía de la ayuda, en hombres y dinero, que le llegara de los Estados Unidos. Si tal ayuda era suficiente, él podría estar capacitado para federar las repúblicas del istmo, traerlas bajo "la influencia civilizadora del pueblo Americano" e introducir las instituciones democráticas. De otra manera, la causa de la Democracia en Centro América era una causa perdida.

El gobierno Británico compartía sus puntos de vista. Como la prensa de Londres lo expresaba claramente, la gran cuestión en la Oficina de Negocios Extranjeros, acerca de la América Central, era que si Walker, además del apoyo popular y del Congreso, tenía el respaldo del Presidente Pierce. Si así era, sería muy difícil impedir el éxito de Walker. Londres anotaba que el Presidente Pierce había pedido al Congreso un fondo discrecional de tres millones de dólares, para ser usado en caso de una ruptura con Inglaterra, y de que un proyecto de ley para la construcción de diez nuevos barcos de guerra estaba siendo apresurado en el Senado. Inoportuna intervención Británica en Centro América podía hacer estallar una guerra costosa e indeseable, en un tiempo en que los contribuyentes ingleses estaban todavía rezongando por los gastos del laberinto de Crimea.

Afortunadamente, desde un punto de vista Británico, el Ministro Americano en Londres, James Buchanan, parecía ansioso de apoyar la posición de Inglaterra y usaba su influencia para ese fin. Su actitud fue particularmente significativa porque era segura

que sería el candidato a la Presidencia en 1856. Como un político astuto, estaba seguro que tras las bambalinas, la influencia Británica sería un factor de peso en la preferencia presidencial de los ricos y poderosos comerciantes conservadores de Nueva Inglaterra y New York. En una carta privada a Lord Clarendon, el Ministro de Relaciones Exteriores, en cuya amistad Buchanan tenía gran satisfacción, el Americano había escrito que "los amistosos oficios de los dos gobiernos, exigirían enderezar las cosas en Centro América", y su única aflicción sobre su posición parecía ser "Qué dirá Mrs Grundy?" . Que Buchanan capituló (*)

El Ministerio de Relaciones Exteriores juzgó oportuno vigilar, esperar y fortalecer el ejército de Costa Rica hasta que los propósitos de Washington pudieran ser mejor comprendidos, o hasta que Buchanan llegara

a ser Presidente. Para tal efecto se despacharon instrucciones a los agentes diplomáticos de Inglaterra en Centro América, mientras un embarque secreto de cañones se envió a Costa Rica. Aunque la figura política dominante de ese país, el Presidente Mora, estaba ansioso de marchar sobre Granada, sus consejeros británicos le aconsejaron esperar. Mientras tanto Mora tuvo que contentarse con declaraciones denunciando a la *Falange Americana* —o los *Rangers*, como Walker la había rebautizado— "ahí venido a Centro América en busca de nuestras esposas y de nuestras hijas, nuestros hogares y nuestras tierras, satisfacción para sus pasiones bastardas, alimento para sus apetitos desenfrenados". Cuando esta diatriba fue leída en Granada por los hombres de Walker, —quienes se iban haciendo cada día más reacios bajo su estricta disciplina—, provocó un buen tanto de risa sardónica

Capítulo Doce

MEFISTOFELES COMO ENVIADO

Dos meses antes de la ejecución de Corral, y poco antes de la batalla de la Bahía de la Virgen, cuando la estrella de Walker parecía vacilante, un antiguo conocido suyo subió a bordo del *Vesta* en el puerto de San Juan del Sur, el publicista y promotor de Sacramento, Parker French, aquel que decía gozar de la confianza de Cornelius Garrison. French tenía algo que decir que llamó la atención de Walker. Si Walker le daba la necesaria autorización, él regresaría a San Francisco, reclutaría setenticinco hombres, y los traería a Nicaragua en un vapor de la Accesoría del Tránsito, por cuenta de la Compañía.

Aunque Walker estaba consciente de las sombras sobre la reputación de French, él no sabía nada específico sobre su descrédito —y San Francisco era una ciudad llena de pasados olvidados. Cualquiera cosa que el hombre fuese, era una personalidad. Manco, —había perdido el brazo años antes en una aventura mexicana, cultivaba el estilo del soldado de fortuna. Tenía una hermosa cabeza Mefistofélica y lucía una barba como la de Napoleón III, al que se parecía algo, con una conversación voluble y atractiva como la de un P. T. Barnum, provocaba tal interés que uno se olvidaba de desconfiar de él. Incierto como estaba del hombre, Walker no vio razón para rehusar su oferta. French inmediatamente regresó a San Francisco, mientras Walker iba hacia la victoria en la Bahía de la Virgen.

Por algunas semanas no hubo comunicación entre ellos. Poco después de la conquista de Granada, sin embargo, French desembarcó en San Juan del Sur a la cabeza de una compañía de voluntarios, tal como lo había prometido. Además, trajo noticias tan buenas que toda otra cosa parecía secundaria. La simpatía de Garrison por la empresa de Walker, decía, no había

que dudarse, aun cuando no saliera a la superficie. La Compañía del Tránsito, ansiosa de ver estabilizada la situación de Nicaragua, estaba lista a llevar sin costo alguno hasta 500 voluntarios. Y esto más, había dinero listo para las parentorias necesidades de Walker. El nuevo Agente General de la Compañía en Nicaragua, C. J. McDonald, recientemente llegado de San Francisco, podía poner \$20,000 a la disposición de Walker.

Estas eran palabras mágicas en los oídos de Walker. El problema de aprovisionar y pagar a sus hombres no lo dejaba en paz, pues el tesoro nicaragüense estaba vacío. Hablaron de la remuneración de French por conseguir la ayuda de la Compañía. Si la prometedora cooperación se materializaba, decía French, esperaba que lo nombraran Ministro de Nicaragua en Washington.

Walker se echó atrás. Sabía cuánto dependía de la selección de su enviado a los Estados Unidos. Su intención era enviar a un nicaragüense digno de confianza, que apareciera hablando por su pueblo. El hecho era de que French parecía hablar por Garrison. Sin sus buenos oficios el Gobierno Provisorio podía caer por absoluta incapacidad de pagar y alimentar sus tropas. Siendo esto de capital importancia, Walker asintió a la demanda de French.

Mefistófeles, pactando por el alma de Fausto a cambio de sus favores, insistió en una promesa firmada con sangre, pero French, más seguro de su hombre, aceptó la palabra de Walker. Juntos fueron donde McDonald, —quien resultó ser un cauteloso escocés— llevando credenciales firmadas por Garrison. El confirmó las declaraciones de French. La compañía, dijo, deseaba el éxito de Walker porque deseaba ver que se conservara abierta la ruta del Tránsito. Un préstamo era perfectamente factible. Había en ese momento en Nicaragua, en camino para New York, un embarque considerable de barras de oro Californiano, propiedad de intereses privados. Si Walker pudiera dar suficiente garantía, \$20,000 en oro podían sacarse del embarque y serles entregados. Los dueños del oro recibirían

(*) (Buchanan papers, Pennsylvania Historical Society, Philadelphia. Carta hológrafa del 2 de Enero de 1855).

en cambio giros por valor de \$20,000 contra Charles Morgan, el agente de la Compañía en New York, cuyo crédito era irrecusable. En cuanto a la garantía no había problema alguno. Bajo los términos de su concesión, la Compañía debía al Gobierno de Nicaragua ciertas sumas, la cantidad todavía estaba en disputa. Que los \$20,000 prestados se dedujeran de la deuda. Así el préstamo sería inmediatamente cancelado. (*)

Unos pocos días más tarde, los documentos necesarios fueron firmados, y el oro le fue entregado a Walker. Que se le había extendido el préstamo por interés de Garrison y Morgan era evidente, pero no se hizo esfuerzo en comprometerlo. Nadie podía decir que había sido comprado. No había habido trato deshonesto. La iniciación del negocio había sido suya, actuando como los mejores intereses del Gobierno de Nicaragua exigían. Para afirmar este punto de vista, despachó a dos emisarios nicaragüenses a New York, a exigir a la Compañía el arreglo de todas las obligaciones debidas al gobierno.

Ahora estaba French esperando su remuneración. Existía un medio honorable para que Walker se desembarazara de su promesa. Darle a ese hombre un puesto aun más atractivo que el de enviado. Un puesto en el gabinete estaba vacante, el Ministerio de Hacienda, con autoridad sobre las haciendas de los terratenientes y con la responsabilidad de buscar los ingresos. French lo aceptó a cambio de la misión en Washington. Casi inmediatamente se distinguió por la confiscación de propiedades y bienes en tal escala que provocó el resentimiento nacional. "Su rapacidad" comentó Walker con tristeza, "lo hizo ser temido por el pueblo" y se hizo necesario sacarlo del país sin tardanza. Así, aunque cargado de dudas acerca de él, French se vio forzado a confrontar su promesa original.

Su esperanza era de que la administración Pierce, aun cuando menos que feliz con el nombramiento de French, estaría bien dispuesta. Los periódicos americanos eran muy animadores en cuanto a las intenciones de Marcy. Aunque estaba siendo urgido por los gobiernos vecinos de Nicaragua para prohibir los embarques de armas a Walker, él se había resistido, diciendo que "no violaría los derechos soberanos" de Nicaragua. ¿Cómo podría esto interpretarse sino como un indicio de que el gobierno de Rivas sería pronto reconocido? Todo lo que French tendría que hacer sería presentar sus credenciales, estarse quieto y esperar.

La prensa americana y el pueblo todo estaba indudablemente del lado de Walker, considerándolo como el avatar del destino de la nación. Hacia dondequiera que mirara en el otoño de 1855, el horizonte era limpio y lleno de esperanzas. Se sintió lo suficientemente seguro como para invitar a sus hermanos, Norvell y James, para que se le reunieran y compartieran su éxito.

II

Algunas percepciones de sentido común que los hombres necesitan para poder funcionar en el mundo

(*) (William Walker, La Guerra en Nicaragua, Cap 5)

comercial, estaban decididamente ausentes en Walker. No tenía talento para las pequeñas y continuas componendas que son los bloques con que se construye la seguridad. No se paraba en pelillos para hacer enemigos de aquellos que pudieran haberle ayudado, si sus acciones no se conformaban a su código de conducta caballeresca. Se sentía obligado a cumplir sus promesas, no importaba cuán inconvenientes. Las exigencias de la amistad tomaban precedencia para él sobre sus propios intereses. No es extraño que muchos hombres prácticos de negocios se enfurecieran con él. Siempre que grandes requerimientos estratégicos entraban en conflicto con su código de honor personal, sacrificaba el requerimiento estratégico, y no porque estuviera ciego. Esto no era tanto mal juicio como antijudicio. A menudo se le llamó ambicioso, mas hubiera sido más correcto decir que no fue lo suficientemente ambicioso, o quizás que su ambición, como la de César, debe haber sido de un material más severo. Que si todo hombre de estado tiene el derecho moral de anteponer su honor personal a las necesidades de su gobierno, es una cuestión debatible, pero Walker lo antepuso, o lo intentó. El realmente parecía tomar en serio los puntos de vista que había expuesto en su discurso sobre *La Unidad del Arte*, escrito siete años antes, en el que dijo que consideraba la conducta heroica como una forma de la estética en la vida, más importante que el simple éxito.

Esta actitud, que mostraba en su falta de deseo de quebrantar su promesa a French, casi inmediatamente después le llevó a más serios peligros. No mucho tiempo antes, otra expedición había salido de los Estados Unidos para Nicaragua, bajo el mando del Coronel Henry Kinney, de Texas. El Coronel reclamaba el derecho a colonizar una parte de Nicaragua, como del tamaño del Estado de Maine, incluyendo a Greytown y la mayor parte de la Costa Mosquita. Este reclamo se basaba en una concesión del anterior "Rey Mosco" Robert Charles Frederick, dada a un comerciante americano y la que Kinney había obtenido. Personas allegadas al Presidente Pierce lo estaban respaldando financieramente, y trabajaban para que las Leyes de Neutralidad se suspendieran en su favor. La Compañía Accesorias del Tránsito, que contaba con Walker para proteger sus intereses, consideraba a Kinney como un estorbo potencial y trató de impedir su salida, pero sin éxito, le tocó a Walker enfrentarse al problema.

Kinney era anatema para Walker, en parte porque pretendía colonizar territorio nicaragüense basado en el reclamo que no tenía legalidad en Nicaragua; en parte porque Kinney, en Greytown, tendría poder para interferir con las comunicaciones atlánticas de Walker; en parte también porque su aventura, enderezada al fracaso, desacreditaría con toda seguridad la influencia americana entre los nicaragüenses. Kinney estaba enfermo, el barco en el que había salido de los Estados Unidos se había destruído, y él mismo carecía de los dotes esenciales de mando. Con unos pocos seguidores había hecho el aparato de establecer un "gobierno" en Greytown, pero su vaciedad era evidente desde el principio. Lo desesperado de su situación era claro para todos menos para él. Finalmente, sus hombres

le urgieron buscar una alianza con Walker, y el desgraciado Coronel envió a tres de ellos a Granada con este objeto.

Walker los recibió cortésmente, pero al oír la propuesta de unir sus fuerzas con Kinney, mostó su indignación. Kinney, les dijo, no tiene derecho de estar en Nicaragua. El sólo podría ser considerado como un enemigo del gobierno de Nicaragua. "Díganle al Gobernador Kinney, al Coronel Kinney, o a Mister Kinney, o como quiera llamarse, que si le echo el guante en territorio nicaragüense, de seguro lo cuelgo!"

La amenaza rompió la delgada cuerda de lealtad que unía a esos hombres con Kinney. Conferenciaron brevemente, y luego dijeron "General, no deseamos regresar a Greytown. Nos gustaría ingresar a su ejército".

Parecía a todos que Walker había logrado un triunfo sin esfuerzo. Mas impotente como Kinney estaba sin embargo tenía una cosa que Walker necesitaba. Aquel contaba con la amistad de la Casa Blanca, y especialmente de Sidney Webster, secretario privado del Presidente Pierce. Otro de sus respaldos financieros era Caleb Cushing, el Procurador General de los Estados Unidos. Dos de los oficiales de alto rango de Walker, quienes habían conocido a Kinney en los Estados Unidos, llegaron a la conclusión que los intereses de ambos hombres necesitaban un acomodo, y con esta creencia hicieron un viaje a Greytown, y urgieron al Texano ir a Granada y hablar con Walker. Ellos, le dijeron, le daban sus palabras de honor por su seguridad personal. Bajo la impresión de que la invitación tenía la aprobación de Walker, Kinney aceptó.

Mientras tanto, Walker había preparado un decreto declarando que toda la Mosquitia, aun el territorio reclamado por Kinney, pertenecía a Nicaragua. Inmediatamente después que ese documento se había hecho público, supo, con gran sorpresa, de que Kinney estaba en Granada. Su primera impresión fue de que el Coronel había venido a entregarse y buscar un puesto en el gobierno de Nicaragua, y con esta creencia consintió a una reunión.

Cuando Kinney entró en su oficina, Walker estaba frío pero no hostil. Fue un golpe para él oír la propuesta de que los dos gobiernos se reconocieran mutuamente y de que él usara su ejército, si fuese necesario, para proteger a Kinney en sus posesiones. Incrédulo, simplemente le quedó viendo. Mas la tenacidad era el punto fuerte de Kinney y su larga experiencia en luchar contra los Indios y en embaucar a los colonizadores en la frontera Texana, le habían dado cierta astucia y un crudo poder verbal. "Había adquirido", dijo Walker de él, "esa especie de conocimiento y experiencia de la naturaleza humana derivada del ejercicio del tratante en mulas". Pringando su conversación con palabrotas, las que usaba inconscientemente, sin darse cuenta del desdén con que se le escuchaba, hizo caso omiso del rechazo de Walker. Tenía derecho de estar en la Mosquitia, afirmó. Su derecho había sido pagado en dinero sonante y con tanto. Sus asociados habían gastado hasta ahora más de cien mil dólares en el proyecto de colonización.

¿Cómo podría Walker, razonablemente, esperar que lo abandonararan?

Walker hizo a un lado ese argumento. "Usted no puede sobrevivir un mes más", le indicó, "sin la protección y ayuda del gobierno de Nicaragua. Por que he de ayudarle? Qué ofrece usted en cambio?"

La respuesta de Kinney fue definitiva. Podría traer a Nicaragua un buen número de colonos americanos; estaba en posición de negociar un préstamo en los Estados Unidos, y lo que es más importante, podría hacer más que cualquier otro para asegurar el reconocimiento americano de Walker.

Esos eran argumentos poderosos, y a pesar del prejuicio contra el hombre, Walker titubeó, suspendiendo la reunión para el día siguiente. Por unas horas pareció que una especie de alianza, después de todo, se arreglaría entre los dos. Pero Kinney era un hombre que no podía olfatear el marenate olor del poder sin perder los sentidos. Embriagado de esperanzas y carente de cordura, cometió una ofensa que, a los ojos de Walker, era imperdonable. Apenas se había separado de Walker cuando obtuvo una audiencia privada con el Presidente Rivas y se dedicó a desacreditar a su rival. El ejército de Walker, le dijo a Rivas, caería sobre el país como una plaga de langostas. Se presentó a sí mismo como un hombre de paz y de empresa, sin ambiciones políticas. Colonización, agricultura, sangre nueva, estas eran las necesidades de Nicaragua. Para el país un colono americano valía más que cinco soldados.

Rivas, sin impresionarse, contestó que Nicaragua, amenazada de invasión, contaba con Walker. Luego despidió a Kinney y para asegurarse de que Walker, si llegaba a saber de la reunión, no malinterpretara su naturaleza, le envió un detallado informe de las afirmaciones de Kinney y sus propias respuestas.

Aun ahora, si Walker hubiera escogido disimular, hubiera podido fácilmente mantener a Kinney esperando sin comprometerse con él, hasta no haber hecho uso de sus conexiones con Pierce, pero esto no podía resignarse a hacer. Cuando el optimista Kinney se presentó a la mañana siguiente, la voz y las palabras de Walker fueron suaves y restringidas, pero enérgicas. "No deseo más comunicación con usted, señor Kinney", le dijo. "Usted ha usado métodos impropios al discutir cuestiones de gobierno".

Kinney, un hombre fornido, quedó mudo ante la delgada figura de su adversario, y Walker agregó "He ordenado su arresto".

"Arresto!" gritó Kinney. "Usted no puede hacer eso! He venido aquí bajo la garantía de su salvoconducto".

Esto era nuevo para Walker, pero al informarse, encontró que tal promesa le había sido dada realmente. Allí mismo cambió su orden de arresto por la de deportación, y Kinney fue llevado ignominiosamente a Greytown, bajo guarda armada. El abandonó el país poco tiempo después.

III

Noticias del rompimiento entre Kinney y Walker llegaron a Washington poco tiempo antes del arribo de

El "New York Daily Times" vio en la victoria de Rivas en 1857 un cambio en la suerte de Walker.

French a presentar sus credenciales al Secretario de Estado Marcy. Llegó con gran ostentación de publicidad personal. Walker era entonces el favorito de la prensa americana y French podía gozar de su prestigio. Las gentes creían, erróneamente, que él era uno de los cincuenta y ocho Inmortales, un héroe manco, un paladín. Su nombre se oía por doquiera. Los periódicos de New York y Washington urgían a Marcy recibirlo pronto y con honores. Pero los embajadores de Inglaterra, Francia y España hacían grandes presiones en contra del reconocimiento del gobierno de Walker, y Marcy creyó aconsejable esperar. Cuando French solicitó una audiencia, se le dijo que "aquellos que habían sido instrumento en el derrocamiento del gobierno de Nicaragua no eran ciudadanos del país". El punto de vista de Marcy era de que el país debería ser representado por uno de sus nacionales. Llegó hasta sugerir que una elección libre que mostrara que Rivas y Walker eran apoyados por el pueblo de Nicaragua, podría influenciar la actitud de los Estados Unidos.

Destacados publicistas apoyaron inmediatamente a French y atacaron al gobierno. El *New York Daily News* sostenía que las supuestas razones de Marcy para denegar el reconocimiento de Walker eran francamente meretricias. La verdadera razón, decía el *News*, estaba en las inversiones hechas por los miembros de la administración Pierce en la concesión de Kinney. En California se encontró otro motivo: el hecho de que Walker había apoyado a candidatos opositores al régimen. En Ohio, Marcy fue acusado de hacerle el juego a Inglaterra. La propia respuesta de Walker, cuando le llegó la noticia de la actitud de Marcy, fue un vigoroso editorial en *El Nicaragüense*, —alabado por el *New York Times* como "razonamiento sostenido a un alto grado de habilidad". Su esencia era recordar que la Independencia de los Estados Unidos había sido conseguida gracias a la ayuda de extranjeros: Lafayette, De Kalb, Steuben. El gobierno de Rivas, decía Walker, representaba la única esperanza de independencia y democracia nicaragüenses, y tenía derecho a la ayuda americana. En cuanto a elecciones libres, el Gobierno Provisorio estaba preparado a llevarlas a cabo en un futuro cercano.

Un número de periódicos presionaban el asunto, y hubo señales de que Marcy comenzaba a flaquear bajo

la presión del Congreso. Era evidente que el público americano se interesaba muy poco acerca de los méritos de la revolución nicaragüense. La consideraban como una especie de competencia atlética, y querían que el Americano ganara, eso era lo importante.

Marcy, en efecto, había dejado la puerta abierta para el caso en que la opinión pública le forzara a una retirada. Si la promesa de elecciones libres se hubiera complementado con un poquito de discreción por parte de French, el asunto se hubiera resuelto con rapidez en favor de Walker. Pero el ego de French lo hacía indiferente a sus obligaciones. El provocó un clamor de la prensa contra Marcy que el Secretario de Estado no podía, por honor, modificar su posición. El asunto Kinney fue principalmente el arma de French. Sus acusaciones eran tan abiertas que Webster y Cushing, por no decir Pierce y Marcy, tuvieron que contrarrestarlas con golpes similares. Cushing, como Procurador General, comenzó una investigación del pasado de French como el mejor medio de justificar el rechazo de Marcy.

Todavía entusiasmado, French se dirigió a New York, donde encontró la recepción que se le había negado en Washington. Sus habitaciones en el Hotel St Nicholas era el sitio favorito de reunión de reporteros, pues él era pródigo en champagne y cigarrillos, y todos los días tenía algo nuevo que decir acerca de las iniquidades de la administración Pierce, el valor de los Inmortales y la importancia de su propia contribución al éxito de Walker. En un solo respecto le ayudó a Walker. Obtuvo la promesa de Charles Morgan para transportar voluntarios de New York a Nicaragua, así como de San Francisco. Con un ojo puesto en las Leyes de Neutralidad, los "emigrantes" serían embarcados por sólo veinte dólares por cabeza, sin exigir el pago al contado. Como en el caso de los voluntarios de San Francisco, el costo simplemente se deduciría de la deuda al gobierno de Nicaragua. Esta política fue continuada después que Vanderbilt echó a Morgan de la Compañía Accesoria del Tránsito.

En lo que concernía al Comodoro, habían todas las razones para ayudar a Walker en estabilizar a Nicaragua. French fue animado a colocar anuncios de apariencia inofensiva en los periódicos de New York: "Se necesitan diez o quince jóvenes para ir a corta distancia fuera de la ciudad. Preferible solteros. Haga su solicitud al 347 Broadway, esquina de la calle Leonard, cuarto 12, entre las horas de diez a cuatro. Pasaje pagado". Los mismos periódicos traían vivos informes sobre Nicaragua y citas de *El Nicaragüense* sobre las oportunidades abiertas allá para los americanos, —la belleza, fertilidad y recursos del país, las extensas tierras asequibles a los colonizadores, el bajo costo de vida, el encanto de las mujeres—, hasta que la imaginación de los andariegos jóvenes de Manhattan había sido debidamente exaltada. Nada se decía del cólera, disentería, zancudos, moscas, o las niguas que se introducen en la piel y eran el tormento de las tropas de Walker.

Centenares de hombres fueron entrevistados por French y aceptados como "emigrantes". Muy pronto todo New York sabía lo que estaba pasando. Los diarios informaban que en California los agentes de Wal-

Uno de los vapores de Vanderbilt en el Lago de Nicaragua (tomado del "Leslie's Illustrated Newspaper").

ker estaban siendo invadidos por voluntarios. Estalló un motín en el muelle de San Francisco, cuando tantos pasajeros quisieron abordar un vapor del Tránsito para Nicaragua que cerca de 300 tuvieron que quedarse en tierra. También New Orleans bullía de entusiasmo. Allí un distinguido luchador de la independencia cubana, Domingo de Goicuría, reclutaba activamente 250 hombres, la mayoría cubanos, para el servicio en Nicaragua, y Vanderbilt le había asegurado un vapor del Tránsito para llevarlos a Greytown.

IV

El gobierno federal se sintió compelido a hacer otro esfuerzo para enforzar las Leyes de Neutralidad. El Procurador General Cushing exigió que los Fiscales de los puertos principales pusieran fin inmediato al reclutamiento y transporte de hombres para Walker. Para ayudarles, dio a la prensa los datos acumulados sobre el pasado de French. El público sorprendido supo que French, no hacía mucho tiempo antes, había sido encontrado culpable de falsificación y desfalco. Y peor aun, en los días de la fiebre del oro, había defraudado y embaucado a miles de emigrantes que iban a California en carretas entoldadas. Un informe del Senado contenía las pruebas de sus fechorías, y un folleto titulado, *Los Sufrimientos y Penalidades de la Expedición por Tierra de Parker H. French* había sido impreso privadamente en 1851.

Los periódicos que habían estado ensalzando a French se callaron. El *Mercury* de New York, expresó el disgusto de muchos cuando dijo "Con el espíritu amargado, digamos con Sir Harcourt Courtly, 'Nadie podrá llevarse a este hombre?'". Los insultos amontonados sobre French eran tan violentos ahora como las antiguas alabanzas fueron dulces. La crítica era

también dirigida a Walker por haber escogido a semejante individuo como enviado. Sin embargo, en cuanto que French era el representante de Walker, todavía gozaba de cierto apoyo. El *New York Times* recordaba a Marcy que "no es el Capitán French, de dudosos antecedentes, quien solicita la atención de nuestro gobierno, sino el agente de un poder soberano", y el *Sun* comentaba que "hombres eminentemente perversos, moralmente, tienen altos puestos en los gobiernos con los que mantenemos relaciones amistosas. La moralidad internacional no es tan pura, para que hayan tantos remilgos en admitir al Coronel French en los círculos diplomáticos".

French usó todos los trucos imaginables que su ingenio pudo concebir, y fueron muchos, para poner a bordo de los vapores del Tránsito a los voluntarios reclutados rumbo a Nicaragua, sin dar al gobierno una firme base legal para su intervención. Uno de los trucos favoritos era hacer que los hombres llegaran a bordo uno por uno, y mezclarse con los pasajeros rumbo a California, de los que siempre había un número considerable, y los que siempre estaban dispuestos a dar a creer que los voluntarios de Walker eran sus hijos o hermanos. La frustración de los funcionarios federales, que sabían que los filibusteros estaban allí y sin embargo no podían distinguirlos con seguridad de sus compañeros, era empeorada por la abierta burla de los pasajeros. Vapor tras vapor podía salir de New York cargado de emigrantes para Greytown, mientras las muchedumbres en los muelles vivaban el nombre de Walker y silbaban la mención de Pierce. El Fiscal de New York obtuvo la convicción del Gran Jurado contra French; aun lo hizo arrestar, pero este paso resultó tan impopular que la orden fue rápidamente rescindida.

French, sin embargo, no había contado con la intensidad de la ira de Walker por su conducta, y especialmente por sus declaraciones contra Pierce y Marcy. Una carta concisa le llegó de Granada. Su misión como Ministro estaba revocada. Un nuevo enviado había sido nombrado, el sacerdote nicaragüense, Agustín Vijil, que decididamente había apoyado a Walker desde el principio. Con esta noticia, French perdió todo el apoyo que le quedaba, y cuando salió de New York, los periódicos apenas si se molestaron en sacudirse las manos. Se fue a Nicaragua, sólo para oír de labios del mismo Walker que no había sitio para él en el país. French fue lo suficientemente prudente para no arguir, y se embarcó para New Orleans. Allí propaló que andaba en negociaciones secretas para Walker, y vagó por el Sur dando conferencias sobre Nicaragua a audiencias numerosas. De regreso en New York, buscó como promover una nueva aventura marítima, afirmando que a pesar de todo él todavía era amigo de confianza de Walker. Tanta era su persistencia a este respecto que *El Nicaragüense* se vio finalmente obligado a publicar una declaración de Walker de que "French no tenía conexión alguna con este gobierno, él en este momento está empeñado en hacer a la administración (Nicaragüense) todo el daño que su genio es capaz".

MR. VANDERBILT SE ENFURECE

I

En Noviembre de 1855, Cornelius Garrison, leyendo las cartas de Morgan enviadas de New York, supo que el momento de la crisis había llegado. Las fuentes de Wall Street no dejaban lugar a duda de que las compras de las acciones de la Compañía Accesoría del Tránsito por Vanderbilt, llevaban a la compañía a sus manos y que en la próxima asamblea general de accionistas, él ganaría su control.

Aunque el contrato de Garrison con la Compañía tenía algunos años por delante, este era sumamente vulnerable, no sólo por la pasada oposición a Vanderbilt, sino aun más por ciertas transacciones irregulares de la oficina de San Francisco, transacciones que no deseaba someter al escrutinio de Vanderbilt. Pero en la filosofía de Garrison había siempre un medio de desollar a un tigre, aun cuando se llamara Vanderbilt. El y Morgan habían delineado un plan, por el cual el Comodoro esta vez iba a ser el hazmerreír de Wall Street en vez del héroe, y se le extraerían algunos de sus millones.

Todo dependía de un hombre Walker. La experiencia como político y banquero había hecho de Garrison un astuto juez de caracteres. Estaba claro para él que las motivaciones de Walker diferían marcadamente de las del corriente de los hombres. Las conversaciones en Nicaragua reportadas por C. J. McDonald y Parker French, hasta ahora no habían traído más de parte de Walker que la ceremoniosa apreciación de la ayuda de Garrison. El tiempo había llegado de obtener un definitivo compromiso de su parte.

Con semejante individuo, Garrison percibió que un crudo llamado al bolsillo no tendría efecto. No se puede sobornar a un caballero andante. Mas siempre se puede apelar a su caballerosidad. De conformidad, Garrison comenzó su campaña obteniendo los servicios de dos de los más antiguos amigos de Walker, Edmund Randolph y otro bien conocido abogado de San Francisco, Parker Crittenden, ofreciéndoles participación en enormes ganancias futuras si iban a Nicaragua en su nombre.

Su tarea específica era persuadir a Walker a incautar las propiedades de la Compañía Accesoría del Tránsito en nombre de Nicaragua, y entregárselas a Edmund Randolph, quien formaría una nueva compañía encabezada por Garrison y Morgan. Una justificación legal para tal paso podría hallarse en el hecho de que la Accesoría del Tránsito, a través de los años, había rehusado a admitir su deuda considerable con Nicaragua.

El plan de Morgan y Garrison, si obtenían el consentimiento de Walker, era vender bajo en grandes cantidades las acciones de la Accesoría del Tránsito y dar un jaque mate en Wall Street cuando se supiera la noticia. Mas nada de esto se le debería decir a Walker. Randolph y Crittenden harían hincapié en que la nueva compañía aceptaría una concesión mucho más favorable para Nicaragua que aquella de Vanderbilt, un

contrato que aseguraría un regular y frecuente servicio marítimo de los Estados Unidos y que la cooperación en el transporte de voluntarios y provisiones continuaría sin escatimarse. Se le diría, además, que si no se ponía de acuerdo, Morgan y Garrison no se sentirían ya más obligados a hacer esfuerzos en su favor. Con tan poderosos argumentos, Randolph y Crittenden no vieron razón por qué no deberían aceptar el encargo. Al último momento, Garrison sugirió que llevaran consigo a su hijo y fiel ayudante, W. R. Garrison.

II

En Diciembre de 1855, Cornelius Vanderbilt, una vez más al timón de la Accesoría del Tránsito, se sentía expansivo. Habiendo acumulado todas las acciones necesarias, había sacado a Morgan de la compañía y había obtenido de nuevo la presidencia. Las acciones de la compañía, desde ese momento, habían subido añadiendo por lo menos un millón a su fortuna. Con Walker en Nicaragua, la ruta del Tránsito estaba segura; y su éxito podría abrir, no sólo Nicaragua sino toda la región del Caribe, al capital americano. No había duda que la independencia de Cuba era uno de los objetivos de Walker. De otro modo, por qué el conocido revolucionario cubano, Domingo de Goicuría, reclutaba gente para él en New Orleans? Una de los primeros actos de Vanderbilt después de asumir el mando de la Accesoría del Tránsito, había sido confirmar una orden previamente dada por Morgan, para enviar un barco de la compañía a New Orleans para transportar a Goicuría y sus hombres a Greytown, sin exigir pago al contado. Vanderbilt esperaba comenzar pronto las negociaciones con Walker sobre el monto de la deuda del Tránsito con Nicaragua, y anticipaba que su cuenta por los pasajes de los voluntarios de Walker, mas la gratitud del filibustero, compensarían la mayor parte de la obligación. La gratitud de Goicuría tendría un valor similar en dólares, si él y Walker tuvieran éxito en arrebatar Cuba a España.

En Granada, Walker recibió un mensaje de Goicuría en el que éste le decía que si él y Walker se ponían de acuerdo en futuros planes estratégicos llevaría a Nicaragua 250 soldados. Una sola cosa el Cubano quería aclarar. ¿Podría contar con su ayuda no sólo en el derrocamiento de la tiranía española en Cuba, sino en el apoyo de la independencia cubana contra cualquier tendencia agresiva que los Estados Unidos pudiera desplegar?

Walker pudo replicar, con absoluta sinceridad, que ayudar a la liberación de Cuba había sido uno de sus sueños. Creía que los mejores intereses de los Estados Unidos podrían servirse con la independencia de las naciones del Caribe, las que, bajo eficientes y honradas administraciones, se beneficiarían de la asequibilidad del capital, la industria y el comercio americano.

Un proyecto de convenio fue formulado y firmado. Goicuría ayudaría a Walker a "consolidar la paz y el

gobierno de la República de Nicaragua" Walker, por su parte, "ayudaría y cooperaría con su persona y sus recursos varios, tales como hombres, en la causa de Cuba y en favor de su libertad" (*)

III

Mientras Goicurúa y Walker estaban negociando por el futuro de Cuba, Randolph, Crittenden y el joven Garrison llegaban a Granada, junto con cien nuevos voluntarios. Fue un momento feliz para Walker recibir a su viejo amigo en un ambiente de poder y fama. Esa noche festejó a los tres visitantes de San Francisco con un banquete al que asistió el Presidente Rivas y todo el gabinete. Al siguiente día se reunió privadamente con Randolph.

Mas tarde, informando sobre la acción de Walker al incautar la Compañía del Tránsito, muchos periódicos americanos dijeron que al aceptar la oferta de Garrison, Walker mostró impulsividad e ignorancia rayana en la idiotez. Walker mismo no justificó su acción. Pero su decisión estaba lejos de ser impulsiva o ignorante. Varias semanas antes le llegó la noticia de San Francisco que cierto truco en la bolsa de cambios estaba en el tapete (**). No había nada en esto que lo tentara. Nadie podía leer los diarios de New York, como él lo había hecho por años, sin estar consciente del temiendo poder de Vanderbilt. Que él estaría precavido contra cualquier compromiso con Garrison y Morgan lo muestra el haber recurrido estos a Randolph. Walker apreciaba la ayuda de Garrison, pero ni la malentendía ni le atribuía valor excesivo. Tarde o temprano todo sería pagado por Nicaragua por medio de la reducción de la deuda de la Compañía.

Los periódicos de New York informando la captura de Vanderbilt de la Accesoría del Tránsito llegaron a Granada antes del arribo de Randolph. La cuestión práctica que Walker tenía que considerar era si sería mejor para él cooperar con la cabeza legal de la compañía, Vanderbilt, o tomar partido con los hombres a quien Vanderbilt había derrotado. Mientras sólo esa cuestión estaba frente a él, permaneció neutral. Quería la buena voluntad de la compañía cualquiera que fuese la identidad de su cabeza. Los peligros que corría al desafiar a Vanderbilt eran inequívocos. Pero cuando Randolph llegó, la situación cambió. Esta era un hombre a quien él tenía devoción sobre todos los hombres, el amigo que más de una vez había llegado a rescatarlo, que le había ayudado, que le había salvado.

Un realista, un Napoleón, no hubiera dudado en sacrificar la amistad por la ventaja política, le hubiera dado tiempo al tiempo, hubiera pospuesto su decisión hasta que Randolph se cansara de esperar. Pero no Walker. El dicho de que "un amigo en el poder es un amigo perdido" no existía para él. Dada su actitud ante la vida, no podía negarle nada a Randolph, punto éste con el que Garrison contaba. La motivación de Walker en este asunto fue descrita enigmáticamente por él mismo. "La amistad entre Randolph,

Crittenden y Walker era de una naturaleza tal que no puede describirse con palabras, pero la existencia de tal sentimiento entre estos tres es esencial para una comprensión de la perfecta confianza que marcaron sus actos en referencia al Tránsito"

La prensa estaba sorprendida, por lo que parecía ser una acción totalmente irresponsable, por parte de un hombre, que hasta entonces, había llevado sus asuntos con considerable habilidad. Lo que no podía saber era que, razonando conforme las especiales premisas de Walker, su decisión fue perfectamente lógica. Su vida nunca había sido guiada por los cánones del éxito, sino por los cánones del honor personal, en los que el reclamo de la amistad era primordial.

Walker no desconocía las motivaciones económicas de la política. Pero las rechazaba. Fue esta aparente indiferencia a las realidades de la vida americana la que movió a Horace Greely a llamarle "el Don Quijote de Centro América". El Caballero de La Mancha no les pareció más desquiciado y absurdo a sus contemporáneos que Walker a los ojos de los grandes magnates de los años 1850. No fue solamente porque se atrevió a desafiar a Vanderbilt. Estaba desafiando el empuje de una nueva era. Estaba rompiendo lanzas con los formidables molinos del poder del dinero.

Su propia descripción de la reunión privada con Randolph, aunque abreviada, da indicaciones de las fuerzas interiores que lo asediaban. "Randolph informó a Walker que él y Crittenden habían cuidadosamente estudiado el contrato de la Compañía Accesoría del Tránsito y ambos estaban claros y decidieron en la opinión que había sido rescindido. Después de la debida reflexión, Walker estaba perfectamente satisfecho que el arreglo con Garrison era el medio, y por ese tiempo el único medio, para llevar a cabo la política vital de la administración Rivas. En verdad, ni el Presidente ni el gabinete sabían de los medios por los que sus objetivos eran realizados, y de hecho fue necesario para el éxito de las medidas que estas fueran conocidas por tan pocas personas como fuese posible. Después que Randolph y Walker estuvieron de acuerdo en los términos del nuevo contrato de Tránsito, una copia le fue enviada a Garrison en San Francisco, siendo McDonald el portador del mismo. W. R. Garrison fue a New York con el propósito de informar a Charles Morgan de los arreglos que se habían hecho, y se estaban por hacer, mientras Randolph permaneció en Granada. Nada se le dijo a Rivas del nuevo contrato de Tránsito"

La falla de Walker en cumplir su responsabilidad con Rivas le inquietaba grandemente. Cuando el Presidente fue informado del asunto, exclamó indignado que Walker había consentido en "la venta del país". Esto Walker no lo negó. Por el contrario, tristemente, dijo " 'La venta del país', usando la expresión de Rivas, era una conclusión decidida de antemano. el único medio de llevar al país una fuerza capaz de protegerla, no sólo de sus enemigos domésticos sino de sus enemigos extranjeros. Quien desee dominar a Nicaragua con seguridad debe tener cuidado que la navegación esté controlada por aquellos que son sus más firmes y fieles amigos". Sin embargo, él no intentó explicar por qué había roto con Vanderbilt,

(*) ("W. O. Scroggs, "William Walker's Designs on Cuba", en Mississippi Valley Historical Review, 1934, Vol. I, p. 189)

(**) (William Walker, La Guerra en Nicaragua, p. 140).

cuando éste estaba cooperando con el pasaje libre de sus voluntarios

Como Ricardo III por un reino, así Walker por la amistad estaba dispuesto a "arriesgar su vida a la suerte" y "esperar el azar de los dados"

IV

A finales de Febrero de 1856, las acciones de la Compañía Accesoria del Tránsito se vendían a \$23 por acción en un mercado ascendente. A principios de Marzo, el *New York Times* informaba que Morgan, "últimamente en la administración de la compañía, estaba vendiendo bajo las acciones, así como Vanderbilt lo había hecho cuando éste último perdió el control" Vanderbilt ansiosamente aprovechó lo que le parecía una oportunidad bajada del cielo para acaparar las acciones y extraer una fortuna de su enemigo, y compró tanto como Morgan vendía, manteniendo el precio a su más alto nivel. Luego, el 12 de Marzo, llegó la noticia de Nicaragua de que Walker había anulado el contrato de la Accesoria del Tránsito, y que había firmado uno nuevo con Edmund Randolph, lo que precipitó una carrera en Wall Street para vender las acciones de esa compañía. Ese día el precio de las acciones bajó cuatro puntos, y continuó bajando hasta que las acciones se estaban vendiendo a \$13 cada una. A este precio Morgan cubrió sus ventas de futuro a una ganancia calculada en cerca de un millón de dólares.

Incrédulo al principio de los primeros informes sobre la acción de Walker, una vez que Vanderbilt estaba seguro de los hechos, dejó escapar su ira en público y privado. La gran pregunta en la comunidad financiera de New York era: ¿Qué movió a Walker a hacer semejante cosa? Apesadumado el bien informado *Herald* declaró que "la gran masa del pueblo americano simpatiza profundamente con el actual gobierno de Nicaragua y lamentará que su bizarro jefe haya puesto en peligro sus hasta ahora brillantes perspectivas. Se verá que está en poder de Mr. Vanderbilt el descabezar el nuevo gobierno abriendo otra ruta, cortando así las comunicaciones de Walker con San Francisco y New York"

La exactitud de esta predicción se hizo evidente muy pronto. Morgan había sido negligente en organizar la nueva línea de vapores con la que Walker contaba, y por seis semanas vitales ninguno salió de New York con los hombres y provisiones, esenciales para la seguridad de Walker. Los esfuerzos hechos

por Garrison para mantener los vapores de la Accesoria del Tránsito corriendo de San Francisco a Nicaragua, probaron ser infructuosos cuando un agente de Vanderbilt llegó con órdenes que todos los barcos de la Compañía que salieran de California tomaran la ruta de Panamá, donde los pasajeros serían transportados por ferrocarril a la costa Atlántica. El Comodoro se movía simultáneamente en muchos frentes. Cuando sus cartas exigieron la intervención de los Estados Unidos recibieron una respuesta fría del Secretario de Estado Marcy, el millonario se volvió inmediatamente a Inglaterra. Sus agentes se apresuraron a Londres y al Caribe para invocar la ayuda de la diplomacia británica y sus barcos de guerra para bloquear la entrada del Tránsito en Greytown. Otro agente fue a Granada, donde habló secretamente con el Presidente Rivas, en un esfuerzo de provocar una ruptura entre él y Walker. Simultáneamente, Vanderbilt demandó por \$500,000 a Garrison, acusándolo de fraude, y por \$1,000,000 a Morgan, Garrison y Walker, acusándolos de ocupación ilegítima de la propiedad, apropiación ilícita de la misma y dispersión de los bienes de la compañía, además de fraudulenta conspiración para interrumpir y molestar a la corporación.

El empuje de estos movimientos produjo su efecto inmediato en Morgan y Garrison. Contentos con el golpe que habían dado en la bolsa de cambios, habían hecho las formalidades de comprar el nuevo contrato de Randolph. Ahora se lo ofrecían vender, con todos sus privilegios, a Vanderbilt. Este rehusó de plano. Su deber, replicó, era proteger a los accionistas de la vieja compañía y escribió una carta al *Herald* de New York, explicando su virtuosa posición. "Mr. Garrison me visitó y me dio a entender que si yo participaba con él y Charles Morgan podríamos hacer un buen negocio con exclusión de la Compañía del Tránsito. Le dije que él debía limpiar su reputación en cuanto a su conducta hacia la Compañía." Esto sin duda era exacto, pero lejos de ser la verdad. El gran financiero, en realidad, había encontrado el medio de sacar ventaja económica de la situación. Su orden de retirar los barcos de Nicaragua y entrar en la ruta de Panamá, causó consternación entre las otras líneas Panameñas. Reconociendo su poder de interferencia, Vanderbilt inmediatamente ofreció retirar sus barcos de la competencia mediante el pago, por las líneas Panameñas, de un "subsidio" de \$40,000 (que después subió a \$56,000) mensuales. Tal arreglo era tan cercano al chantaje para ponerse por escrito, que se hizo sólo verbal, y se cumplió. (*)

Capítulo Catorce

"VOSOTROS ESTAIS SOLOS"

I

Walker, en 1856, estaba en un punto crucial de la historia, en el que convergían grandes fuerzas políticas y económicas. La necesidad de los Estados Unidos de una corta ruta oceánica a California, la determinación de Inglaterra de impedir a los Americanos la cons-

trucción de una canal interoceánico que les daría ventaja en el comercio con el Oriente, el empuje de los capitalistas de New York para controlar el Istmo Centroamericano, el señuelo del Destino Manifiesto compartido por millones de americanos, la urgencia del Sur

(*) (*Harper's Weekly*, 1859, Vol. III, p. 114)

en anexar a Cuba y las tierras del Caribe; la interminable lucha de los peones de Centro América contra la servidumbre feudal. La importancia que el mundo le dio a su aventura puede medirse por los enemigos que se creó. Estos eran, además de Vanderbilt, el ala conservadora del Congreso de los Estados Unidos, los Legitimistas Nicaragüenses, los gobiernos de Costa Rica, Honduras y Guatemala, Inglaterra, y menos abiertamente, España y Francia. En la inmensidad del poder de sus enemigos hallaba una íntima satisfacción. Tenía todavía esperanzas de triunfo, mas una derrota por unas fuerzas hostiles de tal magnitud no sería al menos una deshonra.

Casi al mismo tiempo que su desafío de Vanderbilt asombraba a los círculos bien informados de New York, una serie de discursos criticándole acerbamente fueron pronunciados en el Senado de los Estados Unidos, mientras la enemistad británica no se restringía a meras palabras. Las oportunidades de intervención en favor de Walker por parte de la administración Pierce habían disminuido, calculaba Inglaterra, al punto que sus amigos Centroamericanos no necesitaban ser detenidos. Documentos de estado que no fueron hechos públicos sino muchos años después, revelan que el Ministerio de la Guerra de Gran Bretaña, por aquel tiempo, hizo una concesión de armas a Costa Rica para combatir "las tropas bajo Mr Walker, contra las cuales ustedes se tendrán que defender".

Estas armas inglesas incluían, además de 2,000 rifles equipados con miras y superiores a aquellos usados por los hombres de Walker, un millón de rondas de municiones y otro equipo en abundancia. (*) Esto lo supo Walker cuando un mensajero que llevaba correspondencia a San José fue interceptado y las cartas del Cónsul de Costa Rica en Londres fueron encontradas conteniendo pruebas que el Ministro de Relaciones Exteriores Británico, Lord Clarendon, había personalmente autorizado el embarque de armas que había envalentonado a Costa Rica para lanzarse a la guerra. "Cuando le dije a Lord Clarendon", escribió el Cónsul, "que Costa Rica ya tenía un ejército de ochocientos hombres en la frontera, se mostró muy complacido, y dijo que esa era una medida apropiada... y que es la razón para darnos los mosquetes".

A una carta del gobierno de Costa Rica solicitando también el apoyo naval, la Oficina de Negocios Extranjeros contestó que un crucero visitaría Costa Rica "para proteger los intereses Británicos". Realmente, un numeroso escuadrón, incluyendo algunos de los mejores barcos de guerra británicos comenzaron a patrullar ambas costas de Centro América. Informaba el *Daily News* de New York, órgano favorable a Walker, "El Embajador Británico en nuestra Capital Federal habiendo sido interrogado en debida forma en referencia a la postura agresiva de la Flota Británica cerca de San Juan del Norte, declinó dar explicación alguna".

Animado de esa manera, a principios de Marzo de 1856, el Presidente Mora de Costa Rica, emitió una orden de movilización organizando un ejército de 9,000 hombres "a tomar las armas para la República de Nicaragua" contra lo que él aseguraba era una in-

El General José Joaquín Mora, jefe de las fuerzas costarricenses.

vasión americana, y sin esperar por una formal declaración de guerra, una fuerza substancial, equipada con armamento británico, avanzó sobre Nicaragua. Aconsejando a Mora, se supo más tarde, habían agentes de España y Francia, así como de Inglaterra.

A esta invasión el gobierno de Nicaragua contestó con una declaración de guerra. Que el mundo sepa, dijo el Presidente Rivas, que este país ha sido atacado sin provocación. Mas concreta fue una declaración personalmente emitida por Walker la afirmación de los principios políticos que, al principio, Jerez le había urgido proclamar. Echando a un lado su imparcialidad entre Democráticos y Legitimistas, hizo un franco llamado a los elementos revolucionarios del istmo entero. El había sido invitado a Nicaragua por los Democráticos, dijo, y él y sus hombres nunca habían cesado de luchar por los principios de la revolución. Es verdad que había mantenido en jaque a sus amigos Democráticos, que había tratado de conciliar con los Legitimistas, que había tratado de establecer relaciones amistosas con los gobiernos antidemocráticos de los países vecinos, pero todos sus requerimientos en favor de la paz habían sido rechazados con desprecio. Ahora el país estaba siendo atacado. Que así sea. El y sus seguidores americanos se juntaban con los Democráticos nicaragüenses en eterna oposición a los gobiernos Serviles de todo Centro América, y ellos recogerían y llevarían siempre la cinta roja de la democracia.

La creencia de Walker en la democracia no era, definitivamente, inconsistente con sus ansias de poder. Para él, como para el mundo de su época, las instituciones de los Estados Unidos podían equipararse con la democracia. Extender esas instituciones a otros pueblos, como lo esperaba hacer en Centro América, era servir a la causa de la democracia. Sus opositores

(*) (Documentos de Estado Británicos, Vol XVI, págs 784-5, 194-8).

creían que sus profesiones de fe democrática eran dictadas por la conveniencia. Para los conservadores su meta parecía ser "el absoluto y exclusivo dominio del país" en interés de los Estados Unidos (*). El hecho es que en 1856, la reafirmación de Walker de su fidelidad democrática fue aceptada por muchos nicaragüenses. Voluntarios nativos continuaron sirviendo en su ejército. Su popularidad entre las clases pobres fue notada más de una vez. El más decidido de los jefes democráticos, Máximo Jerez, estuvo de acuerdo en formar parte del gabinete de Rivas como Ministro de la Guerra.

Ante toda la turbulencia que creó, uno viene a descubrir el meollo de su pensamiento, en el que se descubre una verdad a la que los Estados Unidos no se despertaron hasta un siglo después, —que un gran poder sirve mejor sus intereses levantando a los pueblos pobres y primitivos a la luz de una civilización productiva. En una época en que la ayuda económica en escala nacional a otros países, no se había oído nunca, era sólo por medio de empresas capitalistas y la introducción de instituciones justas, que las naciones explotadoras podían ayudar a progresar a las naciones explotadas, tal como lo hicieron los Estados Unidos con Filipinas. Uno no debe equivocarse de que, dejados a sus propios medios, los pueblos Centroamericanos experimentaron una baja en sus niveles de vida y condiciones sociales después de Walker, y no un avance (*).

Horace Greely puede haberlo considerado un pirata ambicioso de poder, Wall Street un agente de astutos capitalistas, pero él se consideraba como la cabeza de un ejército revolucionario, luchando contra los señores feudales del istmo en nombre de la democracia. Como prueba de su buena fe democrática, no sólo trajo a Máximo Jerez al gobierno, sino que dio otros cargos ministeriales a Democráticos escogidos por Jerez, autorizó el transferimiento de la capital de Granada a León, e hizo que el gobierno anunciara elecciones presidenciales y congresales, para ser llevadas a cabo por voto popular.

Para él lo sorprendente era que aunque Inglaterra no tenía escrúpulos en apoyar sus ansias reaccionarias en Centro América con provisiones y armas, el gobierno de los Estados Unidos, que se decía democrático, rehusaba ver el significado de la lucha que estaba sosteniendo. El *Harper's Weekly* comentaba que el trato recibido por Walker de parte del gobierno Americano, era muy parecido al de John Knox y John Wesley de parte de la Iglesia de Inglaterra. Era una comparación muy exacta debido a la psicológica similitud de Walker con los grandes reformadores religiosos. Como ellos, nunca se quejó de las heridas recibidas de parte de sus enemigos, pero las calumnias de sus propios coterráneos le dejaron cicatrices. El había salido bajo el pendón de la democracia a un mundo lleno de peligros, en busca de dragones que matar, y sus sentimientos acerca del castigo recibido por parte de Marcy y Buchanan fueron los de un caballero que, mientras andaba en su gran empresa, oye que ha sido despreciado y excluido de la Mesa Redonda.

En la campaña militar que siguió, que consistió en dos batallas, las fuerzas de Walker perdieron ambas, y su reputación como general resultó permanentemente dañada, sin embargo, a los ojos del público Americano, emergió como el victorioso y más grande héroe. La primera batalla tuvo lugar en Santa Rosa, al sur del Lago de Nicaragua, donde la vanguardia enemiga estaba acampada, y donde los Costarricenses juraron dar muerte a todo Americano que cayera en sus manos. La situación de Walker se iba deteriorando rápidamente. Otra epidemia del cólera, entonces en su fase inicial, junto con disentería y fiebres, habían reducido sus efectivos a sólo 600 hombres. El mismo había caído con fiebre y una dolorosa inflamación de la cara. En un esfuerzo por conservar a sus hombres para lo que él no dudaba sería una larga lucha, determinó enviar inicialmente contra los Costarricenses un batallón de cuatro compañías —una compuesta enteramente de Franceses recientemente llegados de San Francisco, otra de Alemanes inmigrantes salidos de New York, otra de Nicaragüenses y una de reclutas Americanos. Inmediatamente surgió un problema: ¿Quién habría de comandar esta fuerza poliglota? La escogencia de Walker no pudo haber sido peor que si hubiera estado con delirio de fiebre, como algunos pensaron que estaba. Su atención se centró en un alemán llamado Louis Schlessinger, un hombre educado y sensato a quien había usado en misiones diplomáticas y que hablaba los cuatro idiomas esenciales. Totalmente impreparado y psicológicamente incapaz para la jefatura militar, Schlessinger falló en reconocer de antemano el territorio por el que avanzaba y fue sorprendido por el enemigo en cuerpo. A los primeros tiros la indisciplinada compañía de Alemanes se desbandó y huyó, seguida por los Franceses, con Schlessinger mismo entre ellos. Por unos pocos minutos los Nicaragüenses y Americanos sostuvieron al enemigo, mas después de que cien de ellos cayeron, se dieron a la huída, dejando a los heridos a una sumaria ejecución a manos de los jubilosos Costarricenses.

Nuevas de este tremendo descalabro llegaron a Granada, ya azotada por los terrores del cólera, seguidas de los rumores de que un ejército hondureño estaba por unirse en el ataque contra Walker. Una ola de pánico inundó tanto a Americanos como a Nicaragüenses. Docenas de hombres recientemente llegados de New York que no se habían alistado aun en el ejército de Walker pedían el regreso a sus casas. Aun sus veteranos estaban especialmente descorazonados, puesto que un buen número de sus mejores oficiales habían caído afectados del cólera. No habían medios de revivir la moral ante el decaimiento provocado por el espectáculo de los fugitivos de Santa Rosa que medio muertos de hambre se arrastraban en la ciudad con informes de la incompetencia de Schlessinger y el salvajismo Costarricense. Schlessinger mismo fue arrestado, sometido a consejo de guerra y condenado a ser fusilado por cobarde, pero logró escapar, muchos piensan que de acuerdo con Walker, cuya sola responsabilidad de haber escogido persona tan impreparada para el mando militar era manifiesta. A su amigo y más

(*) (R. Obregón Loria, *La Campaña del Tránsito*, San José, 1956, p. 58)

(*) (A. G. Frank, "El Desarrollo Económico de Nicaragua", en *Inter-American Affairs*, 1955, Vol. VIII, No. 4)

firme defensor en el Congreso de los Estados Unidos, el Senador John Weller, de California, Walker escribió en un momento de crudo realismo "Tenemos grandes desventajas morales en contra. Quizás ya no viva hasta el final, pero si fallamos, sentimos que será en la causa del honor"

El más inminente y agudo de todos los peligros que afrontaba Walker era la posibilidad de que el enemigo, ahora en número de 4,000, ocupara la importante ruta del Tránsito y bloqueara el camino de los refuerzos Americanos. Para impedir este movimiento, aunque estaba débil por su enfermedad, tomó el mando personal de los 500 americanos que le quedaban, y los llevó al sur de la ciudad de Rivas, escenario de su derrota del año anterior, en el extremo occidental de la ruta. Allí puso todas sus energías en la recuperación de la salud, la moral y la disciplina de sus tropas.

"Ay del desgraciado que no se preparara debidamente ante su severa presencia, para el cumplimiento de su deber en vísperas de la batalla", escribió uno de sus oficiales. Fue por este tiempo que Walker públicamente reprendió a su hermano Norvell, y lo degradó de capitán a soldado raso, por haber participado en una orgía contra sus expresas órdenes. Desde entonces, desfilaba sus inquietos hombres en la plaza de Rivas y los arengaba brevemente. Era una típica función Walkeriana. Mas delgado que nunca, pálido y febril, sus oscuras ropas colgándole de los hombros como de un espantapájaros, buscaba como darles a sus hombres una visión de héroes.

"Procuraré", les dijo, "poner ante vosotros la grandeza moral de la posición que ocupáis. Vosotros estáis solos en el mundo, sin un gobierno amigo que os de simpatía, mucho menos ayuda. Vosotros no tenéis nada que os apoye en esta lucha excepto la conciencia de la justicia de vuestra causa. Aquellos que deberían ser vuestros amigos, os dañan. Yo no os ocultaré el gran peligro ni la inminencia del riesgo en que estáis". Le oyeron en silencio. Mas "las palabras tuvieron el efecto deseado y crearon un nuevo espíritu entre ellos", escribió Walker. "Es sólo por medio del constante llamado a las más altas cualidades del hombre, que se le puede hacer un buen soldado, y toda la disciplina militar consiste en el simple esfuerzo de hacer la virtud constante, y segura, haciéndola habitual".

III

Las noticias se empeoraban. El Presidente Rivas informó de León que a pesar de sus esfuerzos para conciliar a los hondureños, estos estaban por invadir Nicaragua y atacar a Granada. Walker ahora tendría que decidir si atreverse a presentar batalla a los Costarricenses en la ruta del Tránsito, pues si aunque triunfara aun en contra de las grandes desventajas que afrontaba, sus pérdidas con toda seguridad serían grandes, y su ejército estaría incapacitado para enfrentarse a los Hondureños. Su decisión fue regresar a Granada a esperar los refuerzos nicaragüenses que se estaban organizando en León.

No bien hubo llegado a Granada que le llegaron más noticias. los rumores de Honduras eran falsos.

No se anticipaba invasión del norte en el futuro cercano. Molesto por su descubrimiento de la inutilidad del Presidente Rivas como fuente de información, Walker se regresó hacia el Tránsito, pero ya era tarde, los Costarricenses habían tomado ventaja de su retirada para ocupar Rivas y la Bahía de la Virgen, donde ocuparon los edificios de la Compañía y desconsideradamente mataron a nueve de sus empleados americanos.

En tales circunstancias, dejar de atacar sería equivalente a un tardado suicidio. Como Walker veía la situación, su única esperanza estaba en sacar a los Costarricenses de sus fuertes posiciones de Rivas. A pesar de la pequeñez de sus fuerzas y su falta de artillería, se decidió por un asalto inmediato. Le fue bien en las primeras horas de la batalla. Atacando en las calles de Rivas en un inesperado movimiento circular, sus hombres atraparon y derribaron a grandes números del enemigo, y forzaron al resto, cerca de 2,000, al centro de la ciudad. Allí, por un tiempo, el intercambio de rifletería continuó en favor de los Americanos, con cinco bajas Costarricenses por cada una de Walker. Pero él no tenía el potencial humano necesario para mantener esta ventaja, y sus bajas, entre muertos y heridos, llegaban a 120, la cuarta parte del total. La caída de la tarde le permitió retirar a sus hombres, realizando este movimiento en el más absoluto silencio, y cuando los Costarricenses, al amanecer, se prepararon para resumir el ataque, encontraron con sorpresa que los Americanos se habían retirado llevándose a los heridos.

Algunos de los mismos asociados de Walker pensaron que había llegado el fin, mientras de nuevo se retiraron hacia Granada, mas ellos no tomaban en cuenta los imponderables de la guerra. Costa Rica comenzó a conocer la verdad acerca de sus graves bajas en Rivas, y después de las altisonantes proclamas del Presidente Mora, la enorme lista de sus caídos fue un rudo golpe. Peor aún fue la aparición del cólera en su ejército en una forma especialmente virulenta. No iba a estar viendo a miles de sus jóvenes destruidos en término de quince días en que la nación había respondido al llamado de las armas, y la epidemia, que había comenzado a extenderse en Costa Rica, fue achacada a la guerra. Cuando una espontánea demostración exigiendo el regreso del ejército tomó caracteres de revuelta en San José, Mora decidió apresurarse a la capital con las tropas que podían marchar.

De pronto, sorprendidos, los Americanos supieron que Rivas, la Bahía de la Virgen y la ruta del Tránsito, estaban una vez más abiertas para ellos. Luego llegó un mensaje del comandante que Mora había dejado en Rivas, pidiendo la clemencia de Walker para los centenares de enfermos Costarricenses que encontraría allí. La primera reacción del campamento de Walker fue un grito de protesta. Iba a quedar sin castigo la muerte a bayoneta calada de tantos heridos Americanos? Sin embargo, cuando Walker dio órdenes a sus tropas de respetar las convenciones de guerra entre pueblos civilizados, fue obedecido. Los enemigos enfermos fueron atendidos, los que recuperaban fueron repatriados, y los que morían eran debidamente enterrados. Aun el más anti-Americanista de los his-

toriadores Costarricenses tuvo que admitir, "En reconocimiento a la verdad, debemos decir que Walker trató con humanidad a los soldados que encontró en Rivas" (*)

Este despliegue de humanitarismo en medio de la desesperación y horror encendió la imaginación del pueblo Americano, y probó ser el más efectivo instrumento político de Walker, que compensaba mucho más la pérdida de prestigio militar. Las descripciones de las escenas en los improvisados hospitales de Rivas, donde él mismo inspeccionaban las heridas del enemigo y les daba toda la atención que podía, recibieron la aprobación nacional. La prensa, que había comenzado a enfriarse con las noticias de sus derrotas, comenzó a editorializar sobre él, alabando su fortaleza y generosidad, regocijándose en el hecho de que la marea se había vuelto en su favor, y aun viendo en los destrozos del cólera, que había puesto fin a la campaña de Mora, la mano benéfica de la Providencia protegiendo a los Americanos, recordando el destino del Asirio cuando cayó como lobo en el rebaño.

"Los Yankis", se regocijaba el Daily News de New York, "no son los monstruos de rudeza y crueldad, como las calculadas calumnias de la burocracia europea nos describe, sino que se han abierto paso como torrente fertilizante a través de las barreras del barbarismo. Nicaragua está en paz". Los periodistas británicos, también estaban impresionados, el Post, de Londres, nada amigo de Walker, fue tan lejos como para ver en él "un cierto parecido a la caballerosidad de la Edad Media. Los Normandos en sus mejores días", mientras que la influyente Saturday Review decía a Inglaterra que "si Walker llegara eventualmente a anexar Centro América a los Estados Unidos, se puede dudar que los estadistas europeos puedan tener ya motivos para interferir".

En Mayo de 1856, Walker, dado por perdido dos meses antes, estaba de nuevo en total control de la situación. Costa Rica y Honduras parecían haber perdido interés por la guerra. Las insurrecciones legitimistas habían sido debeladas por fuerzas nicaragüenses bajo el mando de Valle y Goicuría. Algunos refuerzos y provisiones de los Estados Unidos habían llegado a Greytown en un vapor tardíamente suplido por Morgan. Y lo que es más importante, el sentimiento americano por Walker se estaba haciendo oír cada vez con más insistencia en los círculos políticos. Un discurso en el Senado, el 1 de Mayo de 1856, del Senador Weller, de California, fue ampliamente reportado. "No hay hombre cuyo carácter haya sido más malinterpretado que el General Walker. Le he conocido por varios años en la costa del Pacífico como un caballero calmo, moderado e inteligente, de poco común energía y de un carácter decidido. Su integridad, su honor, jamás fueron puestos en duda por ninguna parte. Después de haber sido invitado, fue a Nicaragua, no como un filibustero, no fue allí a saquear. Ni deseaba sus tierras ni su dinero, pues nadie posee menos sórdidos sentimientos que el General Walker. Él iba movido de una alta y honrosa ambición, el deseo patriótico de ayudar a establecer las instituciones libres en Nicaragua, y posteriormente, confederar, pacífica-

mente, los Estados Centroamericanos en una sola gran república. Esta era su ambición, estos los objetivos que ansiaba realizar. Muchos caballeros de la mejor conducta residentes en el Pacífico, movidos por el mismo sentimiento, se alistaron bajo sus banderas. Es un gran error suponer que estos hombres son malhechores y filibusteros!"

IV

Como cualquier político, Walker estaba perpetuamente empeñado en tomar decisiones racionales dentro de un marco irracional. Si su juicio fuese bueno o malo en un momento dado, importaba menos que el cambiante e imprevisible juego de circunstancias en que trabajaba y el que, más que todo, determinaba el resultado de sus acciones. Un hombre tirando de la cadera a una águila a una milla de altura, tenía tanta oportunidad de dar en el blanco como Walker de vencer la hostilidad de la administración Pierce por medio de algo que hiciera con el mayor empeño. Sólo la mucha suerte y alguna favorable concatenación de acontecimientos podría cambiar la actitud del Presidente hacia él. Esa suerte fue suya en la primavera de 1856, cuando su clemencia con los Costarricenses en Rivas estaba influyendo el sentimiento americano. El Comité de Plataforma del Partido Demócrata estaba entonces trabajando en la formulación de los principios por los que la escogencia de un candidato presidencial sería supuestamente hecha. Prominente personaje en el Comité era Pierre Soulé, quien nunca había perdonado a Marcy y a Pierce por su "traición" en el asunto del Manifiesto de Ostende. Considerado como la luz guiadora de los expansionistas americanos, estaba determinado a revivir el espíritu del Manifiesto en la plataforma Demócrata. El resurgimiento de la reputación de Walker — "el noble Walker", le llamaba Soulé — daba al antiguo embajador la oportunidad precisa que buscaba, y casi sólo preparó un punto de la plataforma que, esperaba, cambiarla totalmente la política de la nación, no sólo hacia el esfuerzo de Walker en Nicaragua, sino también con respecto a las provocaciones Españolas y Británicas en el Caribe.

"El momento ha llegado para que el pueblo de los Estados Unidos se declare en favor de mares libres, y de un progresivo comercio libre a través del mundo.

"Resuelve, Que el gran camino señalado para la libre comunicación entre los océanos Atlántico y Pacífico será asegurado por un oportuno y eficiente ejercicio del control al que tenemos derecho a reclamar sobre él. Ningún poder sobre la tierra debe ser permitido impedir o perturbar su progreso.

"Resuelve, Que en vista de tan importante interés, el pueblo de los Estados Unidos no puede menos que simpatizar con los esfuerzos que están siendo hechos por el pueblo de Centro América para regenerar esa porción del continente que cubre el paso a través del istmo interoceánico."

Soulé, en realidad, estaba diciendo que sólo un candidato que estuviera de acuerdo en respaldar a Walker y el Manifiesto de Ostende obtendría la mayoría de las delegaciones sureñas en la Convención que estaba por reunirse en Junio en Cincinnati. Una ad-

(*) (J. Pérez, Memorias, II, p 51).

vertencia para Buchanan, y una invitación para los otros esperanzados Buchanan estaba haciendo un juego sutil. A los sureños les hablaba de su satisfacción en la parte que había tomado en el Manifiesto, en el que había tenido considerable intervención. Pero en el Norte y en los círculos británicos daba a conocer privadamente que Soulé, "un verdadero hechicero", le había hipnotizado a firmar el documento, y que en realidad no tenía la menor simpatía por éste. Nadie podía saber a ciencia cierta en qué pie estaba en este asunto.

El primer candidato a ceder a la presión de Soulé, fue el Presidente Pierce, y quien todavía soñaba con sucederse a sí mismo en la Casa Blanca. Pues pasando por encima de Marcy y desoyendo las protestas de Costa Rica, Honduras y Cornelio Vanderbilt, el 14 de Mayo de 1856, reconoció al gobierno de Rivas en Nicaragua, en la persona de su nuevo Ministro, el Padre Agustín Vijil.

Nadie pudo haberse sorprendido más por el nuevo cambio de situación que el Padre Vijil mismo, quien desde el momento de su aparición en Washington había sido objeto de insultos y vilipendio. Una alma sencilla e idealista, un anterior abogado vuelto sacerdote, ansioso de servir la causa de la paz y el bienestar popular, estaba deprimido por la intensidad del sentimiento hostil contra Walker que encontró dondequiera la influencia de Inglaterra, los conservadores Centroamericanos o la jerarquía Católica se hacían sentir. La mayoría de los diplomáticos de Washington le ignoraban, la prensa dominada por Vanderbilt le insultaba, y el Arzobispo de Baltimore le reprendió diciéndole: "¿Es posible que un sacerdote Católico pueda venir a este país a trabajar contra su Iglesia y su país natal?" Fue necesaria la aceptación de sus credenciales por el Presidente para hacer ver a Vijil que la fuerza de Walker residía, no en Washington sino en el país en general.

En New York se celebró una reunión masiva, a la que asistieron millares de personas, para celebrar el reconocimiento de Walker con enormes letreros en los que se leía **NO INTERFERENCIA BRITANICA EN EL CONTINENTE AMERICANO! y ALARGUEMOS LAS FRONTERAS DE LA LIBERTAD!** En esta reunión, otro contendor para la nominación Demócrata, Lewis Cass, Senador por el Estado de Michigan, se unió al campo favorable a Walker. En una carta leída a la multitud delirante, decía: "Confieso libremente que los esfuerzos heroicos de nuestro coterráneos en Nicaragua excitan mi admiración. Las dificultades que el General Walker ha encontrado y vencido colocarán su nombre en el cuadro de honor de los distinguidos hombres de su tiempo. Un nuevo día, espero, comienza para los Estados de Centro América. Nuestros conciudadanos sembrarán allí las semillas de nuestras instituciones, y que Dios permita que crezcan para dar una abundante cosecha de industrias, empresas y prosperidad".

Estos acontecimientos no fueron ignorados por los ingleses, quienes supusieron que el reconocimiento de Walker sería seguido por una abierta ayuda americana. Fue más fácil para Inglaterra creer esto, puesto que

El Presidente James Buchanan (tomado de un daguerrotipo).

ella misma estaba ayudando secretamente a sus enemigos. Como prueba de la seriedad con que veía la situación, Lord Palmerston ordenó 20,000 soldados al Canadá, y desplegar una gran revista naval, a la que el Ministro Americano en Londres fue expresamente invitado. Rumores de guerra se levantaron de nuevo a ambos lados del Atlántico. El Post, de Londres, advertía que "nadie puede decir hasta donde las consecuencias del éxito del filibusterismo en Centro América puede llevarnos. Debemos estar preparados a defender nuestras posesiones". Patrocinadores de un directo desafío de los Estados Unidos a Inglaterra, por Nicaragua, eran prominentes en la Convención Demócrata de Cincinnati. Allí, después de un agitado debate, los puntos nicaragüenses de Soulé, fueron incorporados a la plataforma del Partido con grandes votos.

La mayor parte de los delegados sureños en la Convención dio sus votos a Cass o Pierce. Los Estados del Norte, sin embargo, se sintieron más seguros con el nunca comprometido y exquisitamente cauteloso Buchanan, y como muchos lo habían previsto, él surgió con la nominación. Con el ineficiente Millard Fillmore como candidato del Partido Americano (Know-Nothing) y el recién nacido Partido Republicano, jugando locamente su destino con el General Fremont, de California, no era difícil predecir de parte de quién estaría la victoria en las próximas elecciones de Noviembre. A esas alturas todavía existía la generalizada impresión de

que una vez que Buchanan estuviese en la Presidencia se revelaría a sí mismo como expansionista, jugaría el

lance de Palmerston y daría a Walker todo el ánimo y la ayuda necesarios

Capítulo Quince EL PRESIDENTE

I

En Nicaragua también, 1856 vio una campaña presidencial, que alcanzó un grado de turbulencia sorprendente aun para Latino América. Al principio de la primavera, cuando el sur de Nicaragua estaba en las angustias de la guerra, en la región de León se llevaron a cabo unas elecciones. El jefe del estado fue escogido entre tres candidatos, Rivas representando a los moderados, Jerez en representación del ala radical del Partido Democrático, y Mariano Salazar, un rico mercader vuelto oficial del ejército, que había obtenido considerable popularidad por sus ardientes discursos y sus oportunos desembolsos. Los resultados favorecieron a Salazar por un pequeño margen. Sin embargo, después que Walker restableció el orden en el sur, Rivas exigió que Granada y los distritos al este y suroeste del Lago de Nicaragua, donde estaba su mayor fuerza, votaran también. Inmediatamente surgieron las dificultades.

Los granadinos se agitaron al darse cuenta que no importaba cuál de los candidatos era elegido, ellos estarían subordinados al odiado León. Aun Rivas fue sometida al centro norteño como capital de Nicaragua. Las angustias de la guerra no había apaciguado en lo mínimo la rivalidad entre las dos ciudades. Habían sido llevados a una tregua inquieta por Walker. Si había de haber un nuevo Presidente, decían muchos en Granada, que él también sea candidato. Que hayan unas nuevas elecciones.

Contra esta propuesta, Rivas, Salazar y Jerez tomaron una posición firme. No tenían duda del resultado de unas elecciones en la que Walker tomara parte. No sólo los granadinos sino aun algunos de los leoneses votarían por él. El retiro de las tropas Costarricenses lo habían convertido en héroe nacional. En Granada, por dondequiera que iba las gentes lo seguían vitoreándole. Cuando visitó León con algunas de sus tropas, la ciudad se volvió loca de entusiasmo. Se daban fiestas en su honor, se escribían canciones en su honor, "mujeres de toda edad y condición" se apiñaban a su alrededor bendiciéndole por haber protegido sus hogares. Las noticias del reconocimiento del Padre Vijil por el Presidente Pierce le añadió codos a su estatura. Era el hombre de éxito, y el pueblo, dándole cuenta de los probables ataques al país por el norte y por el sur, se volvía a él y a sus *gringos* para que lo protegiera.

La vehemencia con la que Rivas se opuso a una nueva elección sorprendió a Walker. Llegó a la conclusión de que la presión de los agentes de Vanderbilt y del gobierno de Guatemala influenciado por Inglaterra, habían comenzado a quebrantarlo. No de otra manera podía explicarse la propuesta que el viejo Presidente expresó durante su reunión en León, que

Walker, para apaciguar a los vecinos de Nicaragua, redujera el contingente americano de sus fuerzas a la mitad. Husmeando en el aire una conspiración, replicó que tomaría en consideración tal idea cuando Nicaragua estuviera en capacidad de pagar a los hombres licenciados, de acuerdo con sus contratos, que les prometían substanciales concesiones de tierras y dinero al fin de sus servicios.

Walker notó, también, que "había una sombra sobre el rostro de Jerez". Una noche Jerez llegó a la residencia de Walker en León para discutir el futuro de la Legación de Nicaragua en Washington, pues el Padre Vijil había pedido ser relevado de su puesto. Pensando que Jerez quería el cargo para sí, Walker inmediatamente le dio su aprobación, y Jerez parecía contento cuando se despidió. A la hora volvió, sin embargo, y preguntó indeciso: "Entonces, mi nombramiento a los Estados Unidos está decidido?" Walker cogió la idea implícita en la pregunta. Jerez pensaba que el ofrecimiento había sido hecho para desembarazarse de él. Para borrar toda duda, Walker le dijo "Apoyaré su nombramiento, Don Máximo, sólo si usted lo desea". Pero Jerez mostraba aun sus sospechas, y Walker se dio cuenta que ninguna de sus palabras podría restaurar su antigua amistad.

Salazar también se volvió una fuente potencial de dificultades, pues se descubrió que usando su posición en el ejército había hecho contratos ventajosos como comerciante a expensas del Estado. Walker llamándolo a cuentas, lo tornó en su poderoso enemigo. "Hubo muchos", escribió sobre este período de tensión, "deseosos de excitar las pasiones populares y los prejuicios en contra de los Americanos... para destruir la confianza del pueblo en los nicaraguenses naturalizados". El y la mayoría de sus hombres hacía mucho tiempo se habían hecho ciudadanos del país de su adopción.

II

En una reunión de gabinete, cuando los Ministros de Rivas debatían sobre si proclamar unas nuevas elecciones, todos, excepto uno, se opusieron. Walker escuchaba silencioso. Los historiadores Centroamericanos, tratando extensamente este momento de su carrera, llegaron a la conclusión de que estaba animado exclusivamente por la ambición, mas este punto de vista hace caso omiso del hecho de que él podría haberse proclamado Presidente mucho antes, si así lo hubiera deseado. El mismo había establecido y mantenido en el poder al gobierno de Rivas. La Presidencia, para él, iba a ser ciertamente embarazosa, proveyendo municiones a sus enemigos de Washington. No hay razón para dudar su propia declaración de que sus motivaciones en insistir en una nueva elección con él como

candidato era asegurar la protección de sus partidarios americanos "Todo tendía a demostrar que en caso Nicaragua fuese invadida los Americanos podían encontrar la maquinaria del gobierno que ellos habían creado y sostenido se había vuelto contra ellos mismos", escribió Walker "De ahí que, al menos que se dispusiera llevarse a Rivas como prisionero, —y por lo tanto, toda la fuerza moral de su gobierno se hubiera perdido— era necesario para el bienestar de los Americanos que se ordenaran unas nuevas elecciones" Ya no podía controlar el gobierno detrás del trono, y no controlarlo hubiera sido traicionar al ejército que lealmente había luchado por él

En aquella decisiva reunión del gabinete, habiendo escuchado pacientemente todas las opiniones, se volvió hacia Rivas y tranquilamente le pidió decretara unas nuevas elecciones No fueron necesarias las amenazas; todos sabían que el asunto se había reducido a una prueba de poder, y no había lugar a duda dónde el poder estaba Cediendo, el Presidente firmó el decreto

Al siguiente día, dejando en la ciudad una guarnición americana al mando de Natzmer, Walker se dirigió al sur hacia Managua, a medio camino entre Granada y León Rivas se tomó muchas molestias para dar la impresión de que estaba de acuerdo con la política de Walker "El Presidente y muchos otros de los ciudadanos principales le acompañaron varias millas en su viaje, y al despedirse, Don Patricio Rivas afectuosamente abrazó al General en Jefe, declarándole con humedecidos ojos que podía contar con él en cualquier emergencia" Pero Walker no había caminado veinte millas cuando estalló la tormenta política que pesaba sobre León De pronto, el infundado rumor de que todo el gabinete iba a ser arrestado, corrió por la ciudad, y como convencido de la verdad, el Presidente y varios de sus Ministros, tomaron sus caballos y huyeron hacia el norte El fomentador principal de la dificultad fue Salazar, quien anduvo por la ciudad proclamando que los Americanos estaban por asesinar a los jefes nicaragüenses La infundada acusación fue especialmente efectiva en las secciones más pobres de la ciudad, donde los desheredados eran más fácilmente movidos a demostraciones y motines Grandes números de los desariapados y hambrientos salieron de sus chozas, algunos de ellos armados, y comenzaron animados por Salazar a establecer barricadas en las calles cerca de un depósito de armas resguardado por tropas americanas.

La crisis fue creciendo rápidamente Natzmer, creyendo que sus soldados estaban por ser atacados, ordenó su pequeña fuerza ocupar las torres de la Catedral de León y estar a la defensiva Inmediatamente le llegó una orden de Jerez, como Ministro de la Guerra los americanos tendrían que evacuar la Catedral y serían repuestos por tropas nicaragüenses, las que mantendrían el orden en la ciudad Natzmer titubeó La desobediencia podría ser interpretada como amotinamiento, pero temía exponer a sus hombres a ser atacados en las calles Rápidamente envió un mensajero a matacaballo donde Walker con la orden de Jerez y una solicitud de instrucciones.

Como Walker vio el asunto, "los cálculos de Rivas

y Jerez eran ahora evidentes Jerez había dado la orden a Natzmer, suponiendo que no sería obedecida, esperando por lo tanto que las cosas se volvieran contra los Americanos por su desobediencia a una autoridad legítima" No queriendo que el rompimiento entre él y los leoneses ocurriera por semejante cuestión, ordenó a Natzmer retirara a sus hombres de León y se le reuniera en el camino a Granada

III

En una amarga proclama Walker informó a los nicaragüenses que Rivas había traicionado su lealtad como Presidente, invitando a las tropas de otras naciones, Guatemala y El Salvador, a invadir Nicaragua De esto existían pruebas "Conspirando contra el mismo pueblo al que estaba obligado a proteger, el anterior Gobierno Provisional no era ya más digno de existir En el nombre del pueblo he declarado, por lo tanto, su disolución.

Fue nombrado un nuevo Presidente Provisional, un nicaragüense que había desempeñado cargos responsables en el gobierno y cuya residencia estaba en Granada Don Patricio Rivas, desde León, replicó con la misma moneda, llamando a Walker traidor, removiéndolo del mando y llamando al país a tomar las armas contra los americanos

El Domingo, 29 de Junio, se llevaron a cabo las elecciones Conforme la tabulación de *El Nicaragüense*, las papeletas dieron a Walker una abrumadora mayoría, casi 16,000 de un total de 23,000 votos, con 35,000 votantes en toda la nación Estas cifras fueron naturalmente increíbles, puesto que no hubo votación en el área densamente poblada de León A este respecto, los granadinos que manejaron las mesas electorales para Walker siguieron la costumbre nacional Las elecciones nicaragüenses eran tradicionalmente tan deshonestas como las realizadas en New York o San Francisco en la misma época De la pequeña población masculina del país, sólo una pequeña fracción tenía los requisitos y el interés necesario para votar La mayoría de aquellos que votaron eran ciudadanos de la clase media, tenderos y artesanos, pues pocos en los distritos rurales harían el tedioso viaje a la ciudad sólo para reponer un político por otro El voto total era generalmente muy pequeño para ser convincente, y el procedimiento normal del partido en el poder era inflar el tamaño de su victoria, para así dar la impresión de una escogencia popular

Para los granadinos el resultado de la elección fue un descanso ¿Qué hubiera sucedido si un leonés hubiera sido el gobernante? La ciudad se volcó en masa para la inauguración, y las calles estaban llenas de multitudes delirantes "Viva el Presidente! Muerte a los enemigos del orden!" Para la multitud Latinoamericana, amante del esplendor, la apariencia ordinaria personal de Walker debe haber sido tristemente desconsoladora El Presidente, bajo de estatura, de treinta y dos años de edad, iba vestido con un desteñido saco negro, pantalones flojos, y sombrero de fieltro negro, parecía, según la descripción de un reportero del *Tribune*, de New York, "un pulpero de uno de los barrios más pobres de la Sexta Sección" Con todo,

hubo suficiente pompa: un desfile militar, música marcial, banderas, servicio eclesiástico, solemne juramento ceremonial. Luego Walker se dirigió a la gran muchedumbre congregada en la plaza. Un rumor de que aprovecharía la ocasión para buscar como anexar Nicaragua a los Estados Unidos había circulado ampliamente, y representantes de la prensa y cónsules de los grandes poderes estaban presente en número considerable. Con gran sorpresa general, el meollo de su discurso fue una advertencia de las intenciones de Nicaragua a controlar a toda costa su propio destino, y una negación de los derechos de los otros poderes, "ya sean vecinos o distantes" a ocupar o disponer de cualquier parte de su territorio. Los disparos de veintiún cañonazos fueron los signos de admiración a sus argucias y dignas afirmaciones.

El banquete inaugural, al que asistieron cincuenta prominentes nicaragüenses y americanos, fue igualmente un éxito. En deferencia al gusto personal de Walker, todos los brindis fueron con vinos suaves, una sensata precaución, puesto que fueron ofrecidos cincuenta y tres. Walker mismo propuso un brindis al Presidente Pierce, pero el brindis recibido con más entusiasmo fue el ofrecido por uno de sus oficiales a "Uncle Billy", lo que provocó una risotada de Walker, fenómeno suficientemente raro que causó comentarios de la prensa.

IV

Dos días después anunció la formación de su gabinete, compuesto enteramente de nicaragüenses, los que eran respaldados, sin embargo, por subsecretarios americanos. Mientras reforma seguía tras reforma, se veía claramente que sus intenciones eran americanizar el país, aun conservando su independencia. Se introdujo el inglés en los juicios como idioma legal, "de igual valor" que el español. El valor de la moneda se puso a la par del dólar americano. Bonos con un interés del seis por ciento fueron impresos, para ser ofrecidos a la venta por medio de agentes en los Estados Unidos. Vales militares en dólares fueron emitidos para cubrir los gastos corrientes. Pero los más importantes cambios fueron en política fiscal. El gobierno de Nicaragua en el pasado percibía sus principales ingresos de tarifas altas sobre la importación de mercaderías, tales como, telas, vinos, machetes, arados, y cosas semejantes, un sistema que hacía los precios prohibitivos para el pobre. Walker puso esos artículos en una lista libre de impuestos, mientras que éstos en los demás fueron grandemente reducidos para fomentar el comercio.

El gobierno, declaró Walker, debe, de ahora en adelante, buscar sus ingresos en fuentes que han estado exentas de impuestos. Todos los comerciantes al menudeo deben ser matriculados, y pagar un impuesto de matrícula al gobierno. Los manufactureros —el principal, casi el único producto "manufacturado" en Nicaragua era la bebida alcohólica nacional, el *aguardiente*— fueron similarmente exigidos a pagar caro por el privilegio de hacer su negocio. Las tierras que habían estado en posesión de personas desleales, —aquellos que habían ayudado a los enemigos de la

Uno de los bonos emitidos por Walker en 1856, después de haberse elegido Presidente de Nicaragua

República—, lo que significaba Legitimistas nicaragüenses que habían apoyado la invasión Costarricense, iban a ser confiscadas y vendidas. De tales haciendas habían varias veintenas, incluyendo algunas de las más ricas del país. Estas disposiciones, reminiscientes de las medidas adoptadas por Robespierre en los años radicales de la Revolución Francesa, provocó gritos de dolor de los conservadores nicaragüenses, y considerable crítica en los Estados Unidos.

La confiscación de las grandes haciendas fue el principal factor en el programa de Americanización de Walker. Era el único medio, creía, de atraer el capital americano a Nicaragua. Cada pedazo de tierra que el gobierno se creyera justificado en tomar iba a ser valorado por una Mesa de Comisionados, y al menos de que el dueño se presentara dentro de cuarenta días dando las razones por las que no debía ser vendido, la venta se llevaría a cabo al mejor postor. La primera de estas subastas, llevada a cabo en Granada a finales de Septiembre de 1856, comprendió más de cuarenta haciendas. Las propiedades descritas —haciendas, casas, cosechas y animales— fueron valoradas en \$753,000, y la subasta fue anunciada en periódicos de New York, New Orleans y San Francisco.

La confiscación de las haciendas enfureció a la clase propietaria de Nicaragua, mas también perturbó profundamente, a campesinos arrendatarios y mozos del campo. Cualesquiera que fueran sus penalidades, no tenían deseos de cambiar a sus amos conocidos por extranjeros o *gringos*. La impopularidad de la política agraria de Walker fue evidente desde el principio. No estaba en posición, sin embargo, de suavizar el golpe. El tiempo iba pasando. Con los leoneses en contra y con las tropas de El Salvador y Guatemala listas a juntarseles en cualesquier momento y con Inglaterra azuzando a Costa Rica a la continuación de la guerra, la inmediata ayuda americana, más que nunca, era su única esperanza. Si dinero, hombres, y provisiones no venían pronto de los Estados Unidos en

grandes cantidades, la defensa contra las posibles desventajas sería inútil. Las ricas haciendas de Nicaragua eran el cebo que ponía ante los ojos de americanos con el objeto de atraerlos hacia Nicaragua y a la defensa de su gobierno. "Puede ser", escribió más tarde, "que la reorganización en Nicaragua se intentó muy pronto, pero los Americanos fueron empujados hacia adelante por la fuerza de los acontecimientos"

V

Walker buscaba como fortalecer su ejército y aun estableció una marina rudimentaria. Esta consistía inicialmente de una simple goleta, propiedad del enemigo leonés de Walker, Salazar, quien había comenzado a comerciar con Costa Rica bajo una bandera Americana, a la que no tenía derecho. Cuando la goleta entró al puerto de San Juan del Sur, los hombres de Walker inmediatamente la capturaron. Se llevaron a bordo dos pequeños cañones y fue rebautizada *Granada* y fue puesta bajo el mando de un extraordinario joven, marinero de fortuna, el Teniente Callender Fayssoux, un hermoso, barbado joven de Missouri que se había distinguido, cinco años antes, en la expedición cubana de Narciso López. Parecido a Walker en su orgullo de porte y su determinación, Fayssoux pronto justificó la fe que Walker puso en él. Un buque de guerra inglés, el *Esk*, lo avistó en alta mar, y su capitán, Sir Robert McClure, le ordenó llegar a bordo y enseñar la patente bajo la cual navegaba la *Granada*, "bajo una bandera desconocida para toda nación". Fayssoux secamente rehusó, y las amenazas de hundir su embarcación no le hicieron obedecer la orden de McClure.

Walker, leyendo el informe del incidente de Fayssoux, resolvió no dejarlo pasar. Unos días más tarde, McClure le visitó en *Granada* para arreglar el salvo conducto de algunos súbditos británicos entonces en *Granada*. Walker no se levantó de su asiento, ni se lo ofreció al inglés. En cambio, mirándole fijamente le dijo "Espero, señor, que usted ha venido a presentar sus excusas por el incidente de la goleta. Su conducta con el Teniente Fayssoux fue impropia de un inglés y de un oficial británico. Yo daré un informe a su gobierno, exigiré una investigación, y lograré una explicación".

McClure se dio cuenta que estaría inhibido a llevar a cabo su comisión mientras no presentara sus excusas, y al fin consintió en hacerlo. De entonces en adelante Fayssoux era el favorito entre los oficiales de Walker.

Otra ayuda temporal al aumento del prestigio de Walker le llegó de parte del Ministro Americano en *Granada*, Wheeler. Una carta atrazada del Secretario de Estado Marcy informaba a Wheeler que las credenciales del Ministro nicaraquíense Vijil habían sido aceptadas, y le daba instrucciones para establecer relaciones diplomáticas con el gobierno nicaraquíense. Hasta donde Marcy sabía cuando escribió esta carta, el Presidente de Nicaragua era Rivas. Wheeler no se tomó la molestia de esperar que el Secretario de Estado reconsiderara el asunto en vista de la ascensión de Walker a la Presidencia. Por el contrario, se apresuró a

Una orden militar escrita por Walker para el Capitán Fayssoux. Dice: "Venga a este lugar tan pronto como pueda. Deseo consultarle un importante asunto".

darle a Walker la noticia de que él reconocería su gobierno en nombre de los Estados Unidos. En una subsiguiente ceremonia, Wheeler por sí y ante sí amenazó a Inglaterra, por inferencia, con la guerra. "El gobierno de los Estados Unidos", le dijo a Walker, "espera unirse cordialmente a Usted en el decidido propósito de impedir que cualquier poder extranjero intente obstaculizar el progreso de Nicaragua en alguna forma. La gran voz de mi nación se ha oído. Sus palabras no pueden pasar desapercibidas".

VI

Las esperanzas encendidas por la acción de Wheeler pronto se apagaron. Su efecto principal fue precipitar un rompimiento entre la administración Pierce y Walker. Pierce era un "lame-duck President", es decir, un Presidente que no había sido reelecto, y ya no tenía ningún motivo para apoyar a Walker en contra de los deseos de Marcy. Así pudo éste reprender a Wheeler en términos cáusticos y llamarlo a Washington, y fue igualmente brusco en negarse a recibir al nuevo Ministro que Walker había enviado a reponer a Vijil.

En lo que concernía al gobierno americano, Walker era ahora nada más que un individuo fuera de la ley, cuya cabeza estaba a merced de cualquiera de sus enemigos. ¿Había, entonces, alguna esperanza? Un hombre del Estado Mayor de Walker creía que sí la había, el cubano, Domingo de Goicurúa, en ese entonces brigadier general al servicio de Walker. De cerca sesenta años de edad, un hombre de gran experiencia y sentido común, se impacientaba con el romanticismo de Walker. El mismo tenía una figura romántica usaba una amplia barba gris que juró no cortársela hasta que su país estuviera libre de España, pero la idea de un arreglo, de una componenda, no le perturbaba. El deseo de Walker de luchar contra Vanderbilt y su determinación de no hacer concesión alguna al poderío Inglés, le parecía a Goicurúa que era irracional en un hombre cuyo propio país le había abandonado. ¿Por qué Walker no abandonaba a los Estados Unidos? Le pareció posible a Goicurúa hacer que Inglaterra viese a Nicaragua bajo un nuevo régimen, no como un bas-

tión Americano, sino más bien como un valladar contra cualquier movimiento de los Estados Unidos en el Caribe. Hacía apenas un mes que Benjamín Disraeli había pronunciado un discurso en la Cámara de los Comunes, sugiriendo que Inglaterra podría cesar su oposición a la Americanización de Nicaragua, si los Estados Unidos abandonarían sus aspiraciones a Cuba, una idea que llenó de entusiasmo al movimiento de independencia cubana.

Walker creía que si se podía sostener por unos ocho o nueve meses, hasta que Buchanan ganara la elección presidencial y asumiera el cargo, todo podría resultar bien. No había recibido indicación alguna que Buchanan habría de hacer caso omiso de los puntos en la plataforma Democrática que pedían el apoyo del esfuerzo americano en Nicaragua. Necesitaba tiempo y cualquier recurso que le diera tiempo era digno de probarse. En este estado de ánimo, consintió en dejar que Goicuría hiciera un esfuerzo diplomático en su favor, y le nombró Ministro en Inglaterra con una doble misión: primero, negociar un empréstito en los Estados Unidos, y luego, proceder a Inglaterra a ver qué podría hacer. Para fortalecer su acercamiento a Inglaterra, le dio al cubano una carta cuidadosamente preparada para dar la impresión de que, entre Inglaterra y los Estados Unidos, él era neutral. "Haga (a los Ingleses) ver que nosotros no estamos empeñados en ningún plan de anexión. Usted puede hacerles ver que el único medio de impedir la creciente y expansiva democracia del Norte es por medio de una poderosa y compacta federación sureña basada en principios militares."

Esta era una de aquellas cartas, corrientes en la diplomacia, que, aunque ostensiblemente contienen instrucciones secretas, son realmente para ser enseñadas privadamente a los estadistas del campo opuesto, con el objeto de fortalecer sus convicciones. Una carta en el juego diplomático, aceptada por Goicuría, solamente en ese sentido. Walker evidentemente sintió la necesidad de reafirmar a los amigos cubanos de Goicuría, así como a los Británicos, sus intenciones con respecto a Cuba, pues añadió, "Cuba debe ser y será libre, mas no para los Yankees. Oh, no! Ese bello país no está preparado para esos bárbaros Yankees. Qué haría tal grupo de cantores de salmos en la isla?" Este era el tono en que los Latinoamericanos estaban acostumbrados a hablar del *gringo*, el estilo es curiosamente inconsistente con el de Walker, y no es improbable que la idea y la fraseología hayan sido sugeridos por Goicuría.

VII

A su primer puerto de arribo, New Orleans, Goicuría fue ingratamente sorprendido. El público podría sentir entusiasmo por Walker, pero los sureños de recursos no sentían ninguno por los bonos nicaragüenses. Aparte de lo precario de la situación de Walker, ellos no podían pasar por alto su poco satisfactoria posición con respecto a la esclavitud. La esperanza que quedaba de recoger fondos en la cantidad necesaria requerida, estaba en New York, y Goicuría se fue al norte sin dilación alguna. Pero allí la situación era más desilusionante. Los financieros simplemente se sonreían a

la sugestión de un préstamo para Walker. Teniendo que vérselas con Vanderbilt? Y con Morgan y Garrison abandonando su compromiso de suplir con barcos las rutas de Nicaragua? Nadie podría oír la proposición. Los hombres con quienes hablaba mostraban, además, un desalentador cinismo acerca de las motivaciones de Walker. Era bien sabido en Wall Street que Randolph iba a ganar una fortuna personal del trato con Morgan y Garrison. Habría una persona sensata que dudara que Walker mismo sería igualmente beneficiado? Goicuría defendía a su jefe contra tal imputación, pues en este aspecto, por lo menos, conocía a Walker. Este podría ser corruptible en otros aspectos, puede ser que la necesidad de mantenerse en el poder lo estuviera corrompiendo, pero a nadie le importaba menos la riqueza personal.

Al cubano se le ocurrió una gran idea. Puesto que Walker no podría sobrevivir sin un empréstito, y puesto que un empréstito no podía obtenerse contra el peso de la enemistad de Vanderbilt, había una salida. Se acercaría al Comodoro. Impetuosamente, sin esperar las instrucciones de Granada, visitó al millonario y francamente se hizo la propuesta: restauración de los privilegios de Vanderbilt en la ruta del Tránsito, a cambio de un empréstito.

El Comodoro estaba interesado, aun más, se mostró tratable. La destrucción de Walker estaba resultando un problema costoso, y le había movido a admiración el coraje y la persistencia del hombre. Todo lo que él quería era la capitulación de Walker, una vez asegurado esto, estaba dispuesto a ser generoso. Se discutió un préstamo de un cuarto de millón de dólares, cien mil a pagarse el día que Vanderbilt restaurara el servicio a Nicaragua, y el resto dentro de un año después.

Regocijado, Goicuría se apresuró a escribir a Walker dándole las buenas nuevas. No pudo resistir, sin embargo, agregar en su carta los rumores que había oído sobre las ventajas personales de Randolph en el trato con Morgan y Garrison. Esto fue un error fatal. No comprendió que en lo que se trataba de Randolph, Walker no soportaba ninguna crítica. Pasó un mes de incertidumbre mientras la carta llegaba a Granada y era contestada. La respuesta fue como un latigazo en la cara de Goicuría. "Por favor no se moleste más acerca de la Compañía del Tránsito. Todo lo que usted diga acerca de Mr. Randolph cae enteramente sobre mí."

El cubano no podía soportar tan brusco desaire, y le escribió a Walker en términos que los apartó aún más. Era naturalmente inútil, le decía, el seguir para Inglaterra. Si el comparativamente amistoso gobierno americano, había rehusado recibir al enviado de Walker, apenas si se podía esperar el reconocimiento de Inglaterra, por lo menos hasta que el actual gobierno nicaragüense demostrara su estabilidad por medio de una decisiva victoria sobre sus enemigos militares. En un frío lenguaje, Walker le respondió que si Goicuría había escogido renunciar a su misión otra persona iría en su lugar, y le habló crudamente de su inquietud sobre los rumores de que el cubano se había vuelto agente de Vanderbilt.

Al mismo tiempo, Walker revocó el ascenso de

Goicuría a brigadier general del ejército nicaragüense, y una gacetilla sobre el particular apareció en *El Nicaragüense*. Los periódicos de New York, especialmente el *Herald*, presionaron a Goicuría por explicaciones, y éste, incapaz de dominar su cólera, dio a la publicación aquella parte de su correspondencia con Walker que se refería a su intento de ganarse la buena voluntad de Vanderbilt. La nación entera se interesó en la controversia. La facción de Vanderbilt alegremente citaba las cartas como prueba de que Walker denunciaba a Goicuría como el instrumento de Vanderbilt. Edmund Randolph, que por entonces estaba seriamente enfermo y confinado a su cama en el Hotel Washington de la calle Broadway, publicó en el *Herald* un anuncio pagado que deleitó a sus lectores. "En el asunto del Tránsito, Don Domingo de Goicuría es un intruso, con intenciones deshonestas y traidoras, y conociendo la gravedad del lenguaje que uso, permaneceré aquí hasta la una de la tarde de mañana y más tarde, si le place a Don Domingo de Goicuría"

El duelo de pistolas se evitó, pero el duelo de palabras siguió. Fue a estas alturas que el iracundo cubano dio el golpe más fuerte, con la publicación de la carta secreta de Walker con las instrucciones para su misión en Inglaterra. Los lectores del *Herald* supieron que, en contra de la expectación general, Walker no tenía intenciones de traer a Nicaragua y Cuba a los Estados Unidos, que más bien intentaba obstaculizar la expansión americana, que consideraba a los *Yankees* como cantores de salmos, indignos del control de las

tierras del Caribe. No se explicó el propósito con que esta carta había sido escrita.

Algunos años más tarde el cubano expresó privadamente su pesar al haber permitido que la correspondencia de Walker se publicara, pues su efecto sobre la reputación de Walker fue dudoso y mortal. Se abrieron las compuertas de los insultos sobre Walker, tanto de fuentes americanas, como inglesas y centro-americanas. Fue acusado y condenado como antipatriota y falso a los intereses de los Estados Unidos. Fue llamado un verdugo sangriento, indiferente al sufrimiento humano. El *Atlantic Monthly* publicó un artículo cruel por un desertor del ejército de Walker, el que, escribiendo bajo un seudónimo, se quejaba de que el General Walker "en vez de tratarnos como camaradas y aventureros en peligro se comportaba como un tiano Oriental —reservado y altanero— apenas saludando cuando nos encontraba, no mezclándose con nosotros del todo". Un folleto difamatorio, titulado "Memorial de Siete Prisioneros", aparentemente escrito por siete soldados de Walker "capturados por los Costarricenses en Santa Rosa", recibió gran atención. Como cautivos de Mora, afirmaban los autores, ellos habían sido más libres y mejor tratados que como soldados de Walker. Se supo más tarde que solamente tres de los siete signatarios eran Americanos, y que uno de ellos, un muchacho tambor, no sabía más sobre el documento que lo que le había sido mostrado por un desertor, que él se había negado a firmarlo, y que su nombre había sido usado sin su consentimiento.

Capítulo Dieciséis

EL MOMENTO DE LA FALSEDAD

I

Con las elecciones de Noviembre encima, James Buchanan, como Candidato del Partido Demócrata, tuvo que tomar una resolución acerca de Walker y Nicaragua. El alcance de su decisión fue más allá de los intereses americanos en Centro América. En las palabras de un autorizado intérprete de la diplomacia en la administración Buchanan, el Presidente reconoció que "el único medio, de evitar la guerra civil, era unir al Norte y al Sur en una común política exterior de una naturaleza tal que levantara el sentimiento nacional" (*). Existía un medio por el cual esperaba unir al Norte y al Sur en una causa común: la abrogación del Tratado Clayton-Bulwer y la reafirmación de la Doctrina Monroe. Esta era, precisamente, la política por la que Walker abogaba. Pero no era fácil predecir cómo reaccionarían los ingleses a semejante reto, y Buchanan, aparte de su anglofilia, estaba temporalmente incapacitado de tomarse los riesgos inherentes a una aventurada política exterior.

Existía también otra razón, una que sólo más tarde salió a luz, del por qué prefirió adoptar una política de manos afuera hacia Nicaragua. Su amigo íntimo

y administrador político, el Senador John Slidell, de Louisiana, y el financiero, también Senador por Louisiana, Judah P. Benjamín, estaban activamente interesados en la promoción de una ruta canalera y un ferrocarril interoceánico a través del Istmo de Tehuantepec, en México. Buchanan mismo, en realidad, no tenía interés financiero en esta aventura. Él era un hombre rico, escrupuloso en la observancia de sus deberes, patriótico en el verdadero sentido de la palabra. Tenía la costumbre, sin embargo, de convencerse a sí mismo que los medios cómodos para él coincidían con el beneficio de la nación. Con Slidell y Benjamín opuestos al apoyo gubernamental de Walker y el Tránsito Nicaragüense, no se había de esperar de Buchanan un movimiento en dirección contraria.

Para Soulé, la actitud de Buchanan era una crasa traición, y escribió al Presidente electo una carta escéptica. "No puede ser que una persona tan en alto como Usted en la estimación de su país haya así traicionado lo que no cesaré en considerar como uno de los actos más dignos de su vida" (el Manifiesto de Ostende). Pero el ardiente criollo comprendía que el candidato de su Partido no haría nada que molestara a sus amigos de Washington o Londres. Walker, por consiguiente, estaba en grave peligro. El *Times*, de Londres, compartía este punto de vista, pues alegremente comentaba que si Buchanan no hubiera sido

(*) (L. Einstein, "Lewis Cass", en *Secretarios de Estado Americanos*, (S. F. Bemis, ed.), Vol. VI, p. 302)

escogido, "el Gobierno de Walker, fundado sobre el más fuerte sentimiento anti-Británico, hubiera sido capaz de encausar la corriente de sentimiento (en los Estados Unidos) contra nosotros. Tal como están las cosas podemos esperar un pronto y satisfactorio arreglo de la disputa"

Sólo una carta le quedaba en mano a Soulé, y ahora la jugó. Anunció que iba a Nicaragua a conferenciar con Walker, se embarcó en New Orleans, y el 20 de Octubre de 1856 llegó a Granada. La principal razón de su visita, según se dijo en *El Nicaraguense*, era aconsejar a Walker en cuanto a los métodos de flotar un empréstito en los Estados Unidos. Tal como estaba expresado, esta declaración era exacta. Fue consejo de Soulé, que Walker aceptó, no intentar combatir la influencia de Vanderbilt en New York, sino manejar todo el empréstito por medio de agentes en New Orleans. Bonos a veinte años, pagando el 6%, en la suma de \$500,000, y respaldados por un millón de acres de tierras baldías serían emitidos; y al mismo tiempo, Walker pondría en el mercado otras tierras baldías, a bajos precios, para compradores en los Estados del Sur. Era obvio, sin embargo, que estas formalidades no tenían en sí, significación alguna. Los ricos sureños, la mayoría de los cuales eran propietarios terratenientes, no tenían interés en adquirir tierras ni hacer inversiones en un país que excluía el trabajo de los esclavos. A su parecer, el cultivo eficiente de las cosechas tropicales que Nicaragua producía, sólo era posible con esclavos, ya fuesen negros traídos al país, o indios nicaraguenses. El meollo del consejo de Soulé estaba en que si Walker deseaba el apoyo sureño, tenía que pagar por él en una forma que la aristocracia del Sur aceptara: la introducción de la esclavitud en Nicaragua. Esta era la única tabla de salvación para él, "el único medio que podría asegurarle la protección y la ayuda de los políticos sureños que dominan el gobierno de los Estados Unidos" (*).

Si Parker French era Mefistófeles para Walker, Soulé era Lucifer mismo. Un hombre de temperamento fiero, imaginación vívida, y gran poder verbal, tenía el don de evocar sueños e inspirar visiones. Las tentaciones que puso ante Walker deben haber sido grandes en su extensión y elocuentes en su exposición. Cualquiera podía prever que el Sur se separaría del Norte dentro de poco. De parte de quien estaría Walker? De qué país, del trasero Norteño de los Estados Unidos o de la Confederación Sureña, podía esperar ayuda? A cuál país, él, un sureño, deseaba dar su apoyo? Nicaragua y el Caribe bien podrían llegar a ser la llave de la supervivencia de la civilización sureña.

En sus días de periodista, Walker había tomado lo que entonces se llamaba, la posición "conservadora" sobre la esclavitud: en contra de su expansión, y menos abiertamente, en favor de su gradual eliminación por medio de medidas legales y económicas. Cuando él era muchacho, los patrocinadores de esta posición eran numerosos aun en el Sur. De unas 125 sociedades antiesclavistas en los Estados Unidos en 1820, cerca de las tres cuartas partes estaban al sur de la Línea Mason-Dixon. Muchos sureños esperaban im-

pedir los temibles problemas económicos y sociales de una emancipación repentina, promoviendo la abolición en estado por estado. En el Norte, también, el gradualismo gozaba de apoyo vigoroso. Varios prominentes hombres de negocios urgían que el capital norteño se usara en construir ferrocarriles y fábricas en el sur, para demostrar los beneficios del trabajo libre y romper la dependencia de una economía agrícola. Otros, —incluyendo un diputado radical Whig llamado Abraham Lincoln— pensaban que el Congreso debería autorizar al gobierno a compensar a los dueños por los esclavos que emanciparan. El Dr. William Ellery Channing, el conocido clérigo Bostoniano, urgía a Daniel Webster que asegurara al Sur que "nosotros consideramos la esclavitud como vuestra calamidad, no vuestro crimen, y compartimos con vosotros la carga de ponerle fin". Desafortunadamente, este punto de vista tenía poco atractivo para los contribuyentes norteños quienes tendrían que aportar fondos para compartir la carga de la emancipación. Aunque hacia 1848 se pensaba que los estados fronterizos pronto abolirían la esclavitud, y el *Crescent*, de New Orleans, con Walker como redactor, abiertamente hacía semejante predicción, ningún paso práctico se dio con este fin. En Washington, políticos astutos profesaban ser "neutrales" con respecto a la esclavitud. La inercia se asentaba en la Casa Blanca, período tras período. Cuando toda la oratoria piadosa se evaporizaba, se podía ver que la alternativa que le quedaba al Sur no era en realidad una alternativa, sino más acertadamente, un escogencia entre males cuya selección era imposible. Los Sureños podían, o bien sacrificarse por una más alta moralidad y por la nación emancipando a sus esclavos y voluntariamente lanzándose a la bancarrota y al caos social, o bien podían continuar oponiéndose a toda la trama del pensamiento mundial y eventualmente luchar contra las superiores fuerzas militares del Norte. La paradoja era —y aun es— que los hombres identificaban tan íntimamente su propia supervivencia con la persistencia de sus instituciones, que ellos preferían morir antes que someterse a cambios en sus modos de vida. La institución, convirtiéndose en un símbolo de vida, invitaba a la muerte por su suerte. Como es corriente, cuando la única oportunidad de paz dependía de la voluntad de los hombres en abandonar una institución que habían sido enseñados a reverenciar, no había oportunidad de paz.

Las voces de paz y buena voluntad se fueron apagando. Hacia 1856 los "ultras" sureños y los militantes abolicionistas norteños dominaban la opinión pública. Se iba haciendo raro encontrar algún Americano bien informado que no creyera seriamente que el tiempo para una solución pacífica había pasado. Mientras la amenaza de la guerra civil se acercaba, los gradualistas sureños se enfrentaron con la desquiciante necesidad de escoger entre el amado Dixie y los reclamos de una inquieta conciencia social. Para la mayoría de ellos la fidelidad a su patria era su más intensa emoción, y se encontraron luchando por conservar una institución que en sus más íntimos sentimientos consideraban como un mal y una desgracia.

En el caso de Walker, el problema era aun más doloroso. Su última esperanza de éxito en Nicaragua

(*) (El Globo, Debates del Congreso, Enero 14, 1858. Discurso del Hon. Frank P. Blair, Jr., de Missouri, sobre Soulé y Walker)

estaba en el tapete La situación, tal como Soulé la presentaba, debe haber sido clara como el cristal Walker podía mantener una posición antiesclavista y caer en el desastre seguro con sus hombres, o bien, podía huir de Nicaragua y buscar el descrédito del asilo en el exterior, o bien, podía abjurar de sus antiguos puntos de vista políticos, ligarse a la tierra de su origen, y quizás surgir a nuevos triunfos con la ayuda de su propio pueblo.

II

El estaba siendo despedazado por las mismas fuerzas que estaban despedazando a su país El tuvo que luchar la Guerra Civil dentro de sí mismo cinco años antes de que comenzara Su esfuerzo en preservar su integridad intelectual se mostró en las semanas que le tomó decidirse. Su primera reacción fue un intento de componenda A principios de Septiembre él había emitido un decreto que, en realidad, establecía un sistema de trabajo forzado para todos los nicaragüenses que fueran encontrados culpables de vagancia, o que faltaran en llenar los términos de sus contratos laborales con sus patronos Este decreto no cambió materialmente, de hecho, el status del campesino nicaragüense, el que aunque técnicamente libre, vivía realmente en un estado de servidumbre feudal. En realidad, Walker estaba asegurando a los compradores americanos de haciendas nicaragüenses la obtención de trabajadores.

Si él esperaba evitarse mayores concesiones, estaba equivocado. Un cambio en la situación militar le forzó el juego, cuando le llegó la noticia que un fuerte ejército, representando a Guatemala, El Salvador, Honduras y los leoneses nicaragüenses, se estaban movilizándose para atacarle. Por este tiempo, Walker todavía no se había comprometido sobre la esclavitud Varios días pasaron en los que debe haber estado al borde de la desesperación Mas tarde hubo quienes dijeron que en lo que respecta a frío razonamiento, tal como el que usó en el caso de Corral, él debía haber tomado su propia vida antes de sacrificar un principio bajo presión. Pero la urgencia de triunfar sobre la adversidad era aun muy fuerte en él, y en todo caso, el suicidio, a su parecer, era moralmente imposible, una solución cobarde, especialmente cuando la supervivencia de sus soldados americanos iba envuelta en la suya No podría abandonar a sus hombres, cualesquiera que fueran las convicciones políticas que se viera obligado a abandonar

El 22 de Septiembre, emitió el decreto que había de señalarlo como un esclavista No mencionaba la esclavitud Su esencia era una declaración de que ciertas disposiciones de la Constitución de Nicaragua eran nulas Una de ellas prohibía la introducción de esclavos en el país.

Hecha la cosa, él tenía que encontrar una justificación con la que vivir. La más pobre y la más numerosa clase en Nicaragua, los indios trabajadores de las haciendas, —escribió en una carta a un Congresal americano—, había sido explotada por los grandes terratenientes y comerciantes de la ciudad, al punto que su condición económica y social era peor que la de la

mayoría de los esclavos en los Estados Unidos. La esclavitud bajo el sistema americano sería, realmente, un paso adelante para ellos, el mejor medio de librarlos de un adeudo perpetuo Daba a entender que, en Nicaragua, la esclavitud no podría poner fin a la democracia, puesto que allí no había democracia Su decreto proveía un medio práctico, tal como veía el asunto, por el que los Americanos podían ser halagados a venir a Nicaragua como hacendados e introducir las instituciones democráticas para comenzar la regeneración del país

Mas cuando todo hubo sido dicho, sabía lo que había hecho a su posición moral ante los ojos del pueblo nicaragüense El había sido popular entre los indios, principalmente porque los había librado de los horrores de la conscripción militar Mas ahora los iba a perder En una de sus cartas a los Congresales admitía que al revocar los decretos de libertad en Nicaragua, se le había "opuesto todo el grupo de naturales del país".

Algunos de sus admiradores antiesclavistas se resistían a creer que su héroe pudiera haber cambiado su posición, de la noche a la mañana, de manera tan radical El antiguo Ministro Americano en Nicaragua, George Squier, escribió una carta al Times de Londres, negando que Walker, realmente, intentara introducir la esclavitud en Nicaragua Pero de ahora en adelante, los principales aliados de Walker serían "ultras" sureños. El, que había rehusado soldados conscriptos en su ejército, y que nunca había poseído ni deseado poseer un esclavo, debía encontrar apoyo sólo entre los esclavistas

Mas tarde se rumoró que él había sido, desde el principio, un agente de los intereses esclavistas, y él, deliberadamente, permitía credibilidad a esos rumores. Antes que admitir que había cambiado su política y escogido la supervivencia a costa de los principios, prefería aparecer como un hombre que había estado siempre secretamente dedicado a la causa sureña Una vez que hubo hecho su concesión fundamental, llegó a los extremos de hacer pensar que en su corazón nunca había dudado de las virtudes de la esclavitud, y así no había necesitado ser convencido por Soulé. Nunca hizo referencias a sus escritos originales sobre el tema.

En un largo y atormentado capítulo de *La Guerra en Nicaragua*, escrito poco antes del estallido de la Guerra Civil, buscó encontrar un terreno intelectual sólido en el que sostenerse ante los pueblos de las Américas como un esclavista y convencido racista, pero a pesar de sí mismo, sus dudas internas salían a relucir. En un pasaje, extraño y confesional, da a entender que si se hubiera dado cuenta cuán resentida la reacción norteña a su decreto había sido, quizás no lo hubiera emitido "Es verdad que el autor del decreto de esclavitud no estaba consciente, al momento en que fue publicado, del marcado y universal sentimiento que existe en los Estados del Norte en contra de la sociedad Sureña No sabía cuán profundamente prevalecen los sentimientos antiesclavistas en los estados libres" Además, no podía, realmente, hacerse cargo de denunciar la posición antiesclavista A propósito de un discurso del Senador Seward sobre la falta de solidez

económica de la esclavitud, escribió "Es imposible no reconocer la fuerza y el vigor de sus pensamientos y lenguaje. El autor considera un gran error, de parte de los Sureños, intentar empujarse el talento, o despreciar los motivos de los jefes del partido antiesclavista" (*) Sus esfuerzos para dar a creer que el establecimiento de la esclavitud en Nicaragua había sido su intención desde el principio, puede haber engañado a algunos, pero uno de sus oficiales, que lo observaba de cerca durante el período crucial de su decisión, no dudaba que "el tema (de la esclavitud) se enraizó y tomó forma en la mente del General Walker en el verano de 1856"

III

Los concertados ataques contra Walker en los Estados Unidos, nacidos de su decreto esclavista y del asunto con Goicuría, llegaron en un momento en que su posición militar se iba rápidamente empeorando. Mas de 2,000 soldados habían sido puestos sobre el campo por la alianza de las Repúblicas del Norte. Costa Rica se estaba preparando para renovar la guerra contra Walker desde el Sur. Trece buques de guerra Británicos, tripulados por 2,500 hombres habían llenado al puerto de Greytown. Contra estas fuerzas, Walker sólo tenía un aliado, el cólera, que, mientras diezmaba sus propias filas, causaba mayores estragos en las del enemigo, y temporalmente lo paralizó. Por otra parte, con sólo 600 hombres, sin esperanza de nuevos voluntarios, enfrentándose a seria escasez de provisiones y alimentos, estaba en una desesperada desventaja. Para los lectores de los periódicos americanos, el avance aliado sobre Granada en Septiembre,

El New York "Herald", en 1860, envió un corresponsal especial para acompañar a Walker en su última expedición.

y los primeros informes de la lucha, presagiaban su inminente ruina. En Masaya, en la ruta aliada a Granada, sus tropas sufrieron un severo rechazo, y tuvo que regresar a su capital, mas antes de poder llegar a la ciudad, una fuerte columna Guatemalteca la había cercado, había asesinado un buen número de civiles americanos, y capturado todas las municiones y provisiones de boca que pudieron encontrar.

Todos pensaron que había terminado. Tanto para Nicaragua como para los Estados Unidos fue una pasmosa sorpresa el que, en una batalla, el 13 de Octubre, exactamente un año después de la captura de la ciudad, arrojó al enemigo de Granada, causándole serias bajas, y restableció su autoridad en la capital.

Capítulo Diecisiete

VANDERBILT EJERCE SU VENGANZA

I

Después de la inesperada recaptura de Granada por Walker, un extraño rumor comenzó a circular en el distrito financiero de New York. Tras las bambalinas, un poderoso e inesperado partidario estaba trabajando en su favor, el único hombre, quizás, capaz de enfrentarse a los enemigos de casa, el gran "Encina Verde" George Law, magnate de la marina mercante, ferrocarrilero, multimillonario, e individuo que tenía graves quejas personales contra Vanderbilt. Se le ocurrió a Law que ni la combinación Garrison-Morgan ni la compañía de Vanderbilt, tenían ya una firme base legal en la ruta del Tránsito Nicaragüense. Si él por su parte iniciara el apoyo de Walker para que ganara la guerra, ¿no remuneraría éste a su benefactor con los privilegios del Tránsito, y no se retorcería Vanderbilt? Este parece haber sido el razonamiento detrás de los movimientos hechos por Law en el verano de 1857.

El sabía, o pensaba que sabía, cómo rescatar a

Walker de su difícil situación militar. Entre los amigos de Law en New York estaba uno de los más renombrados soldados de fortuna, el Sueco de nacimiento, Charles Frederick Henningsen, un Vikingo rubio de apenas cuarenta años de edad, que se había distinguido en las guerras de España, en Rusia, y principalmente en la revolución Húngara, en la que había llegado a ser uno de los principales jefes e íntimo amigo del famoso Kossuth. Autor de varios libros famosos sobre estrategia militar, sus talentos iban aun más allá: era un hábil periodista, novelista de ingenio y reputación, y marido de una rica y aristocrática belleza de Georgia. Henningsen, desde el principio, había cobrado un profundo y admitivo interés en la lucha del joven Walker, y había llegado a la conclusión de que con unos cuantos centenares de hombres, algunos morteros y cañones, mejores rifles y adecuado aprovisionamiento, el Americano podría aun rechazar a sus enemigos y conquistar el Istmo. Cuando mencionó sus puntos de vista a Law, el financiero inmediatamente le propuso unir sus fuerzas. Era la clase de aventura que Henningsen no podría resistir. Law había comprado varios miles de mosquetes del ejército con vista a usar

(*) (William Walker, La Guerra en Nicaragua, p. 264)

los en Nicaragua, y se los ofreció a Henningsen junto con \$ 20 000 para la compra de artillería y municiones.

El primer paso de Henningsen fue supervisar la conversión de los mosquetes de Law en rifles Minié, la más avanzada arma de mano de su tiempo, y que nunca antes se había producido en los Estados Unidos. Cuando estas nuevas le llegaron a Vanderbilt, contrató haciendo que Goicuría, cuyas conexiones con él no eran aun generalmente conocidas, se acercara a Law y le pidiera, como en nombre de Walker, por una parte de las armas acumuladas, para ser llevadas a Nicaragua por él mismo. Por un momento Law creyó en la buena fe del Cubano, pero al hacer investigaciones percibió la sombra de Vanderbilt en el trasfondo, e hizo a un lado la propuesta.

El desembarque de Henningsen en Greytown, a principios de Octubre de 1856, fue ampliamente aclamado en la prensa americana como un punto decisivo en la suerte de Walker. Los vapores de río de la Compañía Accesoria del Tránsito le trajeron con su armamento a Granada, donde fueron recibidos alegremente por Walker y sus gentes, y dentro de las dos semanas siguientes el Sueco había organizado y entrenado dos eficientes compañías de artillería y una de zapadores y mineros. Su impacto en el pequeño ejército fue considerable, Walker escribió que "nunca había tenido motivo de lamentar la confianza" que había puesto en Henningsen. Desde el principio, sus conocimientos, su habilidad y competencia, fueron tan manifiestos que aun cuando su nombramiento como Mayor General lo colocaban en rango sobre otros comandantes veteranos, los celos se diluían en respeto.

Henningsen voluntariamente aceptó la jefatura de Walker, y más tarde escribió artículos para los diarios de New Orleans y de Nashville, rindiendo tributo a la inteligencia de Walker, a su modesto porte, y a la fuerza de su carácter. La curiosa composición del pequeño ejército también impresionó al aventurero sueco. Al explicar la habilidad de los soldados de Walker para sostener batallas contra abrumadoras desventajas, escribió, "Tales hombres no aparecen en la vida diaria. Yo estuve al lado de la Confederación en muchas sangrientas batallas de la pasada Guerra (Civil), pero puedo asegurar que si al fin de esa Guerra se me hubiera permitido escoger a 5,000 de los más valientes soldados Confederados o Federales que haya visto, y los pudiera resucitar y enfrentarlos a 1,000 de aquellos hombres que yacen bajo los naranjos de Nicaragua, estoy seguro que los mil hubieran desbandado y vencido en término de una hora a aquellos cinco mil. Toda la ciencia militar fallaba, en un imprevisto campo, ante asaltantes que iban a la carrera, a rematar con sus revólveres, y ante quienes importaba poco cargar contra una batería pistola en mano". Calculaba que por cada 100 hombres del ejército de Walker, se habían recibido 137 heridas, en el curso de su campaña de 1856, sin mengua de su espíritu combativo. El extraordinario número de personas educadas que arriesgaban sus vidas en servicio de Walker, también le impresionó. "He oído a dos muertos soldados discutir sobre la pronunciación correcta y los méritos comparativos de Esquilo y Eurípides. He visto a un soldado de guardia escribiendo incesantemente en tiras

de papel, lo que resultó ser una espléndida traducción en verso de la Divina Comedia". Productos de las Universidades Americanas luchaban al lado de famosos duelistas y aventureros, entre ellos el legendario Coronel Thomas Henry, uno de los primeros "Inmortales", y Frederick Townsend Ward, más tarde General del ejército Chino.

Las mismísimas cualidades que hacían a los hombres prácticos huir de Walker atraían hacia él a los jóvenes idealistas, a los poetas, y a los soldados de fortuna. La pequeña banda de Americanos que le siguieron a Nicaragua produjeron no menos de seis libros sobre su aventura, así como numerosos artículos y una considerable cantidad de poesía. Aunque sus hombres hallaban difícil comprender sus motivaciones, una cosa les era clara que él era indiferente a tener, poseer o conseguir.

La moral del ejército era sorprendente, y contrario a las declaraciones de los críticos nortños de Walker, era venerado por sus hombres, quienes recordaban la ocasión en que le había dado su caballo a un soldado herido, mientras él mismo caminó afanosamente a pie las treinta millas del trayecto. Igualmente, Henningsen alababa la disciplina del ejército y rechazaba los frecuentes cargos de pillaje y violación contra las tropas de Walker. Mucha de la crítica adversa dirigida contra los Americanos en este punto fue debida a las depredaciones de treinta hombres, quienes en Julio de 1856, llegaron en cuerpo procedentes de Texas, y quienes resultaron ser una pandilla de ladrones, perseguida por las autoridades Americanas. Desertando inmediatamente después de su llegada, y usando los uniformes de los Rangers de Walker, vagaban por la campiña nicaragüense en búsqueda de botín, dejando una huella de miseria tras ellos, y cuidadosamente evadiendo a Walker, quien había jurado ahorcarlos si caían en sus manos.

Otro factor llamativo en las operaciones de Walker, observado por Henningsen era la buena voluntad mostrada por las gentes pobres del campo. Aun el "decreto de esclavitud" no afectó materialmente la actitud de los indios nicaragüenses hacia Walker en los primeros meses de su guerra con los aliados. Su sentir se debía indudablemente al hecho de que, distinto a los comandantes nativos, nunca los había reclutado para el servicio militar, una excepción que les llenaba de gratitud rayana casi en reverencia. La compañía de nicaragüenses que permaneció a su servicio hasta el fin, y la que él consideraba igual en coraje y lealtad que cualquiera de sus tropas, estaba compuesta de voluntarios.

Eran los terratenientes y los comerciantes, los calzados, quizás la décima parte del pueblo nicaragüense, los que consideraban a Walker como su enemigo natural. El cambio que tuvo lugar en la actitud popular hacia él fue en las últimas fases de la guerra, cuando abrumadoras escaseces de alimentos obligó a sus hombres a forrajear. Distintos a Walker mismo, que comía poco y era casi indiferente a lo que le llegara a las manos, sus hombres estaban acostumbrados a consumir más provisiones que el típico nicaragüense. No contentos con una dieta de tortillas y de plátanos, ellos requisaban granos, ganado, caballos, mulas y

Plano del asalto y toma del fuerte a orillas del Lago de Granada la noche del 27 de Noviembre de 1856.

gallinas donde las encontrarán, arrasando los campos por millas a la redonda de sus campamentos. Las noticias de tales depredaciones se extendieron rápidamente, y antes del fin de la guerra, los campesinos y los habitantes de los poblados, llegaron a considerar la aparición de los barbados *Rangers* de Walker como una calamidad. Cuando Henningsen llegó primero a Nicaragua, sin embargo, la reputación de su jefe entre las gentes sencillas era considerablemente más alta que la de cualquier general Centroamericano.

II

Tres semanas después de la llegada de Henningsen, un fuerte ejército Costarricense cruzó la frontera de Nicaragua y se dirigió al norte para ocupar la ruta del Tránsito, al oeste del Lago de Nicaragua. Simultáneamente una columna leonesa marchó hacia el sur para unirse a los Guatemaltecos y Salvadoreños para otro ataque sobre Granada. Con 600 hombres Walker tuvo que luchar en dos frentes contra cerca de 5,000. Un repentino ataque arrojó a los Costarricenses fuera de San Juan del Sur, pero esto no le ayudó mucho. Obligado a dejar una guarnición de 250 hombres para mantener la ruta del Tránsito, tenía solamente 300 con los que resistir a los aliados norteños, quienes estaban fuertemente acantonados en la ciudad de Masaya, unas veinte millas al norte de Granada.

El ejército aliado tenía todas las ventajas excepto una, la artillería. El gran problema de Walker era en cuánto los morteros y los howitzers podían compensar su debilidad en número de efectivos. Su única esperanza estribaba en una estrategia atrevida. El enemigo tenía que ser destruido en una sola batalla. El y Henningsen no perdieron tiempo para comenzar el ataque sobre Masaya. En una hora, sin embargo, se dieron cuenta que su principal ventaja era hueca. Los fusibles de los morteros eran demasiado cortos, y las explosiones se hacían sin efecto alguno en el aire, en vez que en el suelo. Una retirada hubiera significado una persecución en masa. No tuvieron otra alternativa que tratar de tomar a Masaya por asalto, confian-

do en los zapadores y mineros de Henningsen para desalojar a los aliados de sus posiciones. Por un momento el éxito parecía posible. En tres días de constante esfuerzo, empujaron a los Centroamericanos al centro de la ciudad, y los presionaron fuertemente. Unos cuantos centenares de tropas frescas, —si hubieran estado al alcance—, posiblemente hubieran obligado a la rendición de todo el ejército aliado, y hubieran hecho a Walker el amo de Centro América. Pero el cansancio exhaustivo estaba cobrando su tasa. Con un tercio de sus hombres muertos o heridos y el resto cayendo de cansancio, no había nada que hacer sino abandonar el ataque y arrastrarse de regreso a Granada. Una salida fuerte del enemigo habría acabado con todos ellos. Fue para su buena suerte que las bajas del enemigo eran cuantiosas, y los comandantes estaban tan perplejos por el susto llevado, que no se pudieron aprovechar de sus ventajas.

Estaba lo peor por delante. Aunque unos pocos días de recuperación, restauraron en algo la moral de los hombres de Walker, su extrema fatiga y las condiciones primitivas de sus hospitales, donde las moscas y toda clase de bichos abundaban, los hizo excesivamente vulnerables al más peligroso de todos los enemigos, el cólera. Se desarrolló una epidemia, alcanzando altos grados de mortalidad, y reclamando como una de sus víctimas al Teniente James Walker, el hermano menor y favorito del filibustero. Como cada día se perdía el dos o tres por ciento de sus tropas, los médicos de Walker le advirtieron que al menos que se evacuara Granada, todos los Americanos morirían en cosa de seis semanas.

Granada tuvo que ser abandonada, y bajo la dirección personal de Walker, los enfermos fueron llevados a través del Lago de Nicaragua, primero a un sitio desolado y luego a otro, en un esfuerzo por encontrar seguridad y condiciones tolerables. Sus penalidades y bajas aumentaban cada día. Los horrores de esta desesperada huida de la enfermedad sacudieron a Walker profundamente, como nada lo había hecho en toda su experiencia pasada, pues entre los evacuados había un buen número de mujeres, algunas de ellas esposas de Americanos que habían venido a Nicaragua como a una tierra prometida. El, defensor de la femineidad, no tenía defensa interior contra sus sufrimientos y reproches, como tampoco podía olvidar que había traído a su hermano a su propia muerte.

Fue en este momento de tormenta psíquica que tuvo que tomar una decisión que habría de confirmar en el mundo su reputación de feroz. Los aliados, cualquiera lo podía prever, pronto ocuparían Granada, y la moral, así como el efecto militar de ese movimiento, sería desastroso. Dominando tanto a León como a Granada, ellos dominarían el corazón de Nicaragua. Ya no le quedaría esperanza al ejército de Walker. Destruir la ciudad sería provocar gritos de horror en todo Centro América, pero dejarla intacta sería un suicidio. Así, al menos, razonaban Henningsen y Walker. Le tocó a Henningsen, con 300 hombres, llevar a cabo la tarea de arrasar Granada después de evacuar a la población civil. En medio de las mayores escenas de miseria y de tragedia, los abrumados y descorazonados granadinos, que aun permanecían en la

ciudad, fueron trasladados en los vapores de la Compañía del Tránsito a puntos a lo largo de las costas del Lago de Nicaragua, mientras el horrendo trabajo comenzaba

Parte de Granada estaba todavía intacta cuando el ejército aliado rodeó la ciudad y comenzó el ataque por tres sitios sobre la pequeña fuerza de Henningsen. Durante cuatro días de incesante lucha, tirando desde casas de adobe y edificios públicos, los Americanos los detuvieron, su puntería causando numerosas bajas. Una ilustración de la batalla en una revista Americana describe la escena: la plaza bajo el pálido cielo en llamas, todo rigidamente delineado en blanco brillante y angulares sombras negras, un lastimero montón de edificios destruidos en el fondo, bocanadas de humo de los mosquetes de aquellos pocos que permanecían en pie, y los cadáveres de los Guatemaltecos vestidos de blanco tirados sobre el pardo suelo.

El problema de Henningsen se vio complicado por el hecho de que la posición más fuerte de la ciudad, la Iglesia de Guadalupe, había sido ocupada por el enemigo. Se dio cuenta de que dejarla en sus manos sería fatal. Tenía que ser tomada por asalto, pero cómo podía soportar las pérdidas? Para hacer el asunto más difícil, los hombres descubrieron en una de sus improvisadas fortalezas, una gran bodega de licores, y su disciplina, ya flaqueando de desesperación y agotamiento, se desintegró. En medio de la batalla, la mitad de ellos estaban entorpecidos por el licor. Sin embargo, en un momento de sosiego de la lucha, el incansable e intrépido Henningsen pudo reunir suficientes voluntarios y arrojar al enemigo de la iglesia. Unas pocas horas más tarde se apretujó en ella con todas sus fuerzas, ahora reducida a 200 hombres hábiles para la lucha, junto con los mutilados, los enfermos, los borrachos, y una veintena de mujeres y de niños, muchos de ellos Americanos, que todavía permanecían en la ciudad. Sus sufrimientos, en ocasiones marcados por extraordinarios heroismos y sacrificios de parte de las mujeres así como de los hombres, proveyeron de temas importantes a los periodistas americanos.

Inmediatamente, el General Zavala, el Comandante Guatemalteco, se dio cuenta de que Henningsen dependía del aprovisionamiento traído al muelle de Granada por los vapores de Walker en el Lago, el que era a su vez su único medio de escape. Por un momento, Zavala estuvo indeciso en atacar el muelle por la incertidumbre en cuanto al tamaño de las fuerzas empleadas para defenderlo, las que estaban tras fuertes barricadas. Luego la fortuna le sonrió. Uno de los defensores de tan importante área era un venezolano a quien Walker había rescatado de una mazmorra granadina el año anterior. Desde entonces, su gratitud se había disipado, y ahora al desertarse, reveló a Zavala que sólo habían 27 hombres entre él y el dominio de todo el frente del Lago. El asalto que siguió barrió con los Americanos de la pequeña guarnición y dejó aislado al resto de las fuerzas de Henningsen.

Con los vapores de Walker incapacitados de llegar a la ciudad, el aprovisionamiento en la Iglesia de Guadalupe era tan bajo que hombres y mujeres tenían que subsistir con carne de caballo y harina envejecida. Para cargar sus piezas de artillería, los oficiales de

Borrador de la respuesta de Walker a un irresponsable reto de parte de uno de sus oficiales, Coronel S. A. Lockridge, que se sintió insultado por un pasaje del libro de Walker, "La Guerra en Nicaragua".

Henningsen hacían un hoyo en el suelo, lo llenaban de pedazos sueltos de hierro y lo rellenaban de plomo derretido, haciendo así una bala de cañón. Su situación era desesperada. Zavala, sin embargo, no estaba en posición de aprovechar su ventaja. Sus pérdidas habían sido abrumadoras y con el objeto de reunir sus fuerzas tuvo que suspender el ataque. Inmediatamente, Henningsen ordenó a sus hombres proceder al incendio de Granada. Sus esfuerzos culminaron en una explosión final que destruyó el centro de la ciudad. Simultáneamente, un exitoso ataque al muelle recuperó su dominio, y Henningsen pudo embarcar sus tropas y los civiles bajo su protección. Su último gesto al abandonar la ciudad en ruinas, fue dejar un letrero que decía **AQUI FUE GRANADA.**

El inesperado éxito de los Americanos en sostener el sitio, el incendio de la ciudad, la terrible mortandad entre los aliados, la reunión de las fuerzas de Henningsen con las de Walker, y los continuos estragos del cólera, desalentaron tanto a Zavala que apresuradamente ordenó la retirada a Masaya. Los Costarricenses también pensaron oportuno retirarse, disminuyendo así la presión en la ruta del Tránsito. Las discordias entre los comandantes aliados impidieron aun más las posibilidades de un ataque efectivo contra Walker. De una vez por todas su generalato, que había sido puesto en duda por la prensa, se vindicaba ahora.

De gran importancia fue la noticia que llegaban de San Francisco cien voluntarios bien armados. Sin embargo se presentó una nueva amenaza, cuando un bergantín armado de origen británico, pero con bandera y tripulación Costarricenses, apareció frente al puerto de San Juan del Sur. Su evidente propósito era bloquear el puerto e impedir el desembarque de refuerzos. Las esperanzas de Walker estaban en una pequeña goleta, la *Granada* con sus 28 tripulantes y dos cañones. Se entabló una batalla naval de dos horas, en la que el Capitán Fayssoux, con su brillante habilidad de

EL MARISCAL DE CAMPO DON J. VICTOR ZAVALA

El Mariscal José Víctor Zavala, hijo del General Joaquín Zavala de Nicaragua, nació en la ciudad de Guatemala el día 2 de Noviembre de 1815, seis años antes de la proclamación de la Independencia de Centro América

Siendo aún muy joven, fue enviado a los Estados Unidos de Norteamérica, donde adquirió vasta cultura. A su regreso a la patria se dedicó a los estudios jurídico-sociales graduándose de abogado; mas no ejerció la profesión pues su carácter no se adaptaba a tales menesteres. Al intervenir en una revuelta armada contra el gobierno del General Rafael Carrera, inicia su larga y fiutuaosa carrera militar, en la cual, por su manifiesto valor y ardimiento, fue llamado "El D'Artagnan guatemalteco"

Participó en numerosas expediciones militares; combatió a Serapio Cruz en la acción de Patzún en Julio de 1848. Se le considera el vencedor del Fuerte de Omoa, en 1853. Pero su más gloriosa acción militar se realizó en Nicaragua, combatiendo a los filibusteros que a la cabeza de su jefe William Walker habían invadido en 1855 aquel territorio centroamericano.

El entonces coronel Zavala, que contaba a la sazón 41 años de edad, fue designado por el gobierno nacional para combatir a los invasores, cuya presencia en tierras de Nicaragua constituía un serio peligro para todo el Istmo Unido, con categoría de segundo Jefe, a la columna expedicionaria salvadoreña al mando del General Mariano Paredes, quien se hallaba enfermo, Zavala hácese cargo del mando conduciendo a sus tropas a numerosos triunfos, a veces espectaculares por el arrojo ferrenio de su jefe.

El magnífico cronista Federico Hernández de León (Q.E.P.D.), relata en sus "Efemérides" lo siguiente: "El General Zavala mostraba a cada paso, en los momentos de mayor peligro y en los instantes de vacilación su carácter alborotado y antojadizo, cubierto por el escudo de su valor ferrenario. Era el arrojo que disponen los grandes jefes de soldados en lucha, para imprimir valor a sus subordinados. En este incidente de la toma de Granada, puso en evidencia el General Zavala el valor personal de que disponía, realizando una empresa que no vacilo en juzgar de heroísmo, como que se jugaba la vida en forma abierta.

"A eso del mediodía los libertadores ocuparon la plaza de Granada, dejando al margen la iglesia. Desde las alturas de Jalteva, los filibusteros no cesaban de hacer disparos. Zavala dispuso atravesar la plaza, solo, para llegar hasta la casa que ocupara personalmente Walker y apropiarse de una bandera revolucionaria. Como lo pensó lo hizo. Atravesó la plaza con el paso ordinario de un hombre que va de paseo, en tanto que una granizada de balas le rodeaba. Llegó a la casa y tomó la bandera. Luego, sin alterar los movimientos se volvió al lado de sus soldados que, parapetados en las vías vecinas, esperaban ver caer a su jefe, acribillado por los impactos del enemigo.

"Continuó serenamente Zavala su camino, cuando recibió un tiro en la propia bandera, luego un segundo tiro en el abrigo que llevaba puesto. No se alteró y llegó hasta integrarse a las filas de sus compañeros, que lo recibieron con las hurras más justificadas." (Esa misma bandera y la espada que portaba en 1856, acaba de ser adquirida en imponente ceremonia por la Brigada Mariscal Zavala, en este mes de Diciembre, para perpetuar la memoria del ilustre militar, gloria y prez del Ejército Guatemalteco, junto con el monumento erigido a la entrada del Fuerte Mariscal Zavala!)

Después de vencer a los filibusteros de Walker y expulsarlos de las tierras centroamericanas, Zavala, cubierto de merecida gloria, vuelve a Guatemala, para tomar parte seis años más tarde en la campaña contra El Salvador. La de 1885 fue la última a la que asistió el valiente mariscal, pues un año más tarde, el 26 de Marzo de 1886, dejaba de existir fijando su trayectoria luminosa para respeto de las generaciones futuras y para enaltecer aún más al Ejército de Guatemala.

(Tomado de EJERCITO, órgano del Ministerio de la Defensa Nacional de Guatemala)

El Mariscal José Víctor Zavala, jefe de las fuerzas guatemaltecas

marino y su eficiente artillería, hundió el barco enemigo y añadiendo compasión a su victoria, rescató del océano cerca de la mitad de la tripulación de 114 marineros. Casi inmediatamente después, arribó el vapor de San Francisco con los voluntarios de Walker.

Los Americanos también se animaron con la noticia de que varios centenares de hombres iban en camino de New Orleans a Greytown. A pesar de todo lo que Inglaterra, Vanderbilt y los aliados Centroamericanos habían hecho para destruirlo, todavía era posible que Walker restableciera su control en Nicaragua.

III

Para Vanderbilt era inconcebible que sus metas fueran frustradas por unos centenares de Americanos encabezados por un hombre que se atrevía a confiscar su propiedad y que era mantenido por sus enemigos comerciales. En su opinión, los enemigos Centroamericanos de Walker habían fallado en captar las realidades estratégicas de su situación. Tratar de derrotar un ejército de desesperados en batallas directas tomaría mucho tiempo y costaría mucho dinero. El estaba seguro que para romper la resistencia de Walker, había simplemente que cortar sus líneas de comunicación en el istmo. Mientras el filibustero mantuviera la ruta del Tránsito y los vapores de río y lago, podía ser ap provisionado por Law o por Morgan y Garrison, pero sin la ruta y los vapores, pronto estaría muerto de hambre y a merced de los Centroamericanos.

A fines de Noviembre de 1856, dos agentes de Vanderbilt se embarcaron rápidamente a Costa Rica y sostuvieron conversaciones secretas con el Presidente Mora. Uno de ellos era un Americano, Sylvanus Spencer, viejo empleado de Vanderbilt, y eminentemente apropiado para su tarea. Había servido como ingeniero en los vapores del Tránsito, conocía cada detalle de sus operaciones, era amigo personal de las tripulaciones, y había navegado en el río San Juan repetidas veces. Con Spencer iba un enigmático inglés, William R. C. Webster, agente del gobierno Británico y quien indudablemente había asignado Vanderbilt para su misión en Costa Rica, con el objeto de coordinar las actividades de Spencer con las del Capitán Cauty, el principal jefe militar británico en Costa Rica y con los jefes militares Centroamericanos en el Norte.

En sus arreglos con Mora, Spencer y Webster se comprometieron a ayudarlo a recapturar y mantener la ruta del Tránsito, mientras los aliados del Norte destruían el ejército de Walker. En reciprocidad, Vanderbilt, esperaba la influencia de Mora en la siguiente administración nicaragüense para obtener de nuevo los derechos y privilegios del Tránsito. Noticias del arreglo le llegaron a Vanderbilt por parte de Spencer, y en Diciembre 25 de 1856, el financiero envió a los accionistas de la Compañía Accesoría del Tránsito saludos de Navidad en la forma de una nota en el *New York Herald*, que decía: "Las actuales apariencias indican la realización de mis esperanzas de que pronto la Compañía será restaurada en sus derechos, concesiones y propiedades en el istmo Nicaragüense".

La acción siguió rápidamente. A los dos días, tropas costarricenses encabezadas por Spencer, en una

serie de sorprendentes ataques, astutamente planeados, habían capturado la mayoría de los vapores del Tránsito y Spencer había asegurado la lealtad de las tripulaciones por medio del juicioso empleo de los fondos proveídos por Vanderbilt. Otra columna Costarricense bajo el mando del Capitán Cauty cercó una fortaleza clave en la costa oriental del Lago de Nicaragua, en la que Walker no había podido dejar sino una pequeña guarnición. En Greytown, un buque de guerra inglés impidió a 400 voluntarios bien armados que habían llegado de New Orleans, capturar uno de los vapores de río y dirigirse a donde estaba Walker. A través del istmo, en San Juan del Sur, buques ingleses embotellaron el puerto donde estaba anclada la goleta *Granada*. El contenido del gobierno de Costa Rica sobre estos acontecimientos se expresó en una proclama al ejército: "La arteria vital del filibusterismo ha sido cortada para siempre. La espada de Costa Rica realizó la hazaña".

Bajo la bandera de Costa Rica, los vapores del Tránsito concentraron rápidamente las fuerzas bajo Spencer y Cauty cerca de la ruta del Tránsito y tomaron el crucial pueblo lacustre de Bahía de la Virgen, antes de que Walker en su campamento cercano de Rivas, se hubiera informado siquiera de la invasión. Al mismo tiempo, el ejército aliado en Masaya avanzó de nuevo hacia el sur, formando el brazo superior de las pinzas en las que ahora Walker estaba cogido. Pero a pesar de su enorme ventaja en número, el ejército no atacó en masa. Sus nuevos planes eran vencer a los Americanos por hambre. Durante cuatro amargos meses el sitio continuó, mientras el hambre, la sed, las enfermedades y el aburrimiento minaban a los hombres de Walker. Y esto no era toda la cuenta de su carga. Estaba ocultando a sus hombres dos noticias desastrosas. Una carta de California le había revelado que Garrison y Morgan se habían rendido a Vanderbilt y no le darían más ayuda; y el esfuerzo de uno de sus oficiales de confianza, el Coronel S. A. Lockridge, para traer a los Americanos varados en Greytown, habían sido definitivamente frustrados por los ingleses.

Walker cayó con fiebre y a su lecho de enfermo le llegó la noticia, en Marzo de 1857, que 160 de sus hombres, que en otros días hubieran desbandado a mil de los del enemigo, habían sido vencidos por un pelotón de 200 aliados en el camino al oeste de Rivas. Esta prueba del deterioro de la moral del ejército era más de lo que podía soportar. Arrastrándose en pie, reunió a sus hombres en la plaza de Rivas, y trató de revivir con palabras su antiguo coraje: "Estamos empeñados en una guerra extraordinaria. Hemos venido aquí como las avanzadas de la civilización Americana. Hemos de ser arrojados del país, sólo porque no hemos nacido en su suelo? Nunca! Jamás!"

Su dominio sobre ellos era aun fuerte, pues unos pocos días más tarde 400 le siguieron en un desesperado ataque contra 2,000 guatemaltecos. En esta batalla, su loca y desenfrenada exposición al fuego enemigo sorprendió aun a aquellos que creían conocerle. Parecía que dijera con Marco Antonio: "Haré que la muerte me ame!" Pero la bala que honrosamente le

hubiera resuelto su dilema no le llegó. A pesar de hazañas de extraordinario valor de parte de sus hombres, el ataque fracasó, y Walker tuvo que regresarse rápidamente a Rivas. En un punto de la retirada se creyó que había sido herido, cuando un disparo de mosquete desde una casa vecina, encabrió a su caballo, mas calmó la ansiedad de sus tropas cuando habiendo dominado a su bestia, sacó el revólver y disparó deliberadamente unos tiros a la ventana de donde había salido el fogozano. Luego con un gesto de su mano, ordenó el avance de la columna.

Dos veces sus tropas rechazaron ataques de los costarricenses, mas las victorias eran inútiles. La situación se empeoraba día a día. Los rumores de la traición de Garrison y Morgan habían comenzado a extenderse entre sus hombres. Las provisiones disminuían constantemente y las escaramuzas forrajeras se habían hecho improductivas. Henningsen, viendo un pequeño tasajo de carne de mula que se le había servido de comida, dijo: "Si seguimos así tendremos que comernos a los prisioneros". El estado de ánimo de Walker se volvió fatalista. Ya no le importaba someter a sus hombres a agitadas batallas que, aun cuando fuesen ganadas, no los podían salvar, y los diarios intercambios de rifletería con el enemigo estaban produciéndole más bajas de las que podía soportar. En una carta a Edmund Randolph, Walker le decía que de 800 hombres en Rivas, solamente 332 estaban hábiles para el servicio, y 224 estaban enfermos o heridos.

La última batalla fue el 11 de Abril de 1857, cuando Zavala, conociendo la situación en Rivas, se llenó de confianza y montó un ataque sorpresivo con cerca de 2 000 hombres, la mayoría de los cuales habían sido reclutados en las haciendas de Guatemala. El resultado probó que todavía había que vérselas con Walker. El abierto avance del enemigo fue recibido con tan agotador fuego de rifletería detrás de las barricadas que 700 de las fuerzas atacadas fueron muertos o heridos contra sólo 9 bajas Americanas. "Fue con un sentimiento casi de piedad por esos forzados reclutas", escribió Walker, "que los Americanos se vieron obligados a tirarlos como ganado. A los oficiales Guatemaltecos no les importaban sus hombres como si fuesen ovejas".

Aun entonces alimentaba una secreta esperanza de victoria. El cólera, que le había salvado antes, estaba de nuevo diezmando al enemigo. Tanto las tropas guatemaltecas como las costarricenses perdían diariamente veintenas de hombres debido a la enfermedad. Pensó que en unas cuantas semanas el pánico les obligaría a levantar el sitio. Todo dependía del espíritu que conservara su propio ejército. Mas aquél iba disminuyendo rápidamente. Ya Walker no era el "Tío Billy" para sus tropas, muchos, especialmente los recién llegados, lo empezaron a ver como un fanático sin corazón, que los forzaba a pelear por una causa perdida que no tenía sentido para ellos. Mientras comían la repulsiva carne de mula, se preguntaban mutuamente, dónde estaban las grandes aventuras, dónde las ricas tierras, dónde las bellas mujeres por las que habían llegado a Nicaragua? En el período de inacción que siguió a la masacre de los reclutas guatemaltecos, la moral se hundía constantemente.

El General Florencio Xatruch, jefe de las fuerzas hondureñas.

Fue a estas alturas que el General Mora de Costa Rica asestó el golpe más decisivo. Reconociendo que la lucha se había convertido en una de moral en ambos campos, proclamó que su pasada política de "guerra sin cuartel" había sido abandonada. En cambio, ofrecía protección, alimentos, bebidas, y pasaje gratis de regreso a sus hogares a los americanos que cruzaran las líneas y rindieran sus armas. Nada sacudió más duramente a los hombres de Walker. No solamente un buen número de soldados en las filas sino varios oficiales se escaparon de sus cuarteles la misma noche de la proclama de Mora. Uno de esos oficiales apareció al siguiente día llamando a sus antiguos camaradas a que se le juntaran a compartir con él los alimentos, tabaco y *aguardiente* que Mora les estaba dando.

Diariamente la ola de desertiones crecía hasta que veinte hombres diarios se iban perdiendo. Lo que siguió era puramente Walker. Juntando las fuerzas que le quedaban, les dijo que a todo soldado que quisiera abandonar el servicio le extendería su baja para que pudiera cruzar las líneas enemigas sin ser considerado como desertor. Probablemente ninguna otra táctica podría haber fortalecido la columna vertebral de aquellos hombres. Cinco soldados que pidieron sus papeles fueron silbados por sus compañeros cuando se iban, y uno que trató de regresarse fue atajado por Walker mismo y obligado a seguir. Las tropas restantes, menos de 200, se rieron, vitoriaron y volvieron a sus cansadas rutinas y repugnantes raciones.

IV

A principios de 1857, el Presidente Buchanan se encontró bajo la creciente presión de que pusiera fin al embrollo centroamericano. El Senador Benjamin estaba ansioso de comenzar activas negociaciones con México sobre la ruta de Tehuantepec, y estaba siendo obstaculizado por las incertidumbres sobre Nicaragua. Vanderbilt estaba perturbado por las indicaciones del Gobierno de Costa Rica, que habiendo izado su bandera en los vapores del Tránsito, no daba señales de querer devolverlos. Era necesaria la acción, la que tomó forma con la llegada a San Juan del Sur de una poderosa corbeta, la *St Mary's*, su Comandante Charles N. Davis con instrucciones oficiales de "dar tales pasos como las circunstancias lo exigieran para la protección de ciudadanos americanos" en Nicaragua, y quizás con instrucciones secretas de poner fin a la guerra por cualquier medio a su alcance.

Hombre astuto, Davis comenzó por negociar con el General Mora, el permiso de sacar a las mujeres y niños americanos de Rivas, bajo la protección de la bandera de los Estados Unidos. Fue declarada una tregua para este propósito, y mientras estaba todavía en vigor, le sugirió a Mora y a los aliados del Norte que permitieran al mismo tiempo la salida del ejército de Walker. Encantados, le complacieron. Posteriormente Mora admitió que en otros veinte días más sus pérdidas debido al cólera, le hubieran obligado a la cesación de la guerra. La única estipulación que puso fue que él debería recibir toda la artillería y municiones de Walker. El 30 de Abril, Davis le escribió una carta a Walker, que le fue llevada por un oficial de Mora bajo una bandera blanca, en el sentido de que su situación era desesperada y que Walker debería estar bien advertido de rendirse, él y sus hombres, a los Estados Unidos, representados por Davis. Si esta oferta no era aceptada, continuaba Davis, él capturaría la Granada en San Juan del Sur, cortando con ello su última esperanza de escapar.

La amenaza enfureció a Walker; y al mismo tiempo le hizo ver la inutilidad de más resistencia, por lo que contestó que estaba dispuesto a negociar los términos de su capitulación. Siguió conferencias, que se distinguieron principalmente por su determinación de obtener la seguridad de aquellos soldados nicaragüenses que habían continuado en el servicio de su ejército, no firmaría ningún convenio que no les permitiera volver pacíficamente a sus hogares. Ni tenía intención alguna en permitir que los costarricenses se beneficiaran de su artillería. Las cláusulas de capitulación, aunque exigían la entrega de sus piezas de campo, no estipulaban si debían estar en buen servicio, por lo que Henningsen y sus oficiales procedieron sistemáticamente a destruir todos los morteros y cañones, así como un arsenal que habían construido.

El primero de Mayo de 1857, a las cinco de la tarde, Walker se dirigió a sus hombres por la última vez. Sus breves frases eran en una forma incapaz de dar mucho alivio a sus descorazonados y hambrientos seguidores. El tono, sin embargo, era desafiante, las ideas lejos de sus miserias actuales. Uno sospecha que fue debido a su lejanía y despego de las cosas que

pudo conservar su propia moral durante el sitio, si se hubiera identificado con sus hombres sus desgracias le hubieran destruido. Les dijo que se tendrían que separar "por ahora". Que ellos "habían escrito una página de la historia americana que sería imposible borrar u olvidar. Del futuro, si no del presente, debemos esperar un justo juicio". Luego agradeció a sus oficiales y a los hombres que habían servido bajo su mando, y permaneció a un lado mientras el General Henningsen explicaba los términos de rendición y les señalaba el orden de marcha. Walker y su estado mayor irían a San Juan del Sur a entregarse al Comandante Davis a bordo del *St Mary's*. El resto del ejército y los no combatientes serían llevados por la ruta del Tránsito a Greytown, a bordo de otro buque de guerra de los Estados Unidos, el *Wabash*, el Comodoro Paulding en comando.

El hecho de que Walker y sus más altos oficiales eran prisioneros de Davis, no fue comprendido por muchos de sus hombres. Ni estaban interesados en sus planes para el futuro que ya bullían en su mente, y los que exigían su regreso a los Estados Unidos a la mayor brevedad. Para los más recientes reclutas, para aquellos que le conocían menos y no habían sentido el impacto de su personalidad, la cruda realidad era de que los abandonaba en los momentos más difíciles de sus vidas. Su partida, abrupta y sin emociones, era para ellos la culminación de una pesadilla. Desde el momento en que lo vieron alejarse sus resentimientos acumulados cobraron fuerza. Se sentían para con él como los restos del Gran Ejército de Napoleón pudieron haberse sentido cuando éste lo abandonó en la retirada de Moscú. La alta política no significaba nada para los descorazonados hombres en las filas del ejército de Walker. Habían aguantado hambres, heridas purulentas, fiebres, moscas, niguas, piojos, disentería, habían vivido en un miasma de sangre, hediondecas, temores y miserias, habían visto a sus amigos, y aun a sus mujeres y sus niños, sufrir y morir en Nicaragua, y ahora su jefe, el hombre por quien habían arriesgado todo, los abandonaba. Así se sentían. El y sus oficiales iban a caballo. Ellos tendrían que caminar, o cojear si es que estaban heridos, las millas que separaban a Rivas del Lago de Nicaragua. El estaría en manos de Americanos, ellos fueron dejados a merced de los costarricenses. La ira crecía en ellos durante el tardado viaje a través del Lago de Nicaragua y el río San Juan hasta Greytown. Aunque las tropas de Mora se refrenaron de abiertas violencias, no perdían la oportunidad de robarles las pocas pertenencias que todavía les quedaban, y los humillaban. Las raciones que les daban apenas si eran comibles. Cuando por fin se arrastraron a bordo del *Wabash*, los oficiales del barco se sorprendieron y se llenaron de piedad ante su situación, y el viaje de regreso, por un mar tormentoso, fue un largo himno de odio para Walker.

V

Después de la llegada de Walker a bordo del *St. Mary's* se desarrolló una crisis pues el Comandante Davis insistía en la rendición de la goleta *Granada*. Esto no constaba en las cláusulas de rendición, pero cuando

Walker y Fayssoux se demoraban a entregarla, Davis amenazó con hundirla allí mismo y emplazó los cañones en la pequeña embarcación. Después de una seria protesta, Walker escribió una nota a Fayssoux "Entregue la *Granada* a los Estados Unidos". A la injuria que recibía se le agregó otra, cuando Davis entregó el barco a los costarricenses, mas posteriormente expresó satisfacción cuando la incompetencia de su timonel bajo la bandera de Costa Rica hizo que la denudada embarcación se encallara y se perdiera.

En total, 2 500 americanos habían servido bajo Walker en Nicaragua —nunca más de 800 en un encuentro— contra fuerzas enemigas calculadas por Henningsen en 17 000. Del total de alistados americanos, 1 000 murieron de heridas o enfermedades, 700 se desertaron, 250 fueron dados de baja y 80 fueron capturados por el enemigo. Henningsen, un entrenado observador militar, creía que cerca de 5,800 centroamericanos deben haber sido muertos o heridos en combates durante la guerra, pero cuántos habían muerto por enfermedad no podía calcular.

La prensa del mundo habló mucho de la rendición. El *Timés*, de Londres, lamentaba que Davis no haya dejado que Walker fuera exterminado por los costarricenses, y Greeley de la *Tribuna* secundaba ese mismo sentimiento. Pero Walker tenía sus defensores. El Senador Toombs, de Georgia, expresó su ira ante la conducta de la administración en este asunto, diciendo en el Senado que Walker "había sido arrojado de la Presidencia de Nicaragua por una invasión extranjera, ayudada por el Comandante Davis de la Marina de los Estados Unidos". *Harper's Weekly* tomó la posición de que la derrota de Walker se debió principalmente a Vanderbilt y Spencer, y sorprendió a sus lectores al dar a entender que sería bueno para Centro América si Walker pudiera anegarse con la Compañía del Tránsito y asumiera de nuevo la Presidencia del país.

VI

Los siguientes movimientos en el tablero de Washington se podían pronosticar. El Ministro de Costa

Rica anunció que su país tenía un legítimo reclamo a la ruta de tránsito nicaragüense y planeaba participar en su futuro control. Vanderbilt protestó. Buchanan dijo que debía observarse en todo la legalidad. El Senador Benjamin y un asociado suyo salieron de Washington para la ciudad de México con la intención de firmar un contrato por la ruta de tránsito en Tehuantepec.

Entonces, como sucedió a menudo durante su administración, las esperanzas de Buchanan de realizar algo resultaron fallidas al primer reto. Ni él ni Benjamin esperaban que Soulé les pusiera obstáculos en México. Violentamente indignado por el derrumbe de sus esperanzas en Nicaragua, el padre del Manifiesto de Ostende se propuso frustrar a Buchanan por todos los medios a su alcance. Los funcionarios Mexicanos dieron oídos a su elocuencia y habilidad políticas, y la negociación de Benjamin inmediatamente perdió fuerza y se detuvo en seco.

He aquí otro nuevo motivo de embarazo para el Presidente. Si una empresa de tránsito americana no podía establecerse en Tehuantepec, entonces la ruta nicaragüense tenía renovada importancia. Tardíamente, presentó la cuestión de su futuro a Inglaterra. Envió una carta casi lastimera a su amigo Lord Clarendon. "Creo que usted debe mantener a sus protegidos de Centro América en mejor estado. Desearía poder hacerle creer que los intereses de los Estados Unidos en esa región son los mismos suyos. Su favorita especial, Costa Rica, está empeñada ahora en convertir su patriótica ayuda a su hermana república contra los filibusteros, en una guerra de conquista, y modestamente reclama el derecho de vender la ruta del Tránsito al mejor postor".

Buchanan añadió luego, en su primer borrador de la carta, tal como se conservó en sus archivos, la siguiente frase "A esto jamás me someteré". Sin embargo, característicamente tachó la palabra "jamás" y la carta que llegó a Clarendon decía simplemente "A esto no me someteré". Luego en un tono de queja, el Presidente se lamentaba "Ambos de nuestros países y el mundo estarían mejor si el tratado Clayton-Bulwer no hubiera existido".

PARTE TERCERA

T O D O O N A D A

"Que su éxito hubiera servido para el beneficio de la civilización, pocos, quizás, en vista de las condiciones actuales de Centro América, serían tan torpes como para negarlo".

W O Scroggs sobre Walker,
en *Filibusteros y Financieros*

"Si él hubiera tenido éxito, la Guerra Civil se hubiera pospuesto, quizás nunca hubiera estallado, o hubiera tenido otro resultado".

Lawrence Greene sobre Walker,
en *El Filibustero*

Capítulo Dieciocho

AL CONJURO DE SU NOMBRE

I

El había ido a Nicaragua en nombre de la Democracia y los Democráticos Nicaragüenses se volvieron contra él. El había comenzado con un sentido de la misión de los Estados Unidos en el mundo, y el Gobierno de los Estados Unidos lo rechazó. El estuvo por la gradual eliminación de la esclavitud, y ahora el mundo lo conoce como un esclavista. Sus propósitos han sido tan retorcidos que se les ha sacado toda su esencia idealista. El ya no podría mantener la concepción Byronica de sí mismo. Pero para el Americano corriente él era todavía héroe entre los héroes. Se dio cuenta de ese hecho por la apoteósica recepción que tuvo a su llegada a New Orleans, el 27 de Mayo de 1857. Llegó la noticia de Washington que, por orden del Presidente, no se le acusaría por violación de las Leyes de Neutralidad. Era un hombre libre. Una vitoreante multitud estaba en los muelles, los hombres le rodeaban, lo levantaron en hombros, lo llevaron a un carruaje que lo esperaba, formaron un desfile, marcharon tras él al suntuoso Hotel St Charles, donde habían aposentos reservados para él. Tan numerosos y persistentes eran los gritos de las gentes en la calle, que se vio obligado a salir al balcón de su apartamento y pronunciar un breve discurso. Esto no era suficiente. Sus admiradores invadieron el Hotel y rehusaban salir hasta no verlo de nuevo.

Bajó a la rotonda, subió a una mesa, habló de su satisfacción de estar de regreso en New Orleans y prometió que daría un informe completo de sus experiencias en una reunión masiva que se estaba entonces organizando. Finalmente la muchedumbre se dispersó, a leer los periódicos que blasonaban el regreso del héroe en sus primeras páginas. Cuando el periodismo pomposo disminuyó, los editores llenaban las columnas con panegíricos, en prosa y en verso, enviados por sus lectores. Una dama de la ciudad envió quince estanzas sobre el tema de la grandeza de Walker. "Toda gloria a tí, Jefe! Que la bendición del cielo caiga sobre tu frente enardecida!" Y así en adelante. Las mujeres, especialmente, encontraban irresistible la combinación de su fama y su apariencia juvenil. Las cartas que le escribió una joven enamorada son vividas todavía un siglo después. Cuando una noche llegó tarde al teatro y lo reconocieron, gargantas femeninas se unieron en su mayor parte a los vítores con que fue recibido. La función se interrumpió, los actores y la concurrencia le aplaudieron, la orquesta tocó el himno nacional, y lo vitorearon durante diez minutos. "Nunca" comentó un escritor francés, "un monarca victorioso ha sido más aclamado por un pueblo delirante de felicidad".

En la reunión masiva llevada a cabo al aire libre dos noches después, estuvo en una plataforma adornada de banderas de los Estados Unidos y de Nicaragua, habló por dos horas, haciendo pública su intención de regresar a Centro América y completar la tarea que había comenzado. La prensa de New Orleans

informó que su discurso fue una *tour de force*, una historia hablada de su carrera en el istmo, y una explicación —señalando francamente al Secretario de Estado Marcy, al Comodoro Vanderbilt y al Gobierno Británico— de las razones por las que no había tenido éxito. Hablando del Presidente Buchanan, sin embargo, Walker fue reservado, ya se habían hecho arreglos para una conversación con él en la Casa Blanca. Un periódico preguntaba si él estaría planeando un futuro político en los Estados Unidos. Si así era, el respaldo popular estaba establecido al conjuro de su nombre.

II

Walker no podía hacer caso omiso de que todos los vítores eran de los hombres cuya política él había atacado unos pocos años antes. Como otros cuyos principios guadores se habían derrumbado bajo presión, él podría alcanzar el olvido sólo duplicando la intensidad de sus nuevas convicciones y auto sugestionándose con su repetición. Viajando hacia el Norte, afirmaba en cada discurso no sólo que la introducción de la civilización Americana en Centro América era el camino de salvación para los Estados Unidos, sino que las instituciones sureñas tenían que prevalecer allí. Memphis lo recibió cordialmente. En Louisville, donde visitó a su hermana, Alice Walker de Richardson, la prensa le rindió los tributos reservados a los poderosos. En Cincinnati, los políticos Demócratas hicieron buenas migas con él. Aun en el cínico Washington, donde llegó el 12 de Junio, despertó extraordinario interés. Los periódicos informaron que en una larga conferencia privada en la Casa Blanca, le había dado al Presidente su versión de los sucesos en Nicaragua, y que había protestado las acciones del Comandante Davis, especialmente con respecto a la captura de la Granada. La objeción de Walker era de que si Davis no hubiera intervenido, los ejércitos Centroamericanos se hubieran desintegrado, mientras que la moral de sus hombres se hubiera sostenido con el conocimiento de que había una puerta de escape abierta para ellos. El presentó estos cargos oralmente primero, y después, por escrito.

Algunos meses más tarde, en un discurso en Mobile, Walker dijo que el Presidente, en esa reunión, no sólo le había oído con atención sino que realmente le había animado a hacer otro intento de conquistar Nicaragua. Los amigos de Buchanan se mofaron y acusaron a Walker de franca invención, sin embargo, no estaba lejos del carácter del Presidente hacer afirmaciones que Walker pudo haber interpretado como animadoras. Buchanan no era persona que iba a ofender a un visitante que tenía tal arraigo en la opinión pública como el que Walker tenía en el verano de 1857. De acuerdo a un Asistente Secretario de Estado que le servía entonces y que tenía frecuentes oportunidades de observarlo, el Presidente estaba lejos de ser el afable pusilánime que tan a menudo ha sido descrito. Por el contrario era "frío y calculador, con una mente

clara pero sin corazón con un cierto hábito de oblicuidad que a veces aparentaba falsedad y una cierta cautela que a veces degeneraba en astucia" ("Narrativa de W. H. Trescott", en la *American Historical Review*, Vol XIII, p 547) Era lo más fácil para Buchanan dejar caer algunas frases de simpatía y comprensión sin comprometerse realmente —frases que pudieran haber sido más efectivas porque Walker no sabía nada del compromiso del Presidente con el proyecto de Tehuantepec.

Con una fuerte reanimada confianza interior, Walker llegó al punto culminante de su triunfal gira New York. Allí, el entusiasmo de New Orleans fue sobrepasado con creces. Un comité de admiradores le recibió en New Jersey y le acompañó en un barco a Battery Park donde a pesar de la lluvia le esperaba un enorme gentío, al que satisfizo con un breve discurso. En el hotel, admiradores y reporteros le asediaban de la mañana a media noche. Era su intención pasar el tiempo en conferencias con miembros de su estado mayor en Nicaragua que se había reunido en New York, pero su agenda fue interrumpida. Cuando fue al Teatro de Wallack, como huésped del General y Señora de Henningsen, los vítores sólo se calmaron cuando la orquesta tocó "Hail, Columbia!" Walker fue obligado a hablar a la concurrencia desde el palco de Henningsen, y le pidió pusieran su atención en la pieza teatral que venían a ver. Al final, la aglomeración de gente fuera del teatro era tan grande que él y los Henningsen tuvieron dificultad en abordar su carruaje. Cuando finalmente llegó a su hotel, fue para encontrar que una banda militar le estaba esperando y tuvo que someterse a una larga hora de serenata.

Tan violenta invasión de su intimidad era más de lo que podía soportar. Tres días después de su llegada, abandonó secretamente el hotel y se recluyó en casa de un amigo, cuya dirección sólo era conocida de unos cuantos de los íntimos. Allí se dedicó al asunto que había venido a tratar. Este era nada menos que la formación de una secreta "Liga Centroamericana", con sucursales en las principales ciudades de los Estados Unidos, cada una de ellas bajo la dirección de un funcionario de confianza, para recoger fondos, voluntarios, y provisiones para una segunda expedición a Nicaragua. Henningsen estaba a cargo de la oficina de New York. Uno después de otro, los funcionarios principales recibían las instrucciones de Walker, como general de un verdadero ejército, y luego partían. "Nos reuniremos en Filipo", Henningsen les decía al despedirlos.

La decisión de Walker de esconderse de los reporteros de New York, no le hizo ningún bien ante sus ojos. Quizás se había olvidado que la furia de un reportero frustrado es peor que la de una mujer burlada. En los días anteriores, la mayor parte de los periódicos de la ciudad habían hablado de Walker con respeto. A pesar de sus controversias con Vanderbilt y Goicuría y su decreto de esclavitud, se le había reconocido extraordinario talento. Ahora la prensa estaba dispuesta a aprovechar la primera oportunidad de volverse contra él. Varios periódicos lo criticaron acerbamente por impugnar los motivos del Comandante Davis, quien después de todo "lo había salvado". Luego siguió un

ataque más serio, cuando la fragata del Comodoro Paulding, *Wabash*, llevando a bordo 140 refugiados de Nicaragua, incluyendo 13 mujeres y 5 niños, llegó a New York. Muchos venían enfermos, todos demacra-dos por las continuas privaciones, y desesperados por la inseguridad de sus futuros. Los reporteros que visitaron el *Wabash*, traían en sus cuadernos de notas suficiente material como para destrozarse una docena de reputaciones. Tal como lo veían los desgraciados del *Wabash*, Walker era cruel y sin corazón. Paulding agregó una nota, grandemente apreciada por la prensa, cuando informó que los hombres de Walker estaban tan llenos de piojos cuando se embarcaron en Greytown que el barco se le había infectado y que la tripulación tuvo que "bañarse en ron". Esta era una historia que hacía brillar los ojos de un editor. Una docena de artículos acres destruyeron el prestigio de Walker. El *Herald* admitió que las penalidades de los refugiados pudieran haber sido dictadas por acontecimientos que estaban fuera de su control, pero que Walker debía de probarlo. La prensa le acusó de falta de compasión, de frío cinismo, y finalmente de cobardía moral, pues los reporteros no habían podido localizarlo. "Ha escurrido el bulto", dijo la *Tribuna*. El hecho es que se había vuelto indiferente tanto a la alabanza popular como a la condenación periodística. Los acontecimientos hablarían por él, o nada lo haría.

III

No era un momento oportuno para recoger dinero. Un pánico financiero que había sacudido a la ciudad de Londres estaba repercutiendo en Wall Street. Los precios de las acciones cayeron; el crédito fue restringido, los negocios disminuyeron; los hombres perdían sus empleos, y una sombra de pesimismo cayó sobre el país. La decisión Dred-Scott y los informes de violencias entre esclavistas y antiesclavistas en Kansas aumentaban la inquietud general. Muchas promesas de apoyo le llegaban a Walker, pero muy pocas las respaldaban con dinero. A pesar de todo, hacía algún progreso. Se había ido a New Orleans, donde, manteniéndose fuera de la vista del público, había encontrado dinero suficiente que permitió a uno de sus agentes comprar un vapor, el *Fashion*, y un cargamento de armas y pertrechos. El reclutamiento no era problema, muchos jóvenes sureños estaban ansiosos de servir bajo Walker, a pesar de todas las vicisitudes sufridas por el ejército anterior. La cuestión principal era la que había afrontado en California dos años antes: si las Leyes de Neutralidad serían enforzadas contra él. Pronto tuvo la respuesta a esta interrogante. La administración Buchanan dio todas las señales de antagonismo. Particularmente significativo fue el hecho de que el nuevo Secretario de Estado, Lewis Cass, quien un año antes, cuando soñaba con la Presidencia, había respaldado a Walker y "los derechos de los Americanos para emigrar y llevarse sus armas", había revocado su posición. En subordinación a Buchanan, Cass ordenaba ahora a las autoridades federales en todos los puertos principales estar en guardia contra la salida de cualquier expedición filibustera.

El 30 de Noviembre de 1857, los alguaciles fede-

rales se presentaron en la casa de Walker y lo arrestaron. El no protestó. En la audiencia que siguió en el juzgado, el Fiscal de New Orleans presentó las pruebas de que el *Fashion*, que había anunciado la partida para Nicaragua, había tomado a bordo una extraordinaria cantidad de pertrechos, tales como los que se requieren en una campaña militar. Que los pasajeros eran filibusteros reclutados por Walker, era lo que el Fiscal tenía que probar, y el juez pensó que sería bueno someter a juicio a Walker, fijando la fianza de \$ 2 000. No había prueba real, sin embargo, de que el *Fashion* hubiese violado alguna ley. Estando Walker en tierra, y ninguno de sus hombres a bordo, el vapor fue permitido levar anclas y salir.

Con Pierre Soulé como su abogado, Walker encontró la fianza y, en libertad, procedió a ejecutar un plan cuidadosamente calculado para esa precisa situación. Mobile, aun más que New Orleans, simpatizaba con su causa, y era improbable que un funcionario federal allí tratara seriamente de impedir su salida. Ignorando el hecho de que estaba bajo fianza, él y unos cuantos miembros de su estado mayor abordaron el vapor correo que diariamente salía de New Orleans a Mobile. En cada sitio de llamada se le reunían pequeños grupos que habían salido previamente de New Orleans, y para el momento de su llegada a la Bahía de Mobile el vaporcito estaba repleto de hombres de Walker. Entre ellos estaban seis de los primeros "Inmortales".

Encontraron el *Fashion* anclado fuera de la Bahía, donde había tomado un cargamento de armas, y lo abordaron sin interferencia alguna. La prueba final estaba por venir. Un guardacosta se presentó a su lado y funcionarios federales subieron a bordo. Llevaban instrucciones, dijeron, para inspeccionar el vapor, sus pasajeros y la carga. Solemnemente cumplieron su deber, pero cuidadosamente lograron no ver armas algunas, ni señales de Walker ni sus oficiales, ni circunstancia sospechosa alguna. Con 270 hombres a bordo, incluyendo tales famosos veteranos como los Coroneles Hornsby, Anderson, Natzmer y Henry, y el Comandante Fayssoux, el *Fashion* fue permitido salir para Nicaragua, y un telegrama de Washington, ordenando la persecución del vapor, se perdió misteriosamente antes de llegar al funcionario federal a quien iba dirigido.

IV

Buchanan, por entonces, estaba empleado en persuadir a Inglaterra a descartar el Tratado Clayton-Bulwer, algo que Inglaterra no estaba dispuesta a hacer. La burla de las Leyes de Neutralidad por Walker no sólo hizo aparecer al Presidente como un tonto, sino que fue interpretado por el Embajador Británico, Lord Napier, como prueba de que los Estados Unidos tenían planes imperialistas en Centro América, y estaba por la violación del Tratado. De otra manera, ¿no se hubiera impedido la salida de Walker? Buchanan inmediatamente le aseguró a Napier que él tenía todas las intenciones de respetar el Tratado hasta no ser abandonado por mutuo consentimiento. El, entonces, le declaró la guerra a Walker. Envío una orden al

Secretario de la Marina, Isaac Toucey, intercepte el *Fashion*. Poco después, Buchanan envió su primer mensaje anual al Congreso urgiendo la aprobación de leyes que fueran "efectivas en impedir a nuestros ciudadanos cometer tales desmandos" como el perpetrado por Walker. La expedición de Walker no podría "hacerle bien alguno al país" sino que estaba seguro de que "dañaría a sus intereses y a su carácter".

El sorprendente vigor del ataque del Presidente contra Walker tenía un astuto propósito político. Aunque Buchanan profesaba personal aversión a la esclavitud por razones morales, había encontrado políticamente ventajoso favorecer los intereses esclavistas en Kansas. Para justificar su política, el Presidente había llegado a una estricta y estéril interpretación de la Constitución que le permitía sostener que el problema de la esclavitud en Kansas y en cualquiera otra parte podía afrontarse simplemente por "la debida administración de justicia". Su posición en Kansas había provocado esperanzas irreales en el Sur y extrema agitación abolicionista en el Norte. Fuerzas irreconciliables en ambos bandos estaban aumentando sus poderes. Pero habiéndose ganado a los Sureños en el Congreso con su política en Kansas, Buchanan tuvo que enfrentarse al fuego pesado que le emplazaba la prensa Norteña. Necesitaba mostrarse ante el Norte, si pudiera, después de todo, como neutral en la cuestión de la esclavitud. Walker le dio la perfecta oportunidad. Este estaba respaldado por esclavistas, al atacarlo, por lo tanto, el Presidente parecería estar atacando la esclavitud, una posición que él calculaba apaciguaría a los críticos norteños. Y fue una táctica segura en el Sur, pues los líderes sureños del Congreso estaban tan ansiosos de mantener inalterable la política de Buchanan en Kansas, que no estaban deseosos de hacer un esfuerzo decidido a favor de Walker. Era pura política, y era fácil para Buchanan condenarlo sin misericordia.

Pero la redacción de la orden del Secretario Toucey al Escuadrón Naval del Caribe, pidiendo la interceptación de Walker, era tan vaga como para crear incertidumbre en cada oficial que la recibió. Uno de ellos llegó hasta pedir aclaración al Secretario: "Debería capturar un barco sospechoso en un puerto extranjero?", o para no arriesgar un procedimiento ilegal, debería simplemente impedir que los pasajeros bajen a tierra? Y si los pasajeros reclamaban que ellos eran pacíficos viajeros? La respuesta de Toucey duplicó la duda. Un oficial naval no podía actuar, por supuesto, por meras sospechas. No debería haber, por supuesto, interferencia alguna con el comercio legal. Por supuesto que no debería haber violación de territorio extranjero. Pero si la embarcación "estaba manifiestamente empeñada" en filibusterismo, debería ser interceptada y debería impedirse el desembarque de sus hombres y sus armas. No decía el Secretario cómo podía hacerse esto, pero la corbeta *Saratoga*, bajo el Comandante Frederick Chatard, fue ordenada al puerto de Greytown.

Walker, que había previsto que tales medidas serían tomadas, les pareció a sus compañeros en el *Fashion* extrañamente indiferente, como si tuviera un conocimiento íntimo de los acontecimientos que vendrían.

Tan seguro estaba del éxito, que había traído aun al editor de *El Nicaragüense*, John Tabor, varias fuentes de tipos, y el Gran Sello de Nicaragua, que se había llevado consigo. Los nueve días de viaje desde Mobile fueron empleados en organizar sus fuerzas y en ejercitar a sus hombres. Su estrategia había sido estudiada debidamente. El primer paso esencial era la captura de los vapores del Tránsito en el río San Juan y el pequeño fuerte del Castillo de San Carlos, que dominaba la entrada al Lago de Nicaragua. Tratar de avanzar sobre el San Juan desde Greytown era imposible; los vapores del Tránsito podrían ser prevenidos de antemano y se escaparían al Lago. Sorprenderlos era esencial y Walker sabía cómo hacerlo. Un brazo del San Juan, conocido como el Colorado, que llegaba al mar en un punto desolado de la costa varias millas al Sur de Greytown, se sabía que no estaba resguardado. En vez de intentar desembarcar en Greytown, el *Fashion* desembarcaría, en tres botes, una compañía de hombres escogidos, bajo el Coronel Anderson en la boca del Colorado, esta fuerza remaría río arriba, capturaría el primer vapor que encontrara, luego capturaría los otros vapores a medida que fueran llegando, enseguida, desembarcaría en el Castillo de San Carlos bajo el amparo de la bandera de Costa Rica y desarmaría la descuidada guarnición. Los vapores luego serían enviados de regreso a traer el resto de las fuerzas de Walker, llevarlas río arriba y a través del Lago de Nicaragua. Antes de que pudiera movilizarse un ejército contra ellos, se tomarían la Bahía de la Virgen, Rivas y San Juan del Sur. Para entonces, los refuerzos ya organizados por Henningsen en los Estados Unidos habrían llegado, y con ellos barrerían hacia el Norte a Granada, Masaya, Managua y León, y Nicaragua estaría una vez más en manos Americanas.

De acuerdo con este plan, el *Fashion* costó el puerto de Greytown y en un torrencial aguacero llegó a la boca del Colorado sin ser observado. Después de ver a Anderson y sus hombres en camino, Walker ordenó salir a alta mar, y navegar despacio a lo largo de la costa durante la noche, calculando su llegada a Greytown a la luz del día la mañana siguiente, a una hora en que, obviamente, ningún barco filibustero se atrevería a provocar los cañones del *Saratoga*.

V

A las siete de la mañana del 24 de Noviembre de 1857, el Comandante Chatard del *Saratoga* vio al vapor *Fashion* entrar al puerto de Greytown con unos quince pasajeros sobre cubierta. Cuando se puso al habla con el barco, un oficial de éste respondió algo que aquél no pudo oír claramente, excepto la palabra "tránsito". Sabiendo que los intereses de Vanderbilt intentaban reclamar las propiedades de la Compañía del Tránsito, Chatard llegó a la conclusión que tal era el propósito del grupo a bordo del *Fashion*, y no hizo esfuerzo alguno por interferirles el paso. Unos pocos minutos después, cuando el vapor estaba atado al muelle, se llevó la sorpresa de su vida. Todos a una los puentes del *Fashion* estaban cubiertos de hombres riéndose, portando rifles y saltando a tierra.

Las órdenes de Chatard no le daban derecho a usar la fuerza contra los filibusteros, una vez que hubiesen desembarcado. Solamente si ellos presentaban violencia contra los miembros de su tripulación, podría justificar el uso de sus cañones para ejercer coerción contra estos Americanos en suelo extranjero. Provocar tal acción hostil, era ahora el propósito del humillado Comandante, y en esto mostró considerable inventiva. Envío a tierra a sus marineros para impedir que Walker ocupara con sus hombres los edificios de la Compañía del Tránsito, para así obligarlos a acampar a cielo descubierto, exponiéndolos a las torrenciales lluvias tropicales. Los oficiales del *Saratoga*, haciendo caso omiso de los centinelas de Walker, se metían al campamento, muchos de ellos aun sin uniforme, para provocarlos. Con más malevolencia, los artilleros del *Saratoga* fueron ordenados usar una área a pocas yardas de distancia del campamento de Walker para práctica de cañoneo.

Comprendiendo la estrategia de Chatard, Walker ordenó a sus inquietos hombres no hacer caso a las provocaciones y tranquilamente movió su campamento a un lugar más seguro, mientras esperaba noticias de Anderson. No se sometió, sin embargo, a la presión de Chatard. El oficial comandante del escuadrón al que pertenecía el *Saratoga*, el Comodoro Paulding, se sabía estaba en su estación en Panamá en su buque insignia, el *Wabash*, y Walker envió al *Fashion* a buscarle con una carta detallando las provocaciones de Chatard. Casi al mismo tiempo, un rápido vapor correo británico llegó a Greytown, y Chatard se aprovechó de su presencia para escribir a Paulding por su parte. Con su informe oficial iba una nota personal y altamente emotiva que más tarde figuró en la investigación Congressional. No podía explicar cómo había permitido que Walker lo engañara. "De cualquier manera que fuera yo estaba idiotizado. Le ruego, señor, del modo más formal, venga y me aconseje. Estoy en un terrible estado de ánimo y veo el futuro tenebroso". Tenía razón para temer el futuro; el Secretario Toucey, al oír su lapso, le suspendió.

En el campamento de Walker, días de incesante lluvia pasaban sin tener noticias de Anderson. El lodo, los insectos y el aburrimiento hacían sus estragos en los hombres de Walker. El mismo comenzó a sentarse todas las noches a la orilla de una hoguera a esperar señales en el río. En la tarde del duodécimo día, cuando la confianza iba desapareciendo, una canoa nativa apareció en el San Juan con uno de los hombres de Anderson sentado confortablemente a popa con su rifle, mientras dos costarricenses, sus prisioneros, manejaban los remos. Las noticias que traía lanzaron al campamento en alegres demostraciones de contento. La expedición de Anderson había sido un éxito completo. Sin la pérdida de un solo hombre, había capturado los vapores del río y el Fuerte San Carlos, y aunque ciertos problemas de navegación habían retardado la salida de los vapores, éstos venían en camino hacia Greytown. En un par de días Walker y sus hombres podrían desplazarse río arriba.

La reanimación de los espíritus no duró mucho. Antes que algún vapor de río llegara, el *Wabash* entró a la bahía y ancló lo más cerca posible del cam-

pamento de Walker Poco después se le juntó otro buque americano, el *Fulton* y otros dos buques de guerra británicos Con el *Saratoga*, estos barcos llevaban más de 200 cañones Las pinazas iban de aquí para allá y los comandantes fueron atendidos con una cena por el Comodoro Paulding a bordo del *Wabash* El Comodoro, un hombre alto, robusto y ambicioso, había estado sumamente contrariado por la idea que un barco de la Marina de los Estados Unidos, y de remate un barco de su propio escuadrón, estuviese en la piqueta Cuando los oficiales británicos sugirieron que los barcos de ambas naciones se juntaran en coger prisionero a Walker, él rehusó, quería la cabeza de Walker para sí

Su primer paso fue que las pinazas del *Saratoga* fueran río arriba, aparentemente por agua potable, pero en realidad a establecer un bloqueo del río Cuando dos de los principales oficiales de Walker, Hornsby y Fayssoux, llegaron a bordo del *Wabash* a presentar una protesta formal por este procedimiento, el Comodoro Paulding no les hizo caso, y dio órdenes para que no se les permitiera abandonar el barco Se les agregarían, les dijo, Walker y sus hombres, a quienes haría prisioneros dentro de poco

Trescientos marinos se enviaron a tierra a tomar posiciones que impedirían a los filibusteros avanzar al interior, y los barcos se pusieron en forma de ataque a la costa Walker podía ver claramente las bocas de los cañones y a los artilleros tomar sus puestos de combate Algunos de sus hombres, no pudiendo soportar el desengaño, le instaban a luchar, pero él rehusó permitir tan insensato sacrificio de la vida Todavía tenía la cabeza en alto, nadie que le observara podría haber imaginado que todas sus esperanzas se le volvían cenizas en la boca Cuando llegó una pinaza del *Fulton*, con uno de los oficiales de Paulding, el Capitán Engle, a bordo, Walker salió cortésmente a recibirle Se estrecharon las manos, y Walker escuchó tranquilamente mientras Engle leía un mensaje de Paulding. El y sus hombres abordarían los barcos de la Marina y serían regresados a los Estados Unidos, o se les haría fuego por mar y tierra Como señal de rendición, bajaría la bandera de Nicaragua que ondeaba sobre su campamento

Walker sencillamente dijo a Engle "Me entrego a los Estados Unidos", y ordenó a sus hombres rompieran campo De los dos, Engle pareció más impresionado "General", le dijo a Walker, "me apena ver a un oficial de su capacidad empeñado en tal servicio Nada me daría más gusto que verle al frente de fuerzas regulares"

El cáliz de amargura de Walker se rebasó, cuando en ese preciso momento, uno de los tardados vapores de río apareció con algunos de los hombres de Anderson a bordo, listo a comenzar el movimiento de sus tropas río arriba. Tuvo que observar cómo el vapor era capturado por los marineros de Paulding y los hombres hechos prisioneros

Habiendo concluido su obra sin oposición, Paulding estaba dispuesto a ser considerado Otro oficial bajó a tierra a asegurar a Walker que, una vez a bordo, él y sus oficiales, en vez de ser tratados como prisioneros, serían aposentados de acuerdo con sus ran-

gos Una respuesta cortés de parte Walker le agradecía el gesto, agregando de que él no buscaba privilegios que no fuesen concedidos a sus hombres Esta respuesta, tergiversada en su transmisión, llegó a oídos de Paulding como un terco rechazo, "El General Walker no pide privilegios especiales", que lo hirió profundamente Su siguiente comunicado fue una breve orden a Walker que se embarcara inmediatamente en el *Fulton*, donde el Comodoro había transferido su insignia

Pocos minutos más tarde Walker estaba en el despacho de Paulding, recibiendo una reprimenda en un tono y en términos que ningún hombre se había atrevido a hacerlo desde que era un niño en casa de su padre El y sus hombres eran una afrenta para los Estados Unidos Ellos habían deshonrado al país No eran más que piratas y asesinos Por la primera vez el auto dominio de Walker se rompió bajo el peso de la ira reprimida y del fracaso Con una curiosa mezcla de satisfacción y simpatía, el alto y elegantemente uniformado Comodoro vio lágrimas en los ojos del andrajoso hombrecito a quien todo el mundo conocía Tanto, por lo menos, se sugiere en una carta que Paulding escribió a su esposa "Este diablo, corazón de león, que tan a menudo ha destruido las vidas de otros hombres, llegó hasta a mí, se humilló, y lloró como un niño Tú puedes suponer que me haya vuelto como mujer, pues desde entonces lo he tenido como huésped en mi camarote Reímos y conversamos como si nada hubiese sucedido, y tú pensarías viéndolo con el capitán y conmigo, que era uno de nosotros Es un tipo astuto y requiere un tipo astuto para tratar con él He tomado medidas fuertes para forzarlo salir de un territorio neutral Esto puede hacerme Presidente o me puede costar el puesto".

La inquietud de Paulding ante las posibles consecuencias de sus acciones, aumentó cuando el *Fulton* arribó a su base de Panamá El había aceptado la palabra de Walker de dirigirse a New York por barco de pasajeros y allí entregarse a las autoridades federales, y su deseo de agradar al prisionero antes de separarse se expresó en numerosas cortesías para con él Indicando que pasarían cinco días antes de que el siguiente vapor saliera para los Estados Unidos, invitó a Walker a permanecer por ese tiempo en su confortable cabina del *Fulton*, en vez de buscar alojamiento en un pulgoso hotel de la ciudad. Walker declinó la oferta, no deseaba compartir otra comida más con su captor Era demasiado esperar que pudiera perdonar al único hombre que había perforado la coraza de su auto dominio Desde ese momento renació su enemistad.

VI

Dos abogados distinguidos y un general del ejército, todos amigos de Walker, le acompañaron cuando se ofreció entregar al Alguacil Mayor de New York Un aspecto irónico de la situación se presentaba en el hecho de que el Alguacil mismo era uno de los grandes admiradores de Walker, el Capitán Isaiah Rynders, un líder de Tammany Hall, que había tomado gran parte en la organización del apoyo popular para Wal-

ker El arresto, dijo Rynders, estaba fuera de la cuestión, puesto que él ni tenía órdenes ni instrucciones. Siguió una conferencia, y en ella se decidió que él y Walker irían a Washington y presentarían el problema a la administración. Para entonces, reporteros impacientes se aglomeraban en la oficina del alguacil y exigían una declaración de Walker. Les dio una que llenó los titulares el siguiente día. Paulding había invadido el territorio de una nación amiga e insultado su bandera. El gobierno de los Estados Unidos tenía la obligación de remediar tan craso error. Esto podría hacerse llevando a Walker y a sus hombres al mismo lugar de donde fueron sacados a la fuerza. Con esto, dejando a los reporteros boquiabiertos, partió con Rynders para Washington.

La salida de Walker había enfurecido a Buchanan, su regreso lo llenaba de embarazo. Paulding, inequívocamente, había excedido su autoridad. La indignación sureña se expresó en reuniones masivas en las que Paulding fue denunciado en términos anasionados y se exigía su merecido castigo. Se pasó una resolución en New Orleans urgiendo al Gobierno, no sólo regresar la expedición de Walker a Nicaragua, sino indemnizarla por las pérdidas "sostenidas por la captura, detención y privación de su libertad y propiedad", y varios senadores ofrecieron voluntariamente iniciar la acción Congresal con ese fin.

A cada momento el tema tomaba la forma de una disputa personal entre el Presidente y Walker. Como siempre, Buchanan se movía con gran cautela. Cuando el filibustero apareció en Washington, Cass prontamente anunció que no había razón para mantenerlo bajo custodia. Walker presentó su caso en una larga carta al Presidente, carta que dio a la publicidad. Su expedición había sido justificada, insistía, por la ley y la moral. El era el Presidente en exilio de un gobierno extranjero que había sido reconocido por el gobierno anterior. Era su derecho y su deber para Nicaragua buscar el restablecimiento en el poder de aquel gobierno, con o sin la ayuda de los Estados Unidos. "Algunos le han dicho, yo sé, que yo soy un hombre 'sin fe y sin misericordia', pero desde el principio hasta el fin de mi carrera en Nicaragua, reto al mundo que produzca una sólo violación de la fe pública".

Para con los métodos de Paulding, expresó no tanto resentimiento como desdén. "Mucho más doloroso que la rendición fue el que se nos dijera que estábamos allí para deshonra de los Estados Unidos... Habían hombres en aquella arenosa playa, Señor Presidente, que habían llevado su bandera en alto (en México) en medio del grueso de sus enemigos que habían encabezado a sus soldados a través del continente en el camino del honor y del deber. Yo pido la justicia que es su alta prerrogativa el dispensarla.

"Pero permítame concluir añadiendo que... ninguna interferencia ilegal extrema—ninguna suma de palabras duras y epítetos injustos—podrán desanimarnos de seguir el camino que está delante de nosotros".

El día en que esta carta apareció publicada, el 4 de Enero de 1858, el Senado pasó una resolución pidiendo al Presidente "la correspondencia, instrucciones

y órdenes a las fuerzas navales en la costa de Centro América, en relación con el arresto de William Walker y sus asociados". Buchanan ahora se vio obligado a contestar, y lo hizo en una comunicación de considerable ingenio. "Al capturar al General Walker y su comando... el Comodoro Paulding ha cometido, en mi opinión, un grave error. Mas es evidente, sin embargo... que esto fue hecho por motivos puramente patrióticos". El Presidente, haciendo así clara su intención de dejar ir impunemente al Comodoro, pasó rápidamente a un terreno más seguro. En una nota de afirmación, aunque vacía, profetizaba diciendo "La marea de emigración correrá hacia el Sur... Centro América pronto tendrá una gran población Americana que conferirá sus bendiciones y beneficios sobre los nativos y sus gobiernos respectivos". Por lo tanto, daba a entender, Walker y sus métodos no eran necesarios. Luego pasó a decir que creía en el "Destino Manifiesto" del pueblo americano para dominar el Hemisferio Occidental, pero "ninguna administración puede dirigir con éxito las relaciones exteriores del país en Centro América... si se le interfiere a cada paso con ilegales expediciones militares preparadas en los Estados Unidos".

Un anitado debate siguió tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados. Se introdujeron resoluciones contrarias, una pedía el castigo oficial de Paulding, otra pedía la presentación de una medalla de oro por su acción en Nicaragua. Por días todo otro asunto se hizo a un lado mientras Walker y Paulding, eran a su vez, duramente criticados y ardorosamente defendidos. Quince senadores pronunciaron discursos, cubriendo todos los aspectos de la controversia. Se hacía la pregunta, ¿cómo es que Paulding, si consideraba a Walker y a sus hombres como "bandidos que habían salido de nues tras costas con el propósito de saquear y asesinar"—palabras del Comodoro en su propia defensa—cómo es que había hecho a Walker su íntimo compañero en el *Fulton*, comía con él, le llamaba siempre "general", y aceptó su palabra de honor de que regresaría a New York? La pregunta quedó sin contestar.

El ataque más duro contra Walker fue el del Senador Slidell, de Louisiana, gran amigo de Buchanan, quien afirmó extensamente que Walker era un pirata sediento de sangre que no merecía la consideración de su país. Por fin, los agotados senadores y el Presidente llegaron a un compromiso. Todas las resoluciones se retirarían. Mientras Paulding era levemente censurado por el Secretario de la Marina y temporalmente suspendido de su mando, Walker no recibiría estímulo alguno. Cuando todo hubo terminado, la administración de Buchanan estaba todavía firme contra él y el Congreso tan dividido como antes.

VII

Por la recepción que recibió mientras viajaba hacia el Sur de Washington, uno podría pensar que Walker venía con renovados laureles de conquistador, en vez de un hombre que había fracasado dos veces en sus propósitos y que había sido rudamente castigado por el Presidente y muchos senadores de su nación. En

Richmond y Montgomery donde se le colmó de honores, recordó a sus auditorios que antes de salir de New Orleans para Nicaragua había sido arrestado y puesto en libertad bajo fianza, ahora volvía para insistir en ser juzgado por violación de las Leyes de Neutralidad. En Mobile, pronunció un discurso sobre el tema de su disputa con Buchanan. Fue en este discurso, pronunciado el 25 de Enero de 1858, que sacó a luz el apoyo de Buchanan al proyecto de Tehuantepec y la intervención de Soulé en hacerlo fracasar.

El estilo del discurso de Mobile y el de las cartas que Walker escribió sobre los asuntos de Davis y Paulding, sugieren el profundo cambio psicológico que se llevaba a cabo en él. La antigua nota de altura de miras, los paliativos destellos de ironía habían dado paso a la ardiente indignación y al frío legalismo. Mientras se consideraba como un misionero del Americanismo y la democracia su personalidad tenía colorido y calor, pero ahora parecía movido por un demoníaco empuje de realizar "su destino". A la edad de treinta y tres años, la única posibilidad de vida que le interesaba era el de regresar a Nicaragua.

Más quizás por esa misma razón su poder para entusiasmar a su auditorio nunca fue mayor. El discurso de Mobile tuvo un éxito inmenso, una exposición devastadora de la inconsistencia de Buchanan. La posición del Presidente, afirmó Walker, nada tenía que ver con los principios. Seguramente el coautor del Manifiesto de Ostende no era el hombre para defender las Leyes de Neutralidad! No era el filibusterismo en sí, el que provocaba la ira de Buchanan, dijo Walker. Lo que el Presidente realmente resentía era la alianza de Walker con Soulé que había impedido el proyecto de Tehuantepec. La administración estaba perfectamente deseosa de fomentar el filibusterismo en otra parte que no fuera en Nicaragua. El Secretario de la Guerra, John B. Floyd, había realmente incitado a Henningsen ayudar a una revolución en México y a una guerra con España, para tener un pretexto para la anexión de Cuba. Por lo tanto, los ataques de Buchanan contra Walker nada tenían que ver con los principios. Se debían comprender simplemente como asuntos de baja política que servían los intereses de los amigos del Presidente en Tehuantepec, y Walker estaba completamente justificado en su obstinada oposición.

El público captó excitadamente estas revelaciones. Floyd, quien no pudo negar que se había reunido con Henningsen, aseguraba que las afirmaciones que se le atribuían eran falsas. El Norte abolicionista le creyó, el Sur prefirió creerle a Walker, y se convenció aun más de que había dicho la verdad, cuando Henningsen partió para México a ofrecer sus servicios a un movimiento revolucionario en ese país.

El resultado práctico del discurso de Mobile pronto se vio en la Legislatura de Alabama. Profundamente impresionado por los argumentos de Walker, el Estado concedió una franquicia a la Compañía de vapores de Mobile y Nicaragua, que se sabía había sido formada por los sostenedores de Walker. Simultáneamente la Liga Centroamericana fue revivida bajo el nombre de Sociedad de Emigración Sureña, y sus suscritores por todo el Sur comenzaron de nuevo la tarea de recoger fondos y encontrar reclutas para el servicio de Walker. Las contribuciones eran al principio tardadas, pues aun los más ardientes sostenedores comprendían ahora el peso de las desventajas contra Walker. Finalmente, emprendió una extensa gira de conferencias, y esto resultó más provechosa. Oyéndole, los auditorios sureños llegaron a convencerse que Nicaragua era la llave de su futura seguridad, y respondían con substanciales donaciones para la causa "El General Walker", declaró un periódico después de uno de sus discursos, "podría recoger un millón de dólares en el Condado de Dallas, Alabama, para Americanizar a Centro América".

Aun después de dos fracasos, él conservaba todavía el brillo. No era la triste lealtad por un ídolo caído, ni la lealtad de la nostalgia, la que le daba el Sur, sino una fe vibrante de que podrían aun alcanzar su propósito. Cuando fue sometido a juicio en New Orleans, hizo aparecer débil al Fiscal. Un apasionado discurso en defensa propia contrabalanceó en las mentes de los jurados tanto las pruebas en su contra como las adversas instrucciones del juez. Diez de los doce jurados votaron a su favor. Empeñado en una vindicación completa, pidió un nuevo juicio, pero el gobierno declinó enjuiciarlo más. Al salir del juzgado, declaró abiertamente que pronto saldría para Nicaragua y que celebraría "la cena de Navidad en Granada".

Capítulo Diecinueve

LA OSCURA LUZ DE LA ESPERANZA

I

Walker sentía que el momento estratégico no podía estar lejos. Conociendo a los políticos Centroamericanos, estaba convencido que no pasaría mucho tiempo antes de que Costa Rica, manteniendo el Tránsito en su poder, y el nuevo gobierno de Nicaragua, estuviesen desenvainando las espadas, y que una invasión decidida sólo encontraría débil y escasa resistencia. En los primeros meses de 1858 la prensa se agitaba con rumores de otra expedición de Walker, y esta vez parecía que Buchanan sería incapaz de de-

tenerla. El dominio del Presidente sobre los Sureños del Congreso había sido seriamente debilitado por acontecimientos en Kansas. A pesar de su inclinación a favor de los intereses Sureños en el territorio, la resistencia a la esclavitud por los colonizadores libertarios del Norte era tan vigorosa y tanta sangre estaba siendo derramada, que los Sureños comenzaron a perder la esperanza. Kansas ya no era una palanca efectiva con la que Buchanan podía levantar al Sur a la aceptación de sus medidas contra Walker. Una seria división en el Partido Demócrata y una revolución en el Congreso, amenazaban al Presidente si buscaba como

interferir con la nueva y poderosa expedición de Walker, que como se rumoraba ampliamente en la prensa, estaba ahora en preparación. Walker mismo fue a Washington, donde, después de conferenciar con los senadores que le apoyaban, escribió entusiastamente en una carta privada, que la administración o "se rendiría a la voz del país en lo referente a nuestros asuntos" o sufriría catastróficas represalias del Congreso. (Colección Fayssoux, Mss, No 66, Ene 5, 1858)

Buchanan, sin embargo, definitivamente no había acabado con su repertorio de trucos políticos en su disputa con Walker. Existía aun un medio por el cual la crítica de su política Nicaragüense podía ser silenciada y Walker frustrado una vez para siempre. Consistía en enviar a Nicaragua, con el consentimiento de su nuevo gobierno, un fuerte contingente de Marinos Americanos, los que ocuparían la ruta del Tránsito y harían inútil y sin esperanza cualquier intento de Walker de desembarcar una fuerza expedicionaria. A este fin, Buchanan, por medio del Secretario de Estado Cass, dedicó sus empeños. El hecho de que su nueva política iba en contra de todo lo que había dicho y hecho en conexión con Nicaragua desde que asumió el cargo, parecía no molestarle.

El primer paso en el plan de Buchanan, era ayudar a una compañía americana a obtener el control de la concesión del Tránsito. Nadie estaba ya seguro quién tenía el derecho legal al Tránsito. Nicaragua poseía la ruta, Costa Rica la ocupaba, pero las posiciones de Vanderbilt y de Garrison y Morgan eran oscuras. Estos dos últimos hicieron un atrevido esfuerzo para reafirmar sus derechos. Les pareció que puesto que tropas Costarricenses mantenían los vapores del río y ocupaban la mayor parte de la ruta, la llave de la solución estaba en manos del Presidente Mora, y su problema consistía en encontrar un agente que pudiera ejercer la necesaria presión sobre él. W. R. C. Webster, que había sido instrumento en organizar la alianza contra Walker, era la escogencia obvia, tenía la ventaja de ser inglés y tener una especie de derecho a la gratitud Costarricense. El hecho de que estuviera al servicio de Vanderbilt no era una objeción seria para Morgan y Garrison, quienes conocían los usos del dinero. Webster rompió con Vanderbilt, entró al servicio de aquellos, viajó a Costa Rica con amplios fondos a su disposición, y dentro de poco tiempo estuvo en capacidad de informarles de su éxito. Mora, siempre generoso con su firma en documentos que podrían ser repudiados, le dio el contrato deseado.

Buchanan, sin embargo, no confiaba en Morgan y Garrison, debido principalmente a sus conexiones previas con Walker. Prontamente escribió a Lord Clarendon en Londres de que Costa Rica "se había agarrado de los más grandes pícaros como compradores" de la ruta del Tránsito y claramente le exponía su deseo de que Mora fuese desanimado de toda idea de ejecutar el contrato que le había dado a Webster. Inglaterra, cooperativamente, intervino, y desde ese momento Morgan y Garrison dejaron de ser serios contendores por el premio.

Vanderbilt había protestado públicamente, de manera violenta y amarga, el contrato de Morgan y Garrison, y generalmente se pensó que el fracaso de

éstos era el triunfo de aquél. El, después de todo, controlaba la Compañía Accesoría del Tránsito, la que tenía un contrato con Nicaragua, mas por su innato desprecio por la ley, no estaba dispuesto a tomar una posición basada en meros legalismos. Deseaba tener control físico de la ruta del Tránsito y discutir su legalidad después. Con este fin comenzó a intrigar secretamente con un alto General Costarricense. Esto resultó ser una mala táctica. Agentes del Departamento de Estado informaron del plan a Washington, y Buchanan se incomodó tanto que rehusó dar al Comodoro apoyo diplomático. En cambio se volvió hacia otro concursante por el Tránsito, al antiguo asociado de Vanderbilt, Joseph L. White, padrino del tratado Clayton-Bulwer y un político de gran habilidad y experiencia. Con algunos asociados ricos, White había acumulado las acciones sin valor de la antigua Atlantic and Pacific Ship Canal Company. Así había adquirido la original concesión canalera otorgada por Nicaragua, lo que le daba visos de legalidad a sus derechos al Tránsito. Mas aún, él había persuadido al nuevo gobierno Nicaragüense a concederle secretamente un contrato provisional que cubría tanto el tránsito por tierra como el del canal. Allí estaba la oportunidad que el Presidente buscaba para poner fin al filibusterismo y volver a ganar la popularidad entre los expansionistas. Puso al Secretario de Estado Cass a trabajar en la negociación de un tratado con Nicaragua, por el cual los Estados Unidos tendrían el derecho de usar la fuerza militar, si fuera necesario, para proteger "las personas y propiedad conducidas sobre la ruta" manejada por White. Las objeciones de Vanderbilt no fueron tomadas en cuenta.

Buchanan escribió a Lord Clarendon que los intereses Británicos estarían protegidos, que el nuevo tratado, conocido como la Convención Cass-Irisarri, en ninguna forma amenazaba sus derechos o violaba la intención del Tratado Clayton-Bulwer, y que los Costarricenses no tendrían razón de queja. "La Gran Bretaña y los Estados Unidos, al tratarlos justa y aun liberalmente, debe decirles (a los Costarricenses) que el tránsito se mantendrá abierto y que nunca será interrumpido de nuevo".

II

A estas alturas, el caleidoscopio Nicaragüense fue sacudido de nuevo, y una figura totalmente nueva apareció a la vista. Con la consternación de Buchanan, Nicaragua, al último momento, rechazó tanto la Convención Cass-Irisarri como el contrato de White, y anunció que la concesión para el canal y la ruta del tránsito habían sido concedidas, no a un Americano, ni siquiera a un Inglés, sino que a un Francés, un tal Félix Belly, y que en esta concesión Nicaragua y Costa Rica habían actuado en conjunto, como copropietarios de la ruta.

La prensa y el Congreso Americanos aullaron de rabia. La debilidad del Gobierno Americano había perdido la joya más preciada del Hemisferio Occidental, la ruta ístmica canalera, a un poder europeo, con todo lo que eso significaba para la Doctrina de Monroe y el futuro de los Estados Unidos. Hubo voces de gue-

rra contra Francia ¿Fue para esto que el Presidente rechazó a Walker? Buchanan fue fustigado severamente aun por periódicos que habían sido favorables a él Para empeorar las cosas al Presidente, el tono de la declaración Nicaragüense fue ofensivo en extremo Monsieur Belly, que representaba un sindicato parisién, contaba con el sentimiento anti-gringo del istmo Fluente en español, vivaz, elocuente, con talento para la ostentación, él pudo excitar y persuadir la mente Centroamericana, como no lo podría hacer un Anglosajón Sabía cómo dar a creer, sin realmente decirlo, que era un agente de confianza de Napoleón III, y que la riqueza y el poderío de la Francia Imperial lo respaldaban Por qué, le preguntó al Presidente Mora, de Costa Rica, y al nuevo Presidente de Nicaragua, Martínez, por qué habrían ellos de ceder el Tránsito a los gringos? En cambio, denles los derechos a la ruta a una compañía de europeos que compartan con ustedes su religión y su cultura Seguros de la protección de los Franceses, y de una substancial participación en las ganancias, vuestros países se enriquecerán, le pondrán fin a la presión Americana, y se libertarán, al fin, de William Walker

Este último punto tenía gran peso para Mora y Martínez, que vivían temerosos del regreso de Walker Con ojo astuto para la teatralidad, el Francés los reunió en la cicatrizada ciudad de Rivas, en la ruta del Tránsito, para elaborar un acuerdo que dieron por resultado los documentos hechos públicos el 1 de Mayo de 1858, primer aniversario de la rendición de Walker al Comandante Davis La más sensacional de sus producciones, fue un Manifiesto conjunto en el que declaraban ambos Presidentes, su creencia de que una nueva expedición filibustera contra Centro América estaba siendo organizada en los Estados Unidos, y en el que pedían a Inglaterra y Francia no los dejaran "a merced de los bárbaros" Una declaración separada autorizaba a Belly arreglar el estacionamiento de "buques de guerra Europeos" en la Costa Centroamericana

Buchanan protestó en un lenguaje que, viniendo de él, era sorprendentemente fuerte El Manifiesto era un insulto, les dijo a Nicaragua y Costa Rica. Los Estados Unidos no permitirían, que el contrato de Nicaragua con Belly, interfiriera con los derechos adquiridos en el Tránsito por ciudadanos Americanos Si se construyera un canal, tendría que ser un pase libre y seguro para todas las naciones, no controlado por una sola nación El Gobierno Americano, bajo ninguna condición, toleraría el estacionamiento de barcos de guerra Franceses en los puntos de entrada del canal ni en el canal mismo A esto los Presidentes Centroamericanos contestaron con toda cortesía, pero sin cambiar en lo mínimo sus actitudes, mientras Belly se embarcaba para París, con la esperanza de volver con la aprobación del Emperador Napoleón III y todos los fondos necesarios

Pero como todos los participantes en el enrevesado negocio, estaba condenado al desengaño El Gobierno Francés lo hizo a un lado, en parte porque por entonces estaba envuelto en una crisis europea, en parte porque los patrocinadores de Belly no gozaban del favor imperial, en parte porque Napoleón estaba

pensando vagamente en promover su largo tiempo soñada Compañía de Canal Nicaragüense La única esperanza para Belly estaba ahora en la posibilidad de que financieros Americanos y la administración Buchanan, reconociendo su influencia en los líderes Centroamericanos, disimularan sus anteriores ataques a los Estados Unidos, se arreglaran con él y le dieran su apoyo Con esta débil esperanza se embarcó para New York, pero al preciso momento de su llegada, el *Herald* publicaba un despacho de París bajo un titular que decía DESAPROBACION DE M BELLY. El mito de su poder explotó, y con él desapareció toda esperanza de que construiría su canal

III

Con el fracaso de Belly, todas las ventajas en el asunto se volvieron a favor de Vanderbilt El descontrolado gobierno Nicaragüense fue fácilmente persuadido por sus agentes a declarar inválidos todos los contratos anteriores sobre la ruta, y a restaurar la concesión al dueño original, la Compañía Accesoría del Tránsito General aplauso recibió esta noticia en la prensa Americana Varios periódicos confiadamente predicaban que el Comodoro se lanzaría inmediatamente con su admirable energía a reabrir la ruta Nicaragüense y a llevar paz y prosperidad a Centro América Buchanan mismo favorecía ahora la causa de Vanderbilt Se contaba al menos que el Comodoro se opondría al regreso de Walker a Nicaragua

Pero pasaban las semanas y Vanderbilt no hacía movimiento alguno Cuando se le preguntaba por las causas de su tardanza, se refería gravemente al deterioro físico de la ruta del Tránsito Se tendrían que construir nuevos vapores y restaurar los puentes La sedimentación en la boca del río San Juan, había arruinado seriamente el canal en el puerto de Greytown El camino al Oeste del Lago de Nicaragua necesitaba reparaciones Tendrían que invertirse grandes sumas de dinero, y la compañía estaba ya endeudada a Vanderbilt personalmente por préstamos hechos en el pasado El haría, por supuesto, todo lo que pudiera, pero todo era muy, muy difícil.

Luego, en Junio de 1858, llegó la luz a la prensa y al público, cuando se supo del arreglo de Vanderbilt con las líneas Panameñas Por sólo mantener sus vapores fuera de la competencia en el servicio de Panamá él había estado recibiendo \$ 480 000 al año Ahora tenía otra tenaza, la amenaza de reanudar el servicio a Nicaragua, con la que apretar aun más a los magnates navieros En vez de competir de nuevo con la Accesoría del Tránsito, se comprometieron a aumentar sus pagos a Vanderbilt en un 40%, a \$ 56 000 mensuales

Toda esperanza de que la Compañía Accesoría del Tránsito reanudara sus servicios estaba fallida —esto a pesar del hecho de que el Comodoro había urgido a los accionistas de la compañía a conservar sus acciones Más de un millón de dólares "extorsionados" habían llegado a la bolsa privada del Comodoro, más de lo que había perdido en las acciones de la Compañía dos años antes y él no era persona que iba a renunciar a tan buen negocio.

En el Senado de los Estados Unidos, Robert Toombs, de Georgia, uno de los más firmes seguidores de Walker, sacó a luz los hechos "Vosotros dáis \$ 900 000 al año para llevar la correspondencia a California" les dijo a sus colegas, "y Vanderbilt obliga a los contratistas a darle \$ 56 000 mensuales para estar quieto. El es el pez grande que roba a los pequeños que pululan en la Capital". El *New York Times* comparaba a Vanderbilt con "aquellos barones alemanes que desde la cima de sus castillos a lo largo del Rin, caían como halcones sobre el comercio del noble río"

Azuzados por el Gobierno y la opinión pública, las líneas Panameñas, finalmente, dieron por terminados sus arreglos con el gran financiero. Sólo entonces revivió su interés por el Tránsito. Inmediatamente le escribió una carta a Buchanan entendía que un nuevo Ministro en Nicaragua, Alexander Dimitry, había sido nombrado y le gustaría verlo antes de que saliera del país, para discutir la reapertura de la empresa. "La ruta no puede ponerse en operación al menos que lo haga yo". Evidentemente, pensando que la mejor manera de borrar las sospechas de que estuviera planeando extorsionar aun más a las líneas Panameñas, el Comodoro agregó, "El único objetivo que tengo en este asunto es que se cumplan los deseos de su administración y el gratificar mis propios sentimientos, puesto que hasta ahora he estado identificado con esta ruta en particular". La respuesta de Buchanan fue pronta y cortés. "El señor Dimitry estará en New York, mañana por la noche. . . Lo recomiendo a su fina atención"

Unos pocos meses más tarde, Vanderbilt informaba a Washington que estaba planeando un viaje a Nicaragua y Buchanan le dio una carta personal para Dimitry. "Esta carta le será entregada por el Comodoro Vanderbilt. El está por abrir la ruta de Nicaragua. No conozco de otra persona en los Estados Unidos que sea tan hábil y esté tan deseoso de abrirla rápidamente como él. Este es un objetivo, en la realización del cual yo tengo sumo interés. Es, en mi opinión, el más sabio y el más ventajoso curso que el Gobierno de Nicaragua puede seguir. Es mi deseo, por lo tanto, que Usted debería, como ciudadano particular, esforzarse. . . en favor de Mr. Vanderbilt".

El viaje, sin embargo, nunca se materializó. Era claro para Vanderbilt que la importancia de la ruta del Tránsito nicaragüense estaba disminuyendo. Sus dificultades la habían hecho sospechosa al público, y los pasajeros rumbo a California se habían acostumbrado al servicio de Panamá. La Accesoria del Tránsito no podría volver a gozar la bonanza que había tenido unos pocos años antes. En cuanto a un canal, las oportunidades de que fuera abierto en vista de la oposición Británica y con el tratado Clayton-Bulwer todavía vigente, eran tan pobres como nunca.

Además, los mismos intereses de Vanderbilt estaban cambiando. Aunque ya sesentón, estaba aun ansioso de probar sus fuerzas, y su mente estaba interesada en nuevas grandes aventuras —trasatlánticos, los ferrocarriles del Noreste, luchas en gran escala en Wall Street. Estaba hastiado de Nicaragua. Aquellos que continuaban soñando con un canal en

Nicaragua y con el renacimiento de la ruta del Tránsito reconocieron que todo dependería de la próxima expedición de Walker.

IV

Los líderes Centroamericanos habían llegado a creer las leyendas que ellos mismos habían ayudado a inventar, en las que Walker aparecía como otro Tamerlán, —una combinación de sed de sangre con genialidad militar— resultando por lo tanto que si ellos habían triunfado sobre este "táctico militar de proporciones épicas", eran merecedores de la gratitud de sus pueblos. En Nicaragua, especialmente, el terror de Walker había sido tan hábilmente cultivado por sacerdotes y funcionarios que sólo la idea del regreso de Walker producía un estremecimiento nacional. Cuando el *Delta* de New Orleans, erróneamente afirmó que Walker estaba en San Francisco, reclutando un millar de hombres para una invasión a Nicaragua, el Presidente Martínez se llenó de pánico. Amargado contra los Estados Unidos y desengañado por Francia, buscó ayuda en Inglaterra. Proveería ésta la necesaria protección naval a las costas de Nicaragua y se enfrentaría a Walker si desembarcaba? Los Ingleses lo harían gustosos. La oportunidad se presentaba para ampliar su control de los recursos y mercados centroamericanos a costa de los Estados Unidos. Todo lo necesario era mantener el Tratado Clayton-Bulwer en vigencia, a Buchanan en su natural estado de aquiescencia, y a Walker fuera de Nicaragua, mientras los diplomáticos ingleses hacían los arreglos necesarios.

La nueva estrategia Británica dependía de un ostensible acto de generosidad, una entrega voluntaria de territorio Centroamericano. El primer movimiento de su juego fue una entrevista con Buchanan, solicitada por Lord Napier, el embajador Británico. El conocimiento íntimo de la psicología de Buchanan por parte de los Ingleses, fue demostrado por la escogencia de Napier como Ministro ante su gobierno. Napier era un aristócrata de gran astucia y muchos atractivos, y el Presidente era sumamente susceptible a las demostraciones de amistad por parte de los diplomáticos titulados. Con tacto delicado y exquisito, Lord Napier conformó la mentalidad de Buchanan a los puntos de vista de Whitehall. Comenzó por referirse a la agitación en el Congreso por la abrogación unilateral del Tratado Clayton-Bulwer. Cuál era el parecer del Presidente sobre este particular? Buchanan contestó que consideraba el Tratado como "una rica fuente de incomprensión", pero que por otra parte era un documento en vigor, y "ningún intento del Congreso contra él tendría su aprobación".

Hasta allí, todo iba bien. Luego Napier movió otra pieza. En reconocimiento a la importancia del Tratado, su gobierno contemplaba ciertas concesiones territoriales, urgidas hacía tiempo por los Estados Unidos, a las repúblicas del istmo. Inglaterra estaba, por fin, dispuesta a devolver la Mosquitia a Nicaragua, y a devolver a Honduras ciertas islas frente a su Costa Atlántica, ocupadas por los Ingleses unos años antes. Asumiendo que el Presidente aprobara estos movimientos, Londres quería enviar un comisionado especial "a

llevar a cabo la ejecución del Tratado Clayton-Bulwer por medio de negociaciones separadas con las repúblicas Centroamericanas, a cambio de negociaciones con el Gobierno Federal" (de los Estados Unidos).

Buchanan estaba ahora en el punto crucial de una decisión, pero prefirió no verla. No pudo dejar de haberse dado cuenta de los ulteriores motivos que yacían detrás de la extraordinaria filantropía Inglesa. Era evidente que los Ingleses ya no necesitaban más mantener y pagar por los protectorados de la Mosquitia y las Islas de la Bahía. Habían sido tomadas, principalmente, para impedir que el Canal Nicaragüense fuese construido, con el Tratado Clayton-Bulwer en vigor, aquellas añadían muy poco a la posición inglesa. Mucho más importante para Inglaterra eran los derechos mineros, forestales y comerciales —algunos de ellos antiguamente en poder de Americanos— que los agradecidos gobiernos Centroamericanos seguramente concederían a Inglaterra a cambio de aquellos territorios, además de los beneficios a largo plazo que nacerían del establecimiento de gobiernos pro-Británicos a lo largo y ancho del istmo.

Buchanan, si sentía dentro de sí un poco de escepticismo, no iba a ser tan desconsiderado con Lord Napier como para expresarlo. Al contrario, expresó satisfacción ante la actitud de Inglaterra. Dijo que "para él era indiferente si las concesiones contempladas por el Gobierno de Su Majestad estuvieran consignadas en un acuerdo directo entre Inglaterra y los Estados Unidos, o en Tratados entre Inglaterra y las Repúblicas Centroamericanas. El último método era para él, en ciertos aspectos, aun más aceptables (*).

Sin duda alguna Napier comprendió la buena voluntad, aun la ansiedad, con que el Presidente aceptó su propuesta. Aunque ambas Cámaras del Congreso eran Demócratas, el antagonismo hacia Buchanan era tan intenso como para amenazar el colapso de su programa legislativo. Necesitaba con urgencia poder mostrar al Congreso y al país algunos resultados constructivos de su habilidad como hombre de estado que pudiera restaurar su prestigio. Si el pueblo aceptaba las concesiones de Inglaterra como una retirada de su posición anterior, el Presidente recibiría el crédito por ello, y sería apoyado de conformidad.

Además, en reconocimiento del gesto de Inglaterra, Buchanan aseguró a Napier que los Estados Unidos no tenían designios territoriales en Centro América. "Qué podríamos hacer con esa gente? No podemos incorporarlos; si lo hiciéramos, nos romperían en pedazos".

Napier dijo que comprendía el punto de vista del Presidente, pero que él creía que "algunos Americanos sí contemplaban la creación de colonias o dependencias" en el Istmo.

"Eso no puede suceder" insistió Buchanan. "Nosotros sólo podemos anexar territorios vacíos". Evidentemente, había olvidado su firma en el Manifiesto de Ostende, y no podía, por supuesto, prever la anexión de Hawaii, las Filipinas y Puerto Rico cuarenta años más tarde.

No tardó mucho tiempo, sin embargo, para que

Buchanan se llenara de celos, pues los Ingleses negociaron tratados con Centro América tan favorables para ellos como gravemente perjudiciales a los intereses Americanos. Perturbado el Presidente le protestó a Clarendon en una carta privada que los nuevos arreglos no eran "en el espíritu del Tratado Clayton-Bulwer". Le disgustaba especialmente una promesa dada por Inglaterra a "la grande y poderosa República de Nicaragua" asegurándole su protección contra los filibusteros. Buchanan sentía que Nicaragua debería haber pedido a los Estados Unidos le diera tal protección. Poco después, el oficial naval en comando del Escuadrón Americano del Caribe, informó a Nicaragua, en una nota en la que se tragaba el orgullo, que gustosamente patrullaría sus puertos para impedir el desembarque de filibusteros. Nunca llegó la aceptación. Un patrullaje sistemático de las costas Nicaragüenses por barcos de guerra Británicos se puso en efecto, sin participación Americana.

V

Las esperanzas de Walker de desembarcar otra expedición en Nicaragua desaparecieron. Los comandantes de barcos de guerra Americanos podrían estar indécisos de disparar contra uno de sus barcos en alta mar, y careciendo de autorización por parte de Nicaragua, podrían hallar difícil el impedirle desembarcar, o perseguirle, una vez en tierra, pero los Ingleses, era fácil ver, no tendrían esos impedimentos. En vista de la actitud de Buchanan, no sentirían escrúpulos en destruir filibusteros en mar o tierra. Si Walker habría de realizar otra expedición, tendría que estar basada en una nueva estrategia, y ésta comenzó a formularse en el otoño de 1858. No apuntaría inmediatamente a Nicaragua, sino a Honduras, donde no se le esperaba, y habiendo desembarcado allí, establecería una base fuerte. Una revolución de los Liberales Hondureños estaba, por entonces, tomando auge, él colaboraría con ella, derrotarían al régimen existente, y con un gobierno amigo a sus espaldas, avanzaría a Nicaragua.

Todavía tenía dinero suficiente a su disposición para fletar un barco y llevar una expedición fuera del país. La pregunta, ahora, era: Podría sacar un barco de un puerto Sureño? Podría Washington ejercer suficiente influencia en los funcionarios del puerto en Mobile o New Orleans para impedirle la salida? La respuesta le llegó en el curioso modo indirecto de la política.

En aquel momento todo Latino América compartía y gozaba del sentimiento de que los Estados Unidos eran, después de todo, un águila de papel. Este sentimiento se intensificó cuando los barcos de guerra Británicos en el Golfo de México comenzaron a detener barcos mercantes Americanos sospechosos de ser negreros, y aun dispararon contra uno o dos que desobedecieron sus órdenes. Desde 1812 ningún barco que izaba la bandera de los Estados Unidos había sido sometido a semejante humillación. Los Ingleses, que aparentemente estaban probando la amplitud de la tolerancia de Buchanan, esta vez llegaron al límite, pues él tuvo el valor de presentar una protesta y enviar buques de guerra para porteger la marina mercante del

(*) The Buchanan Papers, Cartas manuscritas de Napier a Clarendon, Oct 22, 24, 1857).

país Inmediatamente Inglaterra reconoció que su marina no tenía derecho de registrar los barcos Americanos en tiempo de paz, y puso fin a la práctica

Si Inglaterra hubiera tratado, deliberadamente, de revivir el prestigio de Buchanan, no podría haber encontrado medio mejor. El público Americano estaba totalmente encantado con él, pues, ¿no había obligado a la pérfida Albión a respetar la bandera Americana? ¿No era una prueba, después de todo, —especialmente si se toma en cuenta junto con la devolución de la Mosquitia a Nicaragua— de un atrevido y fuerte arte de gobernar por parte de su administración? Un número de Senadores que habían estado sumamente molestos con Buchanan, una vez más se hicieron a su lado. Sin oposición alguna, el Presidente pudo habilitar los puertos del Golfo con funcionarios federales en los que podía confiar no iban a entrar en connivencias con Walker en la evasión de las Leyes de Neutralidad

El efecto de esta medida del Presidente fue sentido en todo su rigor por Walker a finales de 1858, cuando había reunido 300 hombres y un cargamento de municiones en Mobile, y donde había fletado un barco para llevarlos a Nicaragua como "pacíficos emigrantes". El nuevo Colector del Puerto, Tadeo Sanford, decididamente rehusó extender el despacho, y el Fiscal citó a Walker ante el Gran Jurado, acusándolo de conspiración para violar la ley. Como de costumbre, Walker se dirigió a los jurados en defensa propia, y la vieja magia surtió efecto. Mirando las pruebas ante sus ojos, el Gran Jurado las juzgó falsas y lo exoneró de culpa. Pero la expedición había sido irremediablemente dañada. Sus hombres, advertidos por los alguaciles federales de un inminente arresto, se dispersaron a sus hogares, el barco fue capturado, y su cargamento de municiones fue confiscado.

La campaña de Buchanan contra Walker se tornó en el único esfuerzo exitoso de su administración

Capítulo Veinte

LA CALMA DEL DOLOR

I

Casi al final de sus recursos y con las oportunidades de éxito disminuyendo rápidamente, Walker no podía soportar una larga espera sin probar de nuevo. A los pocos días de su aparición ante el Gran Jurado, sus oficiales veteranos exploraban los estados del Sur tratando de encontrar aun más reclutas y dinero. Esta vez, sólo cerca de 100 hombres se comprometieron a servir, y su calidad, se observaba, era más pobre que en el pasado. Uno de sus principales ayudantes, Doubleday, los describió "en su mayor parte de la clase que se encuentra en los muelles de las ciudades sureñas, con uno que otro cajero de banco norteño que se había decidido de pronto cambiar de vocación". Hombres de educación o convicciones políticas eran raros entre ellos.

No tenía dinero con que fletar un vapor y esta vez su esperanza de poder sacar una expedición de Mobile se centraba en una embarcación de vela, la goleta *Susan*, propiedad de uno de sus amigos. En un día de Diciembre, la *Susan* entró al puerto, y su dueño pidió su despacho, no para Centro América, sino simplemente para Key West. Le fue rehusado. El Colector del Puerto, Sanford, no tenía duda del verdadero destino y propósito del viaje, y no se le pudo convencer. Por uno o dos días pareció que esta expedición también se desintegraría antes de darse a la vela. Sólo una puerta estaba aun abierta para Walker, —desafiar al gobierno federal— y estaba lo suficientemente desesperado como para pasar por ella. La *Susan* salió de Mobile sin el despacho. Pero se encalló en un arrecife cerca de Honduras Británica, y su tripulación y pasajeros fueron traídos de regreso a Mobile por un barco de guerra inglés. Su regreso, el día de Año Nuevo de 1859, tuvo una nota curiosa de triunfo. El pueblo de Mobile se mostró tan satisfecho de la acción británica, que el fracaso de la expedición

filibustera fue casi ignorado. Los ciudadanos prominentes de la ciudad obsequiaron un banquete a los oficiales del barco de guerra y los ensalzaron en cálidos discursos, con brindis tras brindis a la amistad Anglo-Americana, mejor dicho, a la amistad Anglo-Sureña. Walker no estuvo presente. El cambio de ánimo de Mobile, el último baluarte del filibusterismo, no podía desperdiciarse en él.

II

No había razón para creer que otro esfuerzo para llevar una fuerza armada a Centro América podría ser más exitoso que el último. Por el contrario, las barreras contra él se iban levantando rápidamente. Estaba tan comprometido a su sueño como para borrar toda otra posibilidad de una carrera? Si hubiera estado deseoso de abandonar sus aventuras militares y dedicarse a la política, podría aun haber abierto nuevas e impresionantes posibilidades para sí mismo. Pero para Walker los actuales acontecimientos que estaban provocando al Sur a la secesión y a la guerra —las escaramuzas de John Brown para la liberación de los esclavos en Virginia, la agitación en el Norte por tarifas altas contrarias a los intereses del Sur—, todo esto era la sombra de la ruina. Como antes, la única esperanza que él podía ver era la conquista de Centro América, a la faz de la oposición europea, como punto de reunión de la nación entera. Todos sus esfuerzos se concentraban todavía en esta última decadente oportunidad, la que estaba unida a su íntima necesidad de volver a tener el poder perdido. Para él, las alternativas eran el éxito o la muerte.

Se le ocurrió una nueva estrategia para burlar al gobierno federal, y junto con Henningsen obtuvo el respaldo de George Law. Cien hombres serían puestos a bordo de una goleta, la *Granada*, y despachada a Panamá, vía Cuba, con California como punto final

de destino. Las autoridades portuarias de New Orleans no podían negar el derecho de ciudadanos Americanos de ir de un Estado a otro. Mientras tanto, él viajaría a Cuba, esperaría que la *Granada* entrara al puerto de La Habana, donde él subiría a bordo. La expedición seguiría a Panamá y cruzaría el istmo. Un vapor los estaría esperando en el Pacífico. Puesto que allí eran comparativamente pocos los barcos de guerra Británicos patrullando la costa Occidental de Nicaragua, Walker no tenía duda de poder efectuar allí un desembarque, y mantener una fuerte posición mientras llegaban los refuerzos que se habían de reclutar en California.

Un sólo ayudante, el Coronel Bruno von Natzmer, iba con él cuando se embarcó en uno de los vapores de la Línea Panameña de Law, que tenía a La Habana como puerto de itinerario. Se notó su partida, y el reportero de un diario, adivinando en parte la verdad, inventó una historia de que Walker iba a Panamá y que de allí continuaría a California con el objeto de levantar allí un ejército. Esta historia, publicada el mismo día de la salida de Walker, fue un golpe mortal para el plan. Las autoridades federales se pusieron sobre aviso del peligro de permitir que cualquier barco, con rumbo a Panamá, llevara lo que podría considerarse como una expedición filibustera, y se negaron a extenderle el despacho a la *Granada*. Walker, apresuradamente, trató de impedir el daño que la noticia podía causar, declarando a los corresponsales de La Habana, que en realidad él iba para Panamá, pero "sólo para tomar el vapor inglés para Southampton, con el objeto de ver qué puedo hacer en Europa". Pero era demasiado tarde para usar de artimañas que distrajeran la atención. Al saber que sus hombres habían sido retirados de la *Granada* y dispersados, regresó a New Orleans.

Si un pedazo de papel, un despacho con una firma oficial, se interponía entre él y su propósito, y no podía obtenerse de una manera, entonces tenía que obtenerse de otra. Fayssoux se concentró en ganarse a los funcionarios claves en la oficina de la autoridad portuaria de New Orleans, y finalmente tuvo éxito. Animado por ello, Walker dió el siguiente paso, un viaje a New York, donde él y Henningsen persuadieron a George Law les proveyera de los fondos necesarios para otra expedición. Por Septiembre de 1859 todo estaba listo. Unos cien Sureños estaban de nuevo sólo esperando su palabra para zarpar con él. Un vapor de la Línea Panameña, el *Philadelphia*, salió de New York para New Orleans llevando en sus bodegas cajas de armas y municiones, y en un compartimiento secreto una mayor cantidad de armas. Un segundo vapor, el *St Louis*, le seguiría con 200 reclutas de New York bajo el familiar disfraz de "emigrantes". La expedición, tal como estaba planeada, era la más grande organizada por Walker.

Tan pronto como el *Philadelphia* atracó en New Orleans, solicitando salida para Panamá, la mayor parte del contingente de New Orleans salió del muelle en botes, con la intención de abordar el vapor sin ser vistos, antes de su salida al Golfo. Al principio todo iba bien, los inspectores del puerto examinaron el *Philadelphia*, no encontraron contrabando, y aprobaron el

zarpe. Al último momento, sin embargo, altos funcionarios federales, incluyendo el Secretario del Tesoro de Buchanan, Howell Cobb, intervinieron, y el zarpe final les fue negado. Una compañía de soldados de la guarnición de Baton Rouge fue enviada río abajo para arrestar a los hombres de Walker, el *Philadelphia* fue registrado dos veces hasta que todas las armas a bordo fueron encontradas y confiscadas, el vapor mismo fue capturado, y al otro vapor, el *St Louis*, no se le permitió salir de New York. Cobb escribió a Buchanan "Se alegrará al saber que la expedición de Walker con toda probabilidad ha sido frustrada por la energía de nuestros funcionarios". Era una indicación de la alarma que el nombre de Walker creaba en los círculos oficiales que aun con los vapores secuestrados y los hombres bajo arresto, el Secretario no estaba muy seguro de que la expedición había sido destruida.

III

La lealtad que Walker despertaba en los hombres que mejor le conocieron era un extraño, si no un singular, fenómeno. Había logrado inculcar en sus veteranos —Henningsen, Anderson, Natzmer, Doubleday, Thomas Henry, Fayssoux, y otros— su propia determinación de que luchar de nuevo en Centro América era la única meta digna de alcanzar. Aquellos fogueados soldados de fortuna ya no buscaban más fortuna, pues era evidente que no obtendrían ninguna en el servicio de Walker. Los ideales de democracia y de "Destino Manifiesto" con los que algunos habían comenzado, se les habían salido del cuerpo a través de las heridas, mas como él, todavía creían que el futuro del Sur y la prevención de la guerra civil dependía de la expansión de las instituciones Americanas en el Caribe. Y todavía tenían la determinación, como la de muchos otros soldados, de no ser frustrados por los políticos y especuladores. No habían aun colmado la medida de la aventura. Deseaban luchar de nuevo al lado de un hombre al que, a pesar de todos sus fracasos, consideraban un gran héroe y un noble caballero. Mientras se pudieran encontrar barcos, armas y reclutas, ellos no le abandonarían. Después de los peligros que habían sobrevivido con Walker, ¿qué más podían esperar hacer en esta vida que no les pareciera pálido y trivial?

Las antiguas fuentes de recursos para Walker se habían secado. George Law había llegado a la conclusión de que la firmeza del gobierno federal y la fuerza de las patrullas navales Británicas en el Caribe hacían la posibilidad de llevar otra expedición a Centro América sumamente pequeña para tomarla en consideración. A los magnates Sureños era, también, evidente que las contribuciones a la causa de Walker ya no podían considerarse como una sana inversión. Walker tenía, sin embargo, un don intangible —su talento periodístico. En el otoño de 1859, un editor le ofreció un contrato para un libro basado en sus experiencias, y él pasó el invierno escribiéndolo. Sus esperanzas de éxito se dejan entrever en una carta que escribió a Fayssoux, informándole que el libro sería publicado en New York y Mobile simultáneamente, y que

el editor esperaba vender 20 000 ejemplares sólo en Alabama

La premura del escritor se asoma repetidamente en las 430 páginas del volumen, con todo, en muchos aspectos es una asombrosa producción. Modelada la narración en tercera persona conforme a los *Comentarios* de César, describe en nítida y vigorosa prosa, con toques de erudición clásica, sus aventuras conquistadoras y los propósitos que lo motivaban. En realidad, el libro es tan exacto que aun los historiadores Centroamericanos para quienes Walker era el mayor enemigo lo aceptaron como una fuente segura de información. Pero la pasión de Walker por la verdad estaba en desventaja con la necesidad práctica de hacer dinero para una nueva expedición, y la mayor parte del libro era un esfuerzo por reafirmar su devoción hacia el Sur y convencer a los lectores de la importancia de Nicaragua para el futuro de las instituciones Sureñas.

El más notable rasgo de *La Guerra en Nicaragua* es su restricción impersonal, el que está en agudo contraste con la calidad marcadamente emocional de sus escritos de diez años atrás. Es como si Walker deliberadamente hubiera censurado cada palabra que pudiera revelar sus sentimientos. Las únicas expresiones de placer se encuentran en sus descripciones del paisaje y de la bravura de sus hombres en el combate, las únicas lamentaciones son por los compañeros caídos; el único desdén es por la pusilanimidad de los políticos Americanos. Su actitud hacia sus enemigos es la de un caballero a quien accidentalmente un peatón le ha botado el sombrero —la aceptación ligeramente desdeñosa de un hecho desagradable. Probablemente su más agudo dardo es una referencia *Dantesca del Presidente Mora*, quien hacía poco había sido proscrito de Costa Rica por un rival. "Dejemos a Mora en el exilio, como a Ugolino en el infierno, lejos y en silencio"

Sólo un hombre acostumbrado a un monástico auto-dominio podría haber escrito historia tan excitante con estilo tan reservado. Mientras escribía, imágenes adoloridas deben habersele cruzado por la mente. Había estado cerca de un triunfo que hubiera estremecido al mundo, ¿y dónde estaba? Los recuerdos de sus propios errores, del valor de sus hombres y la traición de aquellos a quienes consideró sus amigos, deben haberle llenado el corazón, pero sólo una fría y orgullosa destilación de ellos llegó al papel. Pareciera presunción que ningún escritor de un diario personal podría suprimir tanto de sí mismo al menos que buscara a un nivel más recóndito suprimir una insupportable admisión. Para Walker ninguna admisión podía ser

más amarga que aquella del fracaso. Se había empeñado en ser un Galahad, un Byron, un Bolívar —y se encontraba a los treinta y cinco años que era considerado como el instrumento de los esclavistas, como el fanático de una causa perdida.

Había sido derrotado totalmente, pero no podía avenirse a decirlo él mismo. Para él, fracaso significaba culpa —una culpa que ensombrecía todas las culpas de su vida, que eran muchas. La culpa del héroe que había traicionado sus ideales, la del jefe que había derramado la sangre de otros inútilmente, la del hombre que no había usado sus poderes de procreación, quizás la del muchacho que, amando a su madre demasiado, había rechazado a su padre. Uno de los recuerdos de este pasaje de la vida de Walker es una nota escrita por su padre por el tiempo en que el libro apareció, y en la que las relaciones entre ellos pueden descubrirse. Dirigida al Capitán Fayssoux, dice: "Cuando sepa de mi hijo, cualquier información en cuanto a su salud y actividades me serán aceptables — con cariñosos saludos para usted, quedo atentamente suyo, James Walker"

Mientras Walker escribía su historia, y se exponía a los terrores del recuerdo, crecía en él la necesidad de ser perdonado, pues él no podía perdonarse. No sorprende que en aquel invierno se haya inclinado a la religión, la única fuente de la que aun podría obtener el perdón. Significativamente, la religión a la que se entregó, no fue la de su padre, sino al Catolicismo, la fe que los severos Protestantes de Tennessee de la década de 1850 más temían y odiaban.

El nombre del sacerdote que lo catequizó y lo preparó para el Bautismo no fue revelado por la prensa. Algunos piensan que el impulso hacia el Catolicismo se había enraizado en él años antes en Nicaragua, bajo la inspiración de su benévolo amigo, el Padre Vijil. Tras la noticia de su conversión, fue ampliamente acusado de cínico fingimiento. ¿No era evidente, los periódicos preguntaban, que al hacerse Católico esperaba aplacar a la Iglesia en Centro América y ganarse allí seguidores? O, quizás, para sacar dinero para sus expediciones de la comunidad católica de New Orleans? Este punto de vista presupone una ingenuidad en Walker que va más allá de lo creíble. El sabía muy bien cuán grandes las desventajas contra él se habían vuelto. Las fuerzas que trabajaban dentro de él en esta fase de su vida iban más allá de la ambición. Los amigos que estaban con él durante el período de su conversión no tenían duda de su sinceridad. Esa era, quizás, la conclusión lógica para el hombre que tenía orgullo de su "voluntad inquebrantable". Sólo en la religión del perdón podría alcanzar la calma del dolor.

Capítulo Veintiuno

TODO O NADA

I

En Abril de 1860, la última primavera antes del gran holocausto, Walker fue a Louisville a visitar a su hermana Alice, el único miembro de su familia al que

él estaba ligado. A su regreso a New Orleans, encontró al baibudo Fayssoux esperándole en un estado de excitación, con noticias halagadoras. Un inglés había venido del Caribe en busca de Walker y en su ausencia le había confiado el secreto de su misión a Fayssoux.

Hablaba, dijo, en nombre de la comunidad británica de la extensa isla de Roatán, en la Bahía de Honduras, donde él era un prominente comerciante. Roatán era una de aquellas islas que Inglaterra se había apropiado arbitrariamente unos años antes, y la que ahora se proponía devolver a Honduras a cambio de concesiones comerciales en tierra firme. El transferimiento debía consumarse a finales de Julio de 1860 pero muchos ingleses en la isla estaban de acuerdo en que, antes de someterse al dominio de Honduras, ellos tomarían las oficinas del gobierno tan pronto la bandera Inglesa fuera arriada, establecerían un gobierno independiente, y desafiarían a Honduras. ¿Quisiera Walker ayudarles?

El prospecto de acción tuvo efectos tónicos en Walker. Inmediatamente comenzó a concebir un gran plan en el que la liberación de Roatán era apenas el primer paso. Con la isla en guerra con Honduras, estaría justificado en atacar tierra firme y aliarse con los liberales del país, que estaban en rebelión bajo el mando del antiguo Presidente Trinidad Cabañas. Con seguridad, Cabañas no tenía razón para mostrar simpatía por Walker, quien en sus días de Nicaragua había rehusado ayudarlo, pero habían pasado cuatro años desde entonces, y podía ser que las necesidades de la guerra ayudaran a obviar las dificultades entre ellos. No se hablaría más de esclavitud. Juntos derrocarían la dictadura Hondureña y establecerían a Cabañas como Presidente. Walker reclutaría entonces un ejército Americano, descendería sobre Nicaragua y Costa Rica, apelaría a los elementos democráticos, pediría ayuda a los Estados Unidos, y haría un último intento para alcanzar la gran meta: la Federación Centroamericana.

A la semana, un grupo de hombres escocidos iban en camino a Roatán, viajando como pasajeros ordinarios en un vapor de carga, para estudiar la situación. Walker mismo, bajo el nombre de Williams, fue a la isla en Junio. Después de conferenciar con sus aliados de Roatán, estableció un depósito secreto de pertrechos en una isla deshabitada no muy lejos de allí, con el nombre de leyenda de Cozumel, para evitar la interferencia Británica en el desembarque de la carga en Roatán. Se le envió un mensaje a Cabañas, que por entonces se decía que estaba reclutando un ejército rebelde de exilados Hondureños en El Salvador, para alertarlo al nuevo prospecto, y urgirle a unir sus fuerzas con las de Walker en Honduras oriental a finales de Agosto.

De regreso a New Orleans, Walker se hizo cargo del cuerpo principal de la expedición, cerca de cien hombres, que habrían de salir de Mobile en una goleta, la Taylor, con zarpe arreglado por Fayssoux. Otra goleta, cargada de pertrechos, salió de New Orleans con un grupo bajo el mando del conocido soldado de Alabama, el Coronel A. F. Rudler. Pero el plan tenía una falla fatal: no pudo mantenerse secreto. Los patrocinadores británicos del propuesto golpe, lo descubrieron a sus amigos en el gobierno, en una fútil esperanza de obtener su cooperación, y desde ese momento las oportunidades de Walker para tomar Roatán eran muy pequeñas. Inglaterra estaba empeñada en llevar a cabo el trato con Honduras, en el que la isla era un factor

mínimo, pero no tenía intención de permitir que Walker regresara a Centro América, si ella podía evitarlo. Obstaculizarlo fue asunto fácil. Todo lo necesario era posponer el transferimiento de Roatán a Honduras. Era fácil asumir que mientras la bandera Inglesa ondeara sobre Roatán, Walker no intentaría desembarcar allí. La estrategia de la tardanza le fue propuesta al Gobierno Hondureño, el que ansiosamente la aceptó como el mejor medio de mantener a Walker fuera del país.

Walker, sin haberse dado cuenta que había sido aventajado en la maniobra, ordenó a la Taylor se dirigiera a su base en Cozumel. La isleta no era definitivamente un paraíso, pues la estación lluviosa había comenzado temprano, pero los hombres creyeron que sólo tendrían que esperar unos pocos días antes de que las banderas Británicas fueran arriadas en Roatán. Luego ellos abordarían su goleta, efectuarían el desembarque, tomarían el gobierno, y se prepararían para la invasión de Honduras. En Cozumel se les agradó un corresponsal del *Herald* de New York, que se había dado cuenta de la empresa. Fue vivamente impresionado, la expedición la describió como "un grupo agradable de hombres" y a Walker como "un hombre callado y pensativo", "un líder sabio", "caballeroso", con "fría determinación".

Pasó una semana húmeda y monótona, e Inglaterra todavía ocupaba Roatán, con un barco de guerra en el puerto y un batallón de marinos en tierra. La preocupación mayor de Walker en este momento era que la embarcación de Rudler, que traía la mayor parte de las municiones, tardaba en aparecer. Tratando de encontrar a Rudler y mantener la moral, Walker ordenó que la expedición abordara la Taylor y navegara los mares vecinos. Los golpes del destino eran ahora más fuertes. Cuando finalmente Rudler y sus hombres aparecieron cerca de Roatán, iban en una embarcación distinta de la en que habían salido. Su barco, junto con el importante cargamento, había sido capturado por los Ingleses cuando la necesidad les obligó a detenerse en un puerto inglés en su camino a Roatán.

Con toda la expedición a bordo de la Taylor, Walker continuó navegando frente a las costas de Honduras. Después de unos pocos días más, la triste verdad se hizo evidente: los Ingleses estaban determinados a esperar. Antes de que Honduras tomara posesión de Roatán, sus provisiones se habrían terminado.

Había caído en una trampa. El proyecto de Roatán estaba terminado. Volver sin gloria a los Estados Unidos le atraería sólo burlas. ¿Qué le quedaba? Cabañas. En verdad que sin Roatán poco tenía Walker que ofrecer a la revolución Hondureña, pero eso podría remediarse. Un plan atrevido se le cruzó por la mente, un medio de hacer un gran gesto de desafío a los poderes que lo frustraban, y al mismo tiempo, si tenía suerte, de ganarse el suficiente poder militar que hiciera que la alianza de Cabañas con él, valiera la pena. Compartió sus ideas con sus hombres. La oportunidad de éxito era pequeña, los riesgos eran mortales, él no quería tener hombres que le siguieran si no era por su espontánea voluntad. Ninguno rehusó. Hasta dónde la fe en su destino y el ansia de vivir habían disminuido, sólo él lo sabía.

Su propuesta era nada menos que la de asaltar y capturar una gran fortaleza, que databa desde los tiempos de Cortés, y que resguardaba el activo puerto Hondureño de Trujillo. Hecho esto, ocuparían la ciudad, se juntarían a Cabañas y ganarían el país. Navegando en la obscuridad, desembarcaron tres millas al Norte de Trujillo, y antes del amanecer estaban en marcha. Pero los vieron unos pescadores, y antes de que llegaran al fuerte, les dieron la voz de alarma. La guarnición de la fortaleza era pequeña, consistente en unos treinta Hondureños, pero tenían la ventaja de la artillería y las gruesas paredes, y una vez que estaban sobre alerta, todo parecía favorecer una impenetrable defensa.

II

La táctica de Walker en Fuerte Trujillo estaba basada en su intuición del soldado Centroamericano, que corrientemente dispara al blanco más cercano y encuentra difícil reservar el fuego. Seis hombres, deseosos de enfrentarse a la posibilidad de la muerte, se presentaron voluntarios para atraer hacia sí los primeros cañonazos. Si los Hondureños pudieran ser engañados y disparan su artillería prematuramente, el asalto principal podría hacerse por otra dirección antes de que los cañones pudieran ser cargados y emplazados de nuevo.

Al amanecer comenzó la acción. Era una de esas mañanas pesadas, húmedas, tristes mañanas tropicales en la que hasta los pájaros y los monos están quietos. La pendiente que conduce al fuerte estaba cubierta de yerba resbalosa, y las paredes de piedras grises allá arriba, con las bocas de los cañones visibles en las troneras, se veían inmensas y formidables. Walker dio la señal. Mientras los seis voluntarios salían de sus escondites y corrían hacia adelante gritando y animando a la tropa imaginaria detrás de ellos, cada uno de los artilleros Hondureños disparó sus cañones contra ellos. Tres de los hombres fueron muertos instantáneamente, los otros tres cayeron gravemente heridos. Tras la cortina de humo, el resto de la fuerza de Walker asaltó el fuerte, haciendo caso omiso de unos cuantos disparos tímidos de rifletería. Para escalar las paredes los Americanos formaban pirámides humanas y a medida que iban cayendo al otro lado, los Hondureños se echaban a huír a la carrera.

Los habitantes del pueblo de Trujillo, que habían subido a un cerro vecino para presenciar la batalla, como espectadores a un juego, vieron asombrados la arriada de la bandera Hondureña, unos quince minutos después de los primeros disparos. Sobre el fuerte, Walker izó la bandera que había traído consigo la bandera de la vieja Federación Centroamericana, que simbolizaba unión y democracia. Estaba empeñado en que la victoria fuera reconocida como la primera batalla de una revolución democrática, no como un acto de piratería. Al cabo de una hora estaba en Trujillo, asegurando al pueblo que no sería molestado.

Uno de los primeros edificios en Trujillo ocupados por los hombres de Walker fue el de la Aduana del puerto, por el que Honduras recibía la mayor parte de sus importaciones. Puesto que las aduanas en la ma-

yoría de los países Centroamericanos son la principal fuente de ingresos de sus gobiernos, Walker creyó que cortando los impuestos de Trujillo podría causar serio daño al régimen Hondureño. Con este fin, declaró a Trujillo puerto libre, un paso calculado a satisfacer a los comerciantes de la localidad. De lo que no se había dado cuenta, sin embargo, era de que Inglaterra tenía un convenio con Honduras, por el cual todos los impuestos de aduanas de Trujillo estaban asignados al Gobierno Británico en pago de una antigua deuda.

Cuando uno de los oficiales de Walker y una escuadra de sus hombres entraron al edificio, los empleados aduaneros de Honduras ya habían desaparecido. Habían desaparecido también, por ese mismo tiempo, unos \$ 3 000 que se guardaban en una caja cerrada, esperando ser recogidos por el inspector inglés que visitaba periódicamente el puerto. Si es que los Hondureños se llevaron el dinero cuando huyeron, o es que fue apropiado por los Americanos, nunca se supo con certeza. Lo único cierto fue que su remoción dio a los Ingleses el legítimo pretexto de intervenir con fuerzas militares.

Sin darse cuenta aun de las dificultades que la captura de las aduanas significaba, Walker se dedicó a ganarse la confianza de la población local. Una proclama a los habitantes de Trujillo les decía que *no había venido a hacer la guerra al pueblo de su país, sino sólo a su gobierno, "que intercepta el camino de los intereses, no sólo de Honduras, sino de todo Centro América"*. El pueblo podía confiar en él para la protección de sus derechos, "tanto de sus personas como de sus propiedades". El tono de su declaración era suave y conciliatorio.

III

Las noticias de la victoria de Trujillo, a pesar de la pequeña fuerza empleada, produjo una agitación en los Estados Unidos. Una página entera del *New York Herald* estaba encabezada LA EXPEDICION DE WALKER — CAIDA RAPIDA SOBRE HONDURAS — CAPTURA DE TRUJILLO. Se hizo alarde de que Walker había establecido un hospital en Trujillo, y él mismo servía como cirujano al cuidado de los soldados heridos en la batalla ya fuesen Hondureños o Americanos. Parecía que la prensa estaba por revivir sus heroicos atractivos. Se le hizo creer al público Americano que iba en buen camino a la conquista del Istmo. Periódicos sureños, entusiasmados, decían a sus lectores que Walker y cien Americanos en un fuerte con cañones y suficientes municiones equivalían a un ejército Centroamericano de miles de soldados.

Walker mismo no se hacía tales ilusiones. Él sabía que, cañones o no, al menos que las provisiones le llegaran pronto, podría fácilmente ser vencido por hambre. Ya se informaba que un fuerte ejército Hondureño se acercaba a Trujillo. Todo dependía, como había dependido desde el principio, en el éxito de juntarse a Cabañas, y hacer de la revolución una empresa común. Corrían rumores en Trujillo que el viejo Liberal no estaba muy lejos, pero nadie podía decir dónde.

Para tratar de localizar el campamento de Cabañas, Walker escogió al más experimentado guerrillero de sus fuerzas, el Coronel Thomas Henry, quien salió con un guía hondureño y estuvo fuera por varios días. A su regreso, antes de informar a Walker se detuvo en una taberna de Trujillo para apurar unos tragos y descansar. El era por naturaleza un hombre belicoso —sobreviviente de una docena de duelos, veinte batallas y muchas heridas— y el licor invariablemente acentuaba su beligerancia. Cuando subió la cuesta del fuerte, su estado de ánimo era peligroso. No pudiendo encontrar a Walker en sus dependencias, esperó brevemente, fumando un cigarro, y luego comenzó a buscarlo en el fuerte. La puerta de un cuarto —el de la pólvora— estaba cerrada, y él la empujó, dentro estaba un grupo de hombres preparando las cargas de los cañones del fuerte, y había pólvora regada por el suelo. Un joven teniente encargado de la operación, señalando el cigárro encendido de Henry le ordenó salir. No se necesitó más para encender la ira del hombre que no se aguantaba por pelear. Profiriendo un juramento, Henry abofeteó al teniente y trató de luchar con él. Amiedado, el joven dió un salto atrás desenfundando su pistola y cuando el Coronel se lanzó contra él, le disparó. La bala dió en la mandíbula de Henry llevándose la parte inferior de la cara, una herida tan horripilante que aun los más endurecidos veteranos se estremecían a su vista.

Con grandes dolores, Henry fue llevado al hospital, donde el cirujano le dió morfina antes de llamar a Walker. El mensaje en el que Walker cifraba sus esperanzas yacía ahora en la mente de un hombre enrogado y cuya herida con toda seguridad no le permitiría hablar de nuevo. Walker esperaba a la orilla del lecho y él mismo realizó una operación que podría ayudar a salvar la vida de Henry, pero la falta de necesarios antisépticos hacían el pronóstico obscuro.

Mientras Walker esperaba que Henry volviera en sí, se encaró a peores dificultades, con el arribo del barco de guerra Británico, el *Icarus*, bajo el mando del Capitán Norvell Salmon. A las pocas horas un marinero le trajo un lacónico mensaje: debía de rendirse, depone las armas, y devolver el dinero que estaba en la aduana cuando sus hombres lo tomaron y que era propiedad de la Corona Británica. Esta era la primera vez que Walker se informaba de que el dinero había sido robado.

El problema era ahora impedir que el Capitán Salmon bombardeara el fuerte y desembarcara sus marinos. Todavía esperanzado de obtener noticias de Cabañas de parte de Henry, Walker puso dilaciones. Su contestación apresurada a Salmon decía: "No puedo, bajo las circunstancias, considerar una deshonra depone las armas a un oficial de la Corona Británica", pero le pedía a Salmon le particularizara los términos de su rendición, e investigar los hechos referentes al supuesto robo.

Henry, mientras tanto, había abierto los ojos y reconocido a Walker. Se le puso una pizarra en las manos y pudo garrapatear unas cuantas palabras, las suficientes para dar una vaga noción del paradero de Cabañas. El dilema de Walker era duramente claro. Por una parte, había la posible oportunidad de encon-

trar el campamento de montaña de los Liberales rebeldes, quienes podrían o no estar deseosos de recibirle. Por la otra, había la oportunidad de rendirse sin peligro a los Ingleses. La segunda nota de Salmon, que llegó algunos días después, era específica, aunque arrogante: los Americanos tendrían la protección de la bandera Británica cuando depusieran las armas. Tendrían que abandonar el país en una goleta, y Walker tendría que reponer el dinero robado a la aduana por alguno de sus hombres. La nota también informaba categóricamente que 700 soldados del Gobierno Hondureño habían tomado posiciones a poca distancia de Trujillo.

El tono altanero de Salmon puede haber influenciado la decisión de Walker. Tres veces antes en su vida se había visto obligado a rendirse a oficiales del Ejército o la Marina de los Estados Unidos, y una vez había llorado ante la adversidad, pero rendirse a un Inglés era aun más demoledor. Consultando con sus oficiales, los encontró dispuestos a seguirle en el último desesperado esfuerzo. Se le envió a decir a Salmon esperar hasta el siguiente día la respuesta final a su demanda de rendición.

Mientras sus hombres espigaban los cañones del fuerte y destruían todas las municiones que no podían llevarse, Walker visitó el hospital para despedirse de los heridos y dejar un mensaje para Salmon, pidiéndole los protegiera de la venganza Hondureña. Uno de los filibusteros describió después la despedida de Walker del moribundo Coronel Henry. La gangrena en la herida se extendía rápidamente, gusanos aparecieron en la carne podrida, y su callado sufrimiento era un tormento para los hombres que le rodeaban. Había una copa cerca de él, y cuando Walker, después de unas pocas palabras, se volvía para retirarse, dio un apretón al hombro de Henry, y dejó al lado de la copa un frasco lleno de morfina. Luego, volviéndose abruptamente, se retiró. Los otros observaron cómo Henry penosamente cogió la copa, vació el frasco en ella, y la vació en su abierta garganta. Antes de morir, cubrió con la frazada su destrozado rostro.

IV

Silenciosamente, antes del amanecer, los hombres abandonaron el fuerte, y con un hondureño como guía, siguieron una vereda en la jungla no lejos de la costa del Atlántico, dirigiéndose hacia el Sureste al lugar donde Cabañas había sido visto la última vez. Tan pronto como se supo su huida de Trujillo, un fuerte contingente de soldados Hondureños los persiguió. Veinticuatro horas más tarde, cuando los filibusteros se disponían a vadear un riachuelo, los perseguidores los alcanzaron y abrieron fuego sobre ellos, hiriendo a veinte en la primera andanada.

Walker reunió al resto y logró rechazar el ataque. En este encuentro sufrió una herida superficial en la mejilla, su primera herida en las batallas que había sostenido en Centro América. Llevando a sus heridos por angostas y serpenteantes veredas, siguieron adelante hasta llegar a las márgenes de un ancho río, el río Negro, donde una tribu de Caribes amistosos les dió abrigo. Aquí, el guía, después de conversar con los Caribes, dió a Walker un informe animador. A un día de

marcha hacia la costa, en las riberas del río Negro, encontrarían a Cabañas y a sus hombres.

La experiencia de Walker con la traición en todas sus formas, le hizo sospechar del guía, sospecha que se confirmó cuando el guía desapareció. A pesar de todo, decidió tomar la ruta indicada, pues sus hombres se alimentaban exclusivamente de bananos, los heridos estaban en peligro, y nada se ganaría con caminar sin rumbo por los bosques. Tomaron las canoas de los Caribes y navegaron río abajo, hasta que a unas pocas millas de la costa vieron las señales de un campamento abandonado. Quienquiera hubiese estado allí, Cabañas o algún otro, hacía tiempo se había retirado.

Mientras salían de las canoas, fueron atacados por francotiradores Hondureños. Lo que los salvó fue la existencia de unas barricadas en ruinas, detrás de las cuales pudieron defenderse. Siguió una semana de noches en vela y días sin esperanzas. El campamento estaba situado en una región de suampos, y los insectos, los fétidos olores, los interminables anuaceiros, el sol ardiente, y el incesante tiroteo redujo al pequeño grupo hambriento a un estado tal de miseria que la única distracción era un disparo esperádico que diera en el blanco de un Hondureño. Varios de sus hombres fueron muertos, otros heridos. Walker cayó con fiebre, a la que trataba de no hacer caso. Moviéndose del uno al otro de sus hombres detrás de las barricadas, guiando sus tiros, cambiándolos de posiciones según era necesario, atendiendo a los heridos, hacía lo que podía, hasta que la fatiga cayó sobre ellos como la niebla. Fue con un sentido mezcla de desesperación y alivio que, nueve días después que la lucha había comenzado, vio que dos botes Británicos venían río arriba, manejados por marineros Británicos, con el Capitán Salmon sentado tiesamente en la proa del bote delantero. Como los Hondureños cesaron de disparar, un marinero saltó del bote, avanzó al campamento, y entregó a Walker un mensaje. El Capitán deseaba que llegara inmediatamente a su bote, dispuesto a rendir sus fuerzas.

La última decisión militar en la vida de Walker fue en ciertos aspectos la más fácil. Su voluntad de resistir se había terminado. El único gesto que hizo a su reputación mientras caminaba hacia el bote era un consciente enderezamiento de hombros y un levantar de la frente.

Salmon era un hombre grande, con una tez rubicunda y una voz atronadora, casi la caricatura de su tipo. "Señor", comenzó, "le exigo que se me entregue inmediatamente".

"¿A quién me entrego?" preguntó Walker.

"A un oficial del Gobierno de Su Majestad. Y me puede agradecer, también", dijo señalando a los soldados Hondureños en la distancia, "que tiene los huesos completos en su cuerpo y que sus hombres salgan vivos de aquí".

Algo en las maneras de Salmon debe haber despertado las sospechas de Walker, pues él repitió su pregunta de una manera distinta. "Entiendo que usted dice, señor, que mi rendición sería a un representante del Gobierno de Su Majestad?"

"Sí", dijo Salmon, "a mí".

"Bajo estas circunstancias", replicó Walker, "me rindo a usted, Capitán". Le entregó su espada y su pistola a Salmon, y volviéndose, ordenó a sus hombres entregaran sus rifles y cuchillos a los marineros Británicos. Eso fue todo. (New York Herald, Sept 28, Oct 4, 1860. Harper's Weekly, Vol IV, p 647)

El y el Coronel Rudler fueron llevados inmediatamente al *Icarus*, el resto de los hombres siguieron en otros botes. Tan pronto como todos estuvieron a bordo, Salmon ordenó que el vapor procediera a toda velocidad hacia Trujillo. Allí anunció que serían entregados a las autoridades Hondureñas. Los hombres de Walker serían protegidos por la bandera Británica, pero el destino de Walker mismo y el de Rudler, estaría en manos de los Hondureños.

Walker al principio estuvo incrédulo, luego, desdefioso. El corresponsal del New York Herald abordó el *Icarus* en Trujillo, y antes de abandonar el vapor Walker le dictó una corta declaración.

A bordo del Vapor *Icarus*
Septiembre 5, 1860

Yo, por la presente, declaro ante el mundo civilizado que cuando me rendí al capitán del Vapor de Su Majestad, *Icarus*, ese oficial expresamente recibió mi espada y pistola, así como las armas del Coronel Rudler, y la rendición fue expresamente hecha en tantas palabras a él, como el representante de Su Majestad Británica.

William Walker

Ese fue su último destello del deseo de sobrevivir. Estaba maduro para la muerte, y lo sabía. A los treinta y seis años había terminado las posibilidades de heroísmo romántico, los caballeros andantes deben morir jóvenes. El ascetismo le había privado de las mejores razones para soportar la pena del fracaso: la mujer y el hijo. Sabía que el mundo estaba cansado de él, y él estaba cansado de sí mismo. Los Hondureños que le llevaron al fuerte que había asaltado no mucho antes y le pusieron en una celda improvisada, le encontraron cortés y tratable. Realmente no deseaba resistir el fin que podía prever. Su única petición fue que se le enviara un sacerdote. El sacerdote, entrevistado después por Joaquín Miller, contó que Walker le dijo "Estoy preparado a morir. Mi carrera política está terminada".

Su principal preocupación fue hacer que el sacerdote intercediera con el Gobierno Hondureño por la seguridad de sus hombres. "Yo solo tomé la decisión de atacar Trujillo. Ellos no sabían nada de eso". Sentía que era completamente injusto que el Coronel Rudler compartiera su destino. Cuando después de unos pocos días un oficial Hondureño le llegó a comunicar que sería ejecutado a la mañana siguiente, preguntó inmediatamente acerca de Rudler, y sintió alivio al saber que la sentencia del Coronel había sido conmutada a un limitado aprisionamiento.

Muchas versiones fraguadas de la ejecución de Walker aparecieron en los diarios Americanos, incluyendo "últimas palabras" que es virtualmente seguro que jamás pronunció. Lo que se sabe es que a las

ocho de la mañana del 12 de Septiembre de 1860, flanqueado por dos sacerdotes, fue llevado por una compañía de soldados a un paredón en ruinas, en las afueras de Trujillo, seguida por una numerosa y alegre muchedumbre de Hondureños. Él hizo caso omiso de las risas y las burlas que le dirigían. Su porte era calmo y resuelto, y parecía dar toda su atención a las palabras de los sacerdotes. Los soldados se formaron en línea alrededor de la plaza frente al paredón, mientras se le administraban los últimos sacramentos. Cuando los sacerdotes habían terminado y se retiraron, Walker se mantuvo erecto, de frente a los soldados, impassible y en silencio. Un pelotón de Hondureños dió un paso al frente, apuntó, y a la voz de mando de un oficial, disparó. Walker estaba aparentemente muerto cuando cayó. Un segundo pelotón avanzó luego y disparó otra andanada al cuerpo caído, después de lo cual el oficial avanzó, apuntó su pistola a la cabeza del cadáver y tiró del gatillo, mutilando el rostro dejándolo irreconocible. La muchedumbre vitoreó, las tropas se retiraron, y los sacerdotes removieron el cuerpo, con la ayuda de algunos Americanos que habían bajado de un vapor en Trujillo, los que compraron un ataúd. El entierro fue llevado a cabo con un servicio católico religioso en un sitio aislado. Después, la Sociedad Histórica de Tennessee, de la que Walker era miembro honorario, intentó llevar los despojos a Nashville, pero el Gobierno Hondureño rehusó el permiso. El Capitán Salmon, con ojo avizor en las relaciones Británicas en Centro América dió la espada de Walker a Nicaragua. Hubo considerable crítica en los Estados Unidos por su mortal engaño a Walker, pero el Gobierno Británico cerró los ojos al episodio, el que no afectó la carrera de Salmon.

V

La llamarada de interés que se centró en Walker mientras vivió contrasta curiosamente con el olvido que le cubrió en la tumba. Tan abruptamente como llegó al conocimiento del mundo, salió de él. Quizás la misma cosa le hubiera sucedido a Napoleón si hubiera sido atrapado en Egipto, o a Clive si hubiera sido derrotado en Plassey. Pero la rapidez con la que la fama de Walker se evaporó tenía algo de la misma cualidad fenomenal que lo señaló toda su vida. La llegada de la Guerra Civil, con su nueva cosecha de héroes, fue sin duda la principal responsable de la prontitud del país en olvidarlo, mas puede haber otra razón, más sutil aun — el modo de pensar y de sentir que el representó. Los hombres de negocios comenzaron entonces a tomar posesión de los Estados Unidos, sus perspectivas especiales y sus mentalidades estaban haciéndose dominantes en el Norte y en algunas partes del Sur, y sus normas de juicio fueron cada vez más consideradas como identificadas con la ley, la moralidad y el buen gobierno. Toda la carrera de Walker fue un reto romántico al *homo economicus*, su personalidad completamente antitética a los grandes poderes que estaban entonces transformando el modo de vida Americano. Al hombre se le conoce por sus enemigos, y Walker luchó contra el amo del dinero, Cornelius Vanderbilt, fue abandonado por el astuto

amigo de la riqueza, Buchanan, y fue castigado por el prominente patrocinador de las virtudes económicas, Greeley.

Un concertado ataque final a su reputación por la prensa abolicionista estaba en preparación cuando murió. Su tono estaba fijado por Greeley en la *Tribune* de New York. Un largo editorial, que apareció antes de que la noticia de su ejecución llegara a los Estados Unidos, llamaba a Walker "descarado" - "imbécil" - "idiota" - "loco" - "cobarde" - "despreciable" - "un vago" - "creatura pestilente" y encontraba "inexplicable que los hombres le siguieran". Su muerte, daba a entender claramente el editorial, sería un don de Dios. Aun en aquella época de fáciles injurias, eso era extraordinario. El Presidente Buchanan hizo eco a los sentimientos de Greeley. En un mensaje al Congreso en Diciembre de 1860, cuando la nación se estremecía hacia la guerra civil, tomó tiempo para expresar piadosa satisfacción en la desaparición de Walker de la escena nacional. "Os congratulo por el sentimiento público que ahora existe", decía al Congreso, "contra el crimen de levantar expediciones militares dentro de los límites de los Estados Unidos, y proceder de allí y hacer la guerra contra los pueblos de inofensivos estados con los que estamos en paz. A este respecto un cambio feliz se ha efectuado desde el comienzo de mi administración". Buchanan había querido olvidar que él mismo había patrocinado la anexión forzosa de Cuba, que había sido electo sobre una plataforma Demócrata que exigía de la administración el apoyo de Walker, y que lo había recibido en la Casa Blanca con toda decencia y cortesía. Sus frases eran en realidad un eco de las declaraciones hechas por la prensa de Inglaterra, donde la muerte de Walker fue considerada con indiscutible placer. A ambos lados del Atlántico, la opinión oficial tomó la posición de que él había sido simplemente un perturbador y la interpretación Nortea de la historia que dominó el pensamiento Americano después de la Guerra Civil aceptó este punto de vista.

El *New York Times* vio a Walker de manera distinta. "A pesar de los vituperios que pueden haberse dicho del General Walker —y muchos, no dudamos, hubieran quedado sin decirse si su suerte hubiera sido más propicia— él no era al menos un vulgar aventurero, ni por nacimiento, ni por hábitos, o educación, o los elevados propósitos con los que fijó su vida. Su parentesco sin manchas, su vida privada y su temperancia incuestionable, su erudición profunda, y sus metas originales, —aunque posteriormente mal dirigidas por una ambición incontrolable—, le recomendaban al éxito, mientras le ganaban la estimación de numerosos amigos. Aun aquellos que le niegan todo derecho a aptitudes militares y a sagacidad política como líder, rinden el más alto tributo a su fuerza moral y a su integridad personal. Sin estas su primer fracaso como aventurero hubiera sido inevitablemente el último".

Hasta que la llama de su genio natural fue apagada por la desesperación, Walker tuvo el brillo de un idealista, así como el calor de un héroe. *Harper's Weekly* observaba que había fracasado porque, en vez de buscar cómo ganarse el apoyo de los poderosos e influyentes, se fiaba sólo de sí mismo. La verdadera

tragedia, comentaba *Harper's*, estaba en su rechazo por el Gobierno Americano "Si William Walker hubiera sido Inglés o Francés, nunca hubiera llegado a ser "filibustero", sino que hubiera encontrado amplio

espacio para sus extraordinarios talentos en el legítimo servicio de su patria" * Era la clase de epitafio que Walker mismo hubiera deseado.

BIBLIOGRAFIA

Entre las colecciones de manuscritos consultados en la preparación de este libro dos fueron de especial importancia la Colección *Fayssoux*, en la Middle America Research Institute, de la Universidad de Tulane, New Orleans, y los *Documentos Buchanan*, Pennsylvania Historical Society, Philadelphia. Los *Documentos Clayton* en la Biblioteca del Congreso y los archivos de manuscritos del Departamento de Estado de los Estados Unidos y el Departamento de la Marina de los Estados Unidos que se refieren a Centro América durante los años 1850, también proveyeron valiosa información.

Documentos y Correspondencia relativos a un Canal Trans-Istmico, impresos privadamente por la firma legal de Sullivan y Cromwell en 1900, contribuyó grandemente, y los *Wheeler Scrapbooks*, una gran colección de recortes de periódicos en cinco volúmenes, en la Biblioteca de Congreso, fueron también una significativa fuente de material.

Los periódicos contemporáneos en cada ciudad en las que Walker permaneció por un tiempo apreciable fueron consultados. Entre estos los más esenciales

fueron para los años 1848-49, el *Crescent, Delta* y *Picayune* de New Orleans, para 1850-55, el *San Francisco Herald, Alta California*, y el *State Democratic Journal*, de Sacramento, para 1856-60, el *Herald, Tribune* y *Times* de New York, el *Delta* y *Picayune* de New Orleans, y *El Nicaragüense*. Para puntos de vista oficiales sobre Walker entre 1855 y 1860, el *Congressional Globe*, y para relaciones Anglo-Americanas, el *London Times*, fueron indispensables.

Frescas intimidades de la psicología de Walker fueron proveídas por su trabajo publicado, *La Unidad del Arte*, en la Biblioteca de los Archivos del Estado de Tennessee, en Nashville. Antes de 1962, este folleto estaba atribuido incorrectamente

Entre los libros señalados abajo, *Filibusters and Financiers* de W. O. Scroggs, por la escrupulosidad de su documentación grandemente ayudó a la búsqueda de fuentes útiles y proveyó muchas huellas interpretativas. El libro mismo de Walker, *The War in Nicaragua*, es, por supuesto, una fuente primordial.

LIBROS

Adams, James Truslow, *America's Tragedy*, New York, 1934

Alemán Bolaños, G., *Centenario de la Guerra Nacional de Nicaragua contra Walker*, Guatemala, 1956

Alfaro, Olmedo, *El Filibustero Walker en Nicaragua* (Pamphlet), Panamá, 1932

Alvarez, Miguel, *Los Filibusteros en Nicaragua*, Granada, 1944

"An Officer in the Service of Walker" (Anon), *The Destiny of Nicaragua*, Boston, 1856

Andrews, Wayne, *The Vanderbilt Legend*, New York, 1941

Asbury, Herbert, *The Barbary Coast*, New York, 1933

———, *The French Quarter*, New York, 1936

Atkinson, E., *Cheap Cotton and Free Labor*, Boston, 1861

Atlantic and Pacific Ship Canal Company, *Terms of the Contract Between the State of Nicaragua and the Company* (Pamphlet), New York, 1849

Bailey, Thomas A., *A Diplomatic History of the American People*, New York, 1944

Bancroft, H. H., *History of Central America*, San Francisco, 1887

———, *History of Mexico*, Vol. IV, San Francisco, 1888

Bass, J. M., *William Walker* (Pamphlet), Nashville, 1939

Belly, F., *A Travers l'Amérique Centrale*, 2 vols., Paris, 1860

Belt, Thomas, *The Naturalist in Nicaragua*, London, 1874

* Es imposible dejar de pensar en lo que hubiera sucedido en Centro América si el Presidente Pierce o Buchanan hubieran decidido apoyar a Walker en el primer empuje de su conquista, y antes de que hiciera su fatal concesión al Sur. ¿La corriente de capital y empresas Americanas a las repúblicas del Istmo, les hubiera permitido alcanzar mayor progreso en el siglo que siguió? Parece seguro afirmar que difícilmente hubieran hecho menos. ¿Hubiera ido Gran Bretaña a la guerra por Nicaragua en 1856? Hay muchas razones para dudarlo. ¿La concentración Americana en Centro América y la construcción de un canal allí, hubiera suavizado el clima interno en los Estados Unidos? ¿Se hubiera justificado Walker en su creencia en la posibilidad de evitar la guerra civil atacando a la nación a una expansión de las instituciones democráticas y una productividad allende los mares? Puede notarse que los ecos de la idea persisten en la política de mitad del siglo XX. En un tiempo en que, como Adlai Stevenson ha dicho, el mundo mismo está amenazado con la guerra civil, no son pocos los que piensan que las energías de los grandes poderes fuera de la directa confrontación y hacia un esfuerzo de traer a los pueblos subdesarrollados a "la columna del Progreso y la Democracia" a la que se refería Walker.